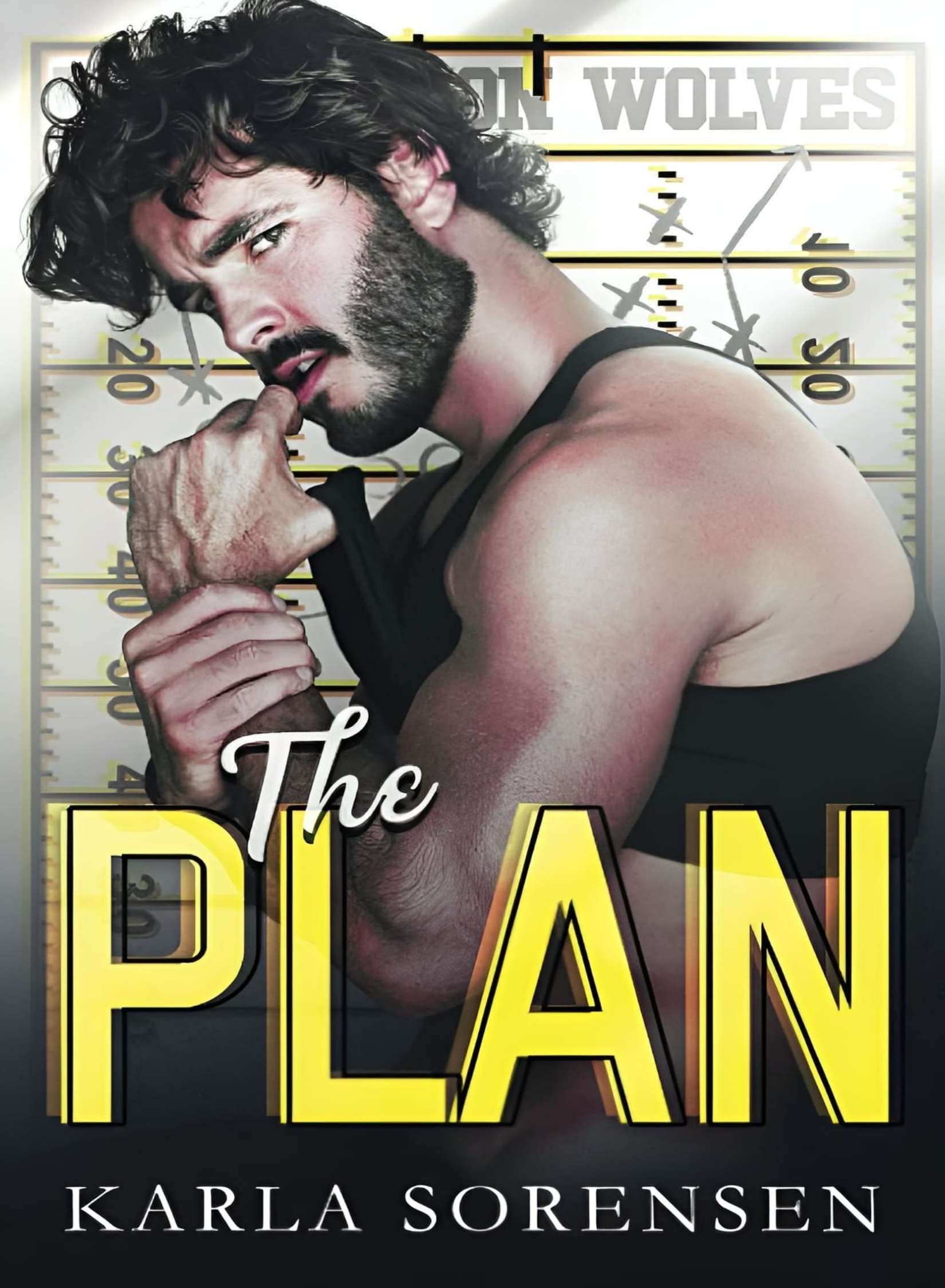

The
PLAN
KARLA SORENSEN

PLAN

Este trabajo es una traducción realizada por **Black Cat** y **Sweet Poison**. Ningún participante de este proyecto ha recibido remuneración alguna por haberlo hecho. Es totalmente **sin fines de lucro**, de **fans para fans**, por lo cual no tiene costo alguno.

Por favor, te pedimos que no subas capturas de pantalla del mismo a las redes sociales y no acudas a las fuentes oficiales solicitando las traducciones de fans, y mucho menos mencionar a los fotos o fuentes de donde provienen estos trabajos.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro, si logra llegar a tu país.

¡Disfruta la lectura!

BLACK CAT
by Bel

Sweet poison

PLAN

SINOPSIS

¿ALGUNA VEZ HAS FINGIDO SALIR CON TU GUARDAESPALDAS?

LO RECOMIENDO TOTALMENTE.

Sobre todo si se parece en algo a Erik, ex futbolista, sabelotodo mundial y gruñón impenitente.

Créeme, sé cómo suena. A pesar de todo eso, este hombre marca cada casilla que quiero... marcada.

Desde fuera, entiendo por qué no tendríamos sentido. Es desconfiado, nunca habla de su pasado y tiene la capacidad de consuelo de un cactus. Yo soy el tipo de chica feliz para siempre que sabe exactamente lo que quiere de la vida. No somos agua y aceite, más bien Erik es el fuego y yo un bidón de gasolina que él quiere a una distancia segura.

Solo hace falta un toque y quiero todo el calor que pueda darme. Y no soy la única que tiene una cerilla en la mano, aunque él no lo admita.

Puede que las palabras de Erik digan que las líneas deben permanecer firmes entre nosotros, pero esos ojos oscuros suyos... cuentan otra historia cuando me miran.

Cuando nuestro falso plan de citas empiece a calentarse, solo será cuestión de tiempo que esa línea entre nosotros se reduzca a cenizas.

Sólo tengo que esperar que mi corazón no arda junto con él.

Washington Wolves: Next Generation, libro2.

KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE

PLAN

CONTENIDO

Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Agradecimientos

PLAN

WOLVES

DEDICATORIA

Para el lector con grandes sueños y un gran corazón.

Escribí a Lydia para ti.

KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE

PLAN

1

Erik

Nadie crece esperando convertirse en un imbécil cínico.

Desde que tengo uso de razón, mis hermanos y hermanas me han llamado así, generalmente como un cumplido, pero lo segundo es una adición bastante reciente a mi personalidad.

La vida tiene una extraña forma de hacer eso, ¿verdad? Giros que no veíamos venir añadían facetas a nuestra personalidad, normalmente sin nuestro permiso.

No me gustaba el cinismo. No me gustaba cómo observaba constantemente a la gente a mi alrededor para asegurarme de que no iban a hacer algo estúpido, algo sospechoso. Solía hacer una variación específica de eso cuando jugaba. Miraba al quarterback, observaba a los linieros ofensivos para ver si podía descifrar dónde bloqueaban o hacían espacio para un receptor o un corredor.

Mi trabajo era detenerlos. E incluso ahora, años después de haberme puesto el casco, las protecciones y los tacos, hacía lo mismo. Pero en lugar de estudiar a mi oponente, me encontraba buscando a alguien que hiciera un mal movimiento por todas partes.

PLAN

Como ahora, por ejemplo. Fuera de la pequeña cafetería donde había quedado con Luke Pierson, me encontré estudiando a una pareja sentada en un rincón.

Eran jóvenes, no podían tener mucho más de diecisiete o dieciocho años.

El lenguaje corporal de la chica me pareció cálido y confiado, la forma natural en que sus piernas se enroscaban sobre su regazo, la manera en que lo tocaba casualmente mientras miraba su teléfono y bebía su café. En sus risitas y en su cabello alborotado, leí la obsesión en toda regla que a menudo se apoderaba de las relaciones más recientes. Solo los jóvenes y los enamorados son incapaces de sentarse en la cabina de una cafetería sin tocarse.

Tomé un sorbo de mi propio café negro y observé al tipo. Aún no había correspondido a las caricias, aunque tenía el brazo extendido detrás de la cabina. Alguien menos cínico pensaría que tal vez no era un chico de grandes demostraciones públicas de afecto.

Pero cuando una morena de piernas largas pasó por delante de ellos, con unos shorts vaqueros y una sonrisa coqueta, sus ojos se detuvieron y giró la cabeza sin intentar disimularlo lo más mínimo. Su novia tenía la cabeza acurrucada en su pecho, completamente desprevenida. En mi café, esbocé una sonrisa sombría, sin sorpresa.

Alguien se sentó a mi lado en el banco, bajando tranquilamente su alto cuerpo, con las piernas extendidas hacia adelante.

Sin dedicarle una mirada, porque leo conocía lo suficiente como para no tener que andarme con ceremonias, levanté la barbilla hacia la pareja, visible a través de la pared de cristal que formaba todo el escaparate de la cafetería.

—Veinte pavos a que este imbécil se levanta y sigue a la morena.

PLAN

Luke me miró.

—¿Esto es lo que haces para divertirte ahora, Wilder?

—Oh, sí. Es un alboroto.

En sincronía, ladeamos la cabeza cuando el chico metió la mano bajo la mesa y apartó las piernas de su novia de su regazo. En su honor, le levantó la cara y le dio un beso francés monstruosamente odioso que la dejó un poco boquiabierta cuando salió de la cabina. Con las manos metidas en los bolsillos, se dirigió lentamente al pasillo por donde había desaparecido la morena.

Luke rebuscó en su cartera y me dio un billete de veinte.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo atrapar a los imbéciles en estos días. —Le dirigí una breve mirada—. ¿No es por eso que estás aquí?

—Sí, supongo que sí. —Suspiró, y en ese suspiro oí agotamiento absoluto. Pero en lugar de responder, me miró de reojo—. ¿Cómo has estado, Erik? No te veía desde después de la operación. Me sorprendió que no volvieras después de...

Después.

Esa frase podría haber terminado ahí, pero por la forma en que se apagó su voz, supe que su mujer -la dueña de Luke y mi antiguo equipo- le había contado por qué no volví después.

Aparte de mi familia y la gente de mi ciudad natal, probablemente eran los únicos que lo sabían.

No había artículos jugosos. Ni charlas en Internet. Un pequeño milagro en los tiempos de las redes sociales, pero yo no era uno de los titulares. El uno por ciento de los jugadores a los que se seguían todos sus movimientos. La lesión, y el año de ardua rehabilitación, fueron

suficientes en la mente de la gente para que no renovara mi contrato con los Washington Wolves.

Alguien más joven y más rápido ya me había sustituido en la línea D, bloqueando mariscales de campo y atrapando receptores. Los aficionados tienen poca memoria, siempre que haya alguien haciendo jugadas.

No pensaron en lo que vendría después. Nosotros fuimos los que nos quedamos con eso.

Fue mi turno de lanzar un suspiro agotado, y soné mucho mayor que mis treinta años cuando lo hice.

—Solo... necesitaba un cambio.

—Logan dijo que has estado en un trabajo todo el año pasado, ¿verdad? ¿Una gira con un cantante folk?

Asentí con la cabeza, dando otro sorbo lento a mi café. El tipo de la cafetería volvió a su puesto, con una sonrisa de suficiencia en su cara de comemierda y una novia dulce y confiada que se arrimó a él, aunque probablemente acababa de guardar el número de otra mujer en su teléfono.

—Su jefe de seguridad es un tipo con el que compartí habitación en la universidad —le expliqué—. Odiaba la burocracia de ser policía y descubrió que le gustaba más la seguridad privada.

—¿Contrata a muchos ex-jugadores de fútbol?

Exhalé una breve carcajada.

—No que yo sepa. Pero el trabajo consistía sobre todo en parecer aterrador y no tener problemas para apartar a la gente.

—Siempre fuiste muy bueno en eso —concedió con facilidad—. ¿A dónde viajaste?

PLAN

Cerré los ojos, intenté ver a través de la borrosidad del último año. Muchos escenarios en muchos lugares. Clubes, bares, festivales y las ciudades históricas que los rodeaban.

—Doce países de Europa y Asia. Todas las provincias de Canadá. Dos ciudades de Sudamérica y, para rematar, un mes en Australia.

Silbó.

—¿Ciudad favorita?

Le dirigí una mirada seca.

—¿Esta parte de mi entrevista?

Luke sonrió.

—No, solo charlábamos. ¿Debería parar?

—Sí. —Le dediqué una pequeña sonrisa porque, si se salía con la suya, estaba a punto de ser mi jefe. Una sonrisa me pareció lo menos que podía hacer para ocultar la parte imbécil de imbécil cínico.

—¿Qué pasa, Luke?

Hace tres o cuatro años, nunca lo habría tuteado, pero ya no era un jugador de la plantilla, sino que se dirigía a ser un antiguo QB y capitán. Ahora, pertenecíamos a la misma fraternidad.

Los *antiguos* jugadores. Los que tenían que averiguar qué venía después.

—Ward me dijo que tú podrías ayudarme —dijo, refiriéndose a mi antiguo entrenador defensivo, uno de sus mejores amigos.

Asentí lentamente.

—Me avisó de que podrías contactarme. No soy profesional, Luke.

PLAN

—Lo sé. —Deslizó las manos por sus muslos. El tipo de la cafetería observó a otra mujer pasar por delante de su mesa, y Luke suspiró pesadamente—. Es mi hija, Lydia —dijo—. No hace falta que te lo cuente todo si ya lo has oído.

—El entrenador no me dijo mucho —admití. Sentarme en aquel banquillo fue un extraño giro del destino en mi vida, uno de los muchos que no había visto venir después de aquel golpe en la rodilla. Cuando terminó mi último trabajo, y el año de viajes que lo había acompañado, fue una de las primeras veces en toda mi vida en que no pude ver nada cuando miraba al futuro.

Volver a casa seguía sin parecer una opción. El fútbol había desaparecido.

Y lo único que se me daba bien era cuidar de gente con la que no tenía relación. A la gente relacionada conmigo no parecía irle muy bien bajo mi cuidado. Una ironía con la que no había hecho las paces. Al menos, no en los últimos dos años.

Una llamada de Luke Pierson podría haberme dado una visión de algún tipo de futuro, pero todavía no estaba seguro de lo que significaba. O cómo arreglar todas las otras cosas que había estropeado.

—Lydia es... no sé cómo lo llamarías... famosa por ser famosa, supongo. Un poco como lo era mi mujer antes de hacerse cargo de Washington. —Se pasó una mano por la cara, y el movimiento -como el suspiro anterior- mostró a un papá preocupado, en las arrugas de su rostro, los ojos de mirada cansada—. Tiene millones de seguidores en Internet y ha montado un negocio impresionante. No sé qué diablos significa la mitad de eso, pero estoy orgulloso de ella, ¿sabes? Es inteligente y la mitad del tiempo me asusta con lo intrépida que es. —Sonrió—. Cuando tenía diez años, la atrapé fuera de una sala de

conferencias en las oficinas delanteras, tomando notas en su cuaderno rosa. Me dijo que era para saber cómo ser la jefa.

Sonrió al recordarlo, y parte de la preocupación desapareció de su rostro.

Esas eran las cosas que ya sabía. En mis cinco años en Washington, la había visto de vez en cuando, como todos los jugadores. Pero ni una sola vez había intercambiado una palabra con ella.

Era demasiado joven. Demasiado guapa. Y yo había estado, en ese momento, demasiado casado para nada de esa mierda. Solo quería jugar.

Luke sacó su teléfono y dio unos golpecitos en la pantalla, entregándomelo para que pudiera ver la cuenta de su hija en las redes sociales.

—Simplemente... se hizo tan grande. Cuanto más compartía, más querían un pedazo de ella. —Sacudió la cabeza—. Lo odio. Sé que es normal, o para la mayoría de la gente lo es. Pero creo que nunca haré las paces con esta faceta de nuestra vida.

No miré muchas de las fotos, pero incluso en un vistazo rápido, Lydia Pierson con su aspecto de bomba rubia y su amplia sonrisa era jodidamente impresionante. No hacían falta más palabras poéticas, pero eso también lo sabía de ella.

Al ver algunas de esas fotos, no tardé en hacerme una idea general de por qué el patriarca de la familia Pierson podría estar dirigiéndose a mí.

Internet -con todo lo bueno y lo malo que tiene- es un pozo negro de hombres aficionados a las mujeres jóvenes y guapas. Mis muelas se apretaron con fuerza ante la pequeña muestra de comentarios repugnantes.

PLAN

—¿Acosador? —le pregunté, devolviéndole el teléfono.

—¿En qué momento? —Luke respondió secamente—. A Lydia nunca le han molestado demasiado los cretinos. Creo que está acostumbrada.

Tenía tres hermanas, y nada me enojaba más que una mierda así.

—Ninguna mujer debería tener que acostumbrarse a eso.

—Estoy de acuerdo. —Se sentó hacia delante, apoyando los antebrazos en las piernas—. Pero, que yo sepa, nada peligroso. Solo... un poco demasiado emocionados por conocerla cuando tengan la oportunidad.

—¿Qué ha cambiado?

Sus manos se apretaron y la piel de los nudillos se puso blanca.

—Accidente de auto hace dos meses. Un fotógrafo se pasó de frenada intentando fotografiarla conduciendo su auto nuevo. Perdió el control, se salió de la carretera y chocó contra un árbol.

Sacudí la cabeza.

—¿Está bien?

—Se rompió el brazo por dos sitios. Ahora está enyesada, vive en casa con Allie y conmigo desde que pasó.

Había algo que no estaba diciendo. Toda mi vida había tenido una extraña habilidad para leer a la gente, para bien o para mal. Solo una vez en toda mi vida alguien me había demostrado que mis instintos eran erróneos y, aunque había sido una locura, seguía confiando en lo que me decía mi instinto.

Y me decía que Luke no me estaba contando toda la historia.

—Si vas a contratarme para ayudar a mantenerla a salvo, tengo que saberlo todo.

PLAN

—Tiene miedo —dijo sin rodeos—. No le gusta salir de casa. No quiere ponerse al volante de un auto. Ha perdido un puñado de los patrocinios de sus marcas más importantes en los últimos dos meses porque faltó a sus apariciones, y mi hija, inteligente e impulsiva... no es ella misma.

—Un accidente de auto puede ser difícil de superar —dije lentamente—. No hay nada malo en ello.

—No —aceptó—. Pero tampoco puedo hacer nada. Lydia tiene tanto fuego dentro. Echo de menos verla, aunque sea la única causa de que haya perdido el sueño la última década —dijo con una sonrisa triste—. No puedo obligarla a sentirse mejor, como tampoco puedo controlar a los fotógrafos idiotas que creen que ella les debe un trozo de su vida privada. Pero puedo encontrar la manera de que se sienta lo bastante segura como para volver a ser ella misma. Eso es todo lo que Allie y yo queremos. Que vuelva a su vida porque me está matando ver cómo mi intrépida hija siente que tiene que esconderse.

Asentí con la cabeza.

—Y ahí es donde entro yo.

—Eres una persona conocida. Más o menos. Entiendes el mundo del que ella viene, y no mucha gente lo hace. Ella y su hermana Faith se criaron en esas instalaciones. Tienen a miembros del salón de la fama de la NFL como papás sustitutos, tíos y amigos.

—Lydia no me conoce, sin embargo —señalé—. Y no soy un guardaespaldas profesional, Pierson.

—¿Qué hiciste para ese cantante todo el año pasado?

Levanté una mano en señal de concesión.

PLAN

—Tengo algo de entrenamiento, sí, y mis instintos son buenos, pero no soy un terapeuta cálido y difuso que pueda pasar de puntillas por la mierda con la que está lidiando.

—Ella no necesita a alguien cálido y difuso. Necesita a alguien que parezca capaz de arrancarle la garganta a cualquiera que le haga daño —respondió secamente.

Eso me arrancó una carcajada de lo más profundo de mi pecho. Hacía mucho tiempo que no me reía. No había muchos motivos para ello en los últimos dos años. Pero en eso no se equivocaba.

Sonrió.

—Cuando solías alinearte, Wilder… —Sacudió la cabeza—. Parecía que ibas a arrancarle la cabeza al quarterback.

—No su cabeza. Solo su brazo.

—Para los que lanzamos la pelota, no hay mucha diferencia. —Luke me lanzó una rápida mirada—. ¿Echas de menos jugar?

Nadie me lo había preguntado. Ni una sola vez.

Mi familia había estado muy ocupada lidiando con las secuelas de mi divorcio y la salud de mi padrastro, todas las razones por las que me había mantenido lejos de casa durante tanto tiempo. Las razones por las que aún no me atrevía a volver, aunque estuviera de nuevo en Estados Unidos. No me cabía duda de que me querían. Pero nadie me había preguntado cómo me sentía al despedirme del juego que amaba.

Había demasiadas otras cosas de las que ocuparse.

La respuesta dolió al salir, las palabras afiladas con bordes de cristal contra mi garganta.

—Todos los putos días.

PLAN

Luke no contestó porque, como tipo que había jugado a su nivel, que había alzado un trofeo sobre su cabeza al final de su carrera, sabía exactamente cómo me sentía. En lugar de eso, dejó que el silencio reposara como estaba, y yo lo respetaba aún más por no ofrecerme tonterías trilladas o algún cliché de mierda de Hallmark: decir eso se suponía que me haría sentir mejor.

Porque por mucho que lo echara de menos, la idea de volver a un campo era imposible. Al cabo de un momento, Luke volvió a meter la mano en la cartera y sacó una tarjeta.

En él estaba su dirección, su número de móvil y una cantidad de dinero garabateada con un montón de ceros detrás. Se me escapa la respiración en un lento silbido.

Luke Pierson y su esposa Allie se preocuparon *mucho* por hacer que su hija volviera a sentirse segura y completa.

Tenía una buena cuenta de ahorros. Dinero en la bolsa. Podía pagar mis facturas y algo más. Pero lo que me ofrecía era más de lo que me habían dado como prima de fichaje cuando Washington me reclutó.

Incluso al imbécil cínico que hay en mí le costó encontrar razones para no hacerlo.

—Sé que dijiste por teléfono que no estabas seguro de que todo esto de la seguridad fuera algo a largo plazo para ti —dijo en voz baja—. Amo a mi hija. Ella solo... necesita un poco de ayuda para volver a sentirse segura. Y creo que tú puedes hacerlo por ella. Danos unos meses, Erik, por favor.

Me pellizqué el puente de la nariz e intenté imaginar lo diferente que sería esto de mi último trabajo. Yo no formaba parte

PLAN

de un equipo. No era alguien que pudiera pasar desapercibido y otear el horizonte en busca de posibles amenazas.

Pero en la otra cara de la moneda, ¿qué me esperaba si decía que no?

Nada. Excepto enfrentar un pasado que no estaba listo para enfrentar. Y esa no era una razón suficiente, no si yo podía intervenir y ayudar.

Podía hacer algo para que alguien se sintiera mejor. Si sacaba a la luz todas las cosas que estaba evitando, sabía por qué era tan atractivo. Embotaba el cinismo... solo un poco. Y eso era algo a lo que podía aferrarme.

—Iré mañana a conocerla.

Esto fue culpa de mis hermanas. Por existir. Por crear la clase más problemática de instintos protectores. Porque aunque Lydia Pierson me pagara un buen sueldo y me mantuviera lejos de casa unos meses más, tenía la sensación de que este trabajo, esta clienta, no sería tan fácil como él lo hacía parecer.

PLAN

2

Lydia

Fue un titular de prensa inventado y el sonido de un cristal rompiéndose lo que me hizo visualizar un giro de 180 grados en mi vida.

Pero en el momento justo antes de que mi auto se estrellara de frente contra el árbol más robusto del noroeste del Pacífico -el sonido nauseabundo del vidrio crujiendo fue lo último que oí antes de perder el conocimiento- no vi mi vida pasar ante mis ojos.

Quizá las cosas habrían sido diferentes si lo hubiera hecho. También podría haber imaginado muchas cosas geniales porque mi vida casi no había apestado, pero lo que vi fue la portada de un periódico proclamando mi muerte. Y lo único que se les ocurrió para el titular fue *"Muere una chica con muchos seguidores en Instagram. A nadie, excepto a su familia, le importa."*

No fue una sensación agradable. Tampoco lo fueron el brazo roto y la conmoción cerebral que lo acompañaron, pero la sensación de ese titular, algo sacado directamente de mi subconsciente, era aún peor.

En los círculos de la psicología del deporte, los atletas utilizaban constantemente la visualización en casi todas las competiciones que habías visto en tu vida. En momentos de estrés y ansiedad, los atletas de

PLAN

élite aprendieron a aprovechar esa respuesta exacerbada e imaginarse a sí mismos superando el reto que tenían por delante.

La respuesta de ansiedad por parte del cerebro no era algo intrínsecamente malo, y lo que la mayoría de la gente entendía mal era que el objetivo de los atletas profesionales no era no sentir nada cuando se alineaban al comienzo de un partido o una carrera o una habilidad. No responder no era mejor. El objetivo era sentir esa oleada de ansiedad y aprovecharla para mejorar el rendimiento mediante herramientas clínicamente probadas.

Cuando un velocista olímpico coloca los pies en los tacos y mira fijamente a la pista, casi se puede garantizar que en su mente se está imaginando a sí mismo corriendo la carrera. La capacidad de llevar su cuerpo a una velocidad sobrehumana era física, sí, pero también mental. Era esa parte mental la que los separaba del resto de los mortales.

Lo sabía porque tenía una pila gigante de libros de texto de psicología del deporte, administración deportiva y administración de empresas sobre el desordenado escritorio de mi dormitorio. No se podía empezar un máster en gestión de la industria del deporte sin ellos. Y todo surgió de un momento de visualización. El titular que nunca había existido, salvo en mi propia cabeza.

En mis veintidós años, no había conseguido nada de valor. Quería una carrera como la de mi mamá, un legado construido y mantenido que afectara a todos los que formaban parte de él. Quería un amor y una familia como mis papás. Y en lugar de eso, tenía un montón de gente a la que le gustaban mis fotos, una serie de relaciones mediocres y superficiales, y una cuenta bancaria que se había llenado con sabios patrocinios.

PLAN

Y eso era inaceptable, porque durante toda mi vida había sido capaz de imaginarme exactamente lo que quería hacer sin dar ni un solo paso para conseguirlo.

Por eso resultaba aún más irónico que un accidente de auto y un brazo roto me hicieran pensar en una cosa y solo en una cosa: intentar alcanzar mi sueño sin salir nunca más de casa de mis papás.

Jamás.

Si estábamos destinados a viajar por todo el mundo, ¿por qué Dios nos dio Amazon Prime? Después de toda la mierda por la que nos había hecho pasar, ¿para qué servía *Internet si* no podía... pedir cualquier cosa que necesitara y que me la entregaran el mismo día?

Internet nos debía la entrega en el mismo día, así que podíamos quedarnos en casa si me lo preguntaban.

Así es como me encontraba yo ahora, tumbada en mi cama con el edredón blanco y mullido, en la habitación de mi infancia en casa de mis papás con vistas al lago Washington, visualizando el momento de hacer un pedido Prime épico antes de volver a hacer los deberes.

—Oooh —le dije—, ahora vuelven a tenerte en stock.

Añadir a la cesta. Un subidón instantáneo de gratificación. Estos eran los únicos momentos en los que tenía algún tipo de subidón. Comprar una máscara en línea para la entrega el mismo día. Si mis dos millones y pico de seguidores pudieran verme ahora, se sentirían épicamente engañados.

Un fuerte suspiro se escapó de mi boca antes de que pudiera detenerlo. Seguía publicando fotos. A veces. Si me apetecía.

Pero la mayoría de las veces, simplemente... no lo hacía.

PLAN

Cada noche, cuando cerraba los ojos, había unos segundos en los que todo volvía a suceder en mi cabeza. La sensación del volante bajo el apretado agarre de mis manos, el desenfoque del cielo, los árboles y la hierba cuando tiraba con demasiada fuerza hacia un lado, y el aterrador pulso del silencio en mis oídos cuando el árbol estaba... justo ahí.

Y en bucle, el sonido de un parabrisas al crujir en mil pedazos.

Cerré los ojos. Me vi sin yeso. Sentada al sol. A salvo.

Estaba a salvo.

Y ya no habría titulares deprimentes sobre Lydia Pierson.

Me levanté de la cama con el brazo bueno y entré en el armario. Tal vez hoy sería el día en que me volvería loca y me pondría algo que no fuera athleisure[1].

Pero entonces tiré de la cinturilla de unos vaqueros y fruncí el ceño. A la mierda. No quería nada que me ajustara, nada que no fuera una cintura elástica o un material pecaminosamente suave. La etiqueta de los vaqueros sobresalía tras mi breve repaso, e hice una mueca al ver el familiar logotipo. Un par de semanas antes había recibido un correo electrónico sobre algún evento al que me había perdido, y no estaban nada contentos.

No tan felices como para haber cancelado mi contrato de patrocinio.

Donde estaba metido en el bolsillo lateral de mis leggings, mi teléfono zumbó. Lo saqué con dos dedos y volví a hacer una mueca por un motivo totalmente distinto cuando vi el nombre en la pantalla.

A todos los efectos, Jill Northman era una de mis amigas. Pero era una de esas amigas que en realidad ya no sabía una mierda de mí más allá de cómo era yo en un evento. Sus papás dirigían una agencia

[1] El término athleisure es una combinación de las palabras athletic y leisure, es decir, nació como una tendencia que mezcla lo propio de lo deportivo y el tiempo libre.

deportiva de éxito, así que llevábamos toda la vida en el mismo círculo social.

Pero aunque no me conociera del todo bien, más allá de lo superficial, había hecho más de un esfuerzo desde mi accidente para convencerme de que volviera a salir en público. Había fracasado estrepitosamente, pero tenía que darle un sobresaliente por su esfuerzo.

—Hola —dije, dejando el teléfono en un estante para poder rebuscar entre algunas camisas.

—Oh, *está* viva. Qué agradable sorpresa.

—Hablé contigo hace tres días, Jill.

—Claro, y dijiste que me avisarías si venías a lo mío mañana.

Mis días tenían una extraña tendencia a confundirse, probablemente porque todos eran iguales. Era... miércoles. Tal vez. Mi mano se congeló sobre una percha.

—¿Qué es eso?

—Mierda, Lydia, ¿te estás volviendo loca? Es la aplicación.

Enarqué las cejas y fruncí la nariz en un gesto de confusión, porque no tenía ni puta idea de lo que estaba hablando.

Jill suspiró.

—*Mi* aplicación. La aplicación de citas que es como Bumble pero mejor.

¿Jill tenía una aplicación de citas? Una conversación anterior revoloteó en la superficie de mi borroso cerebro. Le pidieron que la promocionara. Estar en un par de vallas publicitarias. Decir que era suya era un poco exagerado.

—Como Bumble pero mejor —repetí—. Por favor, dime que están usando eso como eslogan.

Se rio.

—Cerca. ¿Vienes? Hace mucho que no sales.

Me pasé una mano por la cara porque creía que me estaba volviendo loca. Solo un poco. Había tantos mensajes de texto y correos electrónicos sin leer en mi teléfono que... me acostumbré a ignorarlos.

Todo lo que había estado haciendo con mi tiempo era estudiar. Y dormir. Y Prime.

—Ohhh sí, la aplicación —dije tímidamente—. He estado un poco dispersa desde que Brea renunció.

—Me enteré. De todas formas era una asistente basura. Todo el mundo lo sabía.

Me quedé mirando el teléfono, incrédula.

—Fuiste tú quien la recomendó.

Silencio.

—¿Yo?

Me pellizqué el puente de la nariz con la mano buena y decidí dejarlo estar. Brea, la mencionada ayudante de la basura, renunció una semana después de mi accidente porque yo "la ponía súper triste con tanto abatimiento" y ella "realmente no podía soportar ese tipo de energía negativa en su espacio físico y mental".

—Lo que sea —dijo Jill—. Agua bajo el puente. ¿Vienes o no? Puedo recogerte en tu apartamento para que no tengas que conducir.

Hice una mueca de dolor.

—Sigo en casa de mis papás.

—No puedes vivir ahí para siempre.

PLAN

Mírame, pensé mientras intentaba doblar uno de mis jerséis con una sola mano. Un brazo roto era absolutamente letal en los intentos de organización, pero después de diez semanas con el yeso, se me estaba dando bastante bien.

Ante mi obstinado silencio, ella siguió rodando.

—Todos lo entendemos. El accidente fue super-muy-aterrador y todo, pero tienes como veintidós años y vives en el sótano de tus papás. No es una buena imagen.

Apreté los ojos porque ella no tenía ni idea de lo poco que me importaba. Seguía sin poder ponerme al volante de un auto sin sufrir un ataque de ansiedad. En cuanto salía en público y un paparazzi apuntaba una cámara de objetivo largo en mi dirección, todo mi cuerpo se enfriaba y se irritaba. Pero mi amiga -cuya preocupación estaba motivada por su falta de escena social sin mí- no quería oír nada de eso.

A Jill le preocupaba mucho más que mi cara -y mis millones de seguidores- aparecieran en su fiesta. Mi nuevo y brillante estilo de vida ermitaño no le atraía en absoluto. Si le hubiera dicho que iba a empezar un máster, tampoco le habría gustado. Por eso mantuve la boca cerrada y seguí doblando jerséis con una sola mano.

—Además, el accidente fue hace meses. Busquemos un buen psiquiatra que te dé unas buenas pastillas y sigamos adelante. —prosiguió Jill, completamente inconsciente de que su tono despreocupado me daba ganas de patear el teléfono hasta el lago Washington, justo al otro lado del patio trasero de mis papás—. Ya has perdido más de un contrato de patrocinio, Lydia. ¿Qué vas a hacer si todos te abandonan?

Terminar mi carrera.

PLAN

Empieza a trabajar en Washington.

Tomar el relevo cuando mi mamá esté lista para jubilarse.

Encontrar al perfecto hombre sin rostro con una gran mandíbula y sentido del humor y amor por *SportsCenter* y tener bebés con él mientras vivíamos felices para siempre.

—Ya se me ocurriría algo —dije con ligereza.

Todas esas cosas requerirían que saliera de casa.

Ocasionalmente.

Puse el jersey en una estantería del armario e ignoré que la mano me temblaba un poco. Me pasaba a menudo. Cada vez que alguien me acorralaba en esta esquina en particular.

La desafortunada verdad era que no era la primera en someterse a una mini-intervención. Mi hermana estaba preocupada.

Mis papás estaban preocupados. Y no porque se hubieran ganado a una rubia okupa en su sótano con un gusto excelente para vestir. En las últimas diez semanas, sabía exactamente cuánto había cambiado y lo que eso debía parecerles. Sin embargo, a diferencia de Jill, su preocupación, que provenía del amor, me hacía sentir segura. Cuidada. Protegida. Hizo que nunca jamás quisiera volver a vivir sola.

Como si lo hubiera conjurado con ese pensamiento, mi papá llamó suavemente al marco de la puerta. Levanté un dedo y señalé el teléfono que estaba sobre la cómoda a mi lado.

—Jill, tengo que irme —le dije—. Acaba de surgir algo.

—Ugh. Bien. Llámame y avísame de la fiesta, zorra.

Mi papá sonrió cuando corté la llamada con un golpe seco del pulgar.

—Odio cuando me llama así —le dije—. No es un apodo halagador.

PLAN

—Realmente no lo es —estuvo de acuerdo—. ¿Tienes un par de minutos?

Lo miré fijamente.

—¿A qué viene ese tono?

Papá adoptó una expresión inocente.

—¿No puede un papá pedirle a su hija que suba?

—¿Para qué?

—Tu mamá y yo queremos hablarte de algo.

Me metí los pies en las zapatillas negras y me subí el dobladillo de mis pantalones grises favoritos para que no se arrastraran por el suelo. Últimamente me resbalaban por las caderas, ya que una pérdida de peso involuntaria había sido otro desafortunado efecto secundario. Antes del accidente, Lydia *adoraba* sus curvas.

—Guíame.

Me estudió durante un segundo.

—¿Quizás quieras...? —señaló vagamente mi cabello—. ¿Cepillar eso?

Con una palmada cohibida en el nido de pájaros que brotaba de la parte superior de mi cabeza, me miré en el espejo que colgaba de la pared junto a mi tocador. ¡Puaj!

Tal vez me veía un poco... desamparada. Con un tirón y un giro, intenté alisarme el cabello para que quedara un poco más ordenado, pero, sinceramente, con una sola mano y la cantidad de champú seco que había en aquella situación, era una causa perdida.

Mientras colocaba los últimos mechones sueltos en su sitio, entrecerré los ojos al ver la cara de mi papá. Parecía nervioso.

PLAN

Nunca parecía nervioso.

—¿Hay alguien ahí arriba?

Papá se pellizcó el puente de la nariz y luego exhaló con fuerza.

—De acuerdo, tu mamá pensó que deberíamos hacer esto de otra manera, y si no actúas completamente sorprendida, sabrá que te lo advertí.

—Oh Señor, ¿qué? —Gemí.

—Solo recuerda, te amamos, y estamos preocupados, y esa es la única razón.—

—¿Por qué qué? ¿Qué han hecho? —Me puse la mano en la cadera.

Hizo algunos ajustes de mano-a-cadera por su cuenta, que fue como supe que esto era realmente serio.

—Él es ... viene muy recomendado.

—¿Quién lo hace?

Papá levantó una mano.

—Y es un ex jugador. Logan me dio su nombre.

—¿Quién es?

—Jugó cinco años antes de dejar la liga y acabó trabajando en seguridad.

—*¿Quién*? —Pisé fuerte como un niño pequeño.

No fue mi mejor momento.

—Es un... conductor profesional. Algo así —me dijo mi papá—. Y te va a acompañar a donde necesites ir.

—*¿Qué?* —grité. Ya no sentía un hormigueo frío en el cuerpo ni me temblaban las manos cuando pasé junto a mi papá y subí las escaleras.

PLAN

—Se supone que debes hacerte la sorprendida —susurró frenéticamente.

Demasiado tarde —le espeté por encima del hombro.

Cuando pasé por el rellano, solo pude ver brevemente la cara de mi mamá. Obviamente, mis gritos y mis pisotones habían llegado a sus oídos.

Le dijo algo a mi papá o a mí, pero no pude oír nada, solo palabras confusas que no penetraban en el zumbido de mis oídos mientras *él* desplegaba su gran cuerpo desde el sofá del salón.

Alto y aterrador. Era la única forma en que podía describirlo, con los brazos, la barba, el pecho y los ojos. Si me lo cruzara en un callejón, correría en la puta dirección contraria.

Esos ojos suyos, aún más oscuros que el pelo de su cabeza, no se movieron de mi cara, pero sentí que me había tomado la medida en un solo latido.

—De ninguna manera —dije—. No va a suceder.

Su expresión no cambió.

Si mis papás pensaban que me estaban cargando con este terrorífico conductor/guardaespaldas/perro guardián, estaban tristemente equivocados.

Mi mamá se levantó del sofá y se acercó por un lado.

—Lydia, este es Erik Wilder.

Inclinó la barbilla, pero nada más. Lo reconocí de su época de jugador, un liniero defensivo, si no recuerdo mal, pero incluso para mí, que sabía todo sobre todos los jugadores, los detalles de su carrera estaban fuera de mi alcance.

PLAN

De algún modo, rompí el vínculo entre su dura mirada y la mía. Cuando la mano de mi mamá se posó suavemente en mi espalda, me volví hacia ella.

—¿Me has contratado un *guardaespaldas*? No necesito una niñera, mamá. — Tragué saliva y dejé atrás la espesa sensación de lana en la garganta.

Quería *menos* de este circo en mi vida, no más.

—Tenemos que hacer algo, Lydia. —Me acarició la cara—. Apenas sales de casa, y eso estuvo bien las primeras semanas. Tu papá y yo lo entendemos, pero es hora de probar algo nuevo.

—Haré... más citas con esa terapeuta de la que me habló el policía. —Ella y yo habíamos hecho una sesión, y nunca la volví a programar.

—Cancelaste cada vez que lo intentamos de nuevo —me dijo con suavidad. Y aunque su voz fuera suave y dulce y toda preocupación maternal, su rostro era firme, incluso cuando intentaba calmar todas mis plumas tan erizadas. El Sr. Grande, Alto y Aterrador no podía saber esto de mí, pero *nadie* quería estar cerca de mí cuando me enfadaba de verdad por algo. ¿Lógica? Por la ventana. ¿Pensamiento racional? Olvídalo.

Y ahora mismo, yo era la peor combinación posible. Estaba enfadada y avergonzada. Como se me habían pasado los días volando, nunca se me había ocurrido que mis papás me contrataran una niñera glorificada.

Me sentí... estúpida. Como un niño pequeño al que sus papás han estado viendo dar tumbos antes de intervenir. De repente me entraron ganas de darle un puñetazo en la garganta a quienquiera que lo hubiera ideado, porque mis papás no solo me estaban dando un bastón, sino

que me lo estaban pegando a las manos. Me lo súper-pegaban a las manos.

Clavando los ojos en mi mamá, cubrí su mano con la mía, anclándola a mi cara.

—Por favor, mamá, esto es muy embarazoso. No estoy... en peligro ni nada de eso. Solo necesito algo de tiempo para superar esto. Y lo haré, lo prometo.

—¿Cuántos superfans masculinos se han presentado en tu apartamento, Lydia? —preguntó mi papá en voz baja.

Cerré los ojos porque, sí, más de una vez me había librado de ellos.

—Eran inofensivos. Solo querían una foto y un autógrafo.

—Uno de ellos quería casarse contigo —dijo—. Tenía un anillo. Durmió en la acera dos días hasta que tus vecinos llamaron a la policía.

Me alejé de mi mamá y su mano se apartó de mi cara.

—Eso no ha pasado en meses. Y apenas estoy publicando nada estos días, yo... no estoy preocupada por *eso*.

Lo estaba *intentando*. Intentaba cambiar. Para crear algo diferente que encajara mejor en mi mente con lo que realmente quería. ¿No lo vieron?

—Porque has estado viviendo aquí —dijo mi mamá—. Y tenemos seguridad.

Justo a tiempo, oí el reconfortante pitido de la cámara de la puerta principal cuando un repartidor depositó una caja. Seguramente era mi mascarilla, porque los de Prime estaban muy ocupados estos días. Todo lo que ocurría en nuestra propiedad era grabado, vigilado por alguien en una bonita garita de seguridad al final de la calle. La gente de esa caseta tenía un bonito perro grande y de aspecto aterrador que paseaba con ellos, y sí, de acuerdo, era una de las razones por las que me

encantaba quedarme ahí. Pero siempre había tenido la libertad de ir y venir a mi antojo.

Yo no era como *Beyonce*. No necesitaba que un guardia armado me acompañara a ninguna parte porque el mundo perdería la cabeza cada vez que me dejara ver.

Yo solo era una niña con un papá ex quarterback y una mamá dueña de un equipo de fútbol, y perdí temporalmente las ganas de estar rodeada de gente o de salir de casa. Eso no me hacía *material de guardaespaldas*. Especialmente el tipo de guardaespaldas que parecía que iba a arrancarle la cara a alguien si se acercaba demasiado.

Bajo las pestañas, volví a estudiarlo. La amplitud de su pecho y la forma en que sus brazos se curvaban con pesados músculos bajo su sencilla camiseta me secaron un poco la garganta.

Erik debió de notar mi atención porque levantó los ojos y, cuando se clavaron en los míos, mi estómago se quedó inerte.

Nadie, y quiero decir *nadie,* se metería conmigo si él estuviera a mi lado.

Durante un breve segundo, me di cuenta de que mis hombros se relajaban. Y mis malditos papás deben verlo.

—No es una niñera —dijo mi papá en un tono tranquilo y firme—. Eres una adulta, y por mucho que nos guste todo este tiempo contigo, chica, tienes que empezar a vivir tu vida de nuevo. Él puede ayudarte con eso.

Mis papás intercambiaron una mirada, pasándose el proverbial bastón de la conversación.

—No tendrías que preocuparte de que los fotógrafos se acerquen demasiado ni de que se te acerquen admiradores raros cuando estés sola —continuó mi mamá—. Y poco a poco, podrás volver a sentirte normal.

PLAN

Enarqué las cejas. ¿A qué versión de mi vida querían que volviera? Mis papás me apoyaron cuando empecé la carrera, y no esperaba menos. Pero quizá no se daban cuenta de lo en serio que me tomaba este cambio.

Cuando cerré los ojos, me vino a la cabeza la imagen de todas las cosas que quería... que me siguieran los fotógrafos y que un tipo grande y aterrador mantuviera a raya a todo el mundo no era lo que quería. Nunca había vivido una vida en la que necesitara seguridad. Y empezar ahora se sentía como... retroceder.

—No.

Mis ojos se abrieron y el rostro de Erik Wilder mostró su primera expresión más allá de la intimidación total.

Estaba conmocionado.

La boca de mi mamá se abrió en un suave círculo.

—Lydia, no lo dices en serio.

La miré a ella y luego a mi papá.

—De verdad, de verdad que sí.

Papá se pasó una mano por la cara mientras me estudiaba. Sus ojos se desviaron hacia mi mamá y mantuvieron otra conversación sin palabras a la que yo no estaba al tanto.

Esta era una bola curva que ninguno de ellos había visualizado. Eso era jodidamente seguro. Desesperadamente quería cruzar mis brazos y ser indiferente sobre toda esta negociación, pero no era indiferente. Estaba llena de *desafío*. Había una gran posibilidad de que estuviera siendo innecesariamente terca sobre un gesto bien intencionado de la gente que me amaba.

PLAN

Pero si esto sirvió para algo, fue como un cubo de agua helada que me despertó de cualquier cómodo escondrijo que hubiera encontrado.

La ropa.

Las excusas.

El champú seco. De acuerdo, no... eso no iba a ninguna parte.

Pero podría cambiar mi futuro y no tener un perro guardián glorificado siguiéndome a todas partes.

Y todo el tiempo, aquel perro guardián y sus ojos oscuros me estudiaron como a un espécimen detrás de una vitrina. El asombro había desaparecido de su rostro apuesto - estúpidamente apuesto, en realidad- y en su lugar había una curiosidad a regañadientes.

Le sostuve la mirada.

—Gracias por venir, Erik, pero me temo que has desperdiciado un viaje.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, los labios entreabiertos como si fuera a hablar.

¿Cómo sonaba su voz?

Probablemente era sexy. Cualquier tipo con su aspecto -con sus brazos, su cabello, su barba y todo- estaba destinado a tener una voz muy sexy. Y en algún lugar de mi cabeza, me entristecía no haberla oído todavía.

Mi papá se aclaró la garganta.

Los ojos de Erik no se movieron de los míos.

—¿Me acompañas?

El sonido hizo que me diera un vuelco el corazón, lo cual fue... inesperado.

PLAN

Mi papá asintió con la cabeza, pero Erik levantó una mano.

—Tú no —dijo—. Ella.

Mis cejas se alzaron sorprendidas, pero me encontré dispuesta a conceder este pequeño viaje al porche delantero.

Mamá y Papá me miraban en silencio mientras Erik Wilder seguía mi paso y me abría la puerta de casa. Como si me acompañara a algún sitio.

Exhalé un suspiro lento al ver el tamaño de su mano sobre la superficie de madera maciza. El tiempo era hermoso. Perfecto.

Y aspiré el dulce aroma del aire fresco, llenándome los pulmones antes de volverme hacia él.

—No es nada personal —dije, entrecerrando un poco los ojos a la luz brillante—. Es que... no quiero que… me sigan, ¿sabes?

Hizo un sonido. Una especie de gruñido híbrido. Podría haber sido una risa, pero este hombre no tenía pinta de reírse con facilidad.

—Pero gracias por venir.

¿Por qué estaba ahí parado? Me miraba como si no hubiéramos terminado la conversación, pero lo había hecho. La forma en que su mirada parecía catalogar cada pequeño detalle era desconcertante.

Mi cabello.

La camisa hecha jirones.

Los pantalones que eran un poco demasiado grandes. No me gustaba.

Resoplé, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No voy a cambiar de opinión, así que puedes dejar d e mirarme fijamente. No funcionará conmigo.

Al cabo de un momento, Erik se metió la mano en el bolsillo trasero y extendió en mi dirección una simple tarjeta negra.

PLAN

Con cuidado de no tocar sus grandes manos, tomé la tarjeta y le eché un rápido vistazo. Su nombre aparecía en letras mayúsculas, seguido de una dirección de correo electrónico y un número de teléfono. Le sonreí.

—¿La gente todavía usa tarjetas de visita? ¿No puedo buscarte en Internet?

—No.

Solo eso. Puse los ojos en blanco.

—¿Para qué es esto?

Miró por encima de mi hombro, donde sin duda me observaban mis papás. Luego volvió a posar su mirada en la mía. Cada vez que lo hacía, sentía como si algo me abriera un agujero en el pecho.

Como si esa mirada por sí sola pudiera encender algo de nuevo a la vida dentro de mí, y *hoo chico*, eso era una sensación peligrosa.

—Si cambias de opinión —dijo—. No es una debilidad dejar que alguien te cubra las espaldas.

Con su voz grave resonando en mis oídos, me quedé en mi sitio y lo vi dar largas zancadas de vuelta a su inmaculado vehículo.

Una vez acomodado en el asiento del conductor, Erik se subió las gafas de sol por la nariz y, aunque no giró la cara, supe que me estaba mirando.

Mis brazos se apretaron alrededor de mi cintura y, cuando salió de la calzada, tuve la extraña premonición de que no había visto lo último de Erik Wilder.

Pero un tipo como él... no era alguien que hubiera visualizado en mi vida. Así que respiré hondo y volví al interior de la casa.

PLAN

3

Lydia

La pesadilla empezó como siempre.

Primero, el volante desapareció bajo mis manos, una bocanada de humo negro a la que no pude agarrarme. Dondequiera que mirara por el parabrisas había brillantes destellos de luz y voces incorpóreas que gritaban mi nombre una y otra y otra vez.

En algún momento, grité el nombre de mi hermana porque sabía que estaba ahí fuera. De alguna manera sabía que su auto estaba detrás del mío. Pero no podía oírla ni verla. El árbol sobresalía del suelo como una gran bestia reptante, algo vivo, que respiraba y era monstruosamente enorme. Antes de que pudiera respirar e intentar salir del auto, el árbol era tan alto que sus ramas tapaban el sol.

Mis manos clamaban inútilmente por una manera de sacar el auto del camino, pero no había nada que pudiera hacer para controlarlo.

El repugnante crujido del cristal, las astillas que crecían por el parabrisas hasta que no pude ver nada, y mi cuerpo que se balanceó hacia delante con una brusca sacudida. Solo que esta vez, en lugar de que el sueño terminara ahí, mi cuerpo voló hacia delante a través del cristal, el negro del árbol corriendo a mi encuentro.

PLAN

Me desperté con un grito, el corazón clamando salvaje y fuerte contra mis costillas. Tenía el cuello frío por el sudor y me senté en la cama, enterrando la cara en la mano que me temblaba. Me dolía el brazo, como si mi estúpido cerebro hubiera enviado señales de dolor desde el accidente, concentrándose en el único punto donde no podía esconderme.

La puerta de mi habitación se abrió y apareció mi papá.

—¿Estás bien? —preguntó, con los ojos preocupados y el cabello oscuro y plateado alborotado.

Asentí con la cabeza e intenté respirar hondo, pero fracasé cuando mis pulmones no se llenaron. El pecho me pesaba y me oprimía, y apreté la mano contra él mientras me concentraba en el peso de su mano en mi espalda. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que me quitó la humedad de la mejilla.

—Me estás rompiendo el corazón, chica —susurró.

Mi exhalación fue temblorosa y carrasposa, y volví a intentar aspirar el oxígeno que necesitaba. Los restos del sueño se desvanecieron mientras permanecíamos sentados en el silencio de mi habitación.

—¿Cómo me has oído? —pregunté.

Papá se hundió en el borde de mi cama y me hizo sentir como si volviera a ser una niña, como cuando solía arroparme.

—Llevo un rato levantado. Tu mamá tuvo que salir temprano para esa entrevista a distancia con el programa *Today* sobre las mujeres en el deporte.

Asentí con la cabeza.

Soltó una larga exhalación.

—¿El mismo sueño?

De nuevo, asentí.

—Hace tiempo que no lo tenías.

—Lo sé. —Salí de debajo de las sábanas y me senté a su lado. Me tiré de la coleta desordenada que me caía sobre el hombro y pasé la mano por el enredo—. Creo que... la reunión de ayer con Erik desencadenó algo. Pensando en salir por ahí.

Hizo una mueca y abrió la boca para decir algo. Antes de que pudiera, levanté la mano.

—Sin disculpas, ¿de acuerdo? Solo... vamos a ver a mamá ser increíble.

No necesitaba que me dijera que lo sentía porque no era culpa suya. Mi cerebro solo... necesitaba no ser estúpido. Solo había soñado con el accidente durante las dos semanas siguientes. La nueva rutina en su casa me había dado una falsa sensación de seguridad.

Papá me alborotó el cabello y salió de mi habitación, y mientras me ponía una sudadera para seguirlo, tuve que parpadear para alejar la imagen de la cara de Erik Wilder mientras me entregaba su tarjeta de visita.

La tarjeta estaba en el borde de mi escritorio y, mientras me bajaba el dobladillo de la sudadera por las caderas, me quedé mirándola como si fuera a saltar y morderme.

—¿Tienes hambre? —preguntó papá desde la puerta—. Puedo hacer algo para desayunar.

Apartando la mirada de la tarjeta, sacudí la cabeza hacia mi papá.

—Creo que por ahora solo café. —Mi escritorio abrazaba la pared junto a la entrada de mi dormitorio, y él echó un vistazo a la tambaleante pila de libros de texto de colores brillantes. La mitad eran

PLAN

obligatorios y la otra mitad pertenecían a una lista que había ido confeccionando durante un par de años. Gente a la que mis papás citaban a menudo, entrenadores, propietarios y jugadores de los que habían aprendido.

En mi cabeza podía ver la hilera de estanterías que se extendía algún día detrás de mi escritorio.... todas las espinas alineadas en filas ordenadas. Durante años, dije que empezaría a trabajar en ello cuando me acercara a los treinta.

Hasta que el crujir de cristales y el chasquido de huesos hicieron que los treinta parecieran realmente lejanos. Nadie me acusaría de no estar preparada cuando me llegara el turno de sentarme detrás de la mesa donde ahora estaba mi mamá.

Su dedo tocó el libro superior, una biografía de Tony Dungy, uno de los entrenadores que papá más admiraba.

—Este me gustó.

Sonreí.

—A mí también. Lo terminé el otro día.

Subimos las escaleras, en silencio, mientras él encendía la televisión. Me serví una taza de café y nos acomodamos en nuestros sitios habituales en el largo sofá gris.

Como es habitual en el hogar de los Pierson, la pantalla cobraba vida con ESPN como canal elegido. Puede que mis seguidores en las redes sociales crecieran gracias a mis patrocinios en moda y a las sesiones fotográficas que más atención acaparaban, pero así era como me encantaba pasar las mañanas. Y las tardes. Y las noches.

No era sexy, y desde luego no era glamuroso, pero sentarme en el sofá con mi papá y analizar lo que ocurría en la liga era mi lugar feliz.

PLAN

—Diez minutos para que comience la entrevista de tu mamá. —Me dirigió una mirada—. ¿Lo mantengo aquí hasta entonces?

Asentí con la cabeza.

—Quiero oír lo que tienen que decir sobre los problemas de Detroit en el campo de atrás.

Mi papá sonrió. Todos decían que me parecía a mi mamá, pero si conocían bien a mi familia, tenía la sonrisa de mi papá.

—¿Cuál crees que es su problema? —preguntó.

La pregunta me hizo fruncir el ceño.

—Siguen centrándose en los receptores, pero no tienen suficiente profundidad en el resto de posiciones, así que sus jugadas son fáciles de defender. No es que puedan obligar a su QB a correr el balón cuando lo necesita, pero si siguen confiando en el juego de pase cuando no hay química entre su quarterback y sus receptores, nunca harán lo que quieren mientras esté lo suficientemente sano para jugar.

Papá tarareó.

—¿Culpa del entrenador?

Negué lentamente con la cabeza.

—Le echarán la culpa, probablemente incluso lo despedirán después de esta temporada si no ganan lo suficiente, pero han pasado por tres entrenadores y nada ha cambiado. Necesitan un nuevo director general, pero nadie quiere admitirlo.

—Estoy de acuerdo. —Dio un sorbo tranquilo a su café—. Es difícil tomar decisiones cuando el director general lleva diez años en el cargo. Tu mamá recibió muchas críticas cuando Washington despidió al último.

PLAN

—Me acuerdo. —No siempre era divertido ver a los comentaristas, sobre todo cuando encontraban un blanco en la mujer que más idolatrabas en el mundo.

Papá cambió de canal cuando la entrevista de mamá estaba a punto de empezar.

—Tu mamá tiene un destacamento de seguridad todos los días de partido —dijo en voz baja—. Hay seguridad en las instalaciones de entrenamiento. En el estadio. En la mayoría de los actos benéficos a los que asistimos.

Exhalé un suspiro lento porque sabía que el tema se había dejado caer con demasiada facilidad.

—Lo sé. Pero dirige un equipo deportivo profesional multimillonario. Tiene sentido que tenga un equipo de seguridad.

Me miró rápidamente.

—¿Y no quieres asumir ese papel algún día?

—Cuando esté lista para retirarse, claro. —Me tapé las piernas con una manta—. Pero no necesito que alguien me siga con un micrófono en la oreja y una pistola atada a la cadera porque todavía me pone un poco nerviosa salir a la calle.

Mi papá suspiró.

—Sé que parece que estamos llevando esto demasiado lejos, bug, pero ¿y si... y si solo lo dejas que te lleve a un sitio?

—Dios, sacando el apodo de la infancia. Eso es guerra emocional. —Sonreí, porque hacía años que no me llamaba así.

—¿Te ayudará estar de acuerdo? Solo te pido que lo conozcas un poco.

PLAN

—¿En un solo viaje? —Me burlé—. ¿Qué va a conseguir con eso? Tenía las habilidades conversacionales de una tostadora, papá.

Y ojos realmente oscuros e intensos. Y manos grandes.

Tomé el mando a distancia e intenté subir el volumen. Él me lo devolvió y pulsó el botón de pausa, congelando la pantalla en la cara sonriente de mamá para que no nos perdiéramos nada.

—Te pido que lo intentes. Sabes que tu mamá y yo las apoyamos a ti y a tu hermana en todo lo que quieran. ¿Quieres quemar tus redes sociales hasta los cimientos y no volver a publicar ninguna foto? Perfecto. Yo encenderé la cerilla.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no es lo que intento hacer. Solo intento cambiar mi enfoque.

—¿Quieres empezar la carrera y hacer las dos cosas? Te ayudaré a estudiar. Te tomaré exámenes. Te ayudaré a examinar propuestas de negocio para que puedas construir tu marca de otra manera. —Me sostuvo la mirada—. Lo que necesites.

—Si sigo recibiendo propuestas. He perdido cinco patrocinios en las últimas diez semanas, papá.

—Sí, bueno, probablemente son gente jodidamente terrible.

Sonreí.

—No lo son. No cumplí mi parte del trato.

Suspiró.

—Pero aún tienes más, ¿verdad?

Asentí lentamente.

—Sí, todavía tengo algunos. Pero todos requieren algún nivel de mostrar mi cara en público. Tengo un evento importante con Dior en un par de semanas.

—El perfume —dijo.

—El perfume. —Me froté la frente—. No puedo estropearlo. Pagaría todo mi máster.

Mi papá sonrió suavemente.

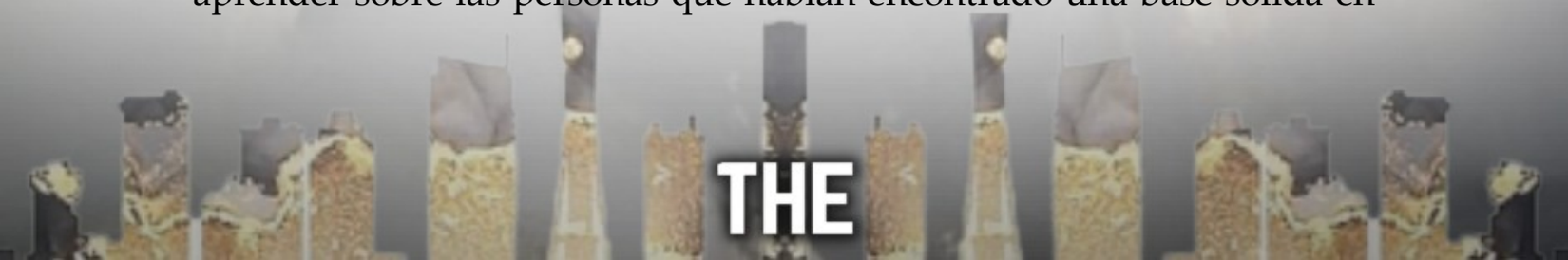
—¿Te he dicho cuánto admiro que quieras pagarlo tú misma?

—Solo diecisiete o dieciocho veces. —Le di un codazo con el hombro—. Es culpa tuya. El cuento de Faith y mío antes de dormir era cómo tenías dos trabajos para compensar el coste de la matrícula cuando tu beca no lo cubría todo en Michigan.

—Nunca te arrepentirás de trabajar duro por lo que quieres, bug. —Señaló el televisor—. Tu mamá es un testimonio de eso tanto como yo. Le dieron la propiedad de un equipo de fútbol y no tenía ni idea de qué hacer. Pero mírala ahora. —Sus ojos brillaban con tanto amor y orgullo que casi se me saltan las lágrimas. Mis papás se amaban tanto que era ridículo. Nos habían puesto un listón muy alto a mi hermana y a mí, y nada por debajo de eso sería suficiente.

Toda mi vida he estado rodeada de gente de éxito, no solo en el amor, sino en la vida. Deportistas, propietarios y filántropos. Debido a la procedencia obrera de mi papá, vi tanto éxito en las personas de su familia que trabajaban duro en empleos que disfrutaban, que volvían a casa cansados y sudorosos al final del día, y que eran tan felices como las personas que ganaban diez veces más. Más felices, en algunos casos.

Cuanto más clara se volvía la idea de mi futuro, más deseaba aprender sobre las personas que habían encontrado una base sólida en



el suyo. Cada fibra de mi ser creía que podía construir sobre el legado de mi mamá y mi papá en Washington, pero cada paso que me acercaba me hacía cuestionar si lo tenía en mí.

—¿Por qué crees que se le dio tan bien desde el principio? —le pregunté.

Alzó las cejas, sorprendido. Por la naturaleza de lo que había hecho -como jugador-, se hablaba constantemente de sus puntos fuertes y débiles, incluso décadas después de haber dejado de jugar. Pero no solíamos analizar por qué mi mamá era tan buena en lo que hacía.

En lugar de responder de inmediato, mi papá se quedó mirando la cara de mamá que seguía congelada en la pantalla.

Negó lentamente con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo tienes para que te conteste?

Sonreí, acurrucándome en el sofá.

Dejó el café sobre la mesa y respiró hondo.

—Nunca tiene miedo de hacer preguntas. Me di cuenta enseguida. Hay una cierta humildad necesaria para estar dispuesto a admitir que no entiendes algo. Cuando entiende algo, conoce el valor de su propia opinión. —Me miró—. Y nadie puede decirle lo contrario.

»Escucha a sus interlocutores, sea cual sea su función en Washington. Todas las personas y todos los puestos tienen el mismo valor para ella. Y confía en la experiencia de esas personas en lugar de fingir que conoce su trabajo mejor que ella. Tu mamá descubrió desde el primer día cómo dejar a un lado su ego y dirigir con el corazón. — Parpadeó, y en la luz tenue de la habitación, pensé que tal vez se le

estaban poniendo los ojos llorosos—. Por eso todos los tipos que se alinean en ese campo irían a luchar por ella. Y lo han hecho.

Apoyé las rodillas contra el pecho y apoyé la barbilla en él mientras asimilaba lo que decía.

Su respuesta no tenía nada de punzante, no contenía ningún subtexto sobre mi propia situación, pero a pesar de todo encontré un hilo de verdad en lo que decía. Puede que pasasen años antes de que yo ocupase una posición de liderazgo, pero ¿sería capaz de dejar de lado mi propio ego cuando fuese necesario?

Desde luego, ahora no.

—Ahora vuelvo —le dije a papá, deslizándome fuera del sofá.

Levantó la vista.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Solo necesito hacer una llamada rápida.

—¿Tan temprano?

—Oh. —Miré la hora en mi teléfono. Faltaba mucho para el amanecer—. Supongo que no. La mayoría de la gente no se levanta tan temprano, ¿eh?

Papá estudió mi cara.

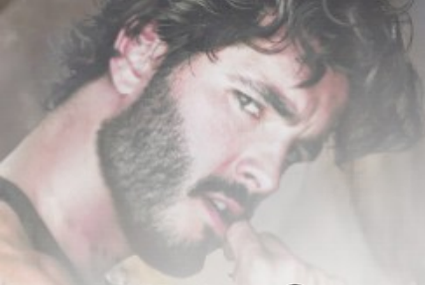
—Depende de a quién llames.

Hice rodar los labios entre los dientes.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

Su boca se crispó.

—Tal vez.



PLAN

Con un resoplido, caminé alrededor del sofá hacia la cocina.

—Le enviaré un mensaje.

—Estará despierto —dijo mi papá a mi espalda en retirada.

Me quedé helada.

—¿Seguro?

—Oh, sí.

—¿No empezarás la entrevista de mamá sin mí?

Papá se rio.

—Lo sé mejor.

Mordiéndome el labio, bajé los escalones hasta mi dormitorio y tomé con cuidado la tarjeta de visita de la superficie de mi escritorio.

Las letras mayúsculas de su nombre me llamaban a gritos, y tuve la vaga idea de que estaba cometiendo un grave error. Que el futuro que intentaba labrarme no podía lograrse confiando en que un hombre atractivo y aterrador me llevara a algún sitio.

Pero cerré los ojos e intenté encontrar una buena razón para no aceptar la ayuda. Intenté imaginar cómo iba a salir de este espacio oscuro si me negaba a aceptar la ayuda.

Y me quedé en blanco.

Antes de que pudiera disuadirme, marqué los números y contuve la respiración mientras empezaba a sonar.

—Sí.

Así fue como respondió. Una palabra ronca con voz áspera como el sueño. Hice una mueca de dolor.

—Siento llamar tan temprano.

PLAN

Silencio. Correcto.

—Umm, es Lydia Pierson.

—Me lo imaginaba. —Se aclaró la garganta—. ¿Dónde estás?

—Oh. Estoy en casa. En casa de mis papás —enmendé—. Ahora mismo no te necesito.

—¿Entonces estás bien?

—Sí. Acabo de hablar con mi papá y me ha dicho que probablemente estarías despierto.

Mi cara estaba jodidamente ardiendo porque cualquiera diría que nunca había hablado con un hombre por teléfono.

—Lo siento, esto probablemente lo hizo parecer como una emergencia o algo así. No lo es. Solo quería llamar antes de que me convenciera a mí misma.

Emitió una especie de zumbido gruñón que me hizo cosquillas en los oídos y me produjo un agradable escalofrío que no pude controlar.

—Estoy dispuesta a intentarlo. Pero no puedes ser esa gran sombra silenciosa y aterradora que se niega a hablarme.

Erik soltó un profundo suspiro y, antes de que pudiera pensarlo mejor, mis labios se curvaron en una sonrisa. Sonaba tan molesto, y en lugar de molestarme a mí a su vez, había un pequeño brote de curiosidad ardiendo bajo mi piel.

—Estoy hablando contigo ahora mismo, ¿no? —refunfuñó.

—Sí. —Ahora sonreía ampliamente, así que probablemente era bueno que no pudiera verme.

—¿Me necesitas hoy?

PLAN

¿Qué día era hoy? Miré la pantalla de mi teléfono. Viernes.

—Si estás libre —dije. Me froté la frente y lo solté antes de cambiar de opinión—. Una amiga mía tiene una... cosa... hoy. Me preguntó si podía ir. No quiero, pero tal vez sea una buena prueba.

—¿Dónde se celebra? ¿De qué magnitud?

Mi nariz se arrugó.

—No lo sé, y no lo sé. ¿Puedo darte esa información cuando me recojas? Creo que se supone que empieza a las tres. Lo cual... es una tontería para un evento de una aplicación de citas, pero da igual. Nadie pidió mi opinión.

Se quedó callado un momento.

—Bien. ¿Qué tal si me envías un mensaje de texto con la ubicación cuando la encuentres? Me gustaría saber en qué nos estamos metiendo.

Nos.

Sonaba bien.

—Puedo hacerlo. —Exhalé un suspiro—. Gracias. Sé que ayer no te di muchas oportunidades. Y todavía me siento un poco rara por todo eso de que mi familia cree que necesito un guardaespaldas. Es por eso que no puedo soportar que te quedes ahí *mirando* a la gente y haciendo que parezca que soy una aspirante a Kardashian o algo así, porque, oye, apoyo a las personas que viven como quieren, pero no estoy tratando de entrar en lugares al azar con un séquito entero, ¿sabes?

De nuevo, Erik dejó escapar un suspiro.

—Ajá.

No fue tan descontento como el primer suspiro. Y me pareció mucho más divertido de lo que debería.

PLAN

Me pasé un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Bueno... supongo que te veré esta tarde entonces. ¿Tal vez sobre las tres?

—Creía que empezaba a las tres.

—Bueno, sí, así que no puedes aparecer hasta al menos una hora más tarde.

—Ajá.

Me reí.

—Te enseñaré la etiqueta adecuada para un evento social.

—Por favor, no —murmuró.

Era extraño estar sentada en mi cama, donde me había despertado con un sudor frío no mucho antes, y sonreír ante la idea de salir.

De acuerdo, bien, no sonreía por salir. Pero si nada más, me encontré calculando las horas hasta nuestra pequeña prueba.

Erik Wilder y sus suspiros podrían no ser la idea más horrible después de todo.

PLAN

4

Erik

Antes de mi primera reunión con Lydia, estaba bastante seguro de algunas cosas.

Como era más joven que yo, su principal preocupación se centraba en su aspecto y en la imagen que proyectaba, sería capaz de manejarla sin problemas. Habría apostado cada centavo de lo que Luke me ofreció por eso.

Oh, qué ridículamente equivocado había estado.

No era la forma en que subía las escaleras. Ni la ropa holgada que cubría su cuerpo ni el desorden de cabello que llevaba en la cabeza. Fue el destello de pura ira obstinada que destellaba en sus ojos azules lo que me hizo querer cubrirme las pelotas y reconsiderar mis opciones de empleo.

La cantante con la que viajé nos dijo cuatro cosas durante la gira.

Buenos días, chicos.

Muchas gracias.

Estoy lista.

Buenas noches.

PLAN

Era educada y profesional. Su agenda era férrea e inamovible. Con semanas de antelación, sabíamos a dónde íbamos, la magnitud del evento y lo que se esperaba de nosotros.

Ahora estaba atendiendo llamadas antes del amanecer con cero información y una mujer sorprendentemente testaruda que casi me empujó de vuelta al auto.

La expresión de confusión en mi rostro había persistido hasta que volví a entrar en el apartamento de mi hermana Adaline.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Parpadeé.

—Honestamente, todavía no estoy seguro, pero ella *no* es lo que esperaba.

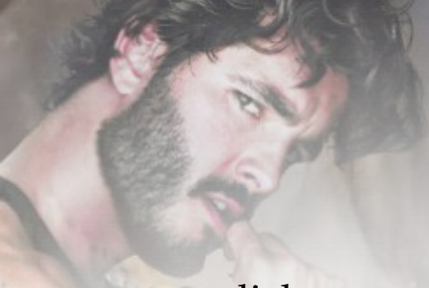
Mi hermana rió y rió, y solo consiguió darme una palmada condescendiente en la cabeza.

—Oh, hermano mayor, si pudiera imprimir y enmarcar tu cara en este momento, la colgaría en la pared bajo un foco. Bienvenido al otro lado de los Washington Wolves, donde las mujeres reinan supremas y nunca le pondrán las cosas fáciles a alguien que les diga lo que tienen que hacer.

Sus palabras resonaron en mi oído toda la noche mientras soñaba con grandes ojos azules y un brazo enyesado. Cabello rubio enmarañado y su voz diciendo que *no era nada personal* mientras yo intentaba ayudarla a cruzar un río caudaloso y ella me apartaba la mano.

Seguro que lo sentí como algo personal.

Y ahora, volvía a casa de la familia Pierson con una renovada determinación de no meter la pata. Era un nuevo día y, aunque



odiaba no saber en qué tipo de evento la estaba metiendo, tenía una idea muy clara de cómo era realmente Lydia Pierson.

Hoy podría parecer más de lo que yo esperaba si asistiéramos a un acto social, pero ya sabía que estaba tratando con una mujer mucho más complicada de lo que había supuesto.

Una estupidez por mi parte. Porque el famoso dicho de no juzgar un libro por su cubierta era un dicho famoso por una razón.

Algo que había olvidado y que no olvidaría pronto.

En las horas previas a recogerla, volví a estudiar sus redes sociales y sabía una cosa con certeza. Los subtítulos burbujeantes debajo de las fotos abiertamente sexys no eran la misma mujer que estaba recogiendo. Y si necesitaba un recordatorio, ella lo demostró cuando llegué a la casa, y me estaba esperando en el porche delantero.

Esperaba un vestido ajustado con tacones altos, cabello sexy y maquillaje completo.

Esperaba tener que acercarme a la puerta y esperar a que terminara de arreglarse para acompañarla al asiento trasero de mi auto y conducir en un educado silencio.

Pero no. Eso no fue lo que encontré.

Porque ahí estaba Lydia Pierson, esperando en el porche, con cara de estar a punto de entrar a robar en casa de alguien.

Llevaba una gorra negra, gafas de sol de espejo y una sudadera negra sobre unos vaqueros oscuros, y podría haber pasado por cualquier estudiante universitaria normal. Llevaba el cabello recogido bajo la gorra... de alguna manera.

PLAN

Antes de salir, me tomé un segundo e intenté... una vez más... ajustar mis expectativas. Recordarme a mí mismo todas las formas en que había sentido decepción o arrepentimiento en los últimos años. Si tuviera que rastrear el culo de esta chica por todo Seattle, no dejaría que este trabajo se añadiera a la lista.

Respiré hondo y salí del auto.

Estaría nerviosa, me recordé.

Era algo importante para ella, y necesitaría que yo mantuviera la calma, la calma y el mando.

Yo podía manejar esto.

Estaba en el porche, con una bolsa bastante grande al hombro. Le tendí la mano.

Lydia se quedó mirando.

—¿Eso es para un apretón de manos, o es tu forma no verbal de ofrecerte a tomar mi bolso?

Mi mandíbula se crispó.

—Lo último.

—Bien. Puedo arreglármelas, pero gracias. Solo son zapatos y una falda.

Miré la enorme bolsa.

—Parece que cabría un cuerpo dentro.

Sonrió.

—Casi.

Me bajé las gafas de sol y estudié su rostro. Lo que podía ver de ella. Y me di cuenta de que no me devolvía la mirada.

Apuntando al suelo. Más allá de mi hombro. Hasta mi auto.

PLAN

—¿Estás lista para esto?

Su pecho subía y bajaba rápidamente.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Me aclaré la garganta.

—Estás, eh, vestida diferente de lo que esperaba.

Lydia se miró el cuerpo, absolutamente engullido por la sudadera. El dobladillo le llegaba casi a las rodillas.

—Cierto. —Se aclaró la garganta, llena de nervios—. Bueno, tengo un plan.

Una ceja se alzó lentamente sobre mi frente.

—¿Lo tienes?

—¿Sí?

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—No lo sé —resopló—. Estás haciendo esa cosa con la cara que me despista, ¿de acuerdo? Sí, tengo un plan. No estabas seguro de en qué nos metíamos hoy, ¿verdad?

—Correcto. —Porque no me había dado ni una pizca de información.

Lydia se quitó las gafas de sol de la cara, esos ojos azules brillantes como un puñetazo en las tripas.

—Así que hacemos una vuelta. Como alrededor de la manzana. Vemos cuánta gente hay, y si algo parece sospechoso, seguimos conduciendo.

Conseguí una mirada firme.

—Señorita Pierson...

PLAN

—Lydia —interrumpió—. No me llames señorita Pierson, o perderé la cabeza. Ya siento que todo esto del guardaespaldas conductor es tremendamente pretencioso, ¿de acuerdo?

Me pasé la lengua por los dientes y traté de averiguar cómo mierda había conseguido la ventaja en... todo.

—¿Por qué parecería sospechoso?

Se movió en su sitio.

—No lo sé... podría serlo.

Su mano buena agarró con fuerza el brazo de su bolso y yo solté un suspiro lento. Estaba nerviosa y manejar eso era parte de mi trabajo.

—Demos una vuelta entonces.

A Lydia le brillaron los ojos.

—¿En serio?

—Claro. Un poco de reconocimiento nunca hace daño a nadie.

—*Exactamente* lo que estaba pensando.

Se encontró con mi paso mucho más largo cuando me volví hacia el auto, y en el mismo momento en que crucé para alcanzar la puerta del asiento trasero, ella cruzó para alcanzar la manilla de la puerta del lado del pasajero.

Levantando las manos para no rozar... nada... la miré de reojo.

—¿A dónde vas?

Lydia señaló el lado del pasajero.

—El auto.

La miré.

—¿Me vas a hacer sentar en el asiento trasero?

PLAN

—Es más seguro así. También se te nota menos ahí detrás. Para fines de reconocimiento —añadí.

Miró mi todoterreno. Las ventanillas traseras tenían un tinte ligeramente más oscuro que las delanteras, y pude ver el momento exacto en que decidió que lo que yo decía tenía sentido.

—De acuerdo.

Asentí con deferencia y me acerqué a ella para abrir el asiento trasero. Un punto para mí, si llevara la cuenta.

—Además, si voy al evento, tendré que quitarme los pantalones aquí y ponerme la falda, y esto será más fácil. —Sonrió en mi dirección —. Buena decisión.

Suspiré pesadamente mientras cerraba la puerta, y me pareció oír el sonido de su risa en voz baja.

Cuando me senté en el asiento del conductor, Lydia estaba sentada en medio del banco, con toda la cara visible en el espejo retrovisor.

—¿Dirección? —pregunté.

Deslizó su teléfono entre los asientos y yo eché un vistazo rápido a la ubicación, tecleándola en mi teléfono mientras ella tomaba el suyo.

—¿Un jardín?

Lydia se encogió de hombros.

—Supongo.

Se había quitado la gorra y llevaba el cabello recogido en una elaborada trenza que le rodeaba la nuca. Me sorprendió mirándola y se tocó el cabello con la punta de los dedos.

—Faith hizo esto por mí.

Observé su rostro con atención.

PLAN

—Es mi hermana. —Lydia se enganchó el cinturón de seguridad. Luego comprobó que estaba apretado. Respiró hondo—. Media hermana, supongo. Tenía seis años cuando nuestros papás se conocieron y luego se casaron. Yo nací como seis meses después de que ganaran la Super Bowl durante el último año de mi papá... Sé que sabes todo esto. No sé por qué siento que necesito explicarlo.

Encendí el auto mientras ella hablaba y le eché un vistazo cuando su voz se apagó.

Tenía las mejillas pálidas.

—Respira hondo por mí, ¿de acuerdo? —le pregunté.

Los ojos de Lydia se cruzaron con los míos por el retrovisor. Abrió la boca y me preparé para una discusión, pero en lugar de eso, accedió.

Pensé en hablarle de mi propia familia. Cuántos hermanos y medio hermanos tenía. La forma en que mi papá se fue sin una segunda mirada. Pensé en decirle que si no lo hubiera hecho, mi mamá nunca se habría casado con Tim. Que se casara con Tim me dio tres hermanastros y una hermanastra que me acompañó unos dos años después.

Habría servido como una distracción agradable para Lydia. Para mí, habría sido horrible.

Revivir mi pasado era lo último que pretendía hacer en cualquier trabajo.

Por mucho que quisiera hacerlo bien, no merecía la pena revivirlo por una joven que probablemente volvería a su antigua vida tan rápido como se había escapado de ella.

No. Lydia Pierson no conseguiría una parte de mi pasado.

PLAN

Había aprendido la lección demasiado bien. Compartir cualquier parte de mí solo acababa en angustia para todos los implicados.

—Una más. —Con cuidado, tiré de la palanca de cambios y levanté el pie del freno. Avanzamos alejándonos de la casa. Y mantuve mis ojos fijos en los suyos—. Solo tú y yo vamos a dar un paseo, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza. El color volvió lentamente a su rostro y sus hombros se relajaron un poco.

—Estoy, estoy mejor —dijo después de otro suspiro. Su mano revoloteó a lo largo del borde de su cinturón de seguridad—. Pero no intentes batir el récord de velocidad, ¿de acuerdo?

Quería sonreír. Pero no lo hice. En lugar de eso, asentí con la cabeza y conduje el auto en silencio por las calles arboladas de la casa de sus papás.

Lydia se quedó callada mientras nos dirigíamos al local y, por el retrovisor, estudié su lenguaje corporal.

Incluso con los autos a nuestro lado, mi velocidad aumentando y el ruido filtrándose a nuestro alrededor, no parecía demasiado tensa. La vi abrir y cerrar el bolso y murmurar algo en voz baja.

Alguien más podría haberle preguntado si estaba bien, pero recordé lo que dijo Luke.

Ella no necesitaba que nadie la mimara.

—¿Cuál es el evento al que nos dirigimos? —pregunté.

Respiró lentamente.

—Algún lanzamiento de una aplicación de citas. —Debí fruncir el ceño porque Lydia soltó una risa divertida—. Suena mal para ti, ¿eh?

Gruñí.

PLAN

Un puñado de veinteañeros, probablemente todos tan atractivos como ella, reunidos alrededor tomándose selfies para poder conectarse en una nueva aplicación que les permitiría una excusa diferente para follar. Así que sí, sonaba como el infierno en la tierra.

—Hace tres meses, no me habría importado ir —dijo, con los ojos fijos en las montañas. Luego parpadeó mirando su regazo—. No *debería* tener problemas para ir. No va a ser tan grande. Quizá unas ciento cincuenta personas.

Su voz se entrecortó un poco al decir esto último. Entrecerré ligeramente los ojos en su dirección.

El "no debería" no siempre tenía mucho que ver, cuando tu cuerpo se negaba a participar en lo que tu mente quería hacer.

Lo sabía bien.

No debería haberme costado tanto volver a casa, y eso que hacía más de dieciocho meses que no pisaba la propiedad de nuestra familia. No debería haber sido difícil volver a la liga después de mi lesión, tras una recuperación que coincidió con la firma de los papeles de mi divorcio.

Y debería haber sido más fácil perdonarme por las cosas que había hecho mal.

Para Lydia Pierson, su *debería* fue ir a una fiesta en el jardín de una aplicación de citas, aunque su razón para estar en terreno movedizo fuera legítima.

—Si decides que quieres entrar —dije con facilidad—, el tiempo que nos quedemos depende completamente de ti. Solo tienes que decirlo y nos largamos.

Me sonrió en el espejo.

PLAN

—¿Como una palabra de seguridad? —dijo con voz burlona—. No creo que una tarde de fiesta esté a la altura de unos látigos y unas cadenas.

La fulminé con la mirada.

—Sé lo que quieres decir —continuó—. Y... sí, si decido que no parece sospechoso, te lo haré saber.

Pero en el momento en que doblamos la esquina y vimos la fila de autos, su garganta tragó saliva. La expresión pálida y dibujada volvió a su rostro. Y su pecho se movió con la creciente velocidad de su respiración.

Había un muro de flores como telón de fondo, atravesado por una fila de fotógrafos que hacían fotos a la gente que entraba.

Se agolpaban unos encima de otros para conseguir el mejor ángulo, empujándose como si estuvieran luchando por un lugar privilegiado.

—Yo no… —Se detuvo y respiró profundamente como lo había hecho antes—. No sé si esto es un gran evento para empezar.

Seguí conduciendo, observando cómo sus hombros estaban tensos y elevados. Y había apoyado los pies en la consola, abrazando las rodillas contra el pecho.

—No hay problema —dije—. ¿Algún otro sitio donde quieras parar de camino a casa?

Lydia no me miró hasta que pasamos el circo. Sus hombros bajaron unos centímetros. Su respiración se estabilizó. Y no estaba completamente seguro de que Lydia Pierson tuviera miedo de estar en el auto después de todo.

PLAN

—Siento haberte hecho venir a buscarme —dijo, sin mirarme a los ojos—. Es estúpido, ¿eh?

—No necesitas disculparte. Es mi trabajo llevarte a donde quieras ir.

Parpadeó con sus ojos azules en mi dirección.

—¿Podemos... tomar un café helado o algo de camino a casa?

—¿Dónde quieres ir? —Probablemente querría algo lujoso y caro. Donde universitarios presumidos hicieran dibujos en espuma con el único propósito de colgar una foto. Un gato o un maldito camello o algo que costara veinte dólares.

Pero Lydia se encogió de hombros.

—McDonald's está bien. Tienen nata montada riquísima.

—Quieres que te lleve a McDonald's —le dije.

—Lo que esté más cerca. No te desvíes por mí. —Se inclinó hacia delante en su asiento—. ¿Puedo poner algo de música?

—*Nadie* toca la radio de mi auto —dije—. Reproduce rock y country y nada más.

—¿Cómo sabes que no escucho eso?

Enarqué una ceja.

—¿Lo haces?

Lydia levantó un poco la barbilla.

—No. Pero eso no viene al caso. Estás haciendo suposiciones muy grandes sobre mí, Erik.

Antes de que pudiera defenderme o defender mi música, volvió a acomodarse en su asiento.

PLAN

—No pasa nada. —Volvió a sonreír—. La gente lo hace todo el tiempo. Es más agradable cuando les demuestro que están equivocados.

Sus palabras golpearon con la precisión de una bala, atravesando cualquier armadura que me haya puesto para prepararme para esta primera extraña salida.

Llevar a Lydia Pierson a un McDonald's por un café helado. Qué mierda.

Me removí en el asiento e intenté recalibrarme. Repasar mentalmente lo que esto significaba de cara al futuro. Todo lo que había esperado se había ido al garete, y una gran parte de mí quería sentar a Luke y Allie Pierson y obtener un nuevo punto de vista de mi reticente nueva clienta.

—Hablando de suposiciones —dijo ella—, ¿tengo que esperar hasta nuestra segunda o tercera salida para oír tu historia de cómo acabaste llevándome en auto a mí?

Miré hacia el asiento trasero. Puede que pareciera inocente y que su voz intentara transmitir lo mismo, pero en su cabeza empezaban a girar los engranajes.

—¿Quién dice que te voy a decir nada?

Se rio. Hasta que vio mi cara.

Su sonrisa cayó, los ojos se abrieron casi cómicamente en su cara.

—¿En serio?

—Su papá no me contrató para contar historias, señorita Pierson.

Lydia hizo lo que se les daba tan bien a mis hermanas. Me miró fijamente y puso mentalmente los ojos en blanco sin mover un solo músculo. Reconocería esa expresión facial hasta dormido.

—Si no me lo dices, lo averiguaré a la antigua.

PLAN

Suspiré.

—Ciberacoso —continuó—. No creas que no lo haré.

—¿Te gusta cuando la gente te hace eso? —le pregunté.

Lydia frunció el ceño.

—No.

Los arcos dorados aparecieron al final de la manzana y yo levanté la barbilla hacia el parabrisas.

Me acerqué al altavoz y ella se adelantó para mirar el menú, con los codos apoyados en el respaldo de mi asiento.

Olía a caramelo. Su voz suave me recorrió los oídos con un temblor sedoso mientras leía sus opciones.

—Oooh, he cambiado de opinión. Un pastel de manzana, umm, un cono de vainilla. Y unas patatas fritas pequeñas.

Giré la cabeza. Su cara estaba a centímetros de la mía, pero no retrocedió. Yo tampoco.

—¿Quieres los tres?

Apoyó la barbilla en la mano y me miró con sus largas pestañas.

—¿Juzgando mucho? Sí, quiero los tres.

Una vez que tuvo la comida en la mano, ignoré los gemidos de felicidad que emitía con el primer sorbo de helado.

Y una vez que llegué a la casa de los Pierson, sin salir del auto y sintiéndome más que un poco desequilibrado, me pregunté por millonésima vez en qué demonios me había metido.

PLAN

5

Lydia

El problema con las rutinas era que casi nunca las veías venir.

Las rutinas eran cómodas. Como envolverse en la manta más calentita en tu sillón favorito en un día de nieve. ¿Quién querría salir de ese sitio?

Pensé que había dado el primer paso para salir de la rutina de quedarme en casa al subirme al inmaculado todoterreno de Erik Wilder.

Pero para cuando me acabé las patatas fritas y me lamí las últimas migas de tarta de manzana de los dedos, me negaba a admitir que una rutina había sido sustituida por otra. Como si hubiera pasado de un sitio cómodo de la cama a otro igual de cómodo.

No es que hubiera mucho en Erik que fuera cómodo.

En nuestra segunda salida, solo unos días después, lo observé por debajo de mis pestañas desde detrás del asiento del copiloto. Era mejor verlo de incógnito cuando yo no estaba en medio del banco y, por tanto, a la vista del retrovisor. Sin quejarse y sin apenas cruzar palabra entre nosotros, condujo más allá de la orilla sur del lago Washington hasta mi Dutch Bros Coffee favorito.

—¿Vas a entrar hoy? —preguntó, con la mano grande apoyada despreocupadamente en el volante.

PLAN

Sinceramente, sus manos eran enormes. Dedos largos. Sentí calor en la cara mientras pensaba demasiado en eso.

Llevaba una camisa negra de manga corta, ceñida alrededor de la impresionante curva de su bíceps, y cuando los músculos se movieron al girar el volante, casi olvidé lo que me había preguntado. No... no había mucho en él que me hiciera sentir cómoda en absoluto.

Pero era un paisaje agradable en este nuevo atolladero en el que me había metido.

Parpadeé.

—Umm, no me importa.

Los ojos de Erik se entrecerraron en el aparcamiento. No estaba concurrido, pero tampoco muerto.

—¿Verdad?

Lo miré.

—Drive-through está bien.

Dejó escapar un suspiro reservado y mis labios se torcieron.

Había tantas variaciones en la forma en que exhalaba, y probablemente me ponía un poco mal de la cabeza que las estuviera disfrutando tanto.

La rutina continuó, pequeños y felices signos de puntuación entre los días dedicados al estudio y al registro de mis dos clases, normalmente rematados con nata montada y chocolate. Cada vez que me metía en su auto, que olía a él, me resultaba un poco más fácil.

En nuestra cuarta salida, paramos en el pequeño mercado gourmet que hay al final de la calle de casa de mis papás. Sí, fue una forma de demostrarle que era capaz de estar en público ya que conocía a casi

todos los que compraban ahí, y los dueños siempre nos dejaban solos. Caminaba silenciosamente detrás de mí mientras llenaba una cesta con los ingredientes de los espaguetis con albóndigas que prepararía para la cena.

Al final de un pasillo, estudié las botellas de vino tinto para mi salsa y capté movimiento en el otro extremo. Dos adolescentes, vestidos con ropa de marca y cortes de cabello largos y alborotados, susurraban entre ellos y miraban en mi dirección.

Dejé escapar un suspiro cuando uno de ellos sacó su teléfono. Normalmente, bastaba una sonrisa amable para que me dejaran en paz. Pero eso era lo difícil. Nunca se sabía a ciencia cierta quién era una persona normal y quién un psicópata con un zoom en la cámara.

—Debería haberme puesto la gorra y las gafas —murmuré.

Erik se movió hacia delante, bloqueándoles la vista, y yo le dediqué una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—¿Quieres que les pida que se vayan? —dijo, con voz baja y ronca.

Tomé una botella con una etiqueta negra y dorada, sacudiendo la cabeza mientras la metía junto a la caja de pasta. Con Erik caminando cerca detrás de mí, un gigantesco muro de músculos entre el resto del mundo y yo, aminoré el paso cuando pasamos junto a la panadería. Tras la vitrina, eché un vistazo a los pasteles, tartas y galletas perfectamente decorados.

—¿Quieres algo? —pregunté.

—No, gracias.

—*¿Alguna vez* comes?

Erik me lanzó una mirada.

PLAN

—Solo preguntaba. Nunca pides nada cuando salimos. —La dulce anciana dueña del mercado salió de la cocina, estudiándome de pies a cabeza mientras se acercaba.

—Te ves flaca, Lydia. —Se puso unos guantes de plástico—. Mejor pide dos de lo que suene bien.

Sonreí.

—Hago lo que puedo, María. ¿Tienes tiramisú hoy?

Ella asintió.

—Cortando un poco por detrás. —María miró a Erik—. ¿Uno para tu... amigo, también?

—Oh no, él nunca se deleitaría con algo tan glorioso como tus postres. —Palmeé el hombro de Erik—. Sobrevive a base de sospechas y expresiones faciales aterradoras.

María se rio entre dientes.

—Si ese es tu tipo, cariño... no puedo decir que te culpe.

Erik murmuró algo en voz baja y yo apreté los labios entre los dientes para no reírme. Sus ojos brillaron de fastidio y perdí la batalla, riendo lo bastante alto como para que los punks de Abercrombie volvieran a pasear en nuestra dirección. Cuando le acepté las cajas de tiramisú a María, la mano de Erik se deslizó cálida y pesada por la parte baja de mi espalda.

Se me pusieron los brazos de gallina porque aquella caricia se parecía muchísimo a la última vez que alguien intentó meterme la mano por debajo de la falda.

Pero mejor. Mucho, mucho mejor.

—Volvamos por aquí —dijo.

PLAN

Un hombre me tocaba la espalda y yo luchaba por respirar de manera uniforme.

La pura conmoción me hizo admitir algo en una exhalación apresurada.

—Te vi en YouTube anoche.

Erik soltó la mano, su mandíbula se tensó mientras mantenía el paso conmigo.

—¿Encontraste algo bueno?

Levanté la barbilla.

—Muchas cosas, en realidad.

Tal vez fue la clase que estaba tomando, algo que no me apetecía explicarle, sobre cómo las construcciones sociales influyen en la forma en que vemos los deportes, lo que me hizo pensar de nuevo en Erik mientras me metía en la cama.

Puse mi iPad sobre la cama a mi lado, tecleé su nombre y encontré una pequeña lista de repeticiones.

Sus mejores sacks, algunas intercepciones que me hacían sonreír. Era grande y rápido. Observaba al quarterback, cambiaba rápidamente de posición cuando se daba cuenta de algo que a otro se le había pasado por alto, era capaz de esquivar a los linebackers con facilidad, utilizando esos brazos largos y fuertes para desbaratar incluso a los mejores QB que jugaron en su época.

Y después vi sus celebraciones. Su pasión era contagiosa, muy distinta de la del hombre bien contenido que me apartó la mano de un manotazo cuando intenté cambiar de canal en su radio.

—Estuviste bien —dije simplemente.

Su ancho pecho se expandió al inspirar profundamente, y me encontré conteniendo la respiración para ver si suspiraba.

—Aunque tiene sentido que hayan cambiado su defensa después de que te fueras. —Saqué el vino de la cesta y lo dejé sobre la cinta, mirándolo cuando acaparaba espacio en el pasillo—. Su media de saques bajó cuando cambiaron a la defensa 4-3, pero el tipo que te sustituyó contenía mejor la carrera.

—Gracias —dijo secamente.

Me reí.

—¿Está buscando cumplidos, *Sr. Wilder*?

Eso no le gustó. Su rostro se curvó en un impresionante ceño fruncido.

Yo sabía que no. Porque cada vez que sacaba el tema del fútbol, sus ya limitadas habilidades para la conversación bajaban a bajo cero. Si lo hubiera sido, sin embargo, podría haberle dicho que ver cómo se abalanzaba sobre el quarterback me resultaba tan sexy como si hubiera desfilado sin camiseta por la línea de cincuenta yardas.

Bueno... *Tal vez* tan sexy. Tendría que reservarme esa opinión si alguna vez viera lo que había debajo de todas esas camisetas de algodón de colores sólidos que llevaba.

—No vi tu lesión —continué—. Esa es una grabación del juego que nunca he sido capaz de estudiar.

Erik me lanzó una mirada.

—¿Haces mucho de eso?

Levanté las cejas y le di un codazo con la cadera para apartarlo y dejar el resto de la comida en la pequeña cinta transportadora.

—Las chicas tienen que tener aficiones.

PLAN

Exhaló una breve carcajada incrédula en voz baja y me encontré sonriendo.

Volví a hablar en un tono ligero.

—Pero he leído algo al respecto.

Erik me quitó la cesta vacía de la mano y la colocó en una pila en el suelo. Lo único que obtuve como respuesta fue un gruñido.

—¿Todavía te da problemas la rodilla?

Suspiró.

—No.

El artículo no contenía gran cosa. Un resumen de la jugada, sus estadísticas de la temporada, el grado de la rotura del ligamento cruzado anterior y que estaría en la reserva de lesionados hasta que terminara la operación y la rehabilitación. Muchos, muchos jugadores se habían recuperado de cosas peores.

—¿Así que no es por eso por lo que no volviste? —pregunté despreocupadamente.

Sus cejas se cerraron sobre sus ojos oscuros. Pero no movió su mirada hacia mí.

Ni siquiera fingió que iba a contestar.

Era como si disfrutara sabiendo que me estaba volviendo loca.

Me mordí el labio mientras el marido de María escaneaba mis artículos. Me guiñó un ojo cuando le entregué mi tarjeta.

Erik tomó las bolsas sin decir palabra y yo me metí el recibo en el bolsillo. La absoluta falta de información que tenía sobre Erik estaba en total contradicción con lo a gusto que me sentí inmediatamente con él.

Cuántas veces pensé en él cuando no estaba.

PLAN

Diablos, mi *nivel de comodidad* estaba en contradicción directa con la forma en que actuaba a mi alrededor.

Y me dije que este interés era puramente educativo. Nunca había conocido a nadie que tuviera tanto talento, sin final a la vista en su carrera, como para simplemente marcharse sin pensárselo dos veces.

Mientras caminábamos hacia el auto, pensé en decírselo. Pensé en hablarle de mi clase y de que la única razón por la que se lo preguntaba era para descubrir cómo influían los deportes en la cultura, cómo influía la cultura en los deportes y las ramificaciones en la forma de ver ambas cosas.

Qué hay en él, en el propio juego o en su vida fuera de él, que le causó tanto daño que dejó millones -literalmente- sobre la mesa para poder seguir adelante.

Pero me mordí la lengua. Lo último que podía soportar de él era un comentario frívolo sobre lo que estaba haciendo y por qué. Me sacaría de cualquier cómoda y acogedora rutina. Y por mucho que odiara admitirlo, después de haberlo descartado tan fácilmente el primer día, necesitaba a Erik Wilder para superar aquella fiesta de Dior.

Ese conocimiento me inquietó. Solo un poco.

Pero a medida que se acercaban los días, todo en mi parecía inquietarse.

Mis papás me ponían nerviosa. Porque era como si supieran exactamente en qué situación me encontraba -incluso si había salido de casa-, pero aún no estuvieran seguros de cómo echarme del nido por completo.

Que Faith fuera feliz y estuviera perdidamente enamorada de su guapísimo y talentoso novio futbolista me puso al borde de los celos por primera vez en mi vida. No porque quisiera a Dominic o envidiara su

felicidad. Pero cuanto más tiempo conducía con Broody McHotpants, y cuanto más parecía decidido a no dejarme entrar en su piel, más me parecía notar todas las malditas parejas felices a mi alrededor.

Y Jill ...

Jill estaba a punto de volverme loca con sus mensajes.

Si hubiera una forma de no invitarla al evento, lo habría hecho antes de que Erik pudiera emitir un suspiro malhumorado.

Recibí mensajes sobre por qué no fui a su evento. Mensajes pidiéndome quedar para comer.

Mensajes de texto preguntando qué me iba a poner para el evento para no coincidir accidentalmente.

Y todo eso lo evadí como una maldita profesional. Al final, mis habilidades para inventar excusas estaban tan perfeccionadas que podrían haberme hecho tarjetas de visita.

Lydia Pierson: excusadora profesional y experta en autoservicios.

Sonaba bien.

Me decía a mí misma que estaría bien para cuando llegara mi evento de Dior.

Estaría bien porque era una simple fiesta y había hecho cientos de ellas, y no debería tener ningún problema porque tenía a Erik.

Tenía a Erik y un vestido estupendo y la certeza de que presentarme a una fiesta para poner mi cara en un anuncio de perfume cubriría toda mi matrícula para terminar el máster.

Estaría *bien*.

Me lo recordaba a mí misma mientras enviaba correos electrónicos a mis profesores, concretando los temas en los que quería centrarme para mi proyecto principal. Tenía un millón de pestañas abiertas en el

portátil mientras trabajaba, y solo paraba de vez en cuando para tomar un café con el hombre que no compartía nada.

Seguí con lo básico, obligando a Erik a pasar por el autoservicio de Starbucks al día siguiente.

La cola era larga, y me deslicé hasta el centro del banco, apoyando los codos en la consola mientras él estudiaba el menú.

—¿Pedirás algo hoy? —le pregunté.

—Nop. Solo intento ver si puedo adivinar con qué horrible brebaje dulce envenenarás tu cuerpo hoy.

—Ja, ja. —Sus labios se crisparon ante mi tono seco. Permanecimos sentados otros cinco minutos, sin apenas movernos, y solté un suspiro —. Esta fila va a durar una hora a este ritmo.

Miré el reloj. Dentro de dos horas tenía que entregar un trabajo de clase y aún tenía que leer otro de los proyectos de mis compañeros.

—¿Tienes algo por lo que ir corriendo a casa? —preguntó.

Ouch. Su tono seco me hizo soltar un suspiro de fastidio. Pero eso no lo hizo sonreír. Su mirada se clavó en la mía y debió de ver algo oculto en mis ojos, porque entrecerró los suyos.

¿Pero preguntó? Por supuesto que no.

—Claro que no —dije con ligereza—. Lo único que hago en casa es pintarme las uñas y contarme las puntas abiertas, Erik.

No le gustó nada el sarcasmo que destilaba mi voz. Su teléfono vibró y lo tomó de la consola para abrir el hilo de mensajes.

Mientras estaba distraído, acerqué el brazo y pulsé el botón que cambiaba a la configuración Bluetooth de la radio.

Me apartó el brazo de un manotazo y yo pasé mi mano por encima de la suya antes de que pudiera cambiarla.

PLAN

Una de mis canciones favoritas de K-Pop empezó a sonar en mi teléfono, y yo pulsé alegremente el botón de volumen en el lateral de mi teléfono cuando él empezó a murmurar palabrotas soeces en voz baja.

—Lo siento, no te oigo —le dije.

El fastidio impío de sus ojos me produjo tanta alegría que probablemente debería haberme preocupado por mi salud mental.

Erik dejó el teléfono y pulsó el botón de encendido de su equipo de música con tanta fuerza que el botón saltó.

—Me gusta esa canción —dije.

—Lo harías. —Detuvo el auto ante el altavoz y la voz incorpórea le preguntó qué quería pedir. Antes de que pudiera abrir la boca, Erik se asomó por la ventanilla abierta—. Sí, pediré un venti Iced Sugar Cookie Almond milk latte con nata montada, chocolate y virutas y, eh... un grande Caffe Americano.

Me quedé con la boca abierta. No era precisamente lo que iba a pedir, pero bueno, sonaba delicioso.

Erik entregó un billete de veinte, ignorando mi mano cuando tendí la tarjeta de crédito. Suspiré y capté el borde de sus labios crispándose.

Cuando la camarera vestida con un delantal verde y grandes ojos marrones le entregó las dos bebidas con una sonrisa coqueta a Erik, luché contra el impulso de gruñirle. Pero, claro, yo estaba sentada atrás. Como una niña. Así que no me vio.

En la momentánea bruma de celos que nublaba mis ojos, no vi a Erik intentando alcanzarme mi bebida.

Se aclaró la garganta.

PLAN

Tomé la taza a ciegas, parándome en seco cuando no había nata montada. Ni virutas. Solo *café*.

—¿Qué? —Miré hacia el asiento delantero justo a tiempo para que tomara una cucharada enorme de nata montada y se la metiera en la boca—. ¡Eso es mío!

Se lamió los labios, un gesto casi lascivo que hizo que mis muslos se sintieran un poco... inquietos. Luego tarareó en el fondo de su garganta.

—No *te he* visto pidiendo nada, pero el mío está delicioso.

Lo fulminé con la mirada y Erik soltó una risita rasposa que probablemente resonaría en algún lugar de mi cerebro más tarde, cuando me arrastrara entre las sábanas.

Por principio, no me bebí el café y lo tiré a la basura de la cocina después de que me dejara.

Mi teléfono zumbó y me pregunté si sería Erik, que me había dejado con su habitual "hasta mañana" y una mirada firme y despreocupada.

Gemí cuando vi el nombre de Jill.

Jill: *Bueno... ya que ignoraste mi pregunta sobre el vestido, estoy usando verde. ¿Ya ni siquiera recuerdas cómo presentarte a los eventos? No olvides no parpadear cuando te hagan una foto.*

Yo: *Tu preocupación es conmovedora.*

Jill: *No seas mala. Es una genialidad bastante malvada, en realidad. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.*

Yo: *¿Pensar en qué? ¿Poner en escena mi propio accidente de coche?*

PLAN

Jill: *Has conseguido esconderte durante tres meses. En cuanto reaparezcas, la prensa hará su agosto con la forma en que les has hecho esperar.*

Jill: *Todo el mundo hablaba de ello en mi fiesta de la aplicación. Quiero decir, *yo* no dije que fuera exagerado, pero alguien lo hizo. No te preocupes, te defendí.*

—Por el amor de Dios —murmuré. Justo lo que no quería. ¿No podía... colarme por la puerta trasera o algo así?

Empecé a sentir la cara un poco caliente, las manos me picaban y estaban frías, con punzadas que bajaban hasta la punta de los dedos.

Casi llamo a Erik. Para decirle que no me sentía bien y que podíamos saltarnos la fiesta.

Frotándome la frente, bajé a mi dormitorio y me quedé mirando la pila de libros de texto, con los trabajos marcados junto a mi portátil. Y apreté los ojos.

Era tan fácil fingir que esto desaparecería por sí solo. Que podría seguir llevando la vida que quería sin tener que superar este obstáculo. Pero no fue así. Y no podía inventar una excusa o quedarme en mi cómodo y cálido lugar por más tiempo.

Sí. Me sentía muy nerviosa. Porque tenía menos de veinticuatro horas y mi rutina estaba a punto de saltar por los aires.

PLAN

6

Lydia

La decimocuarta vez que miré por la ventana lateral de la puerta principal, mi hermana se acercó sigilosamente por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Qué haces? —susurró.

Le aparté la cara de un manotazo.

—Nada.

Faith tarareó.

—No comiste mucho en la cena, y sé que no hice un pollo de mierda.

Con un suspiro, me aparté de mi vigilia en la puerta. Erik no llegaría hasta dentro de cinco minutos, el hombre nunca se había presentado *ni* un minuto antes *ni un minuto* después, así que ni siquiera estaba segura de por qué estaba pendiente de su llegada con tanta obsesión.

—El pollo definitivamente no era una mierda. —Me encogí de hombros—. Solo que no tenía mucha hambre.

Mi hermana mayor me miró atentamente. De hecho, durante toda la cena familiar, lo único que había hecho mi familia era mirarme atentamente.

PLAN

Mamá llegó pronto de la oficina de los Wolves para verme recoger mis cosas para el evento de esa noche. Llevaba dos horas con la bolsa en la puerta.

Papá canceló una reunión de reclutamiento en las instalaciones de prácticas para verme cuidadosamente comprobar y volver a comprobar el contenido de dicha bolsa. Sí, podría haber sido más fácil prepararme en su casa, ya que había vivido ahí durante un par de meses, pero, sinceramente, no podía soportar toda la vigilancia -cuidadosa o no- porque ya sentía que me iba a desmoronar.

—¿Cómo te sientes para esta noche? —preguntó Faith—. ¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

—Porque los eventos de perfumes elegantes en clubes ostentosos son tu escena —bromeé.

Ya no se parecían mucho a mi escena, pero eso parecía un poco superfluo para la conversación.

—No, pero estar ahí cuando mi hermana me necesita es mil veces mi escena. —De nuevo, con la mirada atenta en sus ojos. Me di la vuelta, estudiando el camino de entrada vacío—. Y no has respondido a mi pregunta —dijo con suavidad.

Sabía lo que quería decir.

No quería ir, y sí, quería que mi hermana mayor estuviera ahí conmigo. Podía agarrarle la mano con mi mano buena y ponerle una sonrisa grande y despreocupada, pero tan falsa, mientras le rompía todos los huesos de los dedos con mi agarre superfuerte.

Lo había hecho muy bien, dejando a un lado leves punzadas de aprensión, y cuando amaneció el día del evento... todo lo leve había desaparecido en cuanto abrí los ojos.

PLAN

Cada salida me había parecido una práctica, y mientras esperaba a que llegara mi manta de seguridad de dos metros y medio, ojos aterradores y grandes brazos, tuve que admitir que toda esa práctica era una completa y absoluta mierda.

No podía visualizar una salida de ésta, por más que lo intentara. Pero si le decía a Faith algo de eso, ella solo se preocuparía.

Así que me encogí de hombros.

—Estoy un poco nerviosa. Pero es estúpido. No debería estarlo. Habrá un m-millón de personas ahí. Lo único que tengo que hacer es sonreír para las cámaras y pasar un rato, y ya está.

—No es estúpido —argumentó Faith—. Ni siquiera fui yo la del accidente, y me sentí temblorosa durante un par de semanas.

Su voz tembló peligrosamente al final de la frase y cerré los ojos con fuerza. Puede que no condujera mi auto, pero fue testigo. Sin poder hacer nada, mi auto se estrelló contra un árbol.

Skkkkkrt. Frena *eso*, ordené a mi estúpido cerebro. Al instante, redirigí mis pensamientos hacia algún lugar más inmediato, algún lugar anclado en el presente.

—¿Sabías que a Erik aún le quedaban tres años de contrato cuando se marchó? —le pregunté a Faith—. Solo jugó cinco años.

Ante el brusco cambio de tema y mi evidente falta de respuesta, respiró rápida y sorprendida.

—Supongo que nunca presté tanta atención —admitió lentamente—. Tú siempre mirabas la lista con más atención que yo.

Me quedé mirando por la ventanilla lateral, esperando a que apareciera.

PLAN

—Se rompió el ligamento cruzado anterior en la segunda mitad de su última temporada. Nunca volvió a jugar.

Faith tarareó.

—Algunas personas no quieren arriesgarse a otra lesión, supongo.

La noche anterior, había pasado horas viendo imágenes de él. Otra vez. Me daba una cosa segura con la que obsesionarme cuando no quería pensar en el hecho de que tenía que llevar su gigantesco y aterrador culo conmigo a ese gigantesco y aterrador evento. Las palabras de Jill sobre mi gran regreso triunfal desencadenaron algunas imágenes mentales bastante mierdosas en mi cabeza. Caminando por la alfombra roja, la prensa clamando por fotos mientras yo hacía todo lo posible por no vomitar en esa alfombra roja.

Así que, naturalmente, dejé que Erik y su pasado en blanco se cuelen en cada parte ocupada e inquieta de mi cerebro.

—Pero como, ¿qué pasa con eso? —Me giré y la miré—. ¿Te imaginas a Dominic renunciando después de una lesión de la que muchos chicos se recuperan completamente? —pregunté, refiriéndome a su novio, un tight end en su primera temporada con los Wolves.

—No —respondió ella inmediatamente—. Le gusta demasiado.

Señalé el camino de entrada vacío como si Erik estuviera ahí de adorno.

—¿Ves? Es raro. ¿Cómo puede un jugador de fútbol profesional dejarlo así y luego acabar haciendo algo súper aleatorio como... una especie de guardaespaldas? Nunca me dice nada. Le he preguntado una docena de veces.

Faith me estudió en silencio, pasando los dedos por las puntas de los rizos desordenados que me caían por la espalda, aquellos con los

que me había ayudado antes porque rizar con una sola mano no era algo que dominara todavía.

—¿ Estamos haciendo algo parecido a una transferencia? ¿Así es como se llama?

Suspiré.

—No.

—Mm, okay. —Mi hermana me apretó el hombro—. Lo harás muy bien esta noche. Nadie le dará importancia a que estés ahí, y entonces te darás cuenta de que no hay nada de qué preocuparse. Sabes lo que haces.

Las palabras, reconfortantes y dulces, seguían flotando en el aire cuando el estruendo de un motor subió por el camino de entrada. Y algo se alivió en mi pecho, solo un poco. Todavía tenía los dedos fríos y los hombros duros como rocas por la tensión que arrastraba, pero la banda de hierro que rodeaba mi caja torácica se aflojó lo suficiente como para que pudiera respirar hondo.

Mamá se acercó por detrás de Faith y de mí, poniéndome la mano en la espalda.

—¿Necesitas que hablemos con Erik de algo? Sé que ustedes han *salido*... bastante, pero esta es una escena diferente.

Los dos sabíamos que no necesitaba hablar con Erik de nada. No necesitaba ninguna orientación sobre cómo hacer su trabajo. En mi mente, tuve un flash de su mano en mi espalda, la forma en que movió su gran cuerpo para bloquearme la vista. Además, la pregunta de mi mamá no provenía de la desconfianza, sino de su propia preocupación. Le dediqué una pequeña sonrisa cuando la miré por encima del hombro.

—Ser papá debe de ser raro, ¿eh?

PLAN

Los ojos de mamá, grandes y azules como los míos, brillaron al instante.

—Lo más raro del mundo —dijo. Luego le dio a Faith un beso en la mejilla y me apretó el brazo bueno con la mano—. Como si tu corazón viviera fuera de tu cuerpo.

Las tres permanecimos juntos en silencio frente a la ventana de la puerta principal mientras Erik abría la puerta del conductor de su todoterreno negro.

Cuando por fin pude verlo por completo, exhalé un suspiro lento. Tenía *buen aspecto*. Algo en sus pantalones negros perfectamente entallados hacía que sus largas piernas parecieran aún más largas, su delgada cintura, ceñida por un cinturón de cuero negro, realzaba la amplitud de su pecho con la nítida camisa azul claro. Tragué saliva audiblemente cuando se detuvo para ajustarse el botón de arriba, apartándoselo del cuello como si no pudiera respirar muy bien.

Erik Wilder se arregló *muy* bien.

Mamá se rio suavemente y me pasó un dedo por debajo de la boca, que estaba ligeramente abierta.

—Al menos si tengo que dejarte salir al mundo esta noche, sabiendo que eres un poco insegura, irás con él.

Cerré la boca de golpe.

El pecho musculoso de Erik se expandió al inhalar profundamente y, a través de las gafas de sol, sentí su mirada como una caricia. Pensé en lo que había dicho Jill. Lo exagerada que me consideraba la gente, como si mi ausencia hubiera sido una estratagema para crear interés. Si pensaban que eso era malo, ¿qué demonios parecería aparecer con un maldito guardaespaldas? Parecería pretencioso en el mejor de los casos, histérico y paranoico en el peor. Ya podía imaginar los murmullos entre ellos.

PLAN

No. A mi cerebro tampoco le gustaba ese proceso de pensamiento, así que mantuve los ojos clavados en el hombre de la entrada, en sus largas piernas y grandes manos, la piel dorada y la barba oscura que le hacían parecer que pasaba todo su tiempo libre cortando leña o derribando árboles con las manos desnudas o cosechando grano o alguna mierda por el estilo.

No se movió de al lado del auto.

Ahora lo conocía lo suficiente. Iba a hacer que mi culo caminara hasta el auto sin ayuda.

Porque *sabía* que yo no quería ir.

Por eso no me moví de entre mi mamá y mi hermana. Me gustaba el pequeño sándwich de mujeres Pierson que teníamos. Una vez que me moví de ahí, no hubo vuelta atrás. Eso significaba que la atenta vigilancia de mi familia iba a ser sustituida por la atenta vigilancia de Erik el Mudo.

—¿Estamos esperando a que venga a la puerta como una cita? —susurró Faith.

Mamá resopló.

Ladeé la cabeza mientras lo estudiaba. Dios, estaba estúpidamente guapo con esa ropa.

No sabía si eso mejoraba o empeoraba las cosas.

—¿Mamá? ¿Por qué Washington no renovó su contrato? Después de su lesión, quiero decir.

Tarareó en voz baja.

—No fue nuestra elección. Aún le quedaba tiempo de contrato, pero decidió marcharse poco después de la operación.

La miré, pero no dijo nada más.

—¿Y?

Mamá levantó las cejas.

—No es mi historia para compartir, bug. Ya sabes cómo va.

—Me vuelve loca —susurré—. Todo para que pueda jugar Kevin Costner a nuestro colectivo de fantasías de *guardaespaldas*.

A Faith le tocó resoplar.

—Lydia —reprendió mamá con suavidad.

—Lydia no lo tocará —intervino Faith antes de que pudiera decir nada—. A ella solo le gusta mirar. Ya lo sabes.

Los ojos de Erik no se apartaban de donde yo seguía enmarcada en la ventana. Lo sabía, tanto si podía ver sus ojos oscuros como si no. Interrumpí la conexión el tiempo suficiente para tomar mi bolso y dar a mamá y a Faith un rápido beso en la mejilla.

—Erik me sobrevivirá, lo prometo —les dije.

Papá apareció de la cocina.

—¿Lo hará, sin embargo?

Yo también le di un beso en la mejilla.

—Tú lo contrataste. Si no lo hace, ¿de quién es la culpa?

Se quedaron juntos, observando atentamente, y yo les dediqué la mayor sonrisa que pude.

—Vas a esperarme despierta, ¿verdad? —pregunté.

—Claro que no —dijo mamá con voz débil.

Faith asintió.

Papá guiñó un ojo.

PLAN

Fue suficiente para que me riera de verdad cuando salí por la puerta.

Pero a medida que me acercaba al auto, las risas se desvanecían. Erik me observó atentamente, acercándose a la puerta del asiento trasero. Dejé de caminar.

—¿Qué pasa?

—No puedo sentarme ahí atrás —dije.

Los cristales tintados podrían haberme ayudado antes, podrían haberme hecho sentir una falsa sensación de seguridad, pero esta noche no quería estar tan separada. La rutina ya no me parecía algo real, y estar sola en aquel banco grande y largo me parecía lo peor del mundo mientras llegábamos al evento. Nada de esta noche era acogedor y cálido, de hecho, era todo lo que podía hacer para no temblar donde estaba.

Señalé la puerta del copiloto.

—Me sentaré ahí.

Me miró con recelo, pero dio un paso atrás para abrir la puerta.

—¿Te importaría explicarme por qué?

Incliné la cabeza.

—Si me dices por qué dejaste de jugar al fútbol.

Erik apretó la mandíbula, los ojos se le oscurecieron de fastidio, pero no dijo ni una maldita palabra. Tal como esperaba.

Abrió la puerta del acompañante y entré. Una vez que la puerta se cerró tras de mí, lo vi caminar alrededor de la parte delantera de su auto. Esta noche se movía de un modo diferente, la ropa mostraba su cuerpo de un modo que las camisetas y los vaqueros... no hacían.

PLAN

Estaba bueno con las dos cosas, no se podía negar, pero esta noche parecía un hombre grande, malo y aterrador. Estaba en la arrogante inclinación de su mandíbula y la frialdad de su boca.

Un papel que estaba interpretando. Y era algo que podía entender.

Tenía una idea de mí que había cultivado desde que tenía memoria. Esa idea siempre estaba firmemente bajo mi control, sin importar qué lado de mí mostrara. Últimamente, era Lydia, la hogareña, con sus bebidas esponjosas y sus mascarillas favoritas. Antes era la sexy, la modelo. De vez en cuando, era el desastre caliente o la chica que quería ser una magnate como su mamá. Pero no importaba lo que publicara, cuánto me comprometiera o permitiera mostrar, yo era la que dirigía esas imágenes y esa versión de mí que veían.

Y mientras Erik entraba en el vehículo conmigo, llenando el espacio con su enorme cuerpo, su delicioso aroma y su abrumadora presencia, me di cuenta de que esta noche -con él- era la primera vez que sentía que no controlaba cómo me veían los demás. En realidad, no controlaba nada.

Qué horrible realización de mierda.

La rutina -con todo lo bueno y lo malo que tiene- seguía ocultándome.

La presión en mi pecho se hizo cada vez más fuerte, respiré hondo y lo solté lentamente mientras él giraba la llave.

Me volví hacia Erik y le puse una mano en el brazo.

—Espera.

Se detuvo mientras ponía la marcha atrás.

—¿Qué?

PLAN

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —le pregunté. Sus cejas se alzaron lentamente—. Quiero decir —me apresuré a añadir—, ¿cómo va a ser esta noche? Como... tú y yo. Nunca hemos hecho algo así.

—Nunca estaré lejos, Lydia —dijo. Su voz estaba puesta en calma. Era relajante, baja y tranquila. Era la misma voz que usaba cuando me decía que respirara hondo—. Te lo prometo.

Me puse una mano en el pecho. Mis dedos temblaron un poco.

—No es eso, yo solo…

—¿Qué es? No puedo ayudarte si no lo entiendo.

—No puedo hacer esto si solo estás... escondido en un rincón oscuro. Observando cada movimiento de todos a mi alrededor. Me sentiré como si estuviera en exhibición.

Con la frente arrugada otra vez. Sinceramente, Erik me estudiaba como si fuera un animal escapado del zoo.

—¿No estás... como... en un cartel gigante fuera del evento?

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Erik dejó escapar un suspiro lento, sus ojos fijos en los míos.

—¿Cómo te gustaría hacer esto entonces?

En mi mente, imaginaba la alfombra roja o el color chillón que fuera. Imaginé las luces parpadeantes y a los periodistas gritando mi nombre. No quería nada de eso. Pero ya no había marcha atrás. No si quería seguir adelante. Y *lo hice*.

Hace dos semanas, Erik Wilder habría sido la última persona que habría elegido para pasar la noche.

PLAN

Me habría imaginado al mismo hombre sin rostro, con una gran sonrisa y un gran corazón, con buen gusto para la ropa y que podía leer mi mente, igual que mi papá leía la de mi mamá. En lugar de eso, me encontré mirando al tipo que nunca sonreía, que odiaba mi música y que no sabía que había más variaciones de camisetas que el negro, el blanco y el gris. No estaba del todo segura de que supiera reírse o de que tuviera sentido del humor y, de algún modo, era exactamente lo que necesitaba para sentirme lo bastante valiente como para superar este gran susto.

No podía imaginarme a nadie más ahí conmigo. No había nadie más que pudiera hacerme sentir tan segura, nadie que pudiera distraerme de mis propios miedos y entender exactamente por qué tenía un papel que desempeñar. Uno que me sacaría a mí -y a él- ilesos de todo esto.

Una sonrisa curvó mis labios antes de que pudiera detenerla. Él entrecerró los ojos.

—¿Qué? —preguntó. Su voz estaba llena de sospecha, y antes incluso de que hablara, supe que *odiaría* lo que estaba a punto de decir.

Fue perfecto.

—Erik, tengo un plan.

PLAN

7

Erik

Tengo un plan.

Palabras tan inocentes. No tardé en darme cuenta de que, saliendo de la boca de Lydia Pierson, eran las palabras más aterradoras que existen.

Esta mujer, y sus planes, deberían haberme enviado en un tuck and roll[2] fuera de mi propio vehículo en movimiento. Hubiera sido la opción más segura. Porque me encontré en su apartamento exuberantemente decorado en el centro de Seattle, esperando a que apareciera del baño mientras me martilleaba con preguntas a gritos.

—¿La mascota del instituto?

No contesté. Igual que no había contestado a las últimas: mi comida casera favorita (los rollos de canela de mi mamá), mi franquicia cinematográfica favorita (Los Vengadores, que es por lo que mis hermanas solían llamarme Capi) y mi signo astrológico (como si tuviera puta idea).

En lugar de doblegarme ante la fuerza de su voluntad, que ya sabía que era impresionante, estudié el espacio donde esperaba para intentar obtener pistas sobre ella ahora que por fin veía su espacio vital.

En las paredes blancas había obras de arte de buen gusto enmarcadas en una sólida madera oscura, ninguna de las cuales gritaba nada de su

[2] básicamente significa hacer un salto mortal

personalidad. Los muebles estaban bien construidos, en cueros marrones y franela gris, pero fue en el dormitorio donde por fin vi a Lydia tal como la conocía.

En lugar de sesiones de fotos enmarcadas, labios en pompa o fotos de amantes del sexo, el enorme tocador negro de Lydia estaba cubierto de fotos enmarcadas de su familia. La más grande era un recorte de una sesión de *Sports Illustrated* después de que los Wolves ganaran el campeonato al principio del reinado de su mamá como propietaria. Luke sostenía el trofeo sobre su cabeza con una mano, el cabello y la cara cubiertos de sudor y suciedad. Y bajo su brazo, con una enorme sonrisa en la cara, estaba Allie, la doble de Lydia. Había tal parecido entre las dos, en los grandes ojos azules, el cabello y la amplia sonrisa, que era casi espeluznante.

Su cama king-size estaba hecha en varios tonos de blanco, pero cuando vi un borde negro borroso, levanté la pila encima para encontrar un pequeño lobo de felpa. Su oreja estaba desgastada, la etiqueta de Washington alrededor de su cuello mostraba hilos sueltos como si ambas zonas hubieran visto las puntas de sus dedos a lo largo de los años. Y lo había escondido debajo de toda la decoración pulida. Un zumbido comprensivo se escapó de mi boca antes de que pudiera detenerlo. Mi hermana Greer solía hacer lo mismo con una de las mantas de su infancia, y era un recordatorio en medio del constante bombardeo de preguntas de Lydia. Por su maldito *plan*.

—No hace falta que me lo digas —continuó, impertérrita—. Fuiste al instituto Sisters, y la mascota son los Outlaws.

Mi cabeza giró hacia el baño.

—Lydia, me dijiste que no desenterrarías mierda personal.

PLAN

—Acabo de buscarlo en Google hace cinco segundos. Cálmate.

—Genial —murmuré. Sus palabras fueron el recordatorio perfecto de por qué no quería seguir con su idea.

Lydia me oyó, y su risa de respuesta fue un sonido ligero y tintineante que resonó en su gran cuarto de baño revestido de azulejos. Absolutamente nada de esto estaba saliendo como yo esperaba.

Una vez más, se había llevado toda mi preparación para la noche y la había hecho añicos.

—¿Qué hay de tu familia? Sé que tienes una hermana porque la conocí poco después de que Molly la contratara. —Dejó caer una botella de algo y maldijo—. Dos brazos que funcionen me vendrían muy bien ahora mismo, ya sabes.

Me froté la nuca.

—Bien. Sin preguntas familiares. Seguimos adelante.

—Excelente.

—¿Por qué no volviste a jugar?

Me había enfrentado a defensas de cien kilos que no eran tan implacables como Lydia Pierson, algo que nunca jamás le admitiría en voz alta. Conociéndola, se lo tomaría como un cumplido, y yo no quería decir eso.

Fuera lo que fuese lo que mi instinto me había dicho que ocurriría en el transcurso de aquella noche, me había traicionado enormemente. Mientras me vestía esa noche, sacando mi mejor camisa de vestir y mis pantalones de la parte polvorienta y mal usada de mi armario, imaginé cómo se desarrollaría todo aquello. Lydia se pondría nerviosa en el trayecto hasta su apartamento, hablaríamos de todos los protocolos de seguridad de la noche, le contaría todo lo que había aprendido del gerente

de Vue para tranquilizarla, y el resto del tiempo lo pasaría observando. Observándola. Observando a la gente a su alrededor. Vigilando las salidas y las entradas mientras ella bebía, bailaba o hacía fotos.

Cuando estuviera lista, volveríamos a casa de Luke y Allie, donde la dejaría al cuidado de sus papás y esperaría a nuestra próxima salida. Dinero fácil, pensé.

—Sigues sin responder a mi pregunta —gritó desde el baño.

—No me jodas —murmuré en voz baja. Me pellizqué el puente de la nariz mientras oía más ruido de botellas, cepillos y quién demonios sabía qué en aquel cuarto de baño. Inspiré con calma. Las inocentes visitas al autoservicio no me habían preparado para esto. De hecho, nada de lo que había hecho en mi vida me había preparado para la situación en la que me encontraba: la víctima de los locos planes de Lydia Pierson para una fiesta de lujo—. Tal vez no te escuché.

Salió del cuarto de baño con un largo mechón de cabello rubio rizado que le caía sobre el hombro. Sus ojos estaban maquillados y parecían más grandes, más azules y... más lascivos.

—Me has oído perfectamente.

Respondí a su mirada con la mía.

Lydia desapareció de nuevo en el cuarto de baño con un resoplido.

Su resoplido no me ocultó nada. Sabía exactamente lo que Lydia estaba haciendo; concentrarse en mí para no tener que pensar en su salida nocturna.

El lenguaje corporal de Lydia durante el viaje estaba tan tenso como la cuerda de una guitarra. Podría haber actuado sin afectación, una interpretación digna de un Oscar basada en su charla fácil y sus interminables preguntas.

PLAN

Pero en sus manos apretadas, el hueso de sus dedos hendiendo la piel de los nudillos, vi sus nervios como si se los hubiera pintado en la cara.

Su voz llegó a través de la puerta abierta del baño.

—Mi plan no funcionará si no sé más sobre ti.

—No es por eso por lo que no funciona. —Me levanté de donde había estado sentado y estudié el apartamento, la cerradura de la puerta de metal, probé la enorme corredera de cristal que se abría a un patio con vistas al centro de Seattle. Pensé en mi casa de Oregón y negué con la cabeza. Solo tenía veintidós años y, literalmente, tenía el mundo por delante. Recogerla todos los días en casa de Luke y Allie me hacía olvidar lo diferentes que éramos ella y yo.

—¿Por qué?

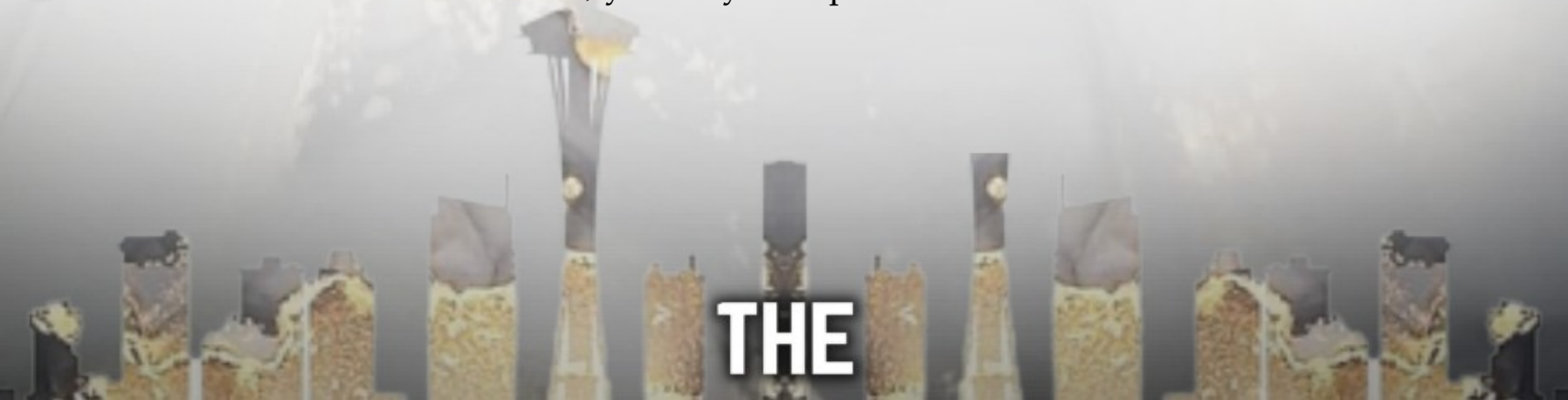
—Nunca estuve de acuerdo con tu plan.

Todo lo que había estado haciendo en el baño se detuvo de inmediato, las botellas y los sprays y todo eso, y entonces ella apareció de nuevo en la puerta. Pero en lugar de asomar la cabeza, se asomó por completo. El vestido que llevaba estaba claramente desabrochado porque se lo sujetaba contra el pecho con la mano buena. Era negro y se ceñía al cuerpo, y una vez que la cremallera estuviera cerrada -esperaba que fuera muy, muy pronto- se sujetaría sobre los hombros con finos tirantes dorados.

—Mi idea es *genial*.

Mantuve la cara seria porque así lo exigía la situación. Pero necesité toda mi disciplina para no mirar fijamente, para no estudiar las partes de ella que mostraba y que nunca antes había visto.

—Tu idea es errónea, y no voy a aceptarla.



PLAN

Cuando se quedó con la boca abierta, supe que podría haberlo dicho un poco... más amablemente. Entonces sus ojos parpadearon en un cambio calculado que no me gustó especialmente.

—¿Técnicamente no trabajas para mí?

—Trabajo para tus papás, no para ti. —Señalé la puerta principal—. ¿Quieres saber qué le pasa a tu puerta delantera?

Sus cejas se alzaron lentamente.

—¿No?

—Una buena patada y esa cerradura es básicamente inútil. Siempre debes cerrar el cerrojo detrás de ti.

La mirada de Lydia se desvió hacia la puerta y volvió a la mía.

—No pensé que necesitara el cerrojo ya que te tenía conmigo.

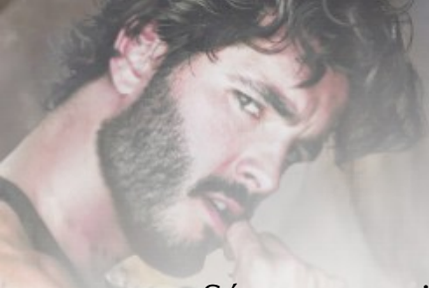
Crucé los brazos sobre el pecho y le sostuve la mirada.

—La gente actúa por instinto en casi todas las situaciones. Cuando entras en este apartamento, es probable que actúes como siempre, independientemente de que yo esté contigo. No cerraste el cerrojo porque probablemente nunca lo cierras cuando estás aquí. El recepcionista y el tipo de uniforme te hacen sentir segura, ¿verdad?

Se movió incómoda.

—Bueno, lo *hacían*. Gracias por estropearlo. —La mano libre de yeso de Lydia tiró del escote de su vestido cuando también se movió incómodamente. Era incómodo para mí, al menos porque la parte superior de sus pechos se mostraba demasiado para mi comodidad personal.

—No estoy aquí para arruinar nada —le dije. Y era verdad—. Estoy aquí para prestar atención y asegurarme de que tienes cuidado y estás a salvo. Sé que quieres esconderte, pero si puedo ayudarte a descubrir cómo estar atenta, eso significa que lo siguiente es tener cuidado y estar segura.



PLAN

Sé que no quieres tener a alguien como yo siguiéndote en ese lugar, y que estás intentando hacerlo parecer mejor que yo. Pero ir a esa fiesta y fingir que soy tu novio cuando no lo soy es solo una tirita.

Las palabras salieron tan suavemente como pude. Lo cual no era decir mucho, pero aún así.

Su pecho subió y bajó un par de veces antes de hablar.

—Pensé que se suponía que me harías sentir mejor esta noche, no peor.

Por muy bien que ocultara todo lo que bullía bajo la superficie, había un ligero temblor en su voz que me hacía sentir como un imbécil. Respiré hondo y el cansancio me caló hasta los huesos. No se equivocaba.

Apreté los dientes con fuerza porque, en cuanto oí aquel temblor, decidí que tal vez me gustara más su versión intrigante. Si lloraba, me rendiría. Me la imaginaba pidiendo helado y patatas fritas, eligiendo un vino tinto caro y horrible y apartándome de su camino con la cadera cuando me acercaba demasiado. Muy a mi pesar, había llegado a gustarme la Lydia de las dos últimas semanas.

Era divertida y brillante. Era decidida y dulce. Y ninguna de esas cosas importaba esta noche. Esta noche, tenía que dejar de lado lo que había aprendido sobre ella y centrarme en mantenerla a salvo.

Porque su plan no era más que una manta de seguridad. Solo que... era más complicado. Y después de todo lo que había pasado en los últimos años, evitaría lo complicado aunque fuera lo último que hiciera.

—Te prometo una cosa, Lydia, y solo una cosa. —Le sostuve la mirada mientras hablaba—. Cuando estás conmigo, estás a salvo.

Inhaló fuerte y exhaló aún más fuerte. Luego asintió.

PLAN

—Lo recordaré cuando seas grosero y no respondas a mis inocentes preguntas.

Resoplé. Perfectamente inocentes, mi culo.

Lydia se dio la vuelta y se apartó la masa de cabello de la espalda con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Puedes ayudarme? Estoy lista para salir aparte de eso.

Tragando con fuerza, quise decir que no. Todo sucedía al revés, como si ella hubiera sacudido una bola de nieve con demasiada fuerza, y yo solo esperaba a que el desorden se asentara para volver a ver con claridad.

Tenía la espalda desnuda y la cremallera abierta le llegaba hasta la base de la columna. Si hubiera querido, podría haber contado todas y cada una de las muescas de los huesos que formaban su columna vertebral; ni un solo trozo de tela interrumpía la visión de su impecable piel dorada. Y con todo el cuidado que pude, agarré el borde metálico de la cremallera y empecé a tirar. El vestido estaba a medio cerrar cuando ella se movió inquieta y mis dedos rozaron la piel de su espalda.

Solo un roce, un vistazo a lo suave que era, y mi piel se sintió demasiado tirante sobre mis huesos.

Lydia se quedó inmóvil, al igual que yo.

Su aliento salió de su boca en una exhalación temblorosa, y su sonido me hizo cerrar los ojos.

Hacía más de dos años que no tocaba a una mujer de forma íntima, y el hecho de que fuera ella hizo que un lento trueno recorriera mis venas.

La última vez que lo hice fue la noche después de que mi mujer me dijera que me dejaba, que se había estado acostando con otro durante el último año de nuestro matrimonio. Dormir con una extraña, bajo la bruma

de demasiado alcohol, no era yo. Y desde entonces, nadie me había tentado lo suficiente como para que mereciera la pena correr el riesgo.

Le subí la cremallera lentamente y, en una muestra poco habitual de autotortura, dejé que mi dedo rozara toda su espalda mientras lo hacía.

Lydia no se movió, aunque solté las manos. Su caja torácica se expandió con una profunda inspiración, incluso mientras yo luchaba por controlarme.

Después de hoy, volvíamos a los autoservicios y a los cafés helados, y eso era todo. Ella era la última mujer en el *mundo* a la que debería tocar.

Lydia sonrió por encima del hombro, con los ojos brillantes y azules, ajustando los tirantes dorados imposiblemente finos hasta que quedaron en su sitio.

Incluso con el simple yeso, estaba despampanante. Pero no sería yo quien se lo dijera. Cuando ninguno de los dos habló, ella asintió con decisión.

Recogió su bolso y echó un último vistazo a su reflejo, digno de una portada, y no cabía duda de la determinación que imprimía a toda su figura.

Llevé su bolso mientras bajábamos del ascensor en un cómodo silencio. Le abrí la puerta y ella entró con cuidado en mi auto.

Lydia no intentó llenar el silencio esta vez, y ahora sentí que sus nervios envolvían el espacio como una enredadera que se tensaba. No había ningún intento de distraerse y, en algún rincón polvoriento de mi corazón hastiado, sabía que probablemente yo era responsable de ello por cómo había reaccionado ante ella. Pero mentirle no servía de nada.

Las mentiras, incluso las que se dicen por un altruismo mal entendido, siguen minando los cimientos de cualquier relación. La gente se engañaba a sí misma pensando que una omisión de la verdad no debía

ser categorizada de forma similar a una Mentira. Omitir algo de mi perspectiva esta noche no ayudaría a Lydia a recuperar su equilibrio, y eso era lo que necesitaba.

—Odio los medios de comunicación —admití con firmeza, como si hubiéramos estado hablando del tema, en lugar de sentarnos en silencio—. Las cámaras y la atención. Nunca me hicieron mucho caso cuando jugaba, y estaba agradecido por ello. No lo necesitas para ser un buen jugador de fútbol. Volcar algo de eso hacia mí ahora tampoco me ayudará a hacer mi trabajo esta noche.

Me miró con curiosidad, pero no respondió.

El auto se arrastró entre el tráfico y observé, con el rabillo del ojo, cómo toda su figura se tensaba más y más cada vez que nos acercábamos al club. Como esperaba, el servicio de aparcacoches estaba instalado justo al final de la entrada oficial. Las luces parpadeaban mientras algunos de los compañeros de Lydia posaban ante los periodistas. Y por encima de todo el evento, había una enorme valla publicitaria en el lateral de un viejo edificio de ladrillo, con el rostro de Lydia observando el caos con una dulce y suave sonrisa en la cara mientras sostenía una botella de cristal rosa.

—Mi plan habría funcionado —dijo. Sus ojos no estaban en el cartel cuando miré en su dirección. Estaban fijos en la multitud y en el grupo de medios de comunicación que se agolpaban. Sus mejillas brillaban por el maquillaje que se había aplicado, pero Lydia estaba pálida—. Conozco a esta gente. Te prestarían menos atención a ti como mi caramelo del brazo que como mi seguridad.

Se me escapó una carcajada.

Lydia giró la cabeza en mi dirección, con una elegante ceja arqueada.

PLAN

—¿No me crees? Hay cuentas enteras en las redes sociales dedicadas a guardaespaldas calientes.

Cuando fruncí el ceño, era ella la que reía en voz baja. No era el mismo sonido tintineante de su apartamento. Esto parecía más real y más ella, de alguna manera. Entonces mi ceño fruncido se profundizó porque diseccionar la risa de Lydia Pierson no era algo que debiera preocuparme.

—Si necesitas irte por cualquier motivo, sin hacer preguntas, di que tienes antojo de rollos de canela. —Mi mano giró suavemente el volante, acercándonos a la acera—. Hay una puerta trasera que el encargado dijo que podemos usar si queremos evitar salir entre la multitud.

Como las ventanillas de mi auto estaban abiertas para que entrara algo del aire fresco de la noche de verano, oí los gritos de la gente que llevaba cámaras, el clic constante de las fotografías que se hacían, y cuando lo hice, vi que sus manos empezaban a temblar.

Pero levantó la barbilla y exhaló lentamente.

—Pensé que se suponía que me harías sentir mejor esta noche, no peor.

Lydia alisó esos dedos temblorosos a lo largo del dobladillo de su vestido, las yemas de los dedos corriendo hacia adelante y hacia atrás en un pequeño patrón hasta que su respiración se ralentizó. Me hizo pensar en aquel lobo de peluche escondido en su cama.

Su pecho se agitó y su respiración dejó de ser lenta y tranquila. Las cámaras se volvieron hacia nosotros y los primeros periodistas la reconocieron en el asiento del copiloto.

En mi cabeza, todo lo que podía ver eran cámaras presionando a su alrededor mientras yo permanecía a un lado, su rostro pálido, sus labios apretados por la tensión.

Mis ojos se cerraron brevemente justo cuando acerqué el auto al aparcacoches. Probablemente me arrepentiría.

PLAN

—Mierda —susurré.

Lydia giró la cabeza.

—¿Qué? ¿Pasa algo?

Le sostuve la mirada.

—Déjame abrirte la puerta.

El aparcacoches se detuvo antes de abrir la puerta del pasajero y le hice un gesto para que se acercara. Cuando me puse en pie, las cámaras apuntaron en mi dirección, probablemente preguntándose quién era yo, y luego todas giraron inmediatamente hacia Lydia, con su nombre en boca de todos.

—¡Lydia! ¡Lydia! ¿Dónde has estado?

—¿A quién llevas?

—¿Es el yeso del accidente de auto?

—¿Quién es tu cita, Lydia?

Ni siquiera había salido del vehículo, y los buitres descendieron inmediatamente. Rodeé la parte delantera del vehículo y la vi a través del parabrisas. Sus ojos estaban fijos en mí, probablemente por lo que estaban haciendo.

Miré a un fotógrafo que se había acercado demasiado, abrí la puerta y le tendí la mano.

Ella se detuvo con un pie extendido hacia el suelo.

Cuando sus dedos se enroscaron en los míos, me incliné.

—Los rollos de canela de mi mamá —le dije al oído mientras se levantaba.

Sus ojos se abrieron de par en par.

PLAN

—Es mi comida favorita —continué. Las cámaras brillaron a nuestro alrededor. La gente gritaba su nombre. Y yo probablemente estaba a punto de joder todo este trabajo por seguirle la corriente a esta locura. Antes de que pudiera apartar su mano de la mía, deslicé mis dedos entre los suyos, enlazándolos, y la ayudé a salir. Aunque llevaba unos peligrosos tacones de aguja, del mismo color dorado que los tirantes de su vestido, la parte superior de su cabeza apenas me llegaba a los hombros. Me sentí como un gigante al alzarme sobre ella, con sus fríos dedos entrelazados en los míos. Nos quedamos así un momento, y sus labios se curvaron en una sonrisa vacilante—. Por si alguien pregunta cuál es la comida favorita de tu cita —aclaré.

—¿En serio? —susurró.

Agaché de nuevo la cabeza y hablé contra la seda de su cabello.

—Nada más que tomarnos de la mano, ¿entendido? Tu papá me colgará y me desollará vivo.

Lydia se rio y, al hacerlo, vi cómo sus hombros se relajaban. Dentro de mi pecho, algo se calentó, algo que decidí ignorar.

Debería haber sabido entonces hasta qué punto sería capaz de destrozarme.

PLAN

8

Lydia

—Lo lograste —me susurró al oído.

Con la peligrosa alfombra roja a mis espaldas, mantuve la barbilla alta y una sonrisa pegada a la cara.

—¿Lo hice? Sentí como si me hubiera desmayado por un segundo.

En voz baja, exhaló un sonido divertido. Casi una risa. Era un sonido de él que era incluso mejor que sus suspiros, lo cual era difícil de imaginar.

—Si te desmayaste, entonces alguien más estaba aplastando los huesos de mi mano.

Lo miré con pesar.

—Lo siento.

Gruñó.

—Me las arreglaré. —Sus ojos recorrieron el espacio abarrotado y se posaron en la zona VIP, adonde nos conducía la azafata con un diminuto vestido azul. Pero incluso mientras él bromeaba sobre ello, yo me las había arreglado para quedarme sola en la alfombra, girándome y sonriendo durante el minuto más largo de toda la historia del mundo.

PLAN

En serio. Miles de cámaras se dispararon en un solo minuto y, a mi modo de ver, si no conseguían hacer una buena foto de todas, *no era* mi problema.

Durante todo ese tiempo, sentí náuseas en el estómago y la piel fría y punzante. Mis oídos se agitaban con un *womp, womp, womp* que probablemente procedía de los fuertes latidos de mi corazón. Pero lo había conseguido.

Erik posó su mano en la parte baja de mi espalda mientras la seguíamos. Estuve a punto de tropezar. ¿Qué le pasaba a mi espalda con este hombre? Una nueva zona erógena favorita había surgido de la nada, cortesía de un tal Erik Wilder.

Por una fracción de segundo, me permití imaginar todo su peso, presionando contra mi espalda, sus caderas encajadas en mi trasero. Sería tan maravilloso, *grande* y pesado.

Antes de pensarlo mejor, me estremecí. Erik me clavó una mirada de preocupación.

—¿Tienes frío?

Hice rodar los labios entre los dientes.

—Mmmhmm.

Claro. Mucho, mucho frío.

Cuando la cuerda de terciopelo de la zona VIP se retiró, Jill ya corría hacia mí, con una sonrisa falsa en el rostro.

—Dios mío, estás viva —dijo, dejando caer un beso al aire junto a mi mejilla—. *Literalmente* le dije a Imogen que no creía que fueras a aparecer.

Le dediqué una sonrisa alegre.

—¿No se lo dijiste en sentido figurado?

PLAN

Jill enarcó las cejas, confundida, y luego se desentendió.

—Ja, ja. Muy graciosa. —Su mirada se clavó en Erik, ampliándose a medida que asimilaba toda la imagen—. Umm, ¿quién es este?

Puse mi mano sobre su estómago, que saltó bajo mi palma. Oh sí, todo músculo.

Solo... músculo duro, duro y caliente ahí debajo.

—*Este* es Erik.

Una canción sonaba por los altavoces, lo bastante fuerte como para que Jill tuviera que gritar para contestar. No hizo ningún esfuerzo por ocultar lo mucho que lo estaba observando, y yo reprimí una carcajada al ver el rubor de sus mejillas.

Cuando tomamos asiento en el lujoso sofá de terciopelo negro, apareció una camarera vestida de azul y nos ofreció algo de beber.

—Agua para mí —dijo Erik—. Gracias.

Jill dio un sorbo a su refresco de vodka, la misma bebida que pedía siempre, y lo observó con interés. No la había tenido en cuenta en este plan. Y eso también me puso un poco nerviosa.

—Chardonnay, por favor —le dije.

Erik estiró el brazo en el sofá detrás de mí, con el muslo apretado contra el mío. Cuando le eché una rápida mirada por encima del hombro, estaba observando la pista de baile, las salidas y la entrada al bar.

Jill se aclaró la garganta, deslizándose más cerca del otro lado de mí.

—De acuerdo, pero como... hace dos días dijiste que venías sola —me susurró al oído—. ¿Quién *es* él?

Sin mentiras, Lydia. El plan solo funcionaría bien si se basara firmemente en la verdad.

Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Te dije su nombre. Jugaba en Washington. Se retiró pronto tras una lesión.

La palabra jubilado le hizo arrugar la nariz. Sabía lo que significaba: menos sueldo, menos protagonismo.

—No es tu tipo habitual.

Ladeé la cabeza.

—¿Tengo un tipo habitual?

No lo hacía, y Jill lo sabía. Le molestaba sobremanera porque así era. Le gustaban los hombres igual de guapos y un poco más tontos que ella. Era algo que nunca había entendido. Salir con los chicos que había conocido hasta ese momento simplemente... no me interesaba. Se me ocurrían maneras mucho más agradables de pasar las tardes que escuchar a un chico guapo perfectamente arreglado enumerar todas las razones por las que debería sentirme halagada. Y había tantos de esos en el mundo. Parecía atraerlos como moscas de la fruta. Molestos e invasivos, dondequiera que mirara.

Lo que yo quería era la relación que tenían mis papás.

Lo que Faith tenía.

Todo lo que no fuera eso era una enorme pérdida de tiempo.

—No es muy simpático —observó. La observación fue lo bastante alta como para que Erik la oyera, y de su enorme pecho de oso me llegó un suspiro muy sufrido.

Sonreí.

—Oh, es bastante amistoso donde cuenta —ronroneé.

Su suspiro se repitió y luché por no reírme.

Jill enarcó las cejas.

—Supongo que tiene una cierta ... cosa ruda y aterradora.

—Desde luego que sí. —Le di un sorbo a mi chardonnay.

—¿Cómo de amistoso? —susurró.

Lo miré por encima del hombro con una sonrisa diabólica. Él no hizo más que sostenerme la mirada, muy molesto. Estando en este lugar con él, el subidón de atravesar el obstáculo de las cámaras me hacía sentir un poco temeraria.

—Ves sus brazos —le dije a Jill—. Puede lanzarme casi... de la *manera* que quiera.

Erik se inclinó hacia mí, el calor que desprendía me conmocionó después de no haberme sentado lo bastante cerca como para sentir algo más que el costado de su pierna. Su boca buscó de nuevo mi oreja y un escalofrío me recorrió dulcemente la espina dorsal.

—Basta, Lydia —dijo bruscamente.

Cerré los ojos. Quería oírle así cuando me estuviera inmovilizando en algún sitio, sujetándome los brazos a la espalda de forma que no pudiera moverme.

—Caramba —se burló Jill.

Giré la barbilla por encima del hombro y me encontré con su mirada.

—Lo siento... —Ante mi fácil aquiescencia, su cuerpo se relajó—. Bebé —añadí.

Sus ojos oscuros se volvieron tormentosos y luché por no reírme.

Me volví hacia Jill.

—Odia que lo llame 'bebé'.

PLAN

Para lo mucho que ya había bebido, su mirada sorprendentemente astuta parpadeó entre Erik y yo, y lo que vio, cambió su estado de ánimo de curiosidad amistosa a petulante búsqueda de atención.

Jill apuraba sus refrescos de vodka a un ritmo poco atractivo y no dejaba de inclinarse sobre mí para entablar conversación con Erik. Muy a su pesar. Apenas había fruncido el ceño en toda la noche y, de alguna manera, cada vez le resultaba más divertido que yo hubiera traído a ese imbécil gigante y antipático.

—Tienes que contarme *algo* sobre ustedes dos —dijo. Luego dirigió su atención a Erik, que parecía como si lo hubiera atado a una silla eléctrica —. Lydia nunca trae chicos. Empezaba a pensar que llevaba uno de esos cinturones de castidad de hierro.

Puse los ojos en blanco porque sabía que Jill no me estaba mirando. Después de Faith, ella fue la primera a la que llamé cuando perdí mi tarjeta V a los diecisiete años por un chico llamado Bradley cuyos papás se movían en los mismos círculos que los míos y no era un completo imbécil. Salimos durante unos seis meses y, como su coeficiente intelectual era ligeramente mayor que su ego y nunca juzgó mi educación, en aquel momento me pareció una buena elección.

Jill no se equivocaba en su observación borracha y cargada de celos.

—Sabes que soy exigente —le dije—. No quiero traer a cualquiera a estas cosas.

Me dedicó una sonrisa tensa.

—Sí, ¿te imaginas que tu cita tuviera más cobertura que tú? Te estallaría la cabeza.

Entrecerré los ojos, el dolor me erizaba la piel de la nuca. Borracha o no, era la primera vez que se mostraba francamente mala.

PLAN

Erik me miró de reojo porque vio mi reacción, y luego suspiró pesadamente.

—En serio, ¿*dónde* se *conocieron*? —Se acercó a mí para golpear juguetonamente las manos de Erik, y cuando se echó hacia atrás para que ella no pudiera alcanzarlo, tuve que enrollar los labios entre los dientes para no estallar en carcajadas.

Su énfasis en conocer, como si fuera a cambiar su deseo de responder a cualquiera de sus preguntas, me hizo resoplar en silencio en mi único vaso de vino.

—Nos conocimos en casa de mis papás —respondí suavemente—. Cosas del fútbol. —A mi lado, Erik se movió y la tela de su camisa rozó la piel desnuda de mi brazo.

—¿No puede responder por sí mismo? —preguntó.

—A lo mejor no quiero —dijo Erik, con un tono tan seco y molesto que me eché a reír.

Eso no le gustó a la chica borracha que estaba a mi lado.

—Es un imbécil, Lydia. Y no de los buenos.

Respiré lentamente por la nariz porque hablar mal de las personas de mi vida era una forma segura de soltar la correa sobrehumana que mantenía en mi lengua en eventos como este. Era una lección que mamá nos inculcó muy pronto.

Cuando uno vive en el centro de atención -por elección o por las circunstancias-, la gente utiliza cualquier cosa que le demos como munición. Podía ser algo inocente, bien dicho, inteligente y reflexivo. Pero si había una parte de ti que podían malinterpretar, diseccionar y ofrecer para hacernos parecer estúpidos, vulgares o triviales, se centraban en eso.

PLAN

Normalmente, Jill no merecía el esfuerzo de canalizar a mi zorra interior, pero le gustara o no, Erik era alguien por quien me arriesgaría. Entre el mercado y los cafés helados y la radio que protegía con su vida, tenía que reconocer que no solo me gustaba estar cerca de él. No solo me sentía mejor cuando él estaba cerca.

Estaba mirando fijamente a alguien a quien conocía de toda la vida, y estaba dispuesta a tirarla al suelo por decir algo sobre él.

Le envié una sonrisa sedosa.

—Bueno, eso no es muy halagador, ¿verdad? Pero el verde nunca ha sido tu color, Jill.

Debió de notar la tensión en mi tono, porque volvió a apoyarme la mano en la espalda. Luché contra el impulso de acercarme más, de dejar que su calma y firmeza se filtraran en mis venas.

Puede que el alcohol le hubiera bajado las inhibiciones, pero desde luego no le había quitado la capacidad de entenderme. Sus ojos brillaron y sus mejillas enrojecieron.

—Piensa bien lo que vas a decir a continuación —le dije en voz baja, con una sonrisa falsa pegada a la cara para que no apuntaran las cámaras en nuestra dirección—. Me gusta mucho más que tú. Si vuelves a hacer un comentario sobre el hombre que está a mi lado, te darás cuenta de cuánto.

Mi voz no era tan baja como para que Erik no me oyera, porque silbó en voz baja. Había gente, había aprendido, que sabía cómo reaccionar ante situaciones como ésta con gracia y consideración. Jill no era una de esas personas.

Jill chasqueó la lengua.

—Faith y tú solían evitar a los jugadores. Daban esa sensación de 'puedes mirar pero nunca, jamás tocar', teniendo en cuenta que siempre han pensado que estaban por debajo de ustedes. —Luego resopló—. No

PLAN

debería sorprenderme que hayas seguido los pasos de tu hermana mayor en eso, porque ella definitivamente se deja tocar. No puedo creer que mami y papi dejen que una de sus chicas perfectas sea ensuciada por uno de los chicos en camiseta. Al menos Faith está siendo follada por alguien que vale un poco más que ella. Debe ser mejor en la cama que tú.

Dejé de sonreír y, cuando me deslicé hacia delante para poner mi cara a escasos centímetros de la de Jill, apenas noté cómo la mano de Erik se enroscaba en mi hombro. Si iba a intentar apartarme de esa zorra, no había suficiente entrenamiento de guardaespaldas en el *universo* para eso.

—Jill, de verdad que no creía que pudieras sorprenderme porque eres tan dolorosamente predecible —le dije—. Te excitas haciendo comentarios sarcásticos sobre mí, y hace como dos años que no digo nada, pero aparentemente eres tan estúpida como para meter a mi hermana en esto. —Me incliné más hacia ella—. Si vuelves a hacer eso, te arrancaré cada jodido trozo de cabello falso de tu cabeza, ¿entendido? Escucho su nombre de tu boca una vez más, y te enterraré, pedazo de mierda insegura.

Su rostro palideció bajo todo el maquillaje, y la sangre que bombeaba por mis venas era caliente y poderosa. No había amenazado a nadie ni una sola vez en mi vida, y ni siquiera estaba segura de saber pelear si se diera el caso, pero habría apostado todo mi futuro a mi capacidad en ese momento para partirle su escuálido culo por la mitad.

Jill aspiró y yo me senté.

Los dedos de Erik apretaron mi hombro. Sin detenerme. Solo... ahí.

—Puedes irte —le dije.

Se quedó con la boca abierta. La gente a su alrededor empezó a cuchichear y sus mejillas enrojecieron.

Se levantó, tambaleándose ligeramente sobre sus pies, y en su apuro, su bebida se derramó sobre el borde de su vaso. Sobre mi regazo.

PLAN

Respiré hondo.

—¿Jill? —Dije con calma. Mis ojos se clavaron en los suyos—. Hazme un favor y pierde mi número.

Su boca se abrió como la de un pez, pero se fue sin decir una palabra más.

Pequeños milagros, amigos. Yo lo tomaría como una victoria para la noche.

Alguien me dio una servilleta, pero vi algunas sonrisas burlonas. Procedían de las mismas personas que se entusiasmaban con mi vestido y mis zapatos y se hacían selfies favorecedores que podían publicar, anunciando mi regreso a cualquier tipo de escena social.

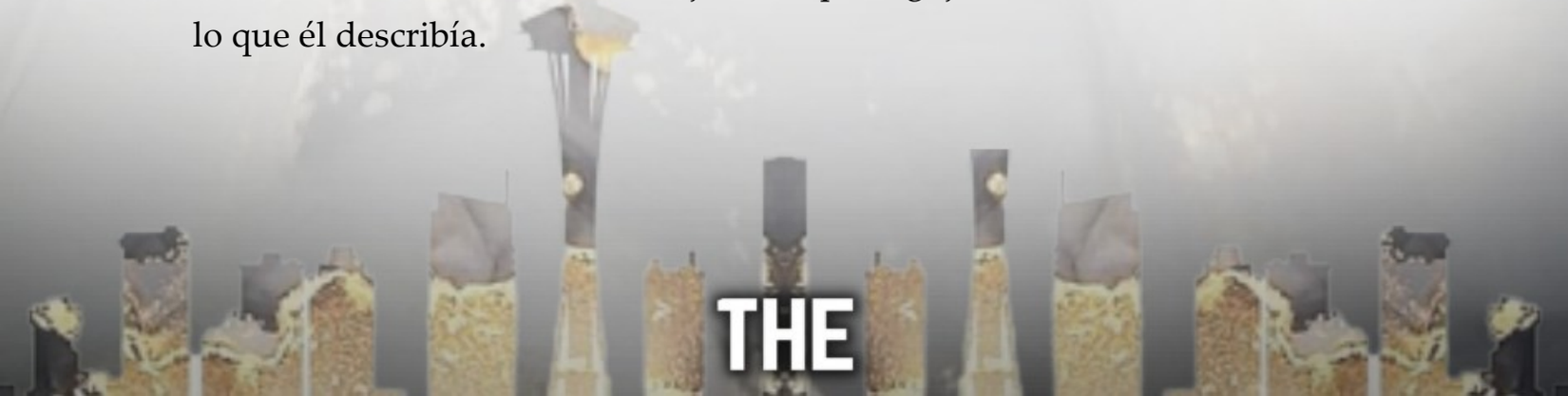
Con esas sonrisas, mi cara se puso al rojo vivo, el torrente de mi rabia hacia Jill filtrándose con fea claridad.

Nunca me había disgustado mi vida. Nunca.

Pero algo en los dos últimos meses, el accidente de auto, el brazo roto, incluso el hombre sentado estoicamente a mi lado, que hizo señas a un camarero para que le diera más servilletas, me hizo ver las cosas de otra manera.

Incluso si no hubiera estado trabajando activamente para cambiar la forma en que se desarrollaba mi futuro, no podría volver a como eran las cosas antes. Ni por el sueldo del mundo.

Mi papá tenía un gran telescopio en la terraza y, cuando yo era pequeña, intentaba enseñarme las estrellas. Pero hiciera lo que hiciera, no conseguía ajustar los mandos y diales hasta que las constelaciones se veían con claridad. Entrecerraba los ojos en aquel agujero oscuro sin ver nada de lo que él describía.



PLAN

Y con la bebida helada de Jill filtrándose por la parte delantera de mi vestido, fue como si alguien hubiera empujado esos mandos hasta la posición exacta en el momento exacto.

Todo estaba ahí, todas las cosas que no había sido capaz de ver, o que no quería ver. Con una claridad perfecta, en blanco y negro, podía ver lo que antes había sido borroso e indistinto.

Había tenido indicios de ello. Una especie de ajuste de cuentas, cuando me senté en la cama del hospital y vi a mi papá perder la batalla contra las lágrimas al verme. Mi papá, grande, fuerte y tatuado, que era la piedra angular de nuestra familia, se echó a llorar. Me amaba, así que era fácil entender su reacción. Pero todo lo demás -todas las cosas que antes había tratado con tanta facilidad y despreocupación- de repente parecía muy diferente.

¿Qué quería hacer con mi vida?

No quería malgastar mis tardes en sesiones fotográficas. No quería que me conocieran simplemente por mi cara y mi familia, dos cosas que estaban totalmente fuera de mi control. Y todas esas pistas, la razón por la que había empezado mis estudios en primer lugar era porque no quería que *nada* fuera como antes. Ni siquiera un poco.

Erik se quedó callado y no me atreví a mirarle a la cara. No quería ver ningún juicio, lástima o consternación.

Me tendió la mano y, por fin, levanté la vista.

—Vamos a limpiarte —dijo bruscamente.

Le tomé la mano, orgullosa de que la mía se mantuviera firme mientras me ponía en pie. Con su enorme figura frente a mí, la brillante multitud nocturna de la discoteca se abría ante él con facilidad, como un Mar Rojo ebrio. La forma en que había envuelto sus dedos alrededor de

los míos me permitía agarrarle la mano tan fuerte como quisiera sin miedo a hacerle daño.

Contemplando su ancha espalda, de repente me sentí muy, muy cansada. Quería estar en casa, en la cama, en pijama y con mi nueva mascarilla burbujeando en la cara. Tiré de su mano y se detuvo al instante, girando la cabeza en mi dirección.

—¿Qué pasa? —preguntó por encima de la música.

Antes de que pudiera responder, un tipo muy bajo y muy borracho se acercó gritando, con la cámara levantada en nuestra dirección, tapándole toda la cara excepto el cabello negro de punta.

—Mierda —gritó—, es la maldita Lydia Pierson. Estás *buena*.

Cerré los ojos. No de rabia ni de miedo, pero, caramba, era alucinante las cosas que los hombres pensaban que tendrían éxito al acercarse a una mujer.

Pero cuando oí un sonido, un bajo estruendo procedente de mi gran y aterrador acompañante, mis ojos se abrieron de golpe. Erik pivotó hacia el tipo, los duros rasgos de su rostro tallados en una expresión implacable.

—Apunta el teléfono a otro sitio o jodidamente lo rompo —gruñó.

El teléfono desapareció al instante.

—Lo siento, hermano.

Miré fijamente a Erik, una sonrisa se dibujó lentamente en mi rostro cuando volvió a bajar la mirada hacia mí.

—¿Qué? —dijo en ese mismo gruñido, con un ligero rubor cubriendo sus pómulos.

Quería besarlo. Quería deslizar las manos por su pecho y saber qué se sentía cuando sus dedos me apretaban el culo mientras lo hacía. Quería saber cómo encajaríamos juntos y si hacía el mismo gruñido

cuando le besaba el punto bajo la mandíbula que parecía especialmente delicioso.

—Nada —dije en voz baja—. Solo que... es muy, muy útil tenerte cerca, Erik Wilder.

Pero él me estudió, y en sus ojos se veía algo más que lo que yo había dicho.

Esa mirada suya me dejó sin aliento porque, de repente, el hombre sin rostro que sería exactamente lo que yo quería ya no lo era tanto.

Erik abrió la boca para decir algo, pero cortó la conexión mirando hacia otro lado.

Suspiró, los ojos rastreando el resto de la multitud que nos separaba de la salida.

—¿Y ahora qué?

—Creo que ya estoy lista para los rollos de canela.

Sus ojos volvieron a clavarse en los míos.

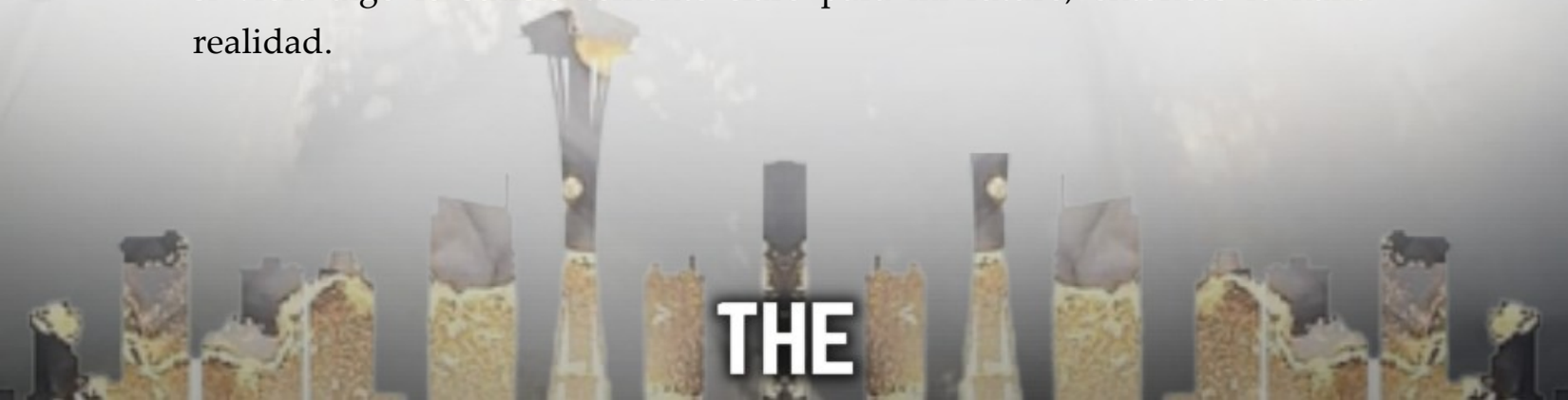
—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Vámonos.

Cuando salimos del club, con su mano agarrada a la mía hasta que me ayudó a subir a su auto, no pude evitar preguntarme aún más por él. Sentir un flechazo furioso por el reticente guardaespaldas de una era inconveniente, pero no imposible.

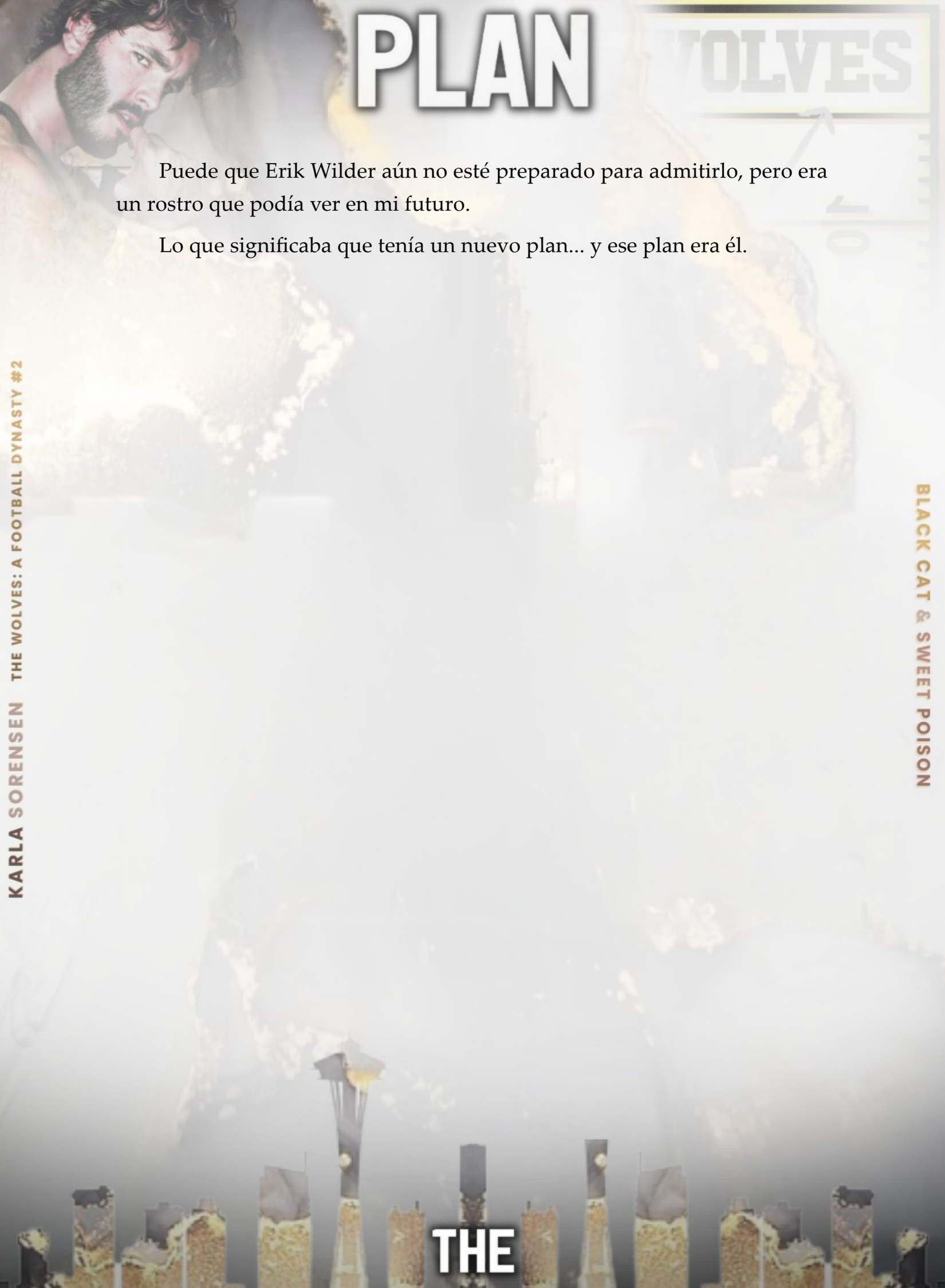
Y si no hubiera aprendido nada más de los últimos meses de mi vida, si viera algo lo suficientemente claro para mi futuro, entonces lo haría realidad.



PLAN

Puede que Erik Wilder aún no esté preparado para admitirlo, pero era un rostro que podía ver en mi futuro.

Lo que significaba que tenía un nuevo plan... y ese plan era él.



PLAN

9

Erik

Lydia: *¿Podrías llevarme a mi cita con el doctor hoy?*

Yo: *¿A qué hora?*

Lydia: *2. La oficina está en el centro, en Broadway, justo al final de la calle de Swedish First Hill.*

Yo: *¿Sigues en casa de tus papás o has vuelto al centro, a tu casa?*

Lydia: *Creo que ya sabes la respuesta porque me has dejado aquí.*

Yo: *Hay una gran diferencia en los desplazamientos, solo me aseguraba.*

Lydia: *Sabes, Erik, soy una chica que aprecia la franqueza. Si me estás pidiendo que demuestre que me estoy complicando la vida quedándome aquí, dilo.*

Yo: *No es mi trabajo decirte eso, solo estoy aquí para llevarte a salvo de un lugar a otro.*

Lydia: *... Ahora no vas a ADMITIR que lo estabas pensando porque te lo he señalado.*

Yo: *Te recogeré antes de la 1.*

PLAN

Lydia: *ERIK. ¿Estás intentando ser frustrante?*

Yo: *Nunca lo haría.*

Por naturaleza, no era una persona vengativa. No era el tipo que se burlaba de mis hermanas o le pegaba a mis hermanos porque sentía que era mi trabajo mantenerlos a raya. Pero después de lo que Lydia me hizo pasar en aquel club, descubrí mi vena malvada oculta.

—¿Por qué es esa mirada? —preguntó mi hermana, bebiendo su té verde.

Desde luego, en cuanto Lydia envió el mensaje con mi nombre en mayúsculas, empecé a sonreír.

Apoyé el teléfono y terminé los dos últimos bocados de la tortilla que tenía en el plato. Vivir con la hermana pequeña puede sonar embarazoso a los treinta años, pero Adaline tenía un segundo dormitorio y odiaba estar sola. Era una situación perfecta.

Cuando terminé de masticar, me levanté y puse el plato sucio en el lavavajillas.

—Lydia Pierson me hizo sentar anoche en un club nocturno que ponía una música que me hacía sangrar los oídos, y en medio de un montón de imbéciles de la alta sociedad que no tienen nada mejor que hacer que mirarse en un espejo todo el día para admirarse.

Adaline se rio. No era una atleta, pero estaba tan inmersa en el mundo de los Wolves como yo lo había estado, como Lydia lo estaba ahora. Dos años antes, con un título universitario recién impreso, Molly Ward -casada con un antiguo jugador de los Wolves y ahora un pez gordo de Amazon- la había contratado como su ayudante personal, mano

derecha, encargada de los horarios, niñera y miembro oficioso de la familia.

—Lydia no es así —reprendió Adaline con suavidad—. No es que *yo no me miraría* en el espejo todo el día si me pareciera a ella… —dijo encogiéndose de hombros sin inmutarse.

Miré a mi hermana pequeña.

—Eres preciosa.

Adaline tenía los mismos rasgos que yo, heredados de nuestro papá -el imbécil no nos dio mucho más de lo que enorgullecernos-: cabello oscuro y ojos marrones, un hoyuelo a la izquierda de su amplia sonrisa. Su hoyuelo y su sonrisa se ejercitaban más que los míos, para sorpresa de todos.

Ella levantó un dedo.

—No encuentro ninguna queja con mi aspecto, que no se te enreden tus bragas de hermano, solo quiero decir ... ella es como, un nivel celestial de *caliente*.

Odiaba la forma en que pronunciaba esa última palabra.

Lo odiaba porque volvía a soñar con Lydia. Esta vez con finas cadenas de oro y delicadas cremalleras que se deshacían bajo mis manos. Encajes negros cubrían su cuerpo y una encimera de baño a la altura justa.

Me aclaré la garganta y miré a Adaline de arriba abajo.

—Es solo una persona —murmuré—. Todos actúan como si caminara sobre el agua porque nació con buenos genes.

—Oooh, susceptible. —Los ojos marrones de Adaline se abrieron de par en par, y eso también lo odié—. Una chica no puede evitar preguntarse por qué.

PLAN

—Pregúntate todo lo que quieras, hermanita. —Le di un beso en la cabeza—. Tengo que llevarla a una cita con el médico en el centro.

—¿Le quitarán el yeso?

Asentí con la cabeza.

—¿Trabajas hoy?

Miró el reloj e hizo una mueca de dolor al ver la hora.

—Sí, tengo que hacer las maletas de Molly y los niños para uno de los partidos de Emmett este fin de semana, y tenemos ochenta mil recados que hacer antes de irnos.

Mis cejas se alzaron. Viajar con su jefa a los partidos de fútbol universitario del hermano de su jefa no formaba parte normalmente de las responsabilidades de Adaline.

—¿Vas a ir con ella?

—Voy con ella porque Noah tenía algo de comentarista que aceptó hacer mucho antes de que saliera el horario de Emmett. —Adaline se levantó y se estiró—. Tenían una entrada familiar extra.

Adaline iba con ella porque había estado embobada con Emmett Ward desde el día en que la contrataron, pero no iba a ser yo quien lo dijera en voz alta. Prefería tragar brasas antes que admitirlo.

—¿Por qué tantas entradas? ¿Es un partido importante o algo así?

Me miró.

—Fin de semana de rivalidad, hermano. Deberías recordar esas cosas.

Resoplé. Había muchas cosas de mi época de futbolista que había olvidado. La facilidad de la universidad era una de ellas. Era una etapa de la vida que podría haber sido hace una eternidad. Las líneas estaban tan claramente delineadas entonces, el juego se jugaba por puro amor a él. No se trataba de dinero, estatus o reconocimiento. Había una simplicidad en

el juego universitario que cimentó mi amor por él hasta que las realidades del siguiente nivel desdibujaron todas las líneas, las emborronaron hasta hacerlas irreconocibles.

Me dolía la rodilla al pensarlo y sacudí la cabeza. En qué mundo tan extraño me había encontrado. Seguía rodeado por una bola marrón y blanca, un campo verde y blanco. Pero no podía tocar ninguno de los dos.

—Diviértete —le dije—. Mantendré las fiestas al mínimo mientras estés fuera.

—Ja. Si dieras una fiesta, me moriría del susto, hermano. —Me dio una palmadita en la mejilla. Con fuerza—. Diviértete con la bomba. No dejes que te chamusque los ojos por mirar demasiado tiempo.

—No miro para nada —ladré.

La risa de Adaline resonó en la habitación.

—Mmkay.

La ignoré, tomé las llaves y, con el sonido de la risa de mi hermana pequeña en la cabeza, me dirigí entre el tráfico a casa de Luke y Allie. Mientras lo hacía, me preguntaba qué lado de Lydia Pierson aparecería para ser descubierto.

La noche anterior prácticamente me dio latigazos.

La intrigante, la modelo y la mujer que estuvo a punto de tirarse al suelo en medio de un club porque alguien insultó a su hermana.

No debería haberla tocado cuando vi que se le erizaban los pelos, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Ese simple roce de mi dedo contra su espalda bajó algún puente invisible entre ella y yo, un muro que no sabía que existía de antemano.

PLAN

Lydia, la protectora, fue el papel que me mantuvo dando vueltas en la cama la noche anterior. Por qué me desperté duro como una piedra y maldiciendo su nombre en mi cabeza.

Eran solo sueños, me dije. Eso era algo que estaba fuera de mi control, y ahora que el acontecimiento que había estado temiendo estaba en nuestro haber, podía plantarme más firmemente en el papel que Luke había pretendido. Nada de fingir. No más difuminar las líneas, por mucho que desaparecieran muros mientras estábamos sentados en aquel feo sofá de terciopelo.

Una vez franqueado el paso por la garita de seguridad, bajé por la curva de su calle, donde los altísimos árboles dejaban sombras moteadas sobre la calzada. Cuando entré con el auto en la entrada, Lydia ya estaba esperando en la gran escalinata. Un obrero estaba de pie en la entrada, apoyado en una pala y riéndose de algo que ella decía. Con el brazo bueno, gesticulaba ampliamente, y el rubio de su cabello captaba la luz del mismo modo que se había filtrado a través de aquellos árboles.

El hombre era fácilmente dos décadas mayor que ella y, mientras estacionaba, era imposible no darse cuenta de la facilidad con la que interactuaba con él. Con qué facilidad Lydia parecía interactuar con todo el mundo.

Algo me tiraba de la nuca. Un pensamiento que no terminaba de asimilar. Aparte de breves destellos, cambios en su lenguaje corporal, no parecía una mujer llena de miedo, como alguien encerrada en la ansiedad.

Era el auto, y lo sabía desde hacía tiempo. Una vez que despejó la línea de cámaras, se había relajado.

Y aquí, en su casa, era completamente ella misma.

Era casi como si la idea de lo que la asustaba le impidiera vivir con normalidad, más que la cosa en sí.

PLAN

El trabajador se volvió y me evaluó, pero asintió cuando Lydia le dijo algo. Levanté la mano en señal de saludo. Justo cuando iba a salir del vehículo para abrirle la puerta, ella había saltado los escalones y había abierto de un tirón la puerta del pasajero.

—Antes me preguntaba una cosa —dijo, sentándose en el asiento y abrochándose el cinturón de seguridad por encima de su sencilla camisa rosa.

Gruñí.

—¿No vas a preguntarme qué?

Mis ojos permanecieron fijos en la carretera.

—Sonaba como si fueras a decírmelo de todos modos.

—Eres el mayor de tu familia. Tienes que serlo.

Por mucho que no quisiera -y no quería, con la advertencia de Adaline de *chamuscarte los globos oculares*-, me volví y miré fijamente a Lydia. Mi hermana, esa pequeña imbécil a la que amaba, no se equivocaba.

La mujer sentada en mi auto, sin apenas una pizca de maquillaje, era tan hermosa que, al cabo de un momento, tuve que apartar la mirada.

—¿Es una pregunta? —pregunté.

Sonrió ante mi tono hosco.

—Una observación. *Actúas* como un hermano mayor.

Exhalé lentamente. De algún modo, seguía teniendo la sensación de que Lydia era quien llevaba las riendas de cada interacción, y eso me hacía moverme incómodo.

—¿Entonces no me equivoco? —preguntó.

Le lancé una mirada.

PLAN

—Tampoco dije que tuvieras razón.

Lydia me señaló con el dedo.

—Qué cosas de hermano mayor dices. Quiero decir, sé que Adaline es más joven que tú. Pero eso no significa nada. A lo mejor solo son ustedes dos. A lo mejor tienes ocho hermanos que se parecen a ti. —Ella suspiró feliz—. Imagínatelo.

—Lydia —le advertí. Me calentó la cara ese suspiro de felicidad, la forma en que se acomodó cómodamente en su asiento al decirlo.

—Está *bien*, lo dejaré.

Antes de que pudiera cambiar de tema, su teléfono empezó a tintinear en el bolso.

—*Mierda* —murmuró. Tras dudar un instante, rechazó la llamada.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Detuve el auto en un semáforo en rojo y Lydia abrió mucho los ojos, con la duda impresa en sus rasgos finamente esculpidos. Ella nunca, nunca sería capaz de mentir. O al menos, no bien.

—Solo... una reunión telefónica con alguien.

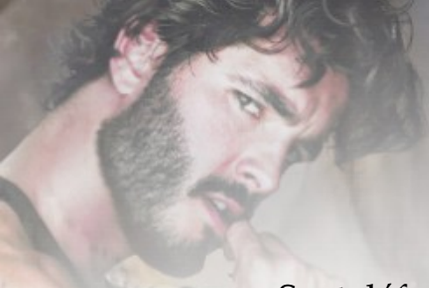
El teléfono en cuestión empezó a sonar de nuevo.

Frunció el ceño.

Mi curiosidad se despertó oficialmente.

—Puedes contestar —dije despreocupadamente—. Tenemos unos veinte minutos antes de llegar.

—No, no, está bien. Yo, umm, necesito algo de privacidad para esta reunión. —Respondió muy rápido. Demasiado rápido.



PLAN

Su teléfono seguía boca arriba en su regazo, y eché un vistazo a la pantalla mientras seguíamos parados. *Profesor Peña.* Los dedos de Lydia golpeaban su muslo desnudo con un rápido movimiento de tambor. Ahora se mordía furiosamente el labio inferior, y yo me guardaba cada trocito para más tarde.

—¿Cuánto crees que durará tu cita? —le pregunté.

Lydia parpadeó, rascándose distraídamente la parte superior del yeso, algo que probablemente había hecho todos los días durante los últimos meses.

—No mucho tiempo, no creo. —Miró el yeso—. El brazo se me va a quedar raro y lleno de dientes.

—¿Lleno de dientes? —repetí.

—Mm-hmm. —Lydia se sentó, apoyando sus pies calzados con zapatillas de deporte en el salpicadero—. ¿Esto está bien?

La miré de reojo.

—¿Me escucharías si te dijera que no?

—¿Si?

Debió tomárselo como una respuesta, porque volvió a dejar caer los pies al suelo. Lo cual era bueno porque no necesitaba las piernas desnudas de Lydia Pierson estiradas en mi visión periférica.

Esto era culpa de Adaline. Me negaba a pensar mucho en el atractivo de Lydia porque simplemente *era así*. Uno se acostumbra a ciertas cosas cuando ha vivido y trabajado en el campo de los superdotados, ya sea en el deporte o en el espectáculo. Al cabo de un tiempo, se daba por sentado ver a un gran quarterback lanzar un balón cincuenta metros campo abajo y aterrizar perfectamente en las manos de un receptor. Solo un puñado de

personas en el mundo podía hacer cosas así, y cuando lo veías todos los días en los entrenamientos, se convertía en algo... normal.

No era como si estuviera insensible a una mujer hermosa, incluso después de mi celibato autoimpuesto. Era algo normal, porque existía en todos los deportes profesionales.

Esa era la ironía de mi propio matrimonio. Uno de nosotros estaba rodeado a diario de mujeres que aparecían en las portadas de las revistas, que se mezclaban sin esfuerzo con los atletas, que no tenían reparos en abrirse de piernas ante cualquier jugador del equipo.

Y yo había sido el fiel.

Así que no, Lydia simplemente existiendo con su cabello brillante y sus grandes ojos azules y su piel impecable no se registró al principio. No de la manera que la gente esperaba. Porque yo sabía muy bien que una cara bonita y una sonrisa reluciente podían ocultar todo tipo de cosas desagradables.

Pero ahora no era tan fácil descartarla como al principio.

Sabía lo que había debajo de su cara bonita y su cuerpo de portada de revista y, por mucho que me doliera admitirlo, su aspecto era una pequeña parte de lo que la hacía tan intrigante.

Lydia volvió a pellizcarse la parte superior del yeso.

—Estoy deseando quitármelo —dijo.

Yo tarareé.

—No llevabas yeso, ¿verdad?

Suspiré.

—Sabes que no.

Recogió las piernas contra el pecho, apoyó la barbilla en la rodilla y me dirigió una dulce sonrisa.

PLAN

—¿Vas a decirme por qué dejaste de jugar?

—Oh, mira —dije—, ya casi estamos aquí.

Lydia puso los ojos en blanco. El alto edificio cuadrado, con ventanas en forma de bloque y ni una curva a la vista, se hizo más grande a medida que nos acercábamos.

—Puedes dejarme en la puerta principal —dijo.

Como aún nos quedaban unos minutos, no discutí.

De alguna manera, en medio de la fiesta y de subir la cremallera de su vestido y de su horrible amiga y de ese maldito choque de trenes que fue la fiesta, Lydia acabó con una impresión equivocada de cuál era mi papel. Quizá ahora se sentía más segura de sí misma, y eso era bueno. Pero todavía necesitaba un recordatorio de lo que yo estaba haciendo ahí. Y tal vez yo también lo necesitaba.

En lugar de dirigir el auto hacia la entrada principal, giré hacia el estacionamiento.

—Dije que podías...

—Sé lo que has dicho —interrumpí con facilidad. Tenía la muñeca apoyada despreocupadamente en la parte superior del volante y, por alguna razón, ella la eligió como objeto de sus miradas mientras subía el auto unos cuantos niveles hasta que encontré algunos espacios abiertos.

El teléfono de Lydia volvió a sonar y ella maldijo en voz baja, pulsando el botón para ignorar la llamada.

—El profesor Peña realmente quiere hablar contigo —le dije.

Se quedó boquiabierta.

—¿Cómo...? —La voz de Lydia se entrecortó cuando detuve el auto y metí la palanca de cambios en el estacionamiento.

PLAN

Me giré en el asiento y estiré el brazo para agarrarme al respaldo de su reposacabezas. Luego me incliné más hacia ella.

—No voy a dejarte en la puerta. Y tú no estás al mando, a pesar de lo que pienses después de lo de anoche.

Sus ojos azules brillaron.

—¿Perdón?

—Mi trabajo es llevarte sana y salva de un lugar a otro, y cómo lo hagas en ese tiempo es decisión mía. Anoche te dejé tomar las riendas porque ese era *tu* mundo, no el mío. Pero cuando estemos fuera, te mantendrás cerca, seguirás mis indicaciones, y si te digo que te voy a entregar directamente en manos del médico, eso es lo que voy a hacer. ¿Entendido?

La cara bonita de Lydia, con sus amplias sonrisas y su risa fácil, había desaparecido. Parecía un estruendoso nubarrón de cabello rubio, una delicada cerilla encendida sobre un charco de gasolina, un gatito enojado que quería arrancarme la cara a arañazos.

—Hay muchas cosas de ti que no entiendo, Lydia —continué, con la voz baja y tranquila—. Como por qué sales con imbéciles o por qué te da miedo estar sola, o por qué crees que tienes que fingir *cualquier cosa* para sentirte más cómoda. El hecho de que no te sintieras cómoda es la razón por la que mantuve la boca cerrada cuando esa mujer no dejaba de acosarme y por la que dejé que fingieras que nos acostábamos. —Su labio inferior se abrió otro centímetro—. Pero si me dejas hacer mi trabajo y dejas de intentar utilizar mi vida personal como distracción de esas cosas, tú y yo nos llevaremos bien.

Por un instante, pensé que iba a llorar. Sus ojos brillaban, captando la luz cenital del aparcamiento, y por un momento me pregunté si podría soportar la visión de sus lágrimas.

PLAN

—Me gustas, Lydia —admití, con la voz más dura de lo que debería teniendo en cuenta lo que estaba diciendo—. No quería, pero me gustas. Así que déjame hacer mi trabajo, ¿de acuerdo?

Era un hermano mayor, como ella había adivinado, y si tenía kriptonita, era una mujer llorona. Todo lo que tenían que hacer mis hermanas era derramar una sola lágrima, y yo me convertía en puta masilla, dispuesto a hacer o decir cualquier cosa para que se detuvieran, para que se sintieran mejor.

Pero ese brillo de lágrimas desapareció con el siguiente parpadeo de sus grandes y largas pestañas. En su lugar había una admiración a regañadientes.

—No siempre salí con imbéciles —dijo en voz baja—. Jill era la única.

Me costó mucho no sonreír. Pero lo conseguí.

Lydia y yo no éramos amigos. No necesitábamos serlo. Pero maldita sea si ella no era muy fácil de gustar en esos momentos.

—Y no tengo miedo de estar sola —dijo en voz baja—. Es solo que... me gusta más estar rodeada de gente.

Después de un momento, asentí lentamente.

—¿Estamos bien?

—¿Dejarás de ponerle cara de terror a tu Erik si te digo que sí?

Ahora era yo la que probablemente parecía una nube de tormenta retumbante. Los labios de Lydia se curvaron hacia un lado.

—Estamos bien —dijo, deslizando su bolso sobre su hombro bueno—. Y puedes acompañarme, pero tienes que quedarte en la sala de espera.

En sincronía, salimos del auto.

Sobre el capó del auto, le sostuve la mirada.

PLAN

—Trato hecho.

Inspiró y su siguiente pregunta salió al exhalar.

—¿Te parece bien si nos pasamos por las instalaciones de entrenamiento de los Wolves después de esto? —Se lamió los labios—. Hace tiempo que no voy, y una visita suena bien. Mi mamá quería que me registrara después de mi cita de todos modos.

La petición me hizo caer sobre mis talones antes de recuperarme. Me había acostumbrado tanto a nuestras pequeñas salidas, cada una un pequeño paso para simplemente... sobrevivir a su fiesta de anoche. Nunca pensé que tendría que volver a cruzar las puertas del lugar que había dejado atrás.

Pero a su cara, y a la expectación que despertaba, nunca podría negarme.

Asentí, caminando a su lado mientras pasábamos junto a un grupo de chicas que cuchicheaban. Lydia no les prestó atención, pero una vez que pasamos, todas se volvieron y nos observaron.

Si lo que quería era hacerme amigo de Lydia, o indagar un poco en su cabeza, le habría preguntado si alguna vez se había acostumbrado. Le habría preguntado si le molestaba que la gente estuviera constantemente observando lo que hacía, lo que vestía, cómo actuaba.

Pero no pregunté porque *no* tenía curiosidad.

Tras pulsar el botón del ascensor que nos llevaría al edificio de oficinas, entré detrás de Lydia. Cuando las puertas se cerraron y ella supo que ningún ojo la observaba, vi cómo sus hombros se relajaban y su rostro se suavizaba tras la sonrisa cortés.

No sentía curiosidad por ella, me recordé. Pero incluso entonces supe que estaba mintiendo.

PLAN

10

Lydia

Para mi total deleite, Erik era increíblemente caliente cuando se ponía en plan sermoneador.

Quiero decir, él era increíblemente caliente cuando no hacía nada excepto sentarse ahí y existir, pero por primera vez en mi corta vida en esta tierra, entendí el atractivo del dominante alfa-hole.

Pocas personas en mi vida -básicamente solo mi familia- me conocían de verdad, así que, para que Erik supiera con tanta precisión lo que me pasaba por la cabeza, no pude sacar ni una pizca de enfado por su tono.

Y tenía un *tono*.

Era un tono de *ya no escucho tus planes, y si intentas presionarme en esto, fracasarás estrepitosamente* que debería haber odiado. Debería haberme irritado, erizado el vello de la nuca, haberme dado ganas de sisear como un gato porque lo había usado conmigo. Y en lugar de eso, me fui arrastrando los pies desde el estacionamiento hasta el edificio médico, hasta la sala de espera, hasta la cita, con una nebulosa nube de Erik alrededor de la cabeza.

Si ese hombre hubiera seguido su tono acercándose un solo centímetro a mi boca, me lo habría comido vivo. Lo habría montado como una maldita moto.

PLAN

Pero no lo hizo.

Así que, por desgracia, yo tampoco.

Lo que lo hizo inconveniente fue que después de conseguir un poco de tono conmigo, se deslizó de nuevo en modo tranquilo cara-de-piedra. Caminó junto a mí a mi cita. Se sentó en un rincón de la sala de espera donde podía vigilar todas las salidas o lo que fuera, y cuando salí sin el yeso, no le hizo ni caso a mi delgado bracito.

Mientras nos dirigíamos a las instalaciones de entrenamiento de los Wolves, el edificio en el que prácticamente me había criado, golpeó el volante con el pulgar al ritmo de la canción que sonaba en la radio, una tranquila melodía country que no reconocí.

Qué día más raro. La emoción de que me hubieran quitado el yeso solo se vio reducida ligeramente por el recuerdo de que llevaba tres meses en casa de mis papás. No quería volver al centro de la ciudad, aunque cada vez me resultaba más fácil salir.

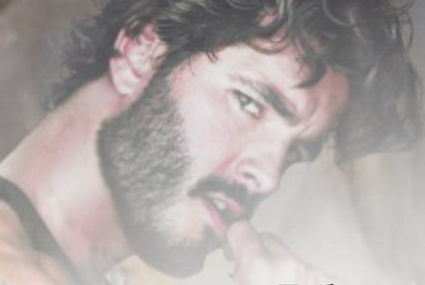
Cuando me rasqué la parte superior del brazo y me detuve al ver que no tenía yeso, sorprendí a Erik mirándome de reojo.

Pero por supuesto, no dijo una mierda. Porque había vuelto a apagar sus habilidades conversacionales.

—Se siente raro —dije, frotando la piel de mi brazo. Ya no dolía donde el hueso se había roto, pero a veces, juraba que podía sentir el punto palpitando junto con el golpe de mi corazón, como si la sangre corriera diferente en ese espacio de mi cuerpo—. Te acostumbras a hacer algo durante tanto tiempo que te olvidas de no hacerlo más.

Emitió un gruñido que me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Fue así para ti después de dejar de jugar?



PLAN

Erik se quedó casi cómicamente quieto, dirigiéndome una mirada que apenas requería un centímetro de movimiento de su enorme cuerpo. ¿Cómo lo hacía? Tonos en su voz y *miradas* sin ningún movimiento. El hombre era hábil en muchas cosas que no deberían ser atractivas, y sin embargo, ahí estaba yo, imaginando qué más podía conseguir con pequeños movimientos de su cuerpo.

Finalmente, respondió.

—No.

Suspiré.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Ya está? Simplemente... *no*.

Un poco enojado, Erik no dio más detalles, solo se inclinó hacia delante para subir el volumen de la canción.

Me acerqué y pulsé el botón para cambiar la música a mi teléfono.

—Esta música es una mierda, Lydia —gritó.

—Es enérgica y sexy —dije primorosamente. Luego subí el volumen —. Deberías probarlo.

Pulsó el botón para volver a la radio.

—Prefiero tragarme las uñas.

Me reí.

Al llegar a un semáforo en rojo, me giré, apoyé el codo en la consola y apoyé la barbilla en la mano. En lugar de ignorarme como pensaba que haría, Erik se giró y me miró.

—Nada de tocar la música. Sabes que es una regla en el auto.

—Tienes un *montón* de reglas de repente. Es bastante confuso.

Se inclinó hacia mí, sosteniéndome la mirada.

PLAN

—¿Qué tiene de confuso? Estaré encantado de aclarar las cosas. Haz lo que te digo y no habrá ningún problema.

La sangre zumbaba en mis venas, caliente y almibarada, y me pregunté qué haría si me inclinaba hacia delante y deslizaba mi lengua en su boca.

—¿Eso es todo? —De repente, nada me apetecía más que sacarle de esa actitud de *yo tengo el control* en la que estaba metido. Solo para ver lo que haría. Nuestros ojos se quedaron fijos mientras bajaba la voz a un susurro sensual—. ¿Sabías que si mantienes el contacto visual con alguien durante dos minutos, algo loco sucede?

Abrió la boca y sus pupilas se dilataron ligeramente.

—¿Qué?

Me lamí el labio inferior y él exhaló una suave bocanada de aire.

—Libera una sustancia química en la sangre —dije—. No recuerdo el nombre, algo largo y horrible de pronunciar.

—¿Qué hace? —murmuró.

Solo una fracción de pulgada, me incliné hacia adelante.

—Despierta... sentimientos de amor y pasión.

Erik parpadeó, echándose hacia atrás en su asiento.

Alguien detrás de nosotros tocó la bocina.

—El semáforo está en verde —le dije.

Parecía que le había golpeado en la cara con un palo de madera. Luego entrecerró los ojos y le dirigí una amplia sonrisa.

—¿No te gusta aprender cosas nuevas? —le pregunté.

Erik refunfuñó en voz baja.

Pero no había terminado.

PLAN

Empezó a cantar.

Como... cantar muy bien.

Era todo lo que podía hacer para no quedarme boquiabierta como un pez.

Era alto y musculoso. Tenía una barba excelente y un cabello espeso que me daban ganas de clavarle las manos. Tenía una nariz perfectamente simétrica y unos ojos profundos e insondables. No le impresionaba nada mi imagen pública ni lo que hacían mis papás. Se fijaba en los pequeños detalles y veía a través de mí como si fuera de celofán.

Y tenía la voz de un maldito ángel. Estaba *condenada*.

—No es justo —murmuré, hundiéndome en el asiento del copiloto y apoyando los pies en el salpicadero. Su profundo barítono se superponía a la canción de la radio y tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no taparme los malditos oídos, porque antes de darme cuenta se me había puesto la carne de gallina por todo el brazo.

Erik, el imbécil cantarín, seguía teniendo el control de este pequeño viaje, y yo no estaba segura de cómo me sentía al respecto. Pero a medida que nos acercábamos a las instalaciones de los Wolves, empecé a observar el cambio en su lenguaje corporal.

—¿Cuánto hace que no vas a las instalaciones? —le pregunté.

Su ceño se frunció brevemente.

Mis mejillas se calentaron un poco cuando no respondió de inmediato.

—Yo no... —Tragué saliva—. No intento distraerme curioseando.

Los ojos de Erik se aferraron a los míos por un momento, luego volvieron a la carretera.

—El día que me lesioné.

PLAN

—*Cállate* —dije.

Suspiró pesadamente, y una pequeña carcajada escapó de mi boca. Dios mío, podía excitarme con el sonido de sus suspiros, que era profundamente perturbador.

—No literalmente —le dije—. Solo... la mayoría de los chicos hacen su rehabilitación en las instalaciones del equipo cuando están en la reserva de lesionados.

Erik se movió en su asiento, un pequeño gesto que noté cuando no le gustó la dirección que estaba tomando la conversación.

Pero continué como si no me hubiera dado cuenta.

—Pero supongo que tu lesión fue pasada la mitad de la temporada, ¿no? Quizá era más fácil rehabilitarse en casa.

Volvió a gruñir. Le daría a ese sonido un siete coma cinco en una escala del uno al diez.

—¿Fue ese el día en que nacieron tus sueños de guardaespaldas? —le pregunté suavemente.

Erik me lanzó otra mirada, y esta vez no oculté mi risa encantada.

—No exactamente —murmuró—. ¿Quién es el profesor Peña?

—Un profesor. —Le lancé una mirada que, a juzgar por el giro de ojos épicamente contenido, no apreció.

Pero su pregunta dio en el blanco tal y como pretendía. Podía husmear y husmear y husmear, y Erik no se abría fácilmente. Qué exasperante. Me gustaría pensar que a él también le enfurecía no tenerlo todo claro, pero cuando le eché una mirada de reojo, su hermoso rostro no delataba nada de eso.

En lugar de eso, observó cómo nos acercábamos a la garita de seguridad de las instalaciones de entrenamiento de los Wolves en las

afueras de Bellingham. Incluso más que el estadio de Seattle, este extenso terreno era el patio de recreo donde crecimos mi hermana y yo. Faith -con quien solo compartía un papá- tenía recuerdos borrosos de una época en la que mamá no estaba al mando de los Wolves. Pero yo, que nací poco después de que mi papá y mi mamá se casaran, solo conocía la dinastía de Allie Sutton-Pierson al frente de la franquicia de los Washington Wolves.

Era mi historia y, si me salía con la mía, mi futuro.

Cuando aminoramos la marcha junto a la caseta del guarda, me incliné hacia el espacio de Erik, con su bíceps caliente contra mi brazo, y me gané otro suspiro de agravio. Cuando el guardia de seguridad, alto y ancho, miró más allá de un Erik ceñudo y vio mi cara, sonrió ampliamente.

—Señorita Lydia, hemos echado de menos ver su cara por aquí. ¿Cómo va ese brazo?

Le enseñé mi flaco miembro.

—Recién liberado de su prisión, Martin. Estamos aquí para ver a mi mamá.

Asintió a Erik, solo un pequeño destello de reconocimiento iluminaba sus facciones.

—Adelante. Que tengas un buen día, jovencita.

Saludé con la mano.

—Dile a Angela que hice la receta de salsa de espagueti que me pasó y a mi papá le encantó.

Al mencionar a su mujer, su sonrisa se ensanchó.

—Lo haré.

Erik hizo pasar su todoterreno por delante de la barra levantada de la puerta mientras yo me acomodaba en mi asiento. No dijo nada mientras

yo sacaba mi teléfono, apoyaba los pies en el salpicadero y les hacía una foto rápida con el enorme logotipo de los Wolves perfectamente enmarcado en el fondo. Con un par de toques rápidos en mi software de edición, la subí a mi historia, etiquetando la marca de calzado deportivo que llevaba y la leyenda, *Hogar, dulce hogar*.

Al hacerlo, sentí sus ojos clavados en mí.

Algo en su atención tranquila y constante hizo que mis mejillas se calentaran, y no porque estuviera sentada directamente al sol. Cohibida, me pasé una mano por la coleta que me sujetaba el pelo. Aun así, me observó mientras giraba el auto hacia un sitio vacío.

Puede que hubiera alguna mujer capaz de soltar un comentario gracioso e ingenioso por encima de su aviso, pero yo no era una de ellas.

Me giré en mi asiento y lo miré, con las cejas enarcadas.

—¿Tienes alguna pregunta que quieras compartir con la clase?

Pero en lugar de apartarse, Erik imitó mis movimientos, girando su enorme cuerpo en el asiento hasta que su pecho quedó orientado hacia mí. Todavía con la cara caliente, me negué a dejar de mirarlo.

Esto era nuevo. Y me gustaba.

Ninguno de los dos se movió para salir del auto.

Como Erik no emitió sonido alguno, ni intentó el rasgo claramente humano de la conversación cortés, resoplé, rompiendo por fin la pequeña mirada que teníamos. El borde de su boca se curvó y entrecerré los ojos.

—Ni siquiera estoy seguro de tener que decir lo que está a punto de salir de mi boca —dijo con firmeza.

Lo miré con asombro descarado.

—Eso es tan asombrosamente críptico, incluso para ti. Estoy impresionado.

PLAN

Los ojos de Erik chispearon ante la indirecta, pero si sintió el impulso de responder, lo contuvo a cal y canto.

Levantó la barbilla hacia mi teléfono.

—¿Haces eso a menudo?

Ahh.

Sabía exactamente a dónde quería llegar. Podría habérselo puesto más fácil, pero Dios sabe que él no me lo estaba poniendo nada fácil a mí. Levantando mi teléfono, ladeé la cabeza.

—¿Usar mi teléfono? Todos los días.

Me sostuvo la mirada.

Me contuve, aunque el contacto visual prolongado me dejó sin peso y con la barriga revuelta.

—Sabes lo que quiero decir.

Suspiré.

—No, no suelo publicar mi ubicación en el momento.

—¿Por qué lo hiciste ahora?

Me incliné hacia delante y le acaricié suavemente la cara.

—Porque estoy contigo. Si alguien intenta secuestrar mi culo, puedes canalizar tu Kevin Costner interior y lanzarte delante de la proverbial bala, ¿verdad?

Antes de que pudiera decir nada, le di un golpe en la nariz y salí del auto.

Erik tardó un momento en unirse a mí, y cuando asomó la cabeza por encima del techo del auto, su expresión era severa.

—No.

PLAN

Mis cejas se alzaron.

—¿Qué?

—Lo que acabas de hacer con mi nariz, eso es un no —dijo con más firmeza.

Le sonreí alegremente.

—Entendido. ¿Entramos?

Miró a mi lado y, por un momento, una sombra cruzó su atractivo rostro. Entrecerré los ojos, pero la expresión desapareció antes de que pudiera seguir estudiándolo.

Entonces Erik respiró hondo y su ancho pecho se expandió.

—¿Tu mamá te está esperando?

—Ermm, ¿sí?

Sus ojos oscuros se agudizaron.

—Quiero decir, sí, lo es al mil por cien —enmendé—. Creo.

No quería entrar en ese edificio, eso estaba claro, pero cuando me di la vuelta y me dirigí hacia las instalaciones de prácticas, Erik suspiró y trotó para alcanzarme.

Cuando su gran mano rodeó suavemente mi brazo en forma de palillo para girarme hacia él, tuve que luchar contra el impulso de pedirle que... me tocara todas las partes del brazo porque me sentí muy bien. El calor de su mano, la fuerza de sus dedos en una parte de mi cuerpo que no había sentido nada más que una jaula durante meses, me dejaron sin aliento.

—Antes de que asaltes las puertas —dijo con firmeza—, dejemos una cosa clara.

Me detuve y un mechón de cabello me golpeó la cara.

—¿Qué cosa?

PLAN

—Aquí no se finge nada. —Sus ojos se clavaron en los míos, tan intensos y sin pestañear que casi parecía que seguía tocando partes de mi cuerpo, aunque su mano había bajado al costado—. Nada de tomarse de la mano, nada de coquetear, nada de fingir. ¿Entendido?

Con un rápido vistazo al edificio que teníamos detrás, me di cuenta de que probablemente algo en este lugar hacía que Erik se sintiera muy, muy fuera de control. Representaba algo para él. Solo que no estaba seguro de qué.

Extendí mi mano sin yeso.

—Trato hecho.

Erik enarcó una ceja, pero deslizó su mano contra la mía. Sus dedos se enroscaron en mi palma y su calor me recorrió el brazo.

Antes de soltarlo, lo acerqué un poco más.

—Y no te preocupes, si alguien es malo contigo, te cubro las espaldas.

No sonrió. No me soltó la mano. Pero sus ojos... adquirieron una pizca de la calidez de su piel.

—Trato hecho —dijo bruscamente.

Nuestras manos se separaron, el momento se había roto y, respirando hondo, nos conduje al interior del edificio.

PLAN

11

Erik

Atravesar las puertas -elegantes y plateadas y llenas de cristal- y ver la enorme pared de rojo y negro, los expositores de fotos y la historia de décadas de los Washington Wolves, fue como ser atropellado por un camión.

O dos camiones, quizá porque me recorrieron sentimientos tan contradictorios al verlo, los olores, los sonidos. Nada del edificio había cambiado en los años transcurridos desde la última vez que salí, pero yo era alguien completamente distinto.

Lo echaba de menos. Lo eché de menos desesperadamente. Y al mismo tiempo, odiaba estar ahí.

Me recordó años de mi vida dedicados a un deporte que amaba y cómo ese deporte destrozó los cimientos de mi vida fuera de él. En una época en la que creía que lo estaba haciendo todo bien -creando el tipo de vida que había deseado desde niño-, no me di cuenta de todo lo malo hasta que fue demasiado tarde.

Me recordaba todo lo que había estado ausente de la vida en los años transcurridos.

Alguien a quien una vez amé. Mi familia. Y un futuro que ya no podía ver.

PLAN

Hasta que Lydia se detuvo a mi lado, con una expresión de curiosidad estampada en el rostro, no me había dado cuenta de que había dejado de caminar y me había quedado mirando las fotos enmarcadas de la pared.

Jugadores que conocía y respetaba. Entrenadores a los que idolatraba y con los que había trabajado. Un propietario inigualable, directivos y vicepresidentes que contribuyeron a crear una cultura sin rival. La imagen que tenía delante de mí era la del papá de Lydia alzando el trofeo sobre su cabeza, con la cara manchada de sudor y suciedad y una sonrisa triunfal. Habíamos ganado trofeos desde entonces, pero ése fue el pistoletazo de salida de una década y mediadedominio, en cuyo final yo había jugado.

—Me hubiera gustado ver ese partido —dijo Lydia. Hablaba en voz baja, como si estuviéramos en una iglesia y no quisiera perturbar la paz. Y para algunos, así era exactamente como veían este pasillo. Algo sagrado, algo venerado—. He visto las repeticiones, por supuesto. Pero el hecho de que Faith recuerde haber estado ahí es probablemente lo único de lo que he estado realmente celosa con mi hermana.

El hecho de que aún no hubiera nacido me golpeó como un tercer camión, directo a las tripas. Un oportuno recordatorio de que era demasiado mayor para pensar las cosas que había estado pensando sobre Lydia Pierson.

Pensando en la nueva energía crepitante que latía en el auto cada vez que nos mirábamos.

Me encontré pensando en las reacciones químicas y en el contacto visual, y deseando que estuviera loca. Y me encontré pensando en lo que podría haber hecho si le hubiera agarrado el cabello con el puño y la hubiera besado lo suficiente para que dejara de darme la lata.

Luego se volvió hacia mí.

PLAN

—¿Lo recuerdas?

Sus ojos eran grandes y redondos, como los de un niño pequeño que quiere que le cuentes un cuento que ha oído un millón de veces.

A regañadientes, asentí. Lydia no había hecho más que mostrarse inquisitiva y amable, queriendo conocer al viejo gruñón encargado de llevarla de un lado a otro. Pero tras el último día y medio, sentí como si estuviera concediéndole algo importante al darle una parte de mí.

Tal vez fue el hecho de estar de vuelta en las instalaciones lo que me hizo abrir la boca, igualando su tono silencioso y de adoración.

—Acababa de cumplir nueve años. Mi padrastro no tenía dinero para cambiarnos la tele, que se había roto unos días antes, así que la vimos en casa de mi abuelo, que está al final de la calle. Comimos pizza con queso y mi mamá nos dejó tomar dos vasos grandes de Kool- Aid, cosa que nunca nos dejaba hacer.

Lydia sonrió.

—¿De qué sabor?

—Sandía. —La miré de reojo—. Era horrible. Cuando tu papá marcó el último touchdown, estaba tan emocionado que se me cayó el vaso, y mi mamá no volvió a comprarlo porque le costó mucho quitar la mancha de su alfombra.

Tarareó, volviendo a mirar la foto de su papá con un brillo de orgullo en los ojos.

—¿Te...?

Lo que iba a preguntar fue interrumpido por el rápido chasquido de unos tacones muy altos.

—¡Lydia! No sabía que pasabas por aquí.

La miré y ella hizo una mueca antes de volverse para saludar a Allie.

PLAN

—Hola, mamá. —Agitó el brazo—. Quería enseñarte esto.

Allie sonrió, agarrando las manos de su hija antes de inclinarse para besarle la mejilla.

—Oh cariño, eso es genial. ¿Cómo se siente?

—Flaco.

Allie se rio y luego dirigió su cálida sonrisa hacia mí.

—Erik, me alegro de verte. Lydia no te está complicando mucho la vida, ¿verdad?

—Desde luego que lo intenta, señora —respondí con ecuanimidad.

Allie se rio.

Lydia frunció el ceño.

Mirando el reloj, Allie le dedicó a su hija una sonrisa de disculpa.

—Ojalá hubiera sabido que venías. Tengo una reunión en unos quince minutos que no puedo reprogramar.

Pero en lugar de decepcionarse, Lydia se limitó a hacer un gesto a su mamá.

—No te preocupes. Papá está abajo en la práctica, ¿no?

Allie asintió.

—Caminaré hasta ahí contigo.

Mis ojos se agudizaron cuando Lydia arrancó a toda velocidad por el pasillo que conducía a los campos exteriores. El lugar era enorme, como la mayoría de las instalaciones de los equipos profesionales. Había campos de entrenamiento cubiertos y al aire libre, salas de pesas, salas de fisioterapia, oficinas y salas de reuniones. El estadio albergaba gran parte de la magia, por supuesto, pero en las instalaciones oficiales era donde el sudor y la dedicación del día a día construían un equipo.

PLAN

Si lo hubiera elegido, es donde me habría rehabilitado, pero en lugar de eso, pedí volver a casa y hacer mi trabajo en Oregón. La última vez que salí de las instalaciones de Washington, no me di cuenta de que era la última vez.

Tal vez habría estudiado los pasillos de otra manera, habría memorizado los olores y los sonidos. Mientras caminaba detrás de Allie y Lydia, pensé en todas las decisiones que había tomado y que me impedían volver al trabajo que amaba.

La decisión de volver a casa, de intentar rehacer mi vida tras el fracaso de mi matrimonio. Una mala decisión, porque la mujer que había conocido y amado toda mi vida prefería a otra persona en su cama. Como nunca se había unido a mí a tiempo completo en Seattle -por el deseo de mantener el trabajo que tanto le gustaba en nuestra ciudad natal y gracias a mi deseo de mantenerla feliz-, la ruptura irreparable de nuestro matrimonio se había producido antes de que yo pudiera darme cuenta de que algo iba mal.

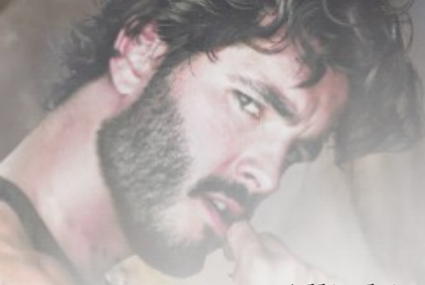
Allie aminoró el paso al notar mi lentitud, y le dediqué una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, no estoy haciendo un muy buen trabajo siguiendo el ritmo de ustedes dos.

Señaló a Lydia, que corría por el pasillo ahora que nos acercábamos a la puerta que nos llevaría al exterior.

—Créeme, seguirle el ritmo es una tarea para la que muy pocos están preparados. —Me miró atentamente—. Para que lo sepas, estarás aquí un rato.

—Lo presentía —dije secamente—. Sin embargo, me alegro de que esté emocionada. Creo... creo que la idea de ir a lugares diferentes ha sido más aterradora que ir en realidad.



PLAN

Allie hizo un sonido en el fondo de su garganta.

—Eres muy astuto, Erik. Me alegro de que te tenga.

Sentí calor en la cara. Lydia no me tenía, pero me sentí mal al corregir a la mujer que solía ser mi jefa.

Allie miró a su hija.

—Lydia y su hermana trataban este edificio como su patio de recreo mientras crecían. A Faith siempre le gustaron las relaciones, ¿sabes? Conocer a los chicos y a sus familias. Pero Lydia… —Canturreó, con una mirada orgullosa iluminando su hermoso rostro—. A ella le encanta el juego. Cada vez que puede, quiere ver el funcionamiento interno. Solía rogarme que la dejara sentarse tranquilamente en un rincón durante las reuniones de dirección y las discusiones sobre los proyectos. A veces le decía que sí, a veces no. Pero cuando podía venir, absorbía todo como una esponja.

Delante de nosotros, Lydia ralentizó sus pasos y se tomó un momento para echar un vistazo a través del cristal de las puertas. Yo sabía, de memoria, lo que ella veía. La interminable extensión de verde, rayada de blanco. Los postes rojos y negros en cada extremo del campo, el caos organizado que tenía lugar en los patios entre ellos. Incluso desde dentro, oía gritos, silbidos, insultos y carcajadas.

Y en la ventana, Lydia sonreía como si alguien estuviera a punto de entregarle un millón de dólares en bandeja de plata.

Parecía que eso no había cambiado, e intenté buscar en mi memoria mis años en Washington, pero no la recordaba rondando por los bordes.

—No recuerdo haberla visto mucho. Aquí y allá, pero no a menudo.

—No lo harías. —Nos detuvimos, Allie sacudió la cabeza con una sonrisa de pesar cuando Lydia giró su teléfono hacia sí misma, haciendo un signo de paz mientras dos miembros del equipo receptor se colocaban

detrás de ella, con los brazos abiertos y la lengua fuera como idiotas. Allie suspiró—. Luke y yo tuvimos cuidado con el acceso que ella y Faith tenían a los jugadores cuando eran menores de dieciocho años —dijo con cuidado—. Incluso después de que ella cumpliera dieciocho años, él la vigilaba como un halcón siempre que había jugadores cerca.

—Inteligente —murmuré.

Tenía veintidós años y sentí deseos de apartarla de ellos, la misma oleada de ira irracional que sentí cuando se acercó el borracho del club. Si le hubiera puesto la mano encima, le habría arrancado el brazo de cuajo.

—Supongo que ustedes pueden encontrar a Luke desde aquí —dijo.

Asentí con la cabeza.

Me tocó el brazo.

—Me alegro de volver a verte, Erik. Gracias por cuidarla.

No parecía que estuviera haciendo gran cosa, si era sincero. Este no era un lugar donde Lydia tuviera que preocuparse por su seguridad. Dejando un rastro de lenguas meneando y corazones rotos detrás de ella, tal vez, pero no su seguridad.

Los jugadores charlaron amistosamente con Lydia, y ella volvió la cámara hacia ellos, filmando más imágenes que sin duda utilizaría en sus redes sociales. No conocía a ninguno de los dos jugadores. Eran nuevos desde hacía un par de años y parecían increíblemente jóvenes.

Y cuando Lydia se rio de algo que dijo uno de ellos, tuve que recordarme a mí mismo que tenían exactamente su edad. Con sus shorts vaqueros ajustados y su camiseta rosa rubor con una V pronunciada, lo bastante alta como para que, cada vez que se movía, yo vislumbrara un vientre plano y tonificado, Lydia debía de representar cualquier fruta prohibida para aquellos jugadores.

PLAN

Era intocable por su mamá y su papá, pero tan deliciosa a la vista que era imposible - incluso para mí- no imaginar... cosas.

Allie y Luke habían hecho bien en mantenerla alejada de un grupo de juerguistas que sabían exactamente lo fácil que era conseguir lo que querían de las mujeres.

Nunca había sido uno de esos tipos, pero en el momento adecuado tras la implosión de mi matrimonio, si alguien como Lydia se me hubiera acercado, habría expulsado sobre ella todo tipo de frustración sexual reprimida. Alguien con su sonrisa y sus piernas, el cabello dorado que le caía por la espalda y que no se parecía en nada a los rizos oscuros a los que había estado acostumbrado durante tantos años. Alguien con ojos grandes y piel lisa, un cuerpo que podía adorar.

Parpadeé, sorprendido por el sinuoso rastro de mis propios pensamientos.

No era yo. Fantasear con alguien demasiado joven para mí, alguien que no tenía derecho a imaginar.

Justo antes de desaparecer por la puerta, echó una rápida mirada por encima del hombro en mi dirección. Y fue entonces cuando lo vi, la ligera relajación de sus hombros, la forma en que su cuerpo se relajaba al verme.

Incluso aquí, guardaba algo apretado en su interior y sentirse sola no hacía más que enrollarlo aún más.

Mi teléfono vibró en el bolsillo y le levanté una mano. Hizo una pausa. Mi hermana Greer. Otra vez. Suspiré porque había estado evitando las llamadas de todo el mundo.

Lydia apareció a mi lado.

—Puedes atender si quieres. Veo a mi papá con el entrenador.

Guardé el teléfono con un movimiento de cabeza.

—No, está bien.

Lydia, como había hecho su mamá, me puso una mano en el brazo. Sus dedos eran fríos y ligeros contra mi piel y, simplemente porque me di cuenta de lo que sentían, di un paso atrás. Frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario.

—En serio, estoy bien. Voy a hablar con mi papá, pero deberías entrar tú también cuando termines de hablar por teléfono. Sé que a todos les encantaría verte.

Exhalé una risa seca.

—Los pocos tipos que realmente me recuerdan.

Lydia puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor. Has estado fuera un par de años, no un par de décadas.

Sonó un silbato en el campo y luché por no ponerme en guardia y alinearme con el resto de la defensa. Ella tenía razón. Se acordarían de mí. Pero no estaba seguro de poder soportar estar ahí fuera con el recuerdo de lo que había abandonado.

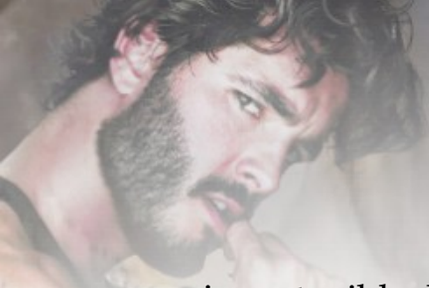
Mi teléfono volvió a sonar, esta vez con un mensaje.

Greer: *CONTESTA TU MALDITO TELÉFONO, HERMANO MAYOR. Seguiré llamando si no lo haces.*

Hice una mueca cuando Lydia asomó la cabeza junto a la mía.

—¡Ja! —gritó triunfante—. *Lo sabía*.

Al sostener su mirada, me resultaba casi imposible mantener el rostro uniforme. Estar cerca de ella era como estar rodeado de la energía más



PLAN

incontenible. Y dada la vena de mis propios pensamientos indisciplinados, lo último que podía hacer era pensar en cómo esa energía podría manifestarse... en otro lugar.

—Vete —le dije en voz baja—. Iré después de llamarla.

—No te escondas aquí mucho tiempo, Erik —me advirtió.

—Como si me fueras a dejar —le dije cuando se dio la vuelta.

PLAN

12

Erik

Antes de volver a llamar a mi molesta hermanita, me dirigí a las puertas después de que Lydia desapareciera por ellas con un destello de rizos rubios. Desde mi posición ventajosa, era interesante observar las reacciones. Casi todos los jugadores la saludaron con evidente entusiasmo o clara deferencia. El cuerpo técnico era un poco diferente.

No de forma obvia, pero vi a algunos de los nuevos, que quizá no llevaban tanto tiempo en Washington, ponerse rígidos ante la presencia de la hermosa hija del propietario irrumpiendo en su tiempo. El coordinador ofensivo, una nueva incorporación desde que me fui, apretó la mandíbula e intentó no mirarle el culo.

Falló.

Su entrenador de línea lo empujó de lado con una mirada severa, alguien que probablemente conocía a Lydia desde hacía una década, si no más.

El entrenador Ward, que había sido mi entrenador defensivo, extendió el puño para que Lydia le diera un golpe, sin apenas apartar los ojos de su portapapeles.

Luke Pierson, que no es miembro oficial del cuerpo técnico pero sí una presencia constante en el equipo para muchas de las operaciones

cotidianas, recibió a su hija con un enorme abrazo. Mientras lo hacía, me aseguré de saludarlo con la mano para que supiera que estaba ahí. Asintió con la cabeza, manteniendo el brazo alrededor de Lydia mientras ella parloteaba alegremente, señalando la forma en que el ataque se alineaba para ejecutar una jugada.

Ella pertenecía a este lugar, y era obvio. Todo su comportamiento, la forma en que se movía, era una persona diferente a la que había visto hasta ahora.

Otra faceta de ella. No podía evitar preguntarme cuántas más descubriría en el tiempo que me quedaba.

Una parte de mí quería seguir observándolo, pero justo cuando apareció el pensamiento y antes de que pudiera desmenuzarlo, mi teléfono volvió a zumbar.

Apreté el botón con un suspiro.

—Mierda, Greer, estoy trabajando —dije a modo de saludo.

—Ahh, sí, el escurridizo nuevo trabajo que nadie más que Adaline conoce. —Chasqueó la lengua—. Admítelo, estás vendiendo drogas.

—¿Cómo lo sabes? —respondí secamente.

—El hecho de que Adaline no me cuente una mierda es por lo que sé que es buena. —Greer y Adaline eran gemelas irlandesas, nacidas con menos de doce meses de diferencia, y se lo contaban todo la una a la otra mientras crecían. Lo único que las separó en la edad adulta fueron sus diferentes trayectorias profesionales. Greer era seguía en casa, en Sisters, y dirigía la parte de diseño de Wilder Homes—. Sabes, si necesitas una nueva trayectoria profesional, podrías volver aquí y dejar que yo te mande.

—Tan tentador. —El ofensivo ejecutó una jugada, un hermoso bootleg que engañó completamente a la defensa alineada contra ellos. El falso

traspaso del quarterback fue tan suave que incluso yo me engañé por un segundo antes de que se alejara en dirección contraria a la defensa, retrocediendo para hacer un pase de treinta yardas al ala cerrada que esperaba. Tarareé en señal de agradecimiento—. ¿Están todos bien?

—Sí, ¿por qué no iban a estarlo?

—Porque me llamaste cinco veces en cinco minutos.

—Ahh, bueno, mamá quiere saber si vas a venir a casa para su gran fiesta de aniversario. Dijo que no respondiste a su mensaje anoche.

Hice un gesto de dolor. Me lo había enviado cuando estaba en la fiesta de Dior con Lydia, pero en realidad ni siquiera podía echarle la culpa a eso.

Suspirando, me arrellané contra la pared para no utilizar la práctica como distracción de la verdadera razón por la que no había contestado a mi propia mamá.

—Veinte años, Erik —dijo Greer—. Tienes que venir.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Cuándo es otra vez?

—Cena familiar el viernes por la noche, partido de fútbol el sábado, la gran fiesta es el domingo. No puedes ser el único que no esté aquí.

Eso me hizo enarcar las cejas.

—¿Soy el único que no ha contestado?

—Sí —dijo ella, con clara exasperación en su voz—. Siempre y cuando consigas sacar tiempo en tu agenda de alto secreto, toda la familia estará en casa por primera vez en años. Vamos.

Si me lo hubiera permitido, habría podido cerrar los ojos e imaginar la casa de mi mamá y Tim, en la que criaron a toda nuestra familia. Era lo bastante joven cuando se casaron como para que todos mis mejores

recuerdos incluyeran a Tim y a los hermanos que trajo a mi vida. Algunos de esos recuerdos eran buenos. Otros un poco menos buenos.

La última vez que estuve en casa fue uno de los peores días de mi vida, una llamada de mi ex mujer borró cualquier plan de futuro que hubiera estado haciendo con una llamada eficiente y sin emoción. Ahora lo único que recordaba de aquella casa era a mi mamá llorando en la cocina. La expresión de mi padrastro cuando me dijo:

—Se pondrá bien, Erik. Solo necesita tiempo para llorar. Nosotros también perdimos a los dos.

No había sido capaz de volver a casa y enfrentarme a su angustia.

Pero solo podía evitarlo por un tiempo. Tim estaba enfermo y todos sabíamos que no iba a mejorar. Mi mamá me quería ahí, y aunque eso debería haber sido suficiente para comprometerme, la idea de ver sus caras después de años de ausencia, el envejecimiento que deben haber hecho en ese tiempo, solo me hizo revivir mi fracaso de nuevo. Fracaso como marido, como hermano, como hijo. El sonido del fútbol de fondo solo servía para subrayar un nivel más de mi fracaso. Porque también me había alejado de eso.

Greer no presionó en el silencio. Igual que no habían presionado mi ausencia de casa.

—Mierda —murmuré en voz baja con un pellizco en el puente de la nariz—. ¿*Todo el mundo* estará en casa?

Tarareó con sentimiento.

—Todos. —Greer se aclaró delicadamente la garganta—. Ian llega el viernes. Su vuelo aterriza después del almuerzo, creo.

El penetrante sonido de un silbato me hizo parpadear porque yo tampoco quería pensar en enfrentarme a mi hermanastro. Por motivos diferentes. Aquel reencuentro en particular llevaba más de cinco años

gestándose, y tenernos a los dos en casa probablemente haría tan feliz a mi mamá que nos perdonaría absolutamente cualquier cosa.

Incluso años de no aparecer por las dos personas que nos criaron.

—Ahí estaré —dije bruscamente.

Greer suspiró audiblemente.

—Oh, gracias a Dios. Son solo unos días. Apenas verás a Ian.

—No estoy preocupado por Ian —le dije—. Quiero decir, él es molesto y terco, y nunca supera nada.

—¿A quién suena eso? —murmuró Greer.

La ignoré.

—Lo que quiero decir es que si Ian puede comportarse, entonces yo también. Probablemente viene por la misma razón que yo. Es por nuestros papás.

—Poppy va a llorar cuando se lo diga.

Al mencionar a nuestra hermana menor, la única hija biológica que nuestra mamá y Tim tuvieron juntos -la guinda perfectamente mimada y universalmente adorada de nuestra alocada familia Brady Bunch[3]-, esbocé una sonrisa genuina por primera vez en todo el día—. ¿Cómo está?

—Está en el *último año*, Erik. Siento como si hubiera nacido hace dos años y estuviera a punto de graduarse en el instituto. Ni siquiera parece posible.

Su afirmación me hizo apoyar la cabeza contra la pared de bloques de hormigón que tenía detrás y cerrar los ojos contra la oleada de agotamiento absoluto. El paso del tiempo encerraba tantas cosas. La forma

[3] Hace referencia a una serie estadounidense que trata sobre una mujer con tres niñas y un hombre con tres niños unen sus vidas y descubren lo que los hace una familia.

en que había fallado a las personas que me importaban y la decepción que me producía haberme alejado de ellas.

—No puedo esperar a verla. —Me aclaré la garganta porque había algo atascado ahí. Un ladrillo o una roca o una bola gigante de espinas—. Lo mismo contigo, G.

Se rio suavemente de su apodo.

—¿Vendrás con Adaline?

—Lo más probable.

—Si te echas atrás, te cazaré, Erik Christian Wilder. Has estado fuera demasiado tiempo.

—Yo también te quiero —le dije—. Dile a mamá que me quedaré en mi casa, ¿de acuerdo? No hace falta que prepare una habitación en casa.

—O que se preocupe por ti e Ian bajo el mismo techo.

Suspiré.

—Eso también.

Greer desconectó la llamada y yo exhalé un suspiro lento y pesado.

Una vez terminada la llamada, mi entorno volvió lentamente a su sitio. Los sonidos y olores de mi pasado, que había decidido no volver a visitar. Y con ello, el peso del estudio de alguien.

Miré a un lado y sacudí la cabeza. Dos personas.

Lydia me observaba con un interés no disimulado, y a su lado estaba el jugador de fútbol de aspecto más gruñón que había visto en mucho tiempo. Además de mí.

Era alto y ancho, cubierto de tatuajes, y me miraba como si quisiera darme un puñetazo en las pelotas. Me enderecé y respiré hondo para

tranquilizarme, por si estaba a punto de encontrarme con uno de los enamorados de Lydia.

—Deja de intentar dar miedo, Dominic —dijo Lydia, dándole un codazo.

No lo hizo.

Puso los ojos en blanco.

—Este es Dominic Walker, el novio de mi hermana. Él... quería conocerte.

El hecho de que fuera el novio de Faith no debería haberme relajado, no debería haberme hecho sentir una sensación de alivio, pero... lo hizo. Lo ignoré. Despiadadamente.

—Walker —dije. El nombre me sonaba de otro equipo, pero debí de pasar por alto su fichaje por Washington mientras trabajaba en el extranjero—. Primer año en Washington, ¿verdad?

Entrecerró los ojos.

—Ajá.

Un novato pasó junto a nosotros, con los ojos clavados en el culo de Lydia. Un gruñido bajo comenzó en algún lugar de mi garganta. Pero Walker se me adelantó.

—Oye —ladró—. ¿Quieres que te cambien a Detroit? Busca en otra parte, imbécil.

El chico, lo bastante joven para estar asustado y lo bastante nuevo para saber que no debía discutir, se puso en guardia y clavó los ojos en el pasillo. Lydia se frotó las sienes.

Walker cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia Lydia?

PLAN

—Oh, Dios mío. —Ella suspiró—. En serio, Dominic.

Había conocido a tipos como él, y cuando me envió una mirada oscura y desafiante, me vino a la memoria su reputación de arrancador de mierda en Las Vegas. Mis cejas se alzaron lentamente.

—¿Es de tu incumbencia?

Exhaló un fuerte suspiro.

—Esto es divertido. Tan, tan divertido. —Le dio una palmada en el pecho y lo empujó hacia atrás cuando intentó acercarse—. Te he dicho que somos... amigos.

Su pausa fue llamativa. Y entorné los ojos porque supuse que el novio de la hermana sabría por qué estaba por aquí. Ella también entrecerró los ojos.

Walker asintió.

—Tienes, ¿cuántos? ¿Treinta? Es una amiga muy joven para acompañarte.

Me reí incrédulo en voz baja.

—¿Estás tratando de buscar pelea, chico?

Lydia abrió mucho los ojos y nos miró de un lado a otro.

—No intento buscar nada. Solo asegurándome de que no te estás aprovechando de alguien que me importa.

Parecía que estaba tratando de iniciar una pelea. Parecía dispuesto a arrancarme la cara, y no creí que Luke Pierson apreciara que me metiera en una pelea con uno de los jugadores. Realmente no encajaba en ningún código de profesionalismo que pudiera evocar.

Pero odiaba lo que suponía. Se sentó gruesa e incómoda sobre mis hombros.

PLAN

—Lydia, ¿cómo no sabe esto? —le pregunté.

Ella me fulminó con la mirada.

Luego dirigió su atención a Dominic, hablando con los dientes apretados y una sonrisa falsa.

—La mejor pregunta es ¿por qué actúa así?

El rostro de Dominic esbozó una pequeña sonrisa mientras la miraba.

—Porque me gusta jugar al hermano sobreprotector cuando Faith no está aquí para hacerlo.

—¡No necesito que lo hagas! Es... una situación profesional —dijo ella.

La comprensión apareció en sus ojos.

—Ohhhh.

—Sí.

—Te está ayudando con tu trabajo —dijo Dominic—. Faith me contó sobre la clase de este semestre. Suena jodidamente *duro*.

La cara de Lydia se congeló.

—Eh...

Me incliné hacia delante.

—¿Con su...?

Lydia le dirigió una mirada significativa a Dominic, pero él me estaba estudiando a mí.

—¿No es raro para ti que ella desmenuce tu carrera así? Sé cómo es cuando le hinca el diente a algo. —Su tono no era mezquino. Había interés genuino en su cara, pero aún así... me golpeó como un mazo. La idea de que había estado escarbando por algo más que su propia curiosidad.

Lydia chasqueó las manos en las caderas.

—No *lo estoy desmenuzando*. Y mi artículo ni siquiera es sobre él.

La miré aunque la cabeza me daba vueltas. Las llamadas perdidas en el auto hoy habían cobrado un significado diferente.

Pero seguía sin responder por qué no me había explicado nada.

—Será mejor que no le jodas nada. Es más lista que la mitad de la gente que trabaja en la mayoría de las oficinas de la NFL, y ahora tendrá el título que lo respalde.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿*Por qué* querría hacer eso? Ni siquiera me conoces.

Lydia levantó la mano.

—Voto por que esta conversación termine. Ahora mismo.

Ignoró a Lydia.

—Tienes razón. No te conozco. En general, hago un trabajo de mierda al hacerme amigo de extraños, y soy especialmente cauteloso cuando no puedo entenderlos. —Extendió los brazos—. Tienes un doble golpe. He oído historias sobre cómo te alejaste del equipo y nunca miraste hacia atrás -lo que no entiendo- y ahora te estás juntando con la hermana de mi chica, lo que me hace sentir extra antipático.

—¿Tratas así a todos los chicos del equipo? No me extraña que Vegas quisiera deshacerse de ti.

Sonrió.

—¿Por qué no salimos fuera y te lo enseño, viejo?

—¡Basta! —gritó Lydia.

Dominic miró al suelo y, con la mandíbula apretada, fijé mi mirada en Lydia. Se había enderezado todo lo que podía, de pie entre dos hombres

que la empequeñecían. Esperé a que me pusiera en mi sitio, porque mi temperamento se había vuelto inusitado.

Pero golpeó a Dominic en el estómago.

—No has sido nombrado mi guardián, así que mantén tus tendencias cavernícolas bajo llave cuando se trate de mí, ¿de acuerdo? Soy una adulta, y no necesito que le grites y gruñas a la gente de mi vida.

Me miró y asintió.

—Entendido.

—Y —continuó—, *nunca* hagas que un antiguo miembro de este equipo no se sienta bienvenido aquí. Sean cuales sean las circunstancias de la marcha de Erik -que solo le incumben a él, a menos que decida compartirlas-, tu trabajo no es ser un guardián. Tal vez así es como hacían las cosas en Las Vegas, pero no es como las hacemos aquí, y sé que lo sabes, Dominic. —Su voz resonó en el pasillo—. Una vez que un jugador viste esta camiseta, siempre es parte de la familia.

Con una pequeña inclinación de cabeza, la vi transformarse ante mis ojos. La verdad es que fue extraordinario. Su postura cambió, el timbre de su voz, el brillo de sus ojos.

Era diferente a cuando desató su impresionante temperamento sobre Jill la noche anterior.

Era una mujer que *tenía* todo bajo control y no temía demostrarlo. Me pregunté brevemente qué sustancias químicas correrían por mis venas si nos miráramos a los ojos ahora.

Respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Mis disculpas —me dijo—. Siempre he tenido un problema de temperamento. Pero estoy trabajando en ello. Algunos días son mejores que otros, supongo.

Asentí con la cabeza.

—Disculpa aceptada. Yo también lo siento.

Me tendió la mano para que la estrechara, y así lo hice. Cuando retrocedió, Lydia nos sonrió a los dos.

—Ya está. ¿Era tan difícil?

Dominic sonrió.

—No tan difícil como va a ser para los entrenadores de la línea defensiva explicarle a Ward por qué destrozaste su esquema 4-3 ahí.

Lydia se rio.

—Muy cierto.

Dominic me miró por última vez.

—Lo siento de nuevo. Creo que aún me estoy acostumbrando al instinto protector que estas mujeres Pierson hacen aflorar en mí.

Me ahogué en una carcajada y carraspeé cuando me miró con extrañeza.

—Agua pasada.

Nos saludó con la mano y volvió corriendo al entrenamiento.

Una gran parte de mí aún deseaba ir con él. Y no importaba por qué él pensaba que yo estaba aquí, o qué me había estado ocultando Lydia, no estaba preparada para explicarle por qué no podía. Por qué era tan difícil recordar el momento de mi vida en que me había ido.

Y con ese pensamiento, miré rápidamente a Lydia mientras observaba a los chicos alinearse para otra jugada.

—Es un buen tipo —dijo en voz baja—. Mi hermana lo ama ... como, estúpidamente lo ama. Y es muy bueno para ella. No tenía ni idea de que te cuestionaría así.

PLAN

—No tienes que protegerme de él. —Me puse a su lado y la observé —. Pero me encantaría una explicación de lo que estaba hablando.

Lydia, con las mejillas hinchadas, exhaló lentamente.

—¿No podemos simplemente... olvidar que dijo algo?

Pensé en cuántas veces había tirado suavemente de los hilos de mi pasado y yo me había resistido. Pensé en cómo había superado gran parte de sus miedos en unas pocas semanas, simplemente enfrentándose a las cosas que se agolpaban en su mente.

Como le ocurría a la mayoría de la gente cuando luchaba por superar algo duro, a Lydia solo le ayudaban las cosas que le hacían sentir que tenía el control.

—Por ahora, sí. —Eché un vistazo a su perfil. Pero quería saber. Quería entender de qué estaba hablando. Quizá así se sentía cada vez que me preguntaba por mi pasado.

No me extraña que fuera tan implacable.

Y hoy, por mucho que le afectaran mis evasivas, había sido implacable en su defensa de mí. A alguien que tenía mucho más derecho a formar parte de su vida. Era peligroso cómo me hacía sentir eso.

Así que en lugar de empujarla, le toqué suavemente el codo. Ella parpadeó apartando la vista del equipo y volvió toda su atención hacia mí.

Cada vez que lo hacía, me sentía como si alguien me hubiera golpeado en las tripas con una palanca. Lydia Pierson tenía mucho impacto, y no estaba segura de que fuera consciente de cuánto.

—¿Estás lista para irnos? —pregunté—. ¿O necesitas hacer que los entrenadores sean conscientes de cualquier otra deficiencia en la forma en que están haciendo su trabajo?

PLAN

Lydia echó la cabeza hacia atrás y soltó una larga carcajada. E imposiblemente, me encontré sonriendo al oírla.

—Creo que ya les he acosado bastante por hoy —dijo, sonriendo alegremente—. Pero siempre queda la semana que viene.

—Les deben encantar tus visitas —dije secamente.

El sonido de su risa resonó mientras caminábamos lentamente por los pasillos, y justo antes de que se abrieran las puertas de cristal, Lydia metió cuidadosamente la mano en mi brazo. El peso de su mano, enroscada en mi bíceps, era tan peligroso como cualquier otra cosa que pudiera haber hecho. Porque lo primero que noté fue lo caliente que estaba su mano, y me pregunté cómo se sentiría sobre la piel desnuda.

Parpadeé mientras caminábamos hacia el auto.

—¿Necesitas algo más esta tarde? —le pregunté, abriendo la puerta del pasajero para que pudiera entrar.

—Te has librado —bromeó—. Te daré un descanso de mí durante los próximos días. Tengo... tengo mucho en lo que trabajar.

Le lancé una mirada rápida.

—Vamos a revisar eso, Lydia.

Apoyó el codo en la consola y empezó a juguetear con la radio.

—¿ Lo haremos? Tú me enseñas la tuya y yo te enseño la mía, Erik.

Suspiré, y capté un destello de su sonrisa al hacerlo.

Nos alejamos y me negué a nombrar lo que crecía bajo mi caja torácica, algo nuevo e incómodo. Sus pies se apoyaron inmediatamente en mi salpicadero, cambió la música a algo horrible y pop y sus uñas rosas brillantes golpearon al ritmo.

Esta vez, no la hice cambiar. Porque la hacía feliz, y de alguna manera, eso importaba un poco más que antes.

PLAN

Y supe por qué me negaba a nombrar ese sentimiento. Porque si lo hacía, tendría que hacer lo correcto y marcharme.

PLAN

13

Lydia

—Vas demasiado rápido —resopló Faith a mi lado.

—Vamos, Pierson, sigue el ritmo —grité por encima de los altavoces. Mis pies golpeaban la cinta y, a mi lado, Faith murmuraba una palabrota y pulsaba un botón de su máquina para seguir mi ritmo.

Hacer ejercicio sin el yeso me sentaba de maravilla, y ya estaba luchando por no forzarme demasiado. Mis brazos se balanceaban mientras corría a toda velocidad, el sudor me resbalaba por la espalda y la sangre bombeaba caliente bajo mi piel.

La canción -una canción pop irreprimiblemente pegadiza con un ritmo acelerado y un bajo atronador- llegó a su fin, y Faith y yo frenamos nuestras máquinas a la vez.

—Mierda —jadeó—. Era más divertido entrenar contigo cuando te lo tomabas con calma.

Me reí y abrí la botella de agua para beber un trago frío.

—Me va a doler mañana si te hace sentir mejor .

Me miró.

—¿Cómo se siente el brazo?

PLAN

Me estiré y miré mi reflejo en los espejos del suelo al techo del gimnasio de la planta baja. Aún estaba un poco más flaco que el otro brazo, pero me sentía fuerte, aunque no dolorido.

—Bien —le dije.

Faith se pasó una toalla por la nuca.

—Finalmente pude ponerme al día con Dominic anoche.

—Los peligros de salir con un jugador de fútbol profesional, ¿eh? No hay mucho tiempo a solas durante la temporada regular.

Sonrió.

—No con lo ocupada que he estado.

Arqueé los brazos por encima de la cabeza, cayendo hacia delante para rozar el suelo con los dedos mientras estiraba las piernas.

—¿Y qué tenía que decir el amor de tu vida?

—Me contó lo que pasó en el entrenamiento del otro día.

Hice una mueca.

—Ya lo creo.

—También me dijo que fue un imbécil gigante con Erik. —Se rio—. Mi pequeño exaltado. Realmente se sentía mal.

—Debería. —Levanté un tobillo detrás de mí y la miré—. Erik estaba ahí, y Dominic actuó como si estuviera metiendo sus manos en mis pantalones o algo así.

Lo que sonaba *encantador* en cualquier otra circunstancia, pero eso no venía al caso.

—Y —añadí—, me descubrió totalmente sobre mi programa de maestría.

Sus cejas se levantaron con sorpresa.

PLAN

—¿Erik no sabe que estás haciendo eso?

Me encogí de hombros.

—No.

—Lydia —suspiró—. No entiendo por qué sientes que necesitas ocultar esto.

—No lo estoy ocultando.

Faith se rio.

—De acuerdo.

Me senté en el suelo de goma negra y apoyé un pie en la parte interior del muslo.

—A mí tampoco me cuenta nada. Así que estamos muy igualados en ese aspecto.

—No hace falta que te pongas a la defensiva —dijo ella suavemente.

—No lo estoy.

Lo estaba.

Durante los últimos tres días -el período más largo que había pasado sin verlo desde que nos conocimos- pensé una y otra vez por qué no le había contado lo de mis estudios. Pensaba por qué todos esos cambios en mi vida daban tanto miedo cuando se hacían públicos.

Faith no respondió porque me conocía lo suficiente como para no hacerlo.

Finalmente, suspiré, dejándome caer de nuevo en el suelo.

—No podría soportar que se riera o algo así. Si cuestionara mi capacidad para llegar hasta el final.

Ella tarareó en señal de comprensión.

—Puedo entenderlo.

—En realidad pensé en, no sé, cambiar mi proyecto de investigación semestral.

—¿En el que has estado trabajando durante dos meses?

Asentí con cuidado.

Sus ojos encontraron los míos en el espejo.

—¿Cuál es tu tema ahora?

—El efecto de los medios de comunicación en la mentalidad cultural hacia el deporte, y cómo se puede aprovechar para crear una infraestructura fuerte de un equipo deportivo.

—Eso me gusta. ¿Por qué te gustaría cambiarlo?

Me aclaré la garganta.

—El efecto traumático de las lesiones y la ansiedad en atletas de alto nivel, y cómo la rotación de equipos afecta al rendimiento a largo plazo.

Los ojos de Faith me miraron con complicidad.

—¿Qué?

—¿Entrevistaste a alguien en particular para eso? —preguntó señalando.

—Como si fuera a contarme algo —dije, y si alguna vez había sonado enfurruñada, no era nada comparado con cómo me sentía al decirlo en voz alta—. Y ya me vuelve loca en un buen día. Nunca he conocido a nadie que me saque de mis casillas como él, y dejarle ver esto tan grande que quiero para mi vida me parece tan… —se me cortó la voz.

—¿Vulnerable? —añadió Faith en voz baja.

Asentí con la cabeza.

PLAN

Me miró con esos ojos de hermana mayor.

—Te importa mucho su opinión.

Tenía la cara ardiendo. Tal vez porque acababa de terminar una carrera de treinta minutos a toda velocidad, pero también porque mi inofensivo enamoramiento de Erik se estaba convirtiendo en algo mucho, mucho más grande.

—Quiero decir, me gusta salir con él, y no es duro para la vista —fingí un tono despreocupado.

Faith se dio cuenta y puso los ojos en blanco.

—Mientes tan mal.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me gusta? Sí, claro. Me gusta. —Me incorporé con un resoplido—. *Más* que gustarme. No es... nada parecido a lo que pensaba que me gustaría. Es tan gruñón y testarudo y durante *horas* se queda mudo y no entiendo dónde tiene la cabeza. —Apoyando mis brazos sobre mis rodillas, enterré la cabeza con un gemido—. Pero a veces, me mira de cierta manera... y nunca he sentido nada como en esos momentos.

Faith estaba callada y, cuando levanté la cabeza, tenía la frente pellizcada por la preocupación.

—Mira, no voy a decirte que es mala idea cambiar tu proyecto de investigación. La idea es buena, y creo que podrías encontrar mucho contenido para estudiar.

—Pero...

—Pero asegúrate de que lo haces por las razones correctas. No cambies de tema porque Erik es un libro cerrado y eso te vuelve loca porque sientes algo por él. Me preocupo por ti.

Le dirigí una mirada frustrada.

PLAN

—Faith, no soy una niña. Quiero decir, *tampoco* soy *de mediana edad*, pero me conozco lo suficiente como para saber lo que quiero. Y si alguien merece algún tipo de inversión emocional. Entre tú y Dominic, empiezo a sentir que mi propia familia no confía en que conozca mi corazón y mi mente. —Me levanté del suelo, levantando una mano cuando ella abrió la boca—. Lo entiendo, de verdad. Me quieres, te preocupas, pero él no ha hecho nada que justifique todo esto. No me ha tratado como un objeto. No me ha menospreciado. No descarta lo que siento. Me escucha. Presta atención a las cosas que no digo. Y qué si no me cuenta todo su pasado —dije acalorada—. Quizá le preocupa que lo juzgue, igual que a mí me preocupa lo mismo.

Faith se acercó con una sonrisa contrita.

—Tienes razón.

—*Y* —continué, cortando en seco cuando sus palabras registraron —. ¿Lo hago?

Mi hermana asintió.

—Lo haces. Tengo que recordar que tú, mi hermana pequeña —me acarició la cara—, no tienes miedo de perseguir lo que quieres. Eso es un don. Y yo necesitaba ese don tuyo cuando no podía admitir lo mucho que quería a Dominic.

Me reí.

—Realmente lo hiciste.

—Sin tu *cariñosa* intromisión y tus excelentes dotes de maquinadora, quién sabe cuánto tiempo habría tenido que esperar para mi primera cita con él.

—Muy cierto.

Me dio un fuerte apretón.

PLAN

—Lo dejaré estar. Te lo prometo.

Y como si le zumbaran los oídos, mi teléfono sonó con un mensaje del hombre en cuestión.

Erik: *¿Libre esta tarde?*

Erik: *Tengo una idea.*

Yo: *Libre como un pájaro. ¿Cuál es el código de vestimenta?*

Erik: *Ajustado y cómodo.*

Erik: *Quiero decir ... leggins y una camiseta sin mangas o lo que sea. No un vestido ajustado.*

Erik: *Sabes lo que quiero decir, ¿verdad?*

Yo: *Sin minifalda, entendido.*

Me reí imaginando el rubor de su cara. Tenía muchas ganas de jugar con él, de pulsar algunos botones. Faith me miró a la cara mientras escribía mi respuesta y soltó un gemido.

—Dios mío, mírate ahora —bromeó—. O te acaba de ofrecer sexo o un millón de dólares.

—Ja, ja —dije—. Tomaré la opción uno, por favor.

Miró por encima de mi hombro el intercambio.

—Leggings y una camiseta sin mangas. ¿No se da cuenta de que esta es tu *única* elección de ropa en los últimos tres meses?

Le di un codazo en la espalda.

—¿No tienes otro sitio donde estar? No te molesté por Dominic.

PLAN

—Ohh, debe haber sido *otra* persona la que me arrastró corporalmente a un baño cerrado para que pudieras interrogarme después de nuestra primera cita.

Con el dedo corazón en alto, corrí hacia el pasillo al son de su risa.

—Tengo que ducharme. Me recoge en treinta minutos.

Faith se rio.

—¿Tú? ¿Duchada y lista en treinta minutos? Oh, me quedo a ver cómo se desarrolla esto.

—Te odio —grité.

Puse la ducha en marcha, me quité la ropa de deporte, me arranqué el cabello de la coleta y casi me caigo al no poder pasarme el sujetador deportivo sudado por encima de la cabeza.

—Uf —gemí cuando le di un último tirón—. Esto es mucho más fácil con dos brazos.

El rocío era más frío de lo normal, pero con la incredulidad de Faith en mis oídos, intenté calmar mi corazón aún acelerado por el inesperado momento con Erik.

—No es una cita —susurré con dureza. Mis manos enjabonaron mi cuerpo, tuve que forzar movimientos enérgicos y eficaces.

Sin pensar en el contacto visual prolongado. Mis dedos recorrían mi estómago.

Sin pensar en sus manos en mi espalda. Mi palma se posó sobre mi cadera.

Curvándose alrededor de mi hombro. No tardaría mucho.

Sus dedos largos y fuertes se cerraron en torno a los míos. Los imaginé sobre mi cuerpo.

PLAN

Empecé a respirar entrecortadamente cuando cerré los ojos, imaginándomelo ahí dentro conmigo. Tenía una ducha de tamaño decente, pero él empequeñecería el espacio. No tendría más remedio que apoyar la espalda contra la pared. A menos que se sentara en el banco de azulejos, abriera sus largas piernas y me acercara a él. Su boca alcanzaría mi estómago, mis costillas y, mientras mis manos se deslizaban lentamente sobre mi piel, mis pechos.

No nos metería prisa. Si conociera a Erik Wilder -y lo conocía-, me torturaría. Deslizaría sus manos por cada centímetro de mi cuerpo, tendría una paciencia sobrehumana, marcaría un ritmo que no me castigaría por su velocidad. No, la locura vendría porque me provocaría, iría despacio, me tendría sin sentido.

Mi espalda se arqueó, un gemido de impotencia escapó de mis labios entreabiertos mientras lo reproducía en mi mente.

Me haría suplicar, arqueándome debajo de él, tratando de incitarle más rápido y más fuerte con mis manos y mis uñas, tirando de su gran cuerpo mientras ...

Fue entonces cuando Faith golpeó la puerta de mi baño.

Me resbalé de lado.

—¿Qué? —grité, solo un poco sin aliento.

—Han pasado quince minutos, Lydia —gritó—. Estás a punto de darme la razón.

Apreté la mandíbula y golpeé el agua un poco más fría, chillando cuando el rocío helado golpeó mi piel.

Después de un rápido lavado con champú y acondicionador, salí y me sequé con una toalla. Dejé la toalla en el cesto de la ropa sucia y abrí el cajón para tomar ropa interior negra de encaje.

PLAN

Una chica no podía llevar otra cosa cuando salía con un hombre que acababa de inspirar ese tipos de pensamientos de ducha.

Hacía calor fuera y, sinceramente, con la piel mojada, la idea de llevar leggings me parecía demasiado trabajo. Saqué un cómodo sujetador de punto para ponerlo debajo de una camiseta de tirantes de Washington y me puse unos pantalones cortos negros de atletismo. No tuve tiempo de maquillarme y solo me hice una trenza rápida para apartarme el cabello mojado de la cara.

Cuando me calcé las zapatillas de tenis, abrí la puerta de golpe gritando:

—¡Cómete esa mierda, Faith! Te dije que podía hacerlo.

Estaba en la silla de mi escritorio, hojeando mis libros.

—Es un milagro.

Le di un beso en la cabeza.

—Voy a esperar arriba.

—Diviértete —dijo—. Y no olvides usar protección cuando lo rompas.

Todavía me estaba riendo cuando me acerqué a la puerta principal. A través de las ventanas laterales, vi su vehículo oscuro entrar en el camino de entrada.

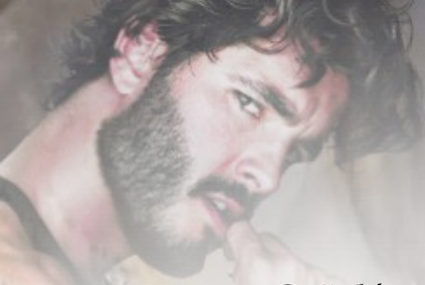
Uf, las mariposas. Eran salvajes y se arremolinaban y zambullían, por todas las partes de mi cuerpo, no solo por el estómago.

Erik se inclinó para abrir la puerta del copiloto y me saludó con una sonrisa cautelosa cuando subí al auto.

—¿Por qué esa cara?

Exhaló una corta carcajada.

—¿Qué cara?



Señalé.

—Esa. Pareces preocupado.

Erik esperó a que me hubiera abrochado el cinturón y puso el auto en marcha.

—¿No tienes curiosidad por saber a dónde vamos?

—Umm, sí.

Miró de reojo.

—¿Solo curiosidad?

—Corta lo críptico, Erik. ¿Qué intentas preguntarme?

—¿No tienes miedo?

Me senté.

—Oh. —Pasó por delante de los guardias de seguridad y saludé distraídamente. Desde que me envió el mensaje, no había sentido miedo ni una sola vez.

No nos preocupaba a dónde íbamos. Qué podríamos estar haciendo.

—No —respondí lentamente—. No tengo miedo.

Gruñó.

Todo ello, los días sin verlo, la conversación con Faith y mi pequeña fantasía de la ducha me tenían mirando abiertamente. Se movió en su asiento y yo reprimí mi sonrisa.

—Porque eres tú —añadí.

Su mirada se clavó en la mía.

—No tengo miedo porque confío en ti.

Erik apretó la mandíbula y, tras un momento de tensión, apartó los ojos de los míos.

PLAN

—Bien —dijo, con voz áspera procedente de lo más profundo de su garganta.

Quería oír esa voz en mi oído mientras sus caderas chasqueaban con fuerza contra mí. Mientras miraba por la ventana, exhalé lentamente.

—¿Ahora me dirás a dónde vamos? —pregunté, una vez que mis furiosas hormonas sexuales de Erik estuvieron bajo control.

Algo así.

Porque sus manos eran... grandes. Y sujetando el volante como lo tenía, me las imaginé en mis caderas, tirando de mí hacia él.

—Una pista de carreras.

Parpadeé.

—¿Qué?

Volvió a moverse en su asiento y tardé un momento en darme cuenta de que Erik Wilder estaba nervioso.

—Vamos a un circuito de carreras. —Volvió a mirarme a los ojos—. Vas a conducir.

Me quedé con la boca abierta.

—Y una mierda. No quiero conducir.

Se rio. El imbécil.

—Creía que confiabas en mí.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Me retracto.

—No puedes —dijo fácilmente—. Vamos. Será divertido. Y completamente seguro porque solo estamos tú y yo.

PLAN

Mi corazón se aceleró. No por miedo a un auto, ni siquiera por la fantasía de Erik. Sino porque era el último obstáculo.

No me malinterpretes, al final lo habría superado. Y habría sobrevivido perfectamente mientras tanto. Millones de personas en todo el mundo no conducían, y nadie se dejaba el culo en un circuito de carreras.

Si cerraba los ojos, podía verme evitándolo durante mucho, mucho tiempo. Y yo no quería eso.

Había dado tantos pasos, creado tantos cambios, para ser la versión de mí misma que más quería. Y esto era una cosa más que podía lograr en el camino.

No porque fuera idea suya, ni siquiera porque pensara que me obligaría si decía que no. Tal vez esa era la cuestión. Erik vio mucho de lo que yo era. Y él habría sabido si yo no estaba lista.

Y quería ayudarme a superar este obstáculo.

Conociéndolo, preferiría partirlo por la mitad para que yo pudiera atravesarlo, pero esa no era realmente una opción.

—De acuerdo.

Sus labios se crisparon.

—De acuerdo.

—Pero puedo elegir la música en *ambos* sentidos —dije.

Suspiró.

Un suspiro de diez perfecto.

PLAN

14

Erik

Todo empezó bien. Aburrido, en realidad. Si solo hubiera terminado así.

Tuvimos que rellenar unos formularios. Ver un vídeo.

Dejé que un instructor de conducción muy serio hiciera un simulacro con Lydia y conmigo para que entendiéramos cada pieza del equipo dentro y fuera del auto.

Luego tuvimos que ponernos los trajes de piloto.

No miré mientras Lydia se subía el suyo por encima de las piernas desnudas, dando un brinco de excitación que no podía ocultar del todo mientras las mangas le colgaban de las caderas. Me pellizqué la nariz porque su camiseta de tirantes era blanca, al igual que su sujetador. El profesor de autoescuela mantuvo sus ojos por encima del cuello en todo momento, lo cual era bueno para mi cordura.

Se subió la cremallera del traje por encima de la camiseta blanca de tirantes y el sujetador blanco, y respiré un poco más tranquilo cuando las curvas maduras de su pecho quedaron ocultas a la vista. Pero incluso entonces, con el casco bajo el brazo, salió del edificio hacia la pista de carreras, y mi mirada se posó infaliblemente en el perfecto contoneo de su perfecto culo.

PLAN

Estaba perdiendo la cabeza. No había otra explicación.

Dos años de celibato eran demasiado para mí. A la primera oportunidad, encontraría a alguien que me rascara el picor, que enfriara el calor que bombeaba peligrosamente por mis venas al verla.

Solo era eso, me dije.

Cuando pasó por las puertas, se detuvo y contempló las gradas vacías, el asfalto inmaculado y los dos autos relucientes estacionados para nosotros.

—Guau —respiró. Lydia dio un paso adelante y pasó las manos por la parte superior del primer auto.

Era rojo carmín y bajo hasta el suelo, con relucientes llantas negras y brillantes detalles cromados. El capó era liso, encerado hasta que probablemente podía ver su propio reflejo.

—¿Quieres ese? —pregunté, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Me miró por encima del hombro, con los labios rosados fruncidos en una sonrisa de consideración.

—Sí.

—Es una belleza —dije.

—Un Ferrari Four-eighty-eight GTB —dijo en voz baja—. Seiscientos sesenta caballos, velocidad máxima de doscientos cinco, de cero a sesenta en tres segundos.

Silbé.

—Ella también sabe de autos.

Lydia se rio, levantando un papel que yo no había visto apretado en su mano.

—Está aquí.

PLAN

—Ahh. —Me aclaré la garganta—. Creo que solo tenemos que esperar a que el chico que nos va a atar ahí.

Sonrió mientras se volvía hacia mí.

—Vas a venir conmigo, ¿verdad?

Sus ojos cuando lo preguntó, eran tan grandes y confiados. Quise advertirle que no confiara tanto en mí, quise apartar la mirada por lo bien que me hacía sentir esa confianza. Pero no lo hice. Me arriesgué a sostenerle la mirada un poco más.

—Sí. Al menos durante las dos primeras vueltas.

Le quité el casco de la mano y comprobé las correas. No es que supiera realmente lo que buscaba, pero me daba algo que hacer con las manos que no implicara tocarla.

—¿Qué pasa después de las dos primeras vueltas? —preguntó.

—Entonces haces una por tu cuenta, si quieres.

Abrió la boca para contestar, y fue entonces cuando tuve el primer presentimiento de que el día se iba a ir a la mierda a toda prisa.

El chico se nos acercó desde el lado opuesto de la pista, piernas largas y cabello rojo brillante, ojos cubiertos con gafas de sol envolventes.

Mi hombro rozó el de Lydia mientras estábamos ahí, y cuando levantó la vista de su portapapeles, vi que sus pasos se ralentizaban.

Luego se detuvo.

Levantó la vista.

De nuevo en el portapapeles, con la boca abierta.

Levantó la cabeza y miró hacia nosotros.

—Aquí vamos —susurró Lydia.

PLAN

—Pensé que aquí estaríamos a salvo de tu club de fans —le respondí —. Lo siento.

—Maldito Erik Wilder —gritó el chico—. No *me jodas*.

Fruncí el ceño.

Lydia se echó a reír.

Se acercó corriendo y deslizó el portapapeles bajo su escuálido brazo. Antes de que pudiera parpadear, me cogió la mano y me la metió entre las suyas. Vigorosamente.

—Soy una gran jodido fan. No puedo creer que estés aquí. Este es el mejor día *de mi vida*.

Con cuidado, retiré mi mano de la suya.

—Gracias, hombre. ¿Cómo te llamas?

Tartamudeó nervioso la respuesta, con las mejillas rojas de emoción.

Miré a Lydia, que tenía la sonrisa cubierta con una mano, sus ojos azules bailando grandes y felices en su cara.

—He seguido tu carrera desde la universidad —dijo en un arrebato—. Eres la razón por la que quería jugar de defensa.

Con una mirada atenta a su menudo cuerpo, supe que no podía pesar más de veinte kilos empapado.

—Siempre es agradable conocer a un fan. Me alegro de que me saludes.

—Soy más que un fan —respondió con seriedad—. Grabé todos los partidos de Washington, y cuando te rompiste el ligamento cruzado anterior —su voz bajó— lloré durante tres días seguidos.

PLAN

Lydia tenía los labios entre los dientes cuando bajó la mano, y cuando el chico se inclinó mientras hablaba, luché contra el impulso de esconderme detrás de ella, de usar su cuerpo como un escudo humano.

—Sí, yo también —respondí secamente.

Sacó el teléfono del bolsillo trasero.

—¿Puedo? ¿Podemos?

Lydia extendió la mano.

—Me encantaría hacerte una foto, si es lo que quieres.

Su profuso agradecimiento salió en una exhalación apresurada, y yo la fulminé con la mirada mientras intercambiaban sus lugares. Por encima del teléfono, me guiñó un ojo.

—Sonríe, Erik.

El chico me rodeó los hombros con el brazo. Apretado. Y con una sonrisa, Lydia sacó unas cuantas fotos.

—Perfecto —dijo.

Recorrió las fotos.

—Este es el mejor día de mi *vida* —susurró—. Se lo voy a enseñar a todos los que conozco.

Me froté la nuca y Lydia pasó su brazo por el mío.

—¿Cuál fue tu juego favorito de Erik Wilder? —preguntó—. ¿O es muy difícil elegir?

La separé de mí y le sostuve la mirada cuando se negó a soltarme los dedos.

—Seguro que no lo sabe de memoria —le dije.

—Oh, lo sé —dijo—. El campeonato de la AFC en tu segundo año.

Lydia tarareó.

—Oh, sí. Contra Indianápolis. ¿El strip sack en el último cuarto?

El chico se animó.

—Sí. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—Yo también soy una gran fan suya —dijo seriamente—. De hecho, *acabo de* ver esa repetición la semana pasada.

Apreté los dedos contra los suyos, tan fuerte que me sorprendió que no se le rompieran los huesos, y ella soltó una carcajada.

Me aclaré la garganta.

—Entonces, ¿vas a llevarnos aquí hoy? Estamos deseando conducir.

Se puso en guardia.

—Claro, sí, por supuesto. Umm, ¿conduces tú o ella?

Ella levantó la mano.

—Aunque *me encanta* cuando Erik está al mando, creo que yo estoy al volante primero.

El chico se sonrojó furiosamente, mirándome como si me hubiera crecido otro pie en su mente.

Iba a matarla.

Se mantuvo profesional, mostrándonos los cinturones de seguridad y los dispositivos de seguridad, enganchándonos los cascos y asegurándose de que estuvieran bien apretados. Y cuando Lydia giró la llave, solo vi un leve temblor en sus dedos.

—Lo estás haciendo bien —le dije suavemente.

El chico se apartó y me saludó con la mano. Levanté la mano mientras Lydia se reía.

—Me gusta —dijo simplemente.

—Me debes mucho por ese pequeño espectáculo, Pierson.

Tarareó, pasando las manos por el volante de una forma casi obscena. Al menos para mí.

Luego me miró.

—¿Listo?

—Si tú lo estás.

Respiró lentamente, jugueteó con los retrovisores y levantó el pie del freno.

Y eso fue todo.

Recorrimos unos cinco metros y la miré. Tenía los nudillos apretados.

—¿Lydia?

—¿Qué?

—Puedes... pisar un poco el acelerador, ya sabes.

—Es un puto Ferrari, Erik —siseó—. No intento batir ningún récord, *¿sabes?*

Me quité el casco y ella me lanzó una mirada de pánico.

—¿Qué haces? Vuelve a ponerte eso.

—Vas a ocho millas por hora, Lydia. Quiero que me escuches claramente.

Agarró con fuerza el volante y nos puso a veinte.

Asentí con la cabeza.

—Presta atención a los sonidos que hace el auto. El cuero bajo tus manos.

Lydia exhaló lentamente.

PLAN

—También huele bien —dijo distraídamente.

Treinta.

—Así es. —La piel de sus nudillos ya no estaba tan blanca—. Aquí no hay nadie más que nosotros.

Ella asintió.

Cuarenta.

—Es... suave. —Se miró al espejo—. Quizá debería regalarme uno por mi cumpleaños.

Sonreí.

—Tal vez deberías. Vuélvete loca y súbelo a más de cincuenta.

Se rio.

Observando su rostro, no pude evitar sentirme fascinado por el juego de sus emociones sobre su cara. La forma en que sus ojos parpadeaban detrás de la visera.

Cincuenta.

—Háblame de tus estudios —le dije en voz baja.

Sus ojos se desviaron hacia los míos.

Cuarenta otra vez.

Luego de vuelta a cincuenta.

Lydia tragó saliva, la grácil línea de su garganta moviéndose bajo el borde del casco.

—Estoy... estoy haciendo un máster en administración deportiva en Gonzaga.

Cincuenta y cinco. Abrazó la curva, dirigiendo el auto con una mano apoyada en la parte inferior y otra sujetando la parte superior.

—¿Lo haces? —pregunté.

Ella asintió, levantando la barbilla.

—Sabía que lo haría. Con el tiempo. —Miró por el retrovisor y pisó un poco más el acelerador.

Setenta.

Sonreí.

—Mi accidente de auto puso las cosas en perspectiva —dijo a continuación—. Cuando algún día me haga cargo de Washington, lo sabré todo. Cada centímetro de esa organización. Y nadie cuestionará que soy capaz.

Ochenta.

Su pecho se agitaba, sus manos maniobraban por las esquinas con facilidad.

Y deseé que ese casco desapareciera porque quería desesperadamente ver su cara mientras me contaba esta cosa asombrosa. Lydia Pierson tenía un futuro brillante. Por primera vez desde que nos conocimos, supe que no merecía lo que fuera esta relación con ella.

Yo era un hombre, incapaz de afrontar mi pasado por todas las formas en que había fracasado, luchando contra los sentimientos por una mujer que sabía exactamente qué hacer con su futuro.

—Lydia —dije lentamente.

Me miró y la velocidad disminuyó ligeramente. Sus ojos eran cautelosos y sus dedos apretaban cada vez más el volante.

—Es jodidamente *increíble* —le dije—. Estoy muy orgulloso de conocerte.

Su sonrisa era amplia y feliz.

PLAN

—Vamos, jefa —dije por encima del ronroneo del motor—. Muéstrame lo que puedes hacer con ella.

Se rio.

Y entonces volamos. Como una maldita profesional, aminoró la marcha al acercarse a las curvas, luego pisó el acelerador en la recta, y yo quedé apretado contra mi asiento con una impactante ráfaga de aire.

Noventa.

Noventa y cinco.

—De acuerdo, ya está bien —le dije—. Más despacio, por favor.

Con una sonrisa pícara, Lydia redujo la velocidad y detuvo el auto. Se quitó el casco de un tirón, respirando con dificultad, como si acabara de correr una maratón. Su cabello era un desastre, mechones y rizos salían alrededor de su cara sonrojada.

Con la cabeza apoyada en el asiento, se volvió hacia mí con una mano apoyada en su pecho agitado. Parecía que la acababan de follar.

Duro.

Salí del auto en un suspiro, porque si me quedaba ahí sentado mucho más tiempo, cometería una estupidez. La agarraría. La empujaría a través de la consola y la subiría a mi regazo. La agarraría del cabello y le chuparía la lengua.

Me pasé una mano por la cara, deseando que mi cuerpo se controlara mientras me alejaba del auto.

Entonces oí el portazo que dio ella.

Lydia sonreía, tan amplia, feliz y hermosa. Simplemente me quedé ahí mientras ella corría hacia mí.

Y no la detuve cuando saltó. La atrapé.

PLAN

Sus brazos me rodeaban el cuello y sus piernas mi cintura, su cuerpo cálido y suave mientras yo pasaba mis brazos por debajo de su trasero para sujetarla con seguridad.

Se echó hacia atrás, riendo sin aliento, sus dedos deslizándose en mi cabello, apretándose en codiciosos puñitos que me tenían la piel en llamas.

—Mierda, Erik, eso fue *increíble*.

No encontraba palabras. Todo lo que podía hacer era mirar hacia arriba y preguntarme cómo había llegado tan lejos.

Cómo había perdido de vista lo que se suponía que debía hacer.

De repente, lo más importante que podía hacer era levantar una mano y deslizarla por su suave rostro.

Mi pulgar trazó la línea de su labio inferior y ella exhaló temblorosamente.

—Gracias —susurró. Su boca rozó la yema de mi dedo cuando habló.

Bajó la barbilla, apretando las caderas contra mi estómago, e inhalé bruscamente cuando nuestros labios se separaron una fracción.

Fue entonces cuando vi al chico en mi visión periférica. Un destello de cabello rojo y un movimiento de su brazo. Eché la cabeza hacia atrás y parpadeó.

—Está... mirando —susurré.

Lydia asintió lentamente. Se le había subido el color a la cara cuando la agarré por la cintura y la ayudé a bajar.

Exhalé un fuerte suspiro y volví a mirar al chico.

Justo cuando guardaba su teléfono.

PLAN

15

Lydia

Había aprendido mucho sobre los silencios de Erik Wilder desde el día en que nos conocimos.

Este silencio en particular tenía los dientes afilados. Tenía mi piel tensa, tan tensa como sus gruesos dedos alrededor del volante mientras nos llevaba a casa.

No era frío ni mezquino, pero pesaba tanto que tuve que esforzarme para no inquietarme como consecuencia. Ni siquiera yo me atrevía a intentar derribarlo con algún intento de conversación. Sabía que fracasaría estrepitosamente si lo intentaba, y lo supe en el momento en que se dio cuenta de que alguien nos había estado observando.

Un momento que había sido tan despreocupado y ligero y maravilloso, a segundos de saber cómo se habría sentido su boca en la mía, y ahora conducíamos a casa en un silencio absoluto y terrible.

Algo se cerró en su rostro cuando el chico volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo, algo se trabó en su mandíbula severa y sus ojos entrecerrados.

Pero no era ira dirigida a mí. Ni siquiera tenía que ver con la cámara, o al menos yo no lo creía.

PLAN

Conociéndole, sospeché que era la bajada de guardia. La concesión de ese momento. Un momento pulsante y palpitante en el que me sostuvo ingrávidamente y me tocó como si fuera preciosa.

Como si me quisiera.

Erik giró por la calle de mis papás y, aun así, no había pasado ni una sola palabra entre nosotros desde que me guió con manos fuertes de vuelta a la tierra. Mis pies tocaron el suelo, la pista dura y caliente, y nada fue igual después.

Las palabras se agolparon en mi garganta, desordenadas y sin ensayar, desesperadas por escapar.

¿Por qué me tocaste así?

¿Qué es lo que vi en tus ojos?

¿Qué viste en los míos?

Quiero más. ¿Quieres más?

Ese fue el más aterrador de todos, la verdad.

Porque este hombre grande y callado me hizo desearlo de una manera grande y aterradora. Antes era fácil pasarlo por un enamoramiento.

Nada de esto era fácil ahora, y no tenía ni idea de cómo manejarlo. Porque todos los hombres de mi pasado -y no es que hubiera muchos- eran fáciles de predecir, fáciles de engañar. Todos estábamos en igualdad de condiciones en cuanto a experiencia y experiencia y lo que queríamos. El campo de juego con Erik era más como un campo de minas, parecía. Un paso adelante y tres atrás.

Y aun así... no deseaba otra cosa que agarrarle de la mano y ayudarnos a dar más pasos hacia delante.

No estaba sola en esto. Y ahora lo sabía.

PLAN

Atravesamos la puerta de seguridad con un saludo amistoso de quienquiera que estuviera trabajando dentro. Cuando apareció el final del camino de entrada de casa de mis papás, algo en aquel silencio cambió imperceptiblemente.

Con una rápida mirada a Erik, vi algo nuevo en sus ojos cuando su mirada se encontró con la mía durante un breve segundo.

En el momento en que lo permitió, vi una disculpa.

Fruncí el ceño cuando acercó su vehículo a la puerta. Con cuidado, estacionó el auto y retiró la otra mano del volante. Erik se acercó y se me cortó la respiración al pensar que me estaba tocando.

Pero su brazo se extendió hacia el asiento trasero, y luché contra una fría oleada de mortificación cuando sacó mi bolso a la vista.

Bien.

Lo tomé en silencio, arriesgándome a volver a mirarlo a la cara por debajo de las pestañas.

No hizo ademán de salir del auto para abrir la puerta, así que me permití una sola pregunta.

—¿Qué pasa? —susurré.

Erik no me miró de inmediato. Tenía la mirada perdida a través del parabrisas. Luego cerró los ojos, claramente luchando con algo.

Cuando las abrió, ya no vi una disculpa. Vi resignación.

—No soy el tipo adecuado para este trabajo, Lydia. —Su voz era áspera cuando hablaba. Un poco dura. Con mucho arrepentimiento.

Se me paró el corazón. Se me salió del pecho repentinamente vacío.

—¿Qué?

PLAN

—Llamaré a tu papá cuando me vaya —continuó—. Pero no... no creo que sea la persona adecuada para desempeñar este papel.

Antes me había parecido ridículo y demasiado florido decir que su silencio tenía dientes, pero ahora los sentía desgarrar directamente todas las partes más blandas de mí. Me gustaba Erik, incluso antes de desearlo.

Y la idea de que lo sucedido le hizo apartarme con tal precisión, con tal inmediatez, que apenas pude dejar que el rechazo se me clavara en la piel.

—Erik, por favor —le dije, girándome en el asiento para mirarlo—, eres la persona adecuada. Me siento segura contigo. Confío en ti. Mira cuánto me has ayudado.

Me miró atentamente, con la boca tensa por la tensión.

—Yo… —Tragué saliva, sin querer tropezar con las palabras—. No te rogaré que te quedes, pero no quiero que renuncies. No quiero que te vayas.

Nunca me había considerado una persona con una moderación sobrehumana. Normalmente, me caracterizaba por todo lo contrario. Pero mientras estaba sentada en el auto con Erik, la idea de no volver a verle por culpa de alguna barrera que había levantado en torno a lo que había pasado me hacía sentir muy mal por dentro.

Era distinto del miedo, distinto de los nervios o los sobresaltos o el deseo de evitar todas las cosas que de repente me asustaban. Era una tristeza que nunca había experimentado.

Incluso cuando estaba sentado a centímetros de mí, sabía inequívocamente que no podría alcanzarle hiciera lo que hiciera.

En sus ojos, marrones oscuros rodeados de verde, se veía que no importaba si le suplicaba. Si le daba una lista de cien razones por las que

sentía que necesitaba que se quedara. Tal vez ni siquiera necesidad, tal vez deseo era una palabra lo suficientemente fuerte como para cubrir lo que sentía.

—No importa lo que yo diga, ¿verdad? —Dije en voz baja.

Desvió la mirada. Y ahí tuve mi respuesta. Apretó la mandíbula, un músculo saltó bajo la superficie donde debía de estar apretando los dientes.

Lentamente, asentí con la cabeza. Tenía en la punta de la lengua hacer un chiste sobre ese chico y sobre cómo me había arruinado esto, pero, de alguna manera, me lo tragué. No sabía exactamente por qué lo hacía, pero no era por el chico.

Cuando sentí que me ardía el puente de la nariz, que mis ojos se volvían un poco arenosos y secos, supe que tenía que salir pitando de aquel vehículo que olía a él y donde habíamos pasado tanto tiempo juntos.

Aferré el bolso con fuerza entre mis manos y le dirigí una última mirada.

—Sea lo que sea lo próximo que hagas, Erik Wilder, me alegro de haberte conocido. —Hice una pausa, intentando controlar la voz—. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho.

Su frente se arrugó al mirarme fijamente y, al ver la intensidad que brillaba en sus ojos, me di cuenta de que la mano me temblaba al apresurarme a tirar de la manilla de la puerta del auto.

Me levanté rápidamente, respirando hondo. Sentía que mis ojos contenían el puto océano, y me di cuenta de que él también había bajado del auto. Me encontré con su mirada por encima del techo del vehículo.

—Lo siento —dijo.

PLAN

Era mi turno de observarlo en silencio. Le había dicho todas las cosas bonitas, me había despedido por última vez, y tal vez ahora le tocaba a él dejar que algunas palabras salieran de sus labios.

Se pasó una mano por el cabello oscuro, el primer gesto que desmentía cualquier frustración.

—Pero estarás bien sin mí. No necesitas la ayuda de nadie para afrontar nada. Eres lo bastante fuerte por ti misma.

—Sé que lo soy. —Le dediqué una sonrisa triste y una lágrima resbaló por mi mejilla—. Pero tampoco viene mal que alguien te tome de la mano de vez en cuando.

Inspiré por la nariz y, con ese aliento fortificante, me di la vuelta y entré en casa de mis papás.

Cuando cerré la puerta tras de mí y me hundí contra la madera y el cristal, se me había escapado otra lágrima. La aparté rápidamente porque me sentía estúpida. Llorar por un tipo que apenas conocía, que apenas me había tocado.

Pero no sentí como si apenas lo conociera. No sentí como si apenas me hubiera tocado. En ese momento sentí que Erik Wilder había grabado su nombre en mi corazón.

—¿Lydia? —Mi mamá apareció por la esquina, con la preocupación grabada en su hermoso rostro—. ¿Estás bien?

Solté un gemido lastimero y ella me estrechó entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, alisando una mano en círculos sobre mi espalda. Se apartó y me secó la mejilla con el pulgar, donde una segunda o tercera lágrima había decidido unirse a la primera.

Mamá nos llevó al largo sofá que daba a la pared de ventanas con vistas al lago. Hacía un buen día, cálido y soleado, y el agua brillaba como

si estuviera recubierta de diamantes. Agua brillante, solía llamarla cuando era pequeña. Hoy, sin embargo, esa agua brillante me hacía daño en los ojos, así que me giré hacia un lado, apoyando las rodillas contra el sofá.

—Erik acaba de renunciar.

Se quedó con la boca abierta. Parpadeó, recuperando la compostura.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré.

—Es... una larga historia.

Recapitular nuestra excursión -incluidos el superfan y el casi beso- no me llevó mucho tiempo, pero me encontré yendo más atrás. Las instalaciones de entrenamiento. Todo. Cuando terminé, ella estaba sentada igual que yo. Todavía llevaba un vestido del trabajo, pero acurrucada de lado en el sofá, mi mamá parecía mucho más joven de lo que era.

Estos momentos me hacían no querer irme nunca. La tranquilidad con la que nuestros papás escuchaban las cosas que decíamos y las que no. Siempre habían tenido una extraña habilidad para la comunicación silenciosa entre ellos dos, pero eran igual de buenos leyendo a Faith y a mí y sabiendo lo que necesitábamos de ellos en cada momento.

Mamá metió su mano en la mía mientras terminaba mi historia, y yo me agarré a sus manos como a un salvavidas.

—Dios mío —dijo en voz baja—. Te has estado guardando algunas cosas jugosas para ti, mi querida niña.

—Un poco. —Volví a sollozar—. Mucho, supongo. Pero no parece una conversación fácil con tus papás decir que quieres chuparle la cara al tipo que contrataron para protegerte.

PLAN

Alexandra Sutton-Pierson, la mujer que dirigía a diario una empresa multimillonaria con tacones de diez centímetros, no se inmutó. Y ante mi respuesta cargada de dolor, no hizo más que sonreír.

—Háblame de él —dijo suavemente.

Así que lo hice. A veces se reía del pedido de café y de la batalla por su música. Pero la mayoría de las veces se limitaba a escuchar con una suave sonrisa en la cara. Recosté la cabeza en el sofá y me arriesgué a echar un vistazo al lago brillante y centelleante. El sol se había ocultado tras una nube y ya no dolía mirarlo.

—Creo que esperaba que me juzgara, ¿sabes? De quién soy y de cómo he hecho mi propio dinero.

—¿Pero no lo hizo?

Negué con la cabeza.

—No. Le hablé de mi máster.

La sorpresa iluminó los ojos azules de mi mamá.

—¿No es el primer no-familiar en saberlo?

—Sí. Me parecía estúpido ocultarlo cuando estaba tanto con él. —Sonreí—. Y me dijo que era 'jodidamente increíble'. —Levanté las manos —. Sus palabras, no las mías.

—Buen hombre —murmuró.

Mis dedos juguetearon con el borde de la almohada.

—¿Puedo preguntarte algo? —Dijo mamá.

—Por supuesto.

Apoyó la cabeza en el sofá, acurrucando sus piernas contra las mías.

—¿Cuándo te enamoraste de él?

PLAN

Los ojos se me humedecieron de nuevo y luché con todas mis fuerzas para mantener esa maldita agua donde debía estar.

—No lo hice —dije débilmente.

Me lanzó una mirada.

Suspiré.

—No sé. ¿No suena tan predecible si lo digo desde el principio?

—No es predecible. —Ella sonrió—. Nunca lo habría catalogado como tu tipo.

—*No lo es*. Es tan grande y gruñón, y nunca responde a mis preguntas. Odia mi música y cree que mis planes son una locura.

Hizo una mueca de dolor y le di un manotazo en la mano que la hizo reír.

—No son tan locos —rectifiqué.

Mamá se rio y me acarició la cara.

—Eres maravillosa, Lydia. Y siento que sintiera que tenía que dejarlo. Dale unos días y quizá puedas averiguar por qué. —Puso una mirada socarrona—. Tal vez necesites llevarlo a tomar unas copas o algo.

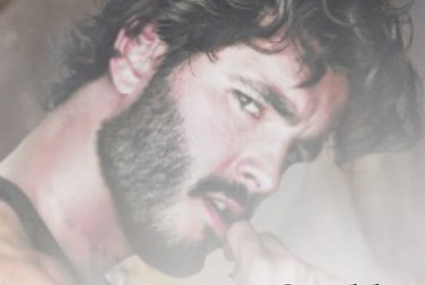
—Diría que no —dije cabizbaja—. ¿Alcohol y Erik Wilder? Sí, claro. Nunca bajaría sus inhibiciones así, especialmente conmigo.

Mientras ella se reía, papá entró por la puerta principal, con los ojos fijos en nosotros, que nos reíamos en el sofá. Tenía el móvil en la mano.

—¿Por qué me llamó Erik Wilder y renunció? —ladró.

Mamá levantó la ceja imperiosamente.

—¿Qué tal si no nos gritas por eso?



PLAN

Se ablandó, acercándose para darle un dulce beso. Luego me puso una mano en el cabello.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Estoy bien —le aseguré.

El teléfono de mi mamá sonó en la mesita y se inclinó para tomarlo. Se quedó con la boca abierta. Lo cerró de golpe.

—¿Qué? —preguntó mi papá.

Me miró.

—Creo que sé por qué.

Me pasó el teléfono y en la pantalla había una foto de Erik y yo en la pista. La calidad granulada hacía que pareciera una captura de pantalla de un vídeo. Fue justo después de que me levantara. Sus bíceps sobresalían mientras apoyaba los brazos bajo mi culo, mis manos estaban en su pelo y nuestros labios estaban a centímetros de distancia.

Solté una fuerte bocanada de aire.

Había leído muchos artículos basura exactamente como el que tenía delante. Y éste tenía todos los componentes necesarios. Una fuente -después de ver el vídeo publicado por el superfan de Wilder- se puso en contacto con la revista y afirmó que yo estaba resolviendo mis problemas de estrés postraumático con el misterioso ex jugador, porque, por supuesto, esta vez habían descubierto quién era. Alguien desmenuzó los últimos meses de mi vida, el accidente, la posterior clandestinidad en la que me había sumido, la pérdida de algunos de mis grandes patrocinios y el último esfuerzo por mantener a Dior en el anzuelo. Esa misma fuente les dijo que me descompensaba hasta quedar *"prácticamente incoherente"* cada vez que alguien me obligaba a subir a un auto (Que te jodan, Jill).

PLAN

Y fue después de esa pequeña joya, que deslizaron la primera de una serie de fotos que habían sido extraídas del evento de Dior.

Yo con cara de disgusto en la pista de baile, su mano en mi brazo. Otra mención socarrona a mis problemas de ansiedad y salud mental.

Luego otra imagen de la pista. Erik mirándome, mi cara inclinada hacia abajo en su dirección, y oh mierda, qué cara había puesto. Parecía que acababa de meterme la mano por delante de los pantalones por lo soñadora que lo estaba mirando.

El pie de foto decía que apenas se nos había visto juntos en público desde el evento de Dior porque pasábamos todo el tiempo encerrados en mi apartamento del centro. No se sabía nada de dónde vivía Erik, pero la fuente no tan anónima se preguntaba si estaba conmigo por mi dinero y las... ventajas.

Mi cara estaba al rojo vivo porque mi papá estaba inclinado sobre mi hombro, maldiciendo por lo bajo.

Al final del artículo, con sus conjeturas de mierda, que solo se acercaban lo más mínimo a la verdad, estaba la foto clave.

Erik tenía una mano sobre mi cara y su pulgar me tocaba el labio inferior. Mi mano estaba enroscada en su camisa. Quienquiera que hiciera la captura de pantalla del vídeo que colgó el chico fue muy oportuno. Porque estuvimos a un segundo de hacerlo sobre el capó de aquel auto rojo brillante.

Sí. Terminaron con algunas perlas de sabiduría absoluta de su experto en lenguaje corporal, y ni siquiera tuve que seguir leyendo para saber lo que decían.

El ex jugador y la hija del multimillonario están DTF[4].

[4] DTF es un acrónimo de "down to fuck", que significa que alguien está dispuesto a mantener una relación sexual a corto plazo.

PLAN

Puede que aún no hubiera visto la foto, pero el hecho de que la hubieran tomado mientras él me vigilaba explicaba exactamente por qué Erik quería estar lejos, muy lejos de mí. Ahora estaba delante y en el centro, donde los buitres no tendrían ningún problema para encontrar cosas que desmenuzar.

Me habían pintado como la niña rica debilucha, exorcizando sus problemas con un tipo mayor. ¿Y Erik? Era casi peor. El fracasado jugador me estaba usando por más de una razón, y ninguna de ellas era buena. Desde ningún ángulo.

Dejé caer la cabeza entre las manos y gemí. Tal vez, solo tal vez, no había sido un buen plan después de todo.

PLAN

16

Erik

La cama de la habitación de invitados de mi hermana estaba bien. Se hundía un poco en el medio, pero solo me molestaba cuando dormía demasiado tiempo. Cuando llegué a casa de dejar a Lydia y llamar a un molesto Luke Pierson, el apartamento estaba benditamente tranquilo.

Adaline casi nunca estaba en casa porque, de todos modos, pasaba la mayor parte del tiempo en el trabajo. Su apartamento no era más que un costoso almacén para su ropa y sus muebles, lo cual me venía muy bien.

Me había ejercitado en el gimnasio del primer piso del edificio de apartamentos, con música furiosa a todo volumen en mis oídos para poder ahogar un solo pensamiento sobre Lydia.

Cerré los ojos con fuerza porque si empezaba a pensar en eso, me maldeciría a mí mismo.

Girándome sobre la cama, enterré la cara en la almohada y suspiré. Aún no había salido el sol, pero mi despertador interno me impedía volver a dormirme.

Dormir, pensé con un resoplido de rabia. Incluso mientras dormía, ella me atormentaba.

Piernas desnudas y pantalones cortos negros. Cabello rubio contra una espalda desnuda.

PLAN

No había ocurrido nada explícito, pero cada segundo del sueño había sido un catálogo zumbante de todas sus partes más suaves.

Labios rosados, suaves como el satén contra mi pulgar. Una barbilla obstinada y unos ojos azules centelleantes.

Rodé sobre mi espalda y me quedé mirando el techo blanco. Era como una lista rotativa de por qué había tenido que marcharme.

Darse cuenta de cualquiera de ellos era un jodido gran problema, incluso sin ese jodido chico vigilándonos. La primera, por sí sola, era motivo de preocupación. Algo que ya me había estado guardando cuando salimos de las instalaciones de los Wolves. Pero cuando mi atención a lo primero me distrajo de la presencia de lo segundo, ya no fui capaz de hacer mi trabajo.

No lo suficientemente bien, al menos. No para mis estándares.

No había nada en ello que pudiera idealizar o justificar. Sí, Lydia me había mirado más de una vez con proverbiales corazones en los ojos, pero era joven. Demasiado joven para mí.

A los veintidós años, creía saber lo que quería, pero si pensara en quién había sido a la misma edad, encontraría que quedaba muy poco de aquel hombre.

Apoyando la mano sobre el pecho desnudo, respiré hondo varias veces e intenté concentrarme en otra cosa. En cualquier otra cosa. A través de la puerta cerrada de mi dormitorio, oí a mi hermana levantarse y preparar una cafetera. Tendría que explicarle lo ocurrido antes de que se enterara por Molly.

Si Luke se hubiera sentido frustrado conmigo, sin duda tendría una fila de mujeres enterradas en lo más profundo de la jerarquía de los Wolves que querrían mis pelotas en bandeja de plata por haberme marchado sin avisar.

PLAN

En la mesilla de noche sonó mi teléfono. Me di la vuelta y vi el nombre de mi mamá, pero era demasiado pronto, demasiado pronto para prepararme para lo que ella quisiera de mí de cara a la celebración de su aniversario.

Ese era el otro problema. Lydia había sido una distracción perfecta de mi ausencia de casa, que se alargaba lentamente. Sin ese trabajo, no tenía ninguna excusa para volver a casa. Posiblemente para siempre.

Sin querer, mi mente volvió a ella.

No quería preocuparme por Lydia Pierson, no quería preguntarme cómo la había hecho sentir al marcharme, pero luchar contra eso era como luchar contra la gravedad.

Absolutamente inútil.

—¿Te vas otra vez, Wilder? —me había preguntado Luke por teléfono. Su tono no había sido cruel, pero la fea verdad me golpeó en la cara con la misma eficacia que un puñetazo en la nariz—. Este parece ser tu patrón, y tal vez quieras hacer uno nuevo antes de que sea demasiado tarde.

Esa maldita pregunta fue la que me hizo entrenar hasta que mis músculos temblaron y mi cuerpo gritó pidiendo alivio la noche anterior. Por eso me había metido en una ducha hirviendo hasta que el agua se enfrió. Por eso me metí en la cama tan temprano. Porque si me quedaba despierto, o si me quedaba quieto demasiado tiempo, tendría que pensar en lo que me había dicho.

Alejarme fue por su propio bien.

Igual que alejarme de casa fue por el bien de mi familia.

Fuera, en la cocina, oí la voz apagada de Adaline en una conversación. Probablemente mamá la había llamado cuando no contesté.

PLAN

Algo cayó en la cocina, seguido rápidamente de un *¡Mierda*!. Me incorporé al oír el tono de alarma en la voz de mi hermana, que se había puesto unos pantalones cortos de gimnasia cuando me levanté de la cama. Justo cuando abrí la puerta, entró en mi habitación con los ojos muy abiertos, el teléfono pegado a la oreja y un iPad en la mano.

—No, mamá, aún no lo había visto —dijo agitando frenéticamente la pantalla.

Se lo arrebaté con un resoplido de fastidio porque no veía nada bien que hiciera eso.

Pero la mirada de pánico de Adaline me hizo levantar las manos en señal de pregunta.

—¿Qué pasa? —exclamé.

Apretó el iPad con el dedo.

—Mamá, seguro que te lo iba a decir. —Apretó los ojos—. Sí, es un auténtico imbécil por mantenerlo en secreto, ¿verdad? —Cuando volvió a abrirlos, me miraba como si acabara de pegarle un puñetazo a un gatito.

La miré, aparté la vista de mi hermana e intenté concentrarme en la página web de colores brillantes que tenía delante. Al principio solo pude ver el titular.

*La afortunada Lydia se lanza a la piscina de los jugadores. Todos los detalles sobre su nueva y tórrida relación (¡Y además es mayor! *carita de fan*)*

Pavor era una palabra demasiado pequeña e insulsa para lo que me pasó por el cuerpo cuando oí el titular.

—Mierda —susurré, desplazándome hacia abajo en la pantalla hasta que apareció la primera de las imágenes.

Era mucho, mucho peor de lo que pensaba.

PLAN

Incluso cuando supe que necesitaba alejarme, no fue por esto. No había ningún temor persistente de que las fotos hicieran algún tipo de ondulación en mi vida porque nunca me consideré lo suficientemente interesante como para justificar los chismes de los tabloides. Era el mero hecho de que había dejado de prestar atención a nuestro entorno porque no podía prestar atención a nada más que a ella.

Solo recordé fragmentos del artículo, pero casi rompo la pantalla del iPad cuando vi la frase que decía que estaba con ella por su edad... y por su dinero.

La ola helada de mi primera reacción cedió lentamente, muy lentamente. No me enfadaba a menudo, pero cuando lo hacía era aterrador. La intensidad de mi propia frustración me hacía sentir como si pudiera derribar casas con mis propias manos, partir un árbol por la mitad o lanzar fuego contra quienquiera que pintara mi relación con Lydia de forma tan negativa.

Para ellos, era tan fácil llamarla una niñita asustada que acapararía la atención de cualquiera si eso la hacía sentir mejor. Que yo era un aprovechado, un jugador fracasado que intentaba recuperar sus días de gloria con una joven y ardiente pedazo de culo.

Todo se volvió borroso alrededor de los bordes de mi visión porque quería destruir a cualquiera que dijera tales cosas y la degradara de esa manera.

Adaline me puso una mano fría en el brazo y parpadeé, con la respiración entrecortada por el agotamiento de mis pulmones. Su rostro estaba marcado por la preocupación y respiré con calma. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo había pasado mientras miraba el artículo.

Diez segundos.

Diez minutos.

PLAN

Todo lo que sabía era que si Lydia no había visto esto todavía, pronto lo haría. Tiré el iPad en mi cama y arranqué una camiseta limpia de mi armario, arrebatando mi cartera y las llaves del auto de la cómoda.

—Espera, mamá —dijo Adaline apurada—. Déjame ver si está despierto. —Pulsó la pantalla del teléfono y silenció el altavoz.

—No puedo hablar con ella ahora —susurré con dureza—. Tengo que ir a ver a Lydia.

—¿Es verdad? —preguntó Adaline con cuidado.

—¡No! —grité—. —Qué te crees? Nunca me aprovecharía de nadie, y en qué *universo* ¿crees que me acostaría con Lydia Pierson porque es joven y rica?

—Oye —me espetó—, no arremetas contra mí porque estás probando por primera vez la fama, imbécil. Estoy de tu lado, ¿de acuerdo?

Me froté la frente.

—Lo siento. Es que... renuncié por lo que pasó. Estábamos, no sé, atrapados en el momento, pero *no pasó nada.*

—No parece que no haya pasado nada —dijo en voz baja.

Mamá habló al otro lado del teléfono, llamando a mi hermana por su nombre.

Volvió a la llamada.

—Lo siento, mamá, solo estaba... viendo si ya estaba despierto. No tuve mucha suerte en comunicarme con él.

Sacudí la cabeza.

Mamá chasqueó la lengua.

PLAN

—No despiertes a tu hermano si no está preparado. ¿No recuerdas lo gruñón que se ponía cuando tenía que levantarlo para ir al colegio?

Las dos se rieron, y el sonido de la risa de mi mamá me produjo una punzada aguda en el pecho. La echaba de menos. Echaba de menos a toda mi familia. Pero la última vez que los había visto... había sido tan… horrible. Había arrancado tanto de su felicidad en una sola conversación, y no podía soportar la idea de volver a hacerle eso. No con Tim enfermo.

—Lo dejaré en paz —dijo Adaline, mirándome a los ojos.

—Bien —dijo mamá—. Pero cuando hables con él, ¿puedes hacerme un favor?

Me pasé una mano por la boca al ver lo tímida que sonaba, una palabra que nunca habría asociado con nuestra mamá. Era una fuerza de la naturaleza, siempre lo había sido. Y como yo me había mantenido alejada, no sabía muy bien cómo acercarse a su hijo mayor.

—Por supuesto —dijo Adaline—. ¿De qué se trata?

Soltó un suspiro audible.

—Dile que quiero que traiga a Lydia a casa para la fiesta.

Adaline se quedó con la boca abierta y yo apreté los dientes para contener las ganas de decir palabrotas.

—Mamá —dijo Adaline lentamente—, no sé si...

—Si está... saliendo con esta joven —interrumpió mi mamá—, entonces hay algo especial en ella. Puede que no haya visto a mi hijo en años, pero... —Se detuvo, la voz le temblaba peligrosamente—. Lo conozco. Conozco su corazón. Y si él la ha dejado entrar, entonces quiero conocerla.

PLAN

Esto era mucho, mucho peor de lo que podría haber previsto. Se me ocurrieron mil excusas para explicar por qué Lydia no podía venir a casa conmigo.

Hasta que volvió a hablar, con lágrimas en la voz.

—Me lo debe, Adaline. Nos debe a Tim y a mí este pequeño vistazo a su vida después de dejarnos fuera tanto tiempo.

Apenas podía respirar por todo lo que me recorría el cuerpo.

Se equivocó al preguntar.

Pero tenía razón sobre lo que había hecho. No importaba cuáles hubieran sido mis razones -el lugar de dolor y traición del que provenían en mi propia vida-, los había apartado de mi vida.

Me había alejado porque pensé que los estaba protegiendo. Como dijo Luke.

Adaline parecía tan asustada como yo, y se encogió de hombros impotente.

Asentí y le puse la mano en el hombro.

—*¿En serio?*

Se encogió de hombros.

Me encogí de hombros.

—Sí, mamá —dijo—. Se lo diré. Seguro que hará lo que pueda.

Se despidieron y yo me hundí en la esquina de la cama, con la cabeza entre las manos, mientras reflexionaba sobre el desastre absoluto de las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Adaline—. Mamá cree que vuelves a casa con una novia que no existe, Erik.

—Créeme, lo he oído.

PLAN

—¿Y si Lydia no puede venir con nosotros?

—Entonces su petición es discutible, y yo me ocuparé de ella. —Sacudí la cabeza—. En todas las formas en que imaginé volver a casa, no fue así.

Adaline levantó una ceja imperiosa.

—¿Así que en algún momento imaginaste volver a casa? Fascinante.

Ni siquiera mi mejor mirada de hermano mayor la inmutó.

—Sabes que esto no ha sido fácil.

Se acercó a la cama, bajando tímidamente su peso junto a mí.

—No, no lo ha sido. Pero... lo que pasó con Olivia, todo lo de después —su voz se suavizó— no cambió cómo te veían.

No estaba ahí y, desde luego, no entendía en qué situación me encontraba, así que no tenía sentido discutir. Apreté los puños y ella puso suavemente la mano sobre ellos.

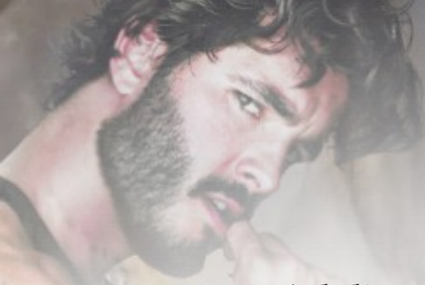
—Creo que cambió la forma en que te veías a ti mismo. Volver a casa es un recordatorio de cualquier fracaso que te hayas achacado. Y has estado un poco perdido desde entonces...

—*No se* trata de eso —interrumpí.

—No estoy de acuerdo —dijo mi hermana con voz firme pero amable—. Pero también te quiero lo suficiente como para dejarlo.

Sabia decisión por parte de mi hermana. Mi cabeza tenía demasiadas piezas en movimiento en las que concentrarme en esa molesta acusación.

No estaba evitando mi casa o a mi familia porque me sintiera fracasado. Les estaba dando espacio para que se afligieran libremente sin que yo me sentara en su patio delantero.



PLAN

Adaline suspiró.

—Vaya mañana. Aún no he tomado suficiente café para esto.

—¿Hay suficiente para mí? Creo que necesito una intravenosa en este punto.

Ella asintió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir a hablar con Lydia.

—Si ella te quiere ver —señaló Adaline.

—Gracias.

—Solo digo. No me gustaría meterme con ninguna de las mujeres Pierson. —Sus ojos se volvieron grandes y dramáticos—. Como... en absoluto. Allie mira fijamente a los linebackers *todo el día* y se los come para desayunar.

Me pasé una mano por la nuca.

—¿Sientes que esto es útil? Conozco a Allie y Luke, y sí, quieren a sus hijas, pero serán razonables cuando se lo explique.

—Mmmkay. —Mi hermana chasqueó la lengua y me dio unas palmaditas en la cara un poco más fuertes de lo que me hubiera gustado—. Cuando te meta el estilete por el culo, no digas que no te lo advertí.

PLAN

17

Erik

Yo: *Sé que no me debes nada de tu tiempo, pero ¿puedo pasarme hoy? Me gustaría hablar contigo de algo.*

Lydia: *Estoy estudiando todo el día, pero sí, puedes pasarte.*

Lydia: *No puedo garantizar que mi papá te deje entrar, pero... se habrá ido a mediodía por algún trabajo de comentarista universitario.*

Yo: *Estaré ahí sobre la 1 entonces. Gracias.*

El reloj del salpicadero de mi auto marcó la una en punto justo cuando entré en la entrada curva de la casa de la familia Pierson. Había oído historias sobre cómo Luke y Allie se conocieron, viviendo en casas vecinas con vistas al lago, justo antes de que ella tomara las riendas de la dirección de Washington. Yo mismo no recordaba los detalles, pero incluso décadas después, su historia de amor poco convencional -el quarterback estrella y la improbable propietaria del equipo- seguía siendo comentada en *SportsCenter* y en los sitios web de noticias. Lydia, y su afición por ser el centro de atención, mantuvo su historia de amor en el primer plano de la mente de la gente.

PLAN

Y era una buena historia para dos personas realmente buenas. Pero aun así, sabía que esas buenas personas harían exactamente lo que mi hermana amenazaba por cómo yo había fallado en la responsabilidad que me habían dado.

Fue un paseo incómodo hasta la puerta principal, que no me había parecido demasiado grande e imponente la primera vez que llegué para reunirme con Lydia. Tenía forma de arco elegante, puertas dobles de madera maciza y cristal ondulado con manillas de hierro flanqueadas por apliques de luz maciza encastrados en el exterior de piedra de la casa. Lydia estaba enmarcada en aquel cristal ondulado detrás de las puertas dobles. La vi mirarme mientras me acercaba y exhalé un fuerte suspiro. Tenía todo el derecho a estar furiosa, avergonzada... Inserte cualquier adjetivo en ese espacio y podrá reclamarlo.

La Lydia que había conocido antes podría haber abierto la puerta antes de que tuviera la oportunidad de llamar, saludarme con una sonrisa y una mirada de soslayo porque estaba dudando, pero esta Lydia me hizo caminar hasta arriba. A un metro y medio de la puerta estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y, aunque sus rasgos faciales eran indistintos, el dolor se reflejaba en ella en oleadas palpables. Aunque ella podía verme y yo podía verla a ella, llamé a la puerta en silencio, con las manos en la espalda mientras esperaba.

Solo esperó unos segundos antes de acercarse a la puerta y abrirla de un tirón sin siquiera mirarme a los ojos. Ninguno de los dos habló mientras me conducía al vestíbulo de dos pisos y a la sala de estar, flanqueada por la cocina y un comedor informal. Era una mesa de madera relativamente pequeña y circular, de las que tienen golpes y arañazos en el tablero, y sabía que era un lugar donde se reunían a menudo.

Sin embargo, lo pasamos por alto y la seguí a la zona de asientos principal.

PLAN

Lydia eligió un lugar en la esquina del largo sofá, metiendo las piernas contra el pecho mientras se acurrucaba cómodamente en el sitio. Junto a ella, en el sofá, había unos cuantos libros de texto, su portátil cubierto de pegatinas de colores y un cuaderno lleno de su pulcra letra.

Por el lugar donde se había sentado, elegí uno de los sillones de cuero que daban al sofá, deslizando las manos por los muslos. Su tranquilidad me ponía inexplicablemente nervioso porque no estaba acostumbrado a ella. Llevaba muy poca expresión en la cara mientras estábamos sentados en nuestros respectivos asientos, pero sus ojos azules estaban expectantes. Su aspecto era muy distinto al que tenía el día anterior, feliz, sonriente y sonrojada, vibrando con la energía que ahora asociaba a estar cerca de ella.

El silencio entre nosotros permitió que un pensamiento se deslizara sin mi permiso.

La echaba de menos.

En veinticuatro horas, teniendo que rechazar la idea de no volver a verla porque mi cerebro no quería reconocerlo, la había echado de menos. Cerré los ojos y sacudí brevemente la cabeza como si de algún modo pudiera desalojar el pensamiento.

—Supongo que has venido aquí para, no sé, ¿hablar en algún momento? —dijo Lydia.

Cuando abrí los ojos, tenía una pequeña sonrisa en los labios. Me evocó una.

—Siento mucho lo de la foto —dije—. Y el artículo.

—No puedes controlar lo que escriben, Erik. Igual que no puedes controlar que el chico publicara algo inocentemente, sin saber lo que ocurriría como resultado. No me debes una disculpa por lo que decidan hacer.

PLAN

En sus ojos se veía claramente que lo decía en serio, pero yo podía ver unas ojeras que hablaban de una noche de insomnio.

No, puede que no me guardara rencor, pero le afectaba igualmente. Y encendió un fuego peligroso y lento en mis entrañas que no había nada que pudiera hacer al respecto. Ojalá hubiera podido usar ese fuego para quemar todas esas palabras.

Asentí con la cabeza.

—De todos modos. Ojalá lo hubiera pensado bien. Que alguien podría estar mirando. Y no lo hice. Te debo una disculpa por eso. No estaba haciendo mi trabajo.

Lydia se lamió los labios.

—Por eso renunciaste.

No había duda, porque ya me conocía lo suficiente.

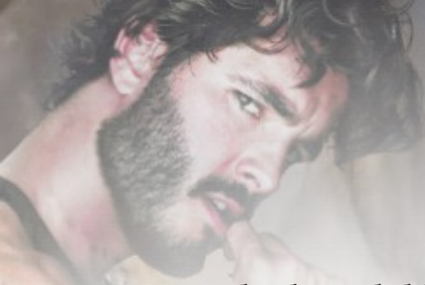
Volví a asentir.

—Pero no estás *aquí* por eso —dijo. Esos ojos estaban fijos en mi cara, y algo en ellos hizo que una fina línea de sudor brotara a lo largo de mi nuca. Nunca me había inquietado tanto, pero su lado tranquilo y seguro me hacía sentir en desventaja. Me recordaba a su mamá, la forma en que Allie manejaba con eficacia salas llenas de hombres sin sudar. Me hizo sentir aún más loca por preguntarle lo que estaba a punto de preguntarle.

—Sí y no —respondí—. Debería haberme explicado mejor ayer cuando me fui, y se trata de las fotos, pero no de la manera que podrías pensar.

—De acuerdo —dijo con cuidado.

—No es una historia rápida—. La idea de compartirla con ella -incluso una versión depurada- era incómoda. Más que eso. Mis pies



colgaban del borde de un acantilado invisible, y no había forma de que yo supiera lo que me esperaba en el fondo.

—Tengo tiempo. —Su respuesta fue sencilla, y deseé que lo que estaba a punto de preguntar pudiera calificarse igual.

Con las manos entrelazadas sin apretar delante de mí, y una chica guapa sentada arrellanada contra un sofá mientras yo hablaba, le hablé de mi mamá, de cómo nos crió a mis hermanas y a mí después de que mi papá se marchara, trasladándonos a Sisters, Oregón, para vivir más cerca de mis abuelos. Cómo, en ese pequeño pueblo, conoció a Tim y a sus tres hijos. A través de su amor inesperado, una familia completamente nueva llegó a nuestra vida cuando yo aún estaba en la escuela primaria. Dos años después de casarse, añadieron a Poppy al maravilloso caos de nuestra vida.

La expresión cuidadosa de su rostro se desvaneció cuando hablé, y parecía un poco más ella misma. La Lydia que había llegado a conocer, la que sonreía con facilidad, la que lo único que quería era saber más de mí de lo que yo estaba dispuesto a darle.

—¿Así que tienes... seis hermanos pequeños?

Asentí, concediendo una pequeña sonrisa.

—Así es.

Un hoyuelo apareció en un lado de su mejilla cuando sonrió.

—*Lo sabía*.

—Lo sabías —murmuré.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué sigue en la historia?

PLAN

Cerré los ojos y respiré hondo. Solo obtendría una versión esquelética de mi pasado, pero incluso eso le parecía como si alguien me estuviera arrancando las costillas, lo que me mantenía erguido.

—Todo lo que quería mientras crecía era el mismo tipo de familia que tenían mi mamá y Tim. Nunca sería como mi papá, alguien que se aleja de sus responsabilidades. En el instituto, yo era el chico que no veía la hora de formar esa familia. Casarme, dejar mi huella en el mundo, crear el tipo de vida que tuve la suerte de tener tras la marcha de mi papá.

Se le arrugó la frente.

—Eso es admirable.

Tarareé.

—Si te casas con la persona adecuada, sí.

La boca de Lydia se abrió en una suave O.

—Estabas...

—Casado —terminé—. Olivia era una amiga. Yo estaba enamorado de ella, y ella lo estaba de mí. Empezamos a salir en el primer año. Nos casamos justo después del instituto. Mi mamá me dijo que no había prisa y que tal vez deberíamos esperar. Pero... nadie podía decirme que estaba tomando la decisión equivocada. Por aquel entonces, podía ser un poco... testarudo —admití.

Un fantasma de sonrisa adornó su rostro.

Las palabras de mi pasado, su verdad, se atascaron en mi garganta. Tragué con dificultad, pero no pude desalojarlas.

—¿Cuándo te divorciaste? —preguntó en voz baja.

Fijé mi mirada en la suya.

—Justo después de mi lesión.

—Oh —dijo ella con un golpe de aire—. ¿Te dejó?

Con una inclinación de cabeza, ajusté suavemente sus conjeturas. Las palabras que salieron de mi boca sonaron notablemente tranquilas, probablemente porque me mantuve alejado de todos los detalles que podrían hacerme sangrar si intentaba decirlos.

—No por mi rodilla. Por el hombre con el que se había estado acostando mientras yo estaba aquí jugando. La lesión simplemente... forzó la situación cuando volví a casa.

Lydia se quedó con la boca abierta.

—Esa *zorra*.

Me reí en voz baja.

—Formó parte de nuestra familia durante mucho tiempo —dije, eligiendo cuidadosamente mis palabras. Fue el capítulo más crucial de mi vida, condensado más allá del reconocimiento—. Y las secuelas de lo que pasó entre nosotros... hicieron difícil volver a casa.

Lydia me miró a la cara.

—Y tú... ya habías decidido alejarte del fútbol.

En lugar de responder a la pregunta como ella se merecía, como yo sabía que ella quería, todo lo que hice fue asentir.

Lydia respiró hondo.

—Vaya —exhaló. Su mirada no se apartó de la mía.

—Es mucho, lo sé.

Sonrió.

—Lo es, pero... no sabía que pudieras encadenar tantas palabras seguidas. —Ante mi expresión de asombro, su sonrisa se amplió—.

PLAN

Así que tienes un pasado que te ha mantenido lejos de casa. ¿Creías que te lo reprocharía?

Me froté la nuca.

—No, pero... tampoco me hace sonar exactamente bien.

Lydia abrió las piernas e imitó mi postura. Su cabello, enmarañado y a duras penas recogido en un moño desordenado, se deslizaba sobre su hombro desnudo.

—Explica muchas cosas, la verdad.

No pretendía que fuera "la hora de Erik Wilder". Solo necesitaba un par de días de su tiempo. No cambiaba nada entre nosotros. Pero ella me miraba como si quisiera diseccionarme bajo los focos, sacar mis problemas más profundos de algún lugar oculto y desenredarlos de la maraña en la que había dejado que se convirtieran.

—Eso no es… —Dije, haciendo una pausa cuando no estaba exactamente seguro de lo que quería decir a continuación—. Solo quería ponerte en antecedentes, eso es todo. Antes de preguntarte lo que te voy a preguntar.

La sorpresa hizo que sus cejas se alzaran ligeramente.

—¿Y esto es por el artículo?

Le sostuve la mirada el tiempo suficiente antes de decir nada para que sus mejillas adquirieran un pálido tono rosado.

—Mi mamá lo ha visto —le dije.

Al momento siguiente, el rosa desapareció, junto con toda la sangre de su cara.

—Oh —susurró débilmente—. Oh, querido.

—Sí. —Tragué saliva, pensando en las palabras que había practicado durante el viaje. Explicaciones lógicas y racionales de por qué era

necesaria su presencia. Y mientras ella me miraba, todas esas palabras huyeron, mi petición se redujo a la forma más básica que podía decir—. Necesito tu ayuda, Lydia.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Mi ayuda?

Le conté lo de la fiesta de aniversario y la llamada de mi mamá a Adaline aquella mañana. Escuchó en silencio, ahora con una mano tapándole la boca.

Mi voz debería haber sido cruda, entrecortada por todo lo que le estaba confesando, pero salió segura y firme.

—Sé que no me debes nada. Ni un segundo de tu tiempo después de lo que pasó ayer. Pero si puedo darle a mi mamá esto, solo un fin de semana en el que piense que estoy bien y feliz, entonces sentiré que he reemplazado algo de lo que ha perdido.

Lydia aspiró un suspiro, conteniéndolo un momento antes de expulsarlo con las mejillas hinchadas.

—¿Cuándo es la fiesta?

Me pasé una mano por la cara cansada.

—Tendríamos que irnos en dos días. Pasar unas noches ahí.

Lydia pensó en voz baja, acomodándose el cabello de forma un poco menos desordenada.

—¿Es como si *tuviéramos que compartir la cama en casa de los papás*?

De nuevo, sus mejillas se sonrosaron un poco al preguntar, y tuve una visión repentina del puto tormento absoluto que sería si ese fuera el caso. Compartir la cama con ella sería un infierno de la manera más exquisita. Porque sabía que si accedía, no la tocaría. No importaba cómo se hubiera

deslizado silenciosamente bajo mi piel, Lydia Pierson estaría a salvo de cualquier pensamiento que hubiera echado raíces en mi cabeza.

—No —le dije con una sonrisa amable—. Tengo un pequeño lugar en la propiedad familiar. No es gran cosa, pero tendremos intimidad. Y nuestro propio espacio para dormir —añadí significativamente.

Ella asintió.

—Si estás dispuesta, solo tengo una condición —le dije.

—¿Cuál?

—Tienes que tener cuidado con mi familia.

Lydia ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Esta era la parte que había practicado, y sabía que era tan importante como cualquier otra cosa que le preguntara.

—Mis hermanas te interrogarán como las mejores periodistas del mundo porque querrán saberlo todo. Mis hermanos tendrán un flechazo masivo contigo casi de inmediato. —Lydia sonrió pero no interrumpió—. Y mis papás -mi mamá y Tim- te adorarán.

—Bueno, soy muy adorable. No es que pueda evitarlo.

A mi pesar, me reí en voz baja.

—Quiero decir... nada de entrometerse en sus vidas. Nada de intentar convertirte en su mejor amiga o hacer planes con ellos fuera de este fin de semana. No puedes... no puedes hacerles creer que estarás con ellos para siempre. Porque no quiero que pierdan nada más importante.

Por un momento me preocupó que me preguntara por qué era tan importante. Que la versión escueta de mi historia no se correspondiera con la seriedad de lo que le estaba preguntando. Su curiosidad se reflejaba en su rostro, en la forma en que se mordía el labio y en el leve surco de su

frente. Pero Lydia debió de ver algo en mi expresión que le impidió insistir, porque al cabo de un momento asintió.

—Yo también tengo una condición—dijo.

Me eché hacia atrás en el asiento y la miré con recelo.

—¿Qué?

—Si hago esto, no podrás renunciar. —Levantó la barbilla y me retó a discutir.

—Lydia —empecé—, no es una buena...

—No me digas que no es una buena idea —interrumpió, con los ojos brillantes—. No me digas que has fracasado o cualquier otra excusa de mierda para huir.

Apreté la mandíbula y miré al suelo. No tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo. Y aunque lo supiera, Lydia ya no necesitaba que la siguiera a todas partes. Y tenía la sensación de que ella lo sabía. Pero aunque no lo supiera, mis sentimientos hacia Lydia no eran apropiados para alguien encargado de su seguridad.

Pero aún así... la necesitaba este fin de semana. No se lo rogaría, pero sabía que enfrentarme a mi pasado sería más fácil si ella estaba ahí. Seguía sintiéndome incómodo por su presencia en mi familia, pero era un comienzo. Una forma de volver a ese lugar sin toda su atención puesta en mí.

Cuando levanté la mirada del suelo, se preparaba para que dijera que no. Que retirara la invitación o rebatiera lo que había dicho.

Y odié lo parecidas que eran sus palabras a aquello de lo que me había acusado mi hermana unas horas antes.

—No puedo prometer eso, Lydia —dije en voz baja—. O no debería.

—¿Por qué no?

PLAN

Respiré lentamente. Si no estuviéramos pasando unos días tan cruciales en casa de mis papás, quizá sería más sincero con ella. Dar una de las muchas razones por las que trabajar para ella ya no era viable. No podía ser objetivo. No podía ser imparcial. Y me costaba apartar mi atención de ella.

—Ya te he dicho por qué.

Tenía una mandíbula obstinada que reconocí bien, y me preparé para una discusión.

Pero algo pasó detrás de sus ojos y su expresión se suavizó.

—Sé que no puedo obligarte —dijo Lydia—. ¿Pero prométeme una cosita?

La miré.

Soltó una carcajada.

—Solo... piensa en no renunciar.

Claro, podía pensar en no renunciar. Durante cinco segundos, antes de que mi mencionada lista de razones se colara de nuevo en la parte racional de mi cerebro.

¿Pero podría pensar en devolverlo? Sí.

—¿Eso es todo lo que quieres? —pregunté, con una clara sospecha en el tono.

Sus grandes ojos azules asintieron sin disimulo, y eso debería haberme dado la pista de que había cedido con demasiada facilidad.

—Consideraré la posibilidad de no renunciar —acepté. Su rostro se descompuso en una sonrisa de alivio y levanté una mano—. No creo que me necesites, Lydia. Puede que aún no te des cuenta, pero creo que lo harás.

PLAN

—Tal vez —respondió con una sonrisa de esfinge en el rostro. El hecho de que no discutiera debería haberme asustado, pero en algún lugar de mi interior, en algún lugar polvoriento y oculto, me sentí aliviado al saber que aún no tenía que despedirme. Que lo que había ganado era más tiempo con ella, aunque solo fuera este fin de semana.

Y nunca dejaría que lo supiera.

Lydia se levantó y me tendió la mano. Como habíamos hecho el primer día que nos conocimos.

Yo también me puse de pie y, sin zapatos, su frente apenas me llegaba al pecho. Podría haberla arropado contra mi cuerpo y apenas habría podido apoyar la barbilla en la parte superior de su cabeza. Si la tomara en brazos, pensé, cabría perfectamente en mis brazos.

Despacio, deslicé la palma de la mano contra la suya, y cuando sus dedos fríos y fuertes se enroscaron alrededor de los míos, mi corazón traidor emitió un tintineante latido fuera de ritmo en algún lugar profundo de mi pecho.

—Estoy de acuerdo con tu plan, Erik Wilder —dijo. Sus ojos brillaban de un azul tan intenso que era difícil sostenerle la mirada—. Y después de esto, estamos a mano. Un nuevo comienzo.

—A mano —dije con voz áspera. Mientras lo decía, oí el mismo susurro de cautela que me acosaba, como había ocurrido en las instalaciones de entrenamiento de los Wolves. Pero esta vez, conocía mis razones, y sabía que sería capaz de refrenar cualquier sentimiento irresponsable que se desplegara. Podía darle esto a mi familia y, cuando termináramos, sabía que era solo cuestión de tiempo que Lydia se diera cuenta de que estaría bien sin mí.

Era mejor así.

PLAN

18

Lydia

Con las manos apoyadas en las caderas, intenté con todas mis fuerzas no mirar a mi preocupada hermana mientras metía en la maleta el último conjunto "por si acaso". Era mi séptima prenda de esa categoría, pero siempre hay que estar preparada para un viaje de fin de semana cuando el hombre con el que viajas es parco en detalles.

No sé, Lydia, cosas de familia, había dicho. Como si fuera útil de alguna manera, forma, o forma en términos de planificación de trajes.

—¿Y estás segura de que es una buena idea? —dijo Faith por cuadragésimo séptima vez en los últimos dos días.

Suspiré.

—No es una mala idea si eso es lo que quieres decir. Que es diferente a que sea una buena idea.

Sus oscuras cejas se curvaron en una V de preocupación.

—Te gusta, Lydia. Creo que tus palabras exactas fueron: 'Es más que gustarme'.

Uf. Ya no podía evitar el contacto visual. Me senté en la cama y le dirigí una mirada suplicante.

—No pasa nada. Alguien puede gustarme más de la cuenta y aun así ser mentalmente capaz de ayudarlo durante el fin de semana.

—Podrías salir lastimada. No me gusta la idea de que se aproveche de tu gran corazón en una situación de su propia creación.

—Como si Erik tuviera idea de cómo me siento. —Tiré de la cremallera de la maleta, metiendo el borde de una camisa de dormir cuando sobresalía demasiado.

Faith se burló.

—Lydia, vi el video. Lo mirabas como si pudieras imaginarte a tus futuros bebés con ese hombre. No eres la más llamativa en este tipo de situaciones.

Junté las manos sobre el regazo.

—Soy muy consciente de que él no siente lo mismo que yo, y está bien.

Levantó las cejas. Porque me conocía. Y me conocía mejor que nadie.

—¿Y? —preguntó.

Se me desencajó la mandíbula.

—Lydia. Vi el encaje negro.

—Tengo que dormir con algo.

Faith levantó las manos.

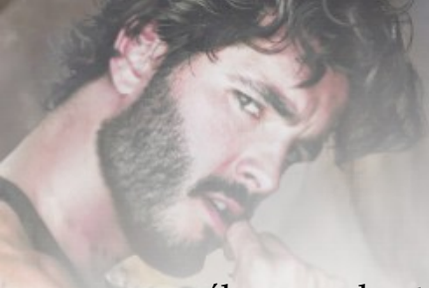
—Eres imposible. Admítelo.

—Bien. Si accidentalmente caemos en la cama y *¡ups!* me acuesto con Erik diez veces este fin de semana y él se da cuenta de lo bien que estamos juntos, entonces que así sea.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Esto tiene desastre escrito por todas partes.

—¿Cómo? *Técnicamente,* ahora mismo no es mi guardaespaldas, así que no se está metiendo en ningún terreno éticamente gris. Y me voy con



él por voluntad propia, para que papá no tenga que asustarse por abuso de poder o por todas esas cosas con las que nos dijo que tuviéramos cuidado.

Faith se sentó a mi lado en la cama, lo que de algún modo lo hizo más fácil. No quería oír su lógica ni sus advertencias de que me estaba metiendo de lleno en una situación en la que yo era la candidata más obvia a que me rompieran el corazón. Lo había pensado detenidamente y había decidido que Erik -y la forma en que me hacía sentir- merecía la pena correr el riesgo.

—No me refiero al sexo —dijo Faith con cuidado—. Los dos son adultos, y si esa es la decisión que toman -y están seguros- sabes que no soy alguien que juzgaría.

Me quedé callada porque mi hermana mayor de siete años no solía hablar seriamente conmigo. Así que cuando lo hacía, la respetaba lo suficiente como para escucharla.

—Entonces, ¿qué quieres decir si no es el sexo?

Faith eligió sus palabras antes de decir nada en voz alta.

—Puede que no se lo admitas a mucha gente, pero tienes el corazón más grande y tierno que conozco, Lydia. Y sean cuales sean las relaciones que has tenido en el pasado, nunca les has dado ni un pedazo de él a nadie. —Deslizó su mano sobre la mía y enredó nuestros dedos—. Porque quieres lo mismo que mamá y papá. Quieres un amor grande, abrumador, que destruya tu mundo. Y creo... creo que Erik es diferente a cualquiera con el que hayas estado. Ten cuidado. Porque aunque nunca te haya tocado, creo que podría dañar tu corazón. No quiero odiarlo si lo hace. —Me miró, con los ojos un poco brillantes—. Y yo lo haría. Odiaría a cualquiera que arruinara tu capacidad de amar como lo haces.

PLAN

Tenía tantas ganas de discutir con ella, de defender mi derecho a elegir con quién me acostaba, pero también sabía que no se equivocaba. Erik era diferente, e incluso si me negaba en redondo a pensar en cómo sería tenerlo -y luego separarme-, era una posibilidad que tenía que aceptar.

Y apestaría.

Porque ahora tenía un rostro que acompañaba a todas las cosas que antes soñaba en imágenes borrosas. Una cara y una boca severa y unos ojos oscuros, y un corazón que no podía ocultar.

Apoyé la cabeza en el hombro de Faith y suspiré.

—Te quiero. Siempre crees lo mejor de mí.

Me rodeó el hombro con un brazo.

—Eso es el amor, ¿no?

—Supongo —murmuré.

—Incluso cuando no estoy en mi mejor momento —me dijo—, Dominic me da el beneficio de la duda. Y cuando él no está en su mejor momento, lo amo lo suficiente para hacer lo mismo.

Sonreí.

—Como casi buscar pelea porque intenta ser protector con tu hermanita.

—Exactamente así. —Suspiró—. Eres mi hermana, y aunque tus planes sean locos e impulsivos y te pongan justo en el punto de mira, seguiré pensando siempre lo mejor de ti.

Siempre fue así con los momentos realmente profundos de la vida, al menos para mí. Aparecían de la nada y, de repente, no podías apartar la vista de una verdad simplemente enunciada que debería guiar todas las facetas de tu vida.

PLAN

Cómo me las arreglaría este fin de semana con Erik si supusiera lo mejor de él y de sus intenciones.

No me pareció un hombre que cruzara líneas sin pensar en las consecuencias y, en todo caso, lo que me había contado sobre su pasado -su matrimonio- solo demostraba que era un hombre que valoraba el amor y el compromiso y la responsabilidad que conllevaban. Y la distancia con su familia, vi su cara cuando hablaba de ellos.

Si me estaba enamorando de Erik, entonces creer lo mejor de él era lo que haría.

No quería verlo a través de la lente del cinismo o la desconfianza, aunque eso me ofreciera un poco más de protección. Si algo me había enseñado el tiempo que pasé con él era que podía confiar más en mí misma y en mis instintos.

Un mensaje de texto sonó en mi teléfono y el nombre de Erik apareció en la pantalla.

Erik: *Estaré ahí en cinco minutos. Adaline dijo consigues el asiento del copiloto, y no se le permite discutir con ella.*

—Qué romántico —dije—. Tal vez el encaje negro fue un poco presuntuoso, ¿eh?

Faith se rio.

—No creo que presuntuoso sea la palabra correcta. Innecesario es probablemente mejor.

La miré.

—Vaya, gracias.

Me dio un codazo con el hombro.

—No me malinterpretes. Si Erik Wilder realmente puede resistirte después de todo esto, entonces no tendrás tiempo de ponértelo, hermanita. Pero ten cuidado igualmente, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, pero mientras ella salía de mi habitación y yo terminaba de recoger mis cosas, intenté imaginarme cómo se desarrollarían los próximos días de mi vida, y por mucho que mi hermana me advirtiera... lo único que veía eran posibilidades.

Erik

Después de solo cinco minutos en la carretera, estaba listo para dar la vuelta y dejar a Lydia en su casa. Ella y su excesivo equipaje. ¿Quién se había traído un bolso y una maleta grande para un viaje de dos noches? Mis manos se apretaron contra el volante porque me negaba a preguntarme qué habría metido en esos dos espacios.

Tendría su propia cama.

Y una puerta -con cerradura- nos separaría.

Estaría bien.

Mientras ella dejara de hacer todo lo que estaba haciendo, mi cerebro daba vueltas como un trompo. Ejemplo actual: estaba sentada hacia atrás en el asiento del pasajero para hablar con Adaline más fácilmente, lo que

puso su perfil directamente en mi línea de visión. Y cuando pensaba que yo no estaba mirando, metía la mano en la bolsa de mezcla de frutos secos que había traído, y solo sacaba los dulces de chocolate.

—Guau —respiró Adaline, hojeando la pila de notas Post-it de colores brillantes que Lydia sacó de su gigantesca bolsa de cuero del misterio—. Esto es intenso.

Lydia se rio.

—Ponme a prueba.

Adaline volteó una tarjeta de modo que el anverso quedara frente a Lydia. Podía ver su escritura nítida en tinta negra gruesa, solo una palabra visible.

Greer.

Lydia se aclaró la garganta con delicadeza.

—Greer Wilder. Hermana biológica de Erik y Adaline, veintidós años. Es diseñadora de interiores en la empresa familiar de construcción, Wilder Homes, que puso en marcha tu padrastro, Tim Wilder. Se licenció en la Heritage School of Interior Design de Portland. Es alérgica a los gatos, a los conejitos y a los jugadores de cabello oscuro y ojos azules.

Me quedé boquiabierto mirando a la mujer del asiento del copiloto.

—¿Cómo *sabes* todo eso?

Lydia se encogió de hombros.

—Las redes sociales son una mina de oro. Todo lo que tuve que hacer fue escribir una tarjeta para cada miembro de tu familia, basándome en lo que pude encontrar en sus publicaciones, y el resto es fácil. Repetición, repetición, repetición.

Adaline soltó una carcajada al ver mi expresión.

PLAN

—Eres un genio secreto, Lydia Pierson. —Volvió a mirar la postal de Greer—. Alérgica a los jugadores de cabello negro y ojos azules. —Se secó una lágrima falsa bajo los ojos—. Oh, cómo me gustaría que Greer pudiera ver esto.

Las dos charlaron mientras me acomodaba para el viaje de cuatro horas de vuelta a casa. Aunque una parte de mí sabía que había sido un gran error traer a Lydia conmigo, no podía negar que era una distracción bienvenida de lo que me esperaba al final del viaje.

En los dos años que Adaline había trabajado para Molly Ward, se había cruzado con Lydia y Faith un puñado de veces, no solo en los partidos de los Wolves o en eventos familiares, sino simplemente porque la mujer del entrenador Ward y Allie eran mejores amigas. Mientras se reían de algo que había escrito en la tarjeta de Poppy, supe que era la única forma de que todo este estúpido plan pareciera factible.

Y no es que mis hermanos me odiaran por alejarme; en mayor o menor medida, entendían por qué.

Excepto Ian. Él pensaba que yo era un imbécil gigante que no hacía más que darle la razón sobre la clase de tipo que era realmente al final.

Adaline pasó a una nueva tarjeta.

—Bien, veamos qué tan bien conoces a Parker.

Lydia movió las piernas, desnudas, bronceadas y suaves, apretándolas contra el pecho mientras se recostaba contra el salpicadero.

Hizo que la V de su camisa se bajara y apareció el borde de un encaje morado claro.

La piel de al lado era más clara que la de su pecho, llena y redonda. Me moví con irritación.

—No deberías sentarte así —ladré—. Es peligroso.

Me miró divertida.

—¿Nos dejamos los modales en Seattle?

Le lancé una mirada.

—Susceptible, susceptible —murmuró, dándose la vuelta para sentarse correctamente en el asiento. Como sospechaba, Lydia apoyó los pies descalzos en el salpicadero. Tenía las uñas pintadas de color morado, igual que el sujetador que le había visto. De repente, no pude evitar pensar en todos los tonos diferentes que había visto en los dedos de sus pies en las semanas anteriores, y me odié por preguntarme si siempre iban a juego.

Me hizo pensar en cuando eran negros. Apreté los ojos por un momento porque todo lo que podía imaginar era a Lydia cubierta de encaje negro, y estaba bastante seguro de que las fosas del infierno acababan de encenderse en preparación para mi llegada. Si me esforzaba lo suficiente, podía oler el azufre a mi alrededor.

Adaline se encontró con mi mirada en el espejo y, al ver su sonrisa de comemierda, me rasqué un lado de la cara con el dedo corazón.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Lydia.

—Parker —respondió Adaline.

—Hmm. —Lydia dio unos golpecitos con los pies junto con la mierda de Dios que había sacado en su teléfono—. Parker Wilder es el hijo biológico de Tim. Tiene veintiún años y juega de tight end en la Universidad Estatal de Portland. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba—. Le encanta la pasta, y tiene tendencia a avergonzarse mucho de sus compañeros de habitación, que también juegan al fútbol. Se llaman Dante y Mitch. No publica muchos selfies, lo que me dice que no es vanidoso, y parece muy serio con sus clases.

Adaline asintió.

—Súper serio. Es un cerebrito total. Si no fuera tan bueno jugando al fútbol, podría verlo acabando como profesor o médico o algo así.

Lydia negó con la cabeza.

—Es bueno. Tiene una gran velocidad fuera de la línea, y si trabajara en sus redes sociales, apuesto a que podría conseguir algún interés sólido en el draft si no lo tiene ya.

—No.

Las dos mujeres del auto se quedaron boquiabiertas ante mi dura interjección.

—Hicimos un trato —le dije a Lydia—. Nada de entrometerse.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, fijando la barbilla con malicia.

—No me estoy entrometiendo. Solo digo que es lo bastante bueno como para que lo seleccionen, pero que podría despertar el interés de los mejores si creara una mejor imagen de sí mismo. No tiene vídeos en sus redes sociales, ni entrenamientos, nada que hable de quién es como persona.

Mis manos se tensaron sobre el volante. Las montañas se mantenían firmes en la distancia, incluso cuando los altos y verdes árboles pasaban azotándonos mientras conducíamos por la autopista. Esto era exactamente lo que me temía. Llegaba y veía lo que necesitaban, lo que querían, y cada uno de ellos la vería como una pieza que faltaba. Una salvadora en la triste historia de mi pasado sentimental.

Pero ya no había nada que hacer. Según Adaline, mi mamá había llorado de felicidad cuando supo que Lydia venía con nosotros. Aun así, había sido lo bastante cobarde como para dejar que mi hermana se encargara, en lugar de apilar mentira tras mentira ante mi mamá antes de poder enfrentarme a ella.

PLAN

—No lo hagas. —Hice una pausa, dejando que la frustración desapareciera de mi voz antes de volver a hablar—. No le llenes la cabeza con promesas que no puedes cumplir, ¿de acuerdo?

Adaline estaba callada, pero podía sentir sus ojos clavados en mí. Y en el asiento del copiloto, Lydia contempló el paisaje durante un momento, igual que yo.

—Tienes miedo de que les haga daño, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

La miré y asentí lentamente con la cabeza.

—Mi familia ya ha sufrido bastante a lo largo de los años. Merecen paz.

Lydia exhaló un suspiro lento y me dedicó una dulce sonrisa.

—Entonces eso es lo que les daremos.

Sus palabras no me hicieron sentir mejor. Porque tenía la terrible sospecha de que dar algo así a mi familia solo acabaría en la ausencia total de ella para mí.

19

Erik

Mis papás vivían lo suficientemente lejos como para que no tuviéramos que atravesar el pequeño centro de Sisters para llegar a su propiedad. Adaline, al notar el cambio en mi estado de ánimo a medida que nos acercábamos a casa, asumió el papel de guía turística de Lydia.

—Tienen unos quince acres —explicó, mientras los árboles se me hacían más familiares, los puntos de referencia que anunciaban la proximidad de la entrada al lugar en el que hacía tanto tiempo que no venía—. La casa principal era de mi abuelo, pero se la cedió a mamá y a Tim poco después de casarse. Poppy aún vive en casa. Parker está en la escuela. Greer tiene un apartamento en la ciudad. Cameron tiene su propia casa en la parte trasera de la propiedad, como Erik.

—Cameron, el constructor que se hizo cargo del negocio familiar de Tim cuando se jubiló —dijo Lydia inmediatamente—. Viene quizá una vez al año y tiene una broca favorita y adora su cinturón de herramientas de cuero.

Adaline se rio.

—Sí.

Lydia sabía lo suficiente como para engañar a mi familia.

PLAN

Ella no sabía las cosas feas, las que nadie publicaría en internet. Y si tenía suerte, pasaría los próximos días sin que ella las supiera.

La dejaría en el porche de casa de sus papás y, si tenía suerte, no tendría que volver a verla. Solo necesitaba unos días más para darse cuenta de que estaba bien sin mí. Que no le estaba haciendo ningún favor.

Pensarlo debería haberme llenado de alivio, pero en lugar de eso, se hundió como una roca, pesada, dura e incómoda.

A través de la ventanilla del copiloto, Lydia grabó un vídeo rápido con su teléfono y me miró interrogante.

—¿Prefieres que no publique nada sobre la propiedad de tu familia? —Ante mi vacilación momentánea, me dedicó una rápida sonrisa—. Más tarde, quiero decir. Nada de ubicaciones mientras esté ahí, lo prometo.

Gruñí.

—No me preocupa demasiado que haya fotógrafos aquí, pero gracias por comprobarlo. Mientras no publiques las caras de mis papás, por mí está bien.

Adaline puso los ojos en blanco.

—Greer los pone en la cuenta de Wilder Homes todo el tiempo. No les importará. —Mi hermana pequeña me dio una palmada en el hombro condescendiente—. Ian y tú son los únicos que odian las redes sociales en la familia. Es curioso lo parecidos que son para lo poco que se llevan.

Lydia se incorporó.

—Sí, ¿qué pasa con Ian? No he podido encontrar nada sobre él.

Me removí en el asiento y mantuve la boca bien cerrada. Incluso Adaline dudaba porque quería a sus dos hermanos. Al que compartía papá y al que no.

—Ian lleva dos años trabajando en Europa. Diseña muebles a medida. Y cuando una importante empresa de diseño del hogar de Londres empezó a comprar sus piezas, mereció la pena trasladarse. Normalmente solo viene a casa por Navidad.

Más de lo que yo había hecho.

Los ojos azules de Lydia se encontraron con los míos cuando miré de reojo para calibrar su reacción.

—¿Y no se llevan bien?

Fruncí el ceño, pero en lugar de negarlo, me limité a sacudir la cabeza.

Adaline no tuvo problema en contestar ahora que estábamos a menos de diez minutos de enfrentarnos a toda la dinámica familiar de los Wilder.

—Es una cosa de orden de nacimiento si me preguntas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lydia.

—Ambos son los primogénitos de sus familias —explicó Adaline—. Y como nuestro papá se fue cuando Greer y yo éramos bebés, Erik realmente... se sentía el *hombre de la casa*, ¿sabes? Aunque era pequeño, siempre estaba cuidando de nosotros. Cuidando de mamá. Ian hizo lo mismo en su familia aunque perdieron a su mamá por enfermedad. Así que ponías a dos hermanos mayores mandones en una familia, ambos con hermanos pequeños a los que cuidar, y las cosas no siempre iban bien.

—No es más que un sabelotodo testarudo que nunca es capaz de admitir cuando se equivoca —murmuré—. Sería más fácil llevarse bien con él si fuera capaz de admitir que otra persona tiene razón de vez en cuando.

PLAN

Lydia hizo rodar los labios entre los dientes y, detrás de mí, Adaline suspiró de forma odiosa, moviéndose para poder apoyar la barbilla en el borde del asiento del conductor.

—¿A quién me suena eso? —musitó.

La miré en el espejo.

—Debió de ser muy duro —dijo Lydia en voz baja.

Giré la cabeza en su dirección porque pensé que había estado intentando no reírse, pero, de algún modo, Lydia me miraba con ojos brillantes y tristes.

Bufó, agitando una mano delante de su cara.

—No me hagas caso. Creo que todo esto de estudiar a la familia Wilder me está afectando. Cuando pienso en ustedes de pequeños, me rompe el corazón imaginar todo por lo que han pasado.

—Tuvimos una buena vida —dijo Adaline en voz baja—. Aunque vino con algunos momentos difíciles.

Lydia se sentó en silencio y, de repente, sentí una frenética necesidad de saber qué diría a continuación. Estábamos tan cerca de casa de mis papás, tan cerca de cambiar la dinámica entre nosotros, y como me había tomado por sorpresa -otra vez-, estaba desesperado por saber qué le descubría mi relación con Ian.

Era una cosa más que quería negar, que quería ignorar, pero no podía.

Fue entonces cuando se giró y clavó sus grandes ojos azules en mí. Había algo suave y dulce en ellos, algo que quería borrar de un manotazo, pero sabía que no podía.

—No me extraña que sientas que tienes que ser perfecta —dijo—. Tu trabajo era asegurarte de que todos los demás estuvieran atendidos. No había tiempo para que tropezaras con nada.

PLAN

Algo agudo y silencioso me atravesó el pecho, un lugar secreto entre las costillas que no sabía que había dejado desprotegido.

Había tropezado. Al centrarme exclusivamente en un tipo de futuro, me había casado con la persona equivocada, rompiéndome el corazón a mí y a mi familia.

Y debido a ese tropiezo, me había convencido de que era mejor mantenerse alejado. Como dijo Adaline.

Durante el resto del trayecto hasta casa de mis papás -por el largo camino de grava flanqueado por imponentes abetos Douglas a ambos lados- no pude decir ni una palabra. Todo en mi cerebro era un borroso ruido blanco porque no estaba segura de poder enfrentarme a todas las personas a las que había decepcionado. A aquellos para los que no había sido perfecto en absoluto.

La cabaña que servía de hogar a nuestra familia apareció al final del camino, exactamente como la recordaba. Las gruesas columnas de madera tallada a mano sostenían el largo porche delantero y el tejado de metal negro. La chimenea se extendía por el centro, por donde salía el humo cuando mi mamá encendía la chimenea de dos caras que dominaba el centro del salón.

Lo había echado de menos. Y hasta que vi cada tronco, cada árbol del jardín delantero, había olvidado cuánto.

Pero tenía que controlarme antes de enfrentarme a ellos.

—Adaline, volveremos a la casa en un rato, ¿de acuerdo?

Sus oscuras cejas se alzaron lentamente cuando detuve el vehículo junto a la entrada principal.

—¿No vas a entrar?

PLAN

Ignorando la mirada curiosa de Lydia, negué con la cabeza a mi hermana.

—Dile a mamá que vamos a dejar las maletas en mi casa, para que Lydia pueda refrescarse antes de conocer a la familia.

—Oh, estoy bien… —empezó. Apreté los dientes y la miré. Su voz se entrecortó y asintió, con ojos comprensivos—. Sí, me vendrían bien unos diez minutos.

Adaline abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor. Como su bolsa de viaje estaba en el asiento de al lado, se la subió al regazo con un resoplido resignado.

—De acuerdo, pero no tardes mucho. Si sigues posponiéndolo, no será más fácil, Erik.

Una vez que Adaline se hubo alejado del auto, hice un giro brusco con el volante y aceleré de nuevo por el camino de entrada.

Lydia permaneció callada, su lenguaje corporal relajado y, a su vez, me hizo relajarme al ver que no estaba creando ninguna incomodidad entre nosotros. A unos treinta metros a la derecha, vi la ligera bifurcación del camino. Si no la buscabas, era invisible a simple vista. Más allá de una arboleda de más abetos de Douglas estaba la pequeña casa a la que me había mudado después de que mi mujer me dejara.

—Es tan bonito —exclamó Lydia, sentándose con una amplia sonrisa en la cara.

Lo era. Había pintado el revestimiento de un gris oscuro -parecía casi negro cuando se ponía el sol- y las molduras de un blanco nítido. En la entrada solo cabía una mecedora y una maceta que alguien había llenado recientemente de crisantemos de color naranja brillante. Sí, era una casa pequeña con mucha belleza. Y albergaba algunos de los recuerdos más feos de mi vida.

PLAN

Y en ese momento, agradecí no tener que entrar solo. El corazón se me aceleró en el pecho y sentí un hormigueo en las puntas de las manos.

¿Qué aspecto tendría por dentro?

Por las ventanas entraba una luz cálida.

Estacionamos, y Lydia paseó con descarado interés. Lo tocaba todo como si pudiera absorber los detalles a través de sus dedos. No quería asimilar nada de este lugar. Ni siquiera estaba seguro de poder dormir entre aquellas paredes.

—Es... es bastante simple por dentro —evadí—. No estuve aquí el tiempo suficiente para decorar mucho.

Se encogió de hombros.

—Mientras tenga una cama y una ducha, estoy bien.

Correcto. Lydia, una cama y una ducha. Imágenes de ella en ambos lugares no eran el tipo de distracción que necesitaba. No con el humor que tenía. Porque cuando cruzamos la puerta principal y entramos en la sala de estar, y por fin vi lo que mi mamá había hecho para preparar mi llegada, supe que muy pocas cosas en la tierra servirían como una salida saludable para lo que me enfurecía por dentro.

No olía a humedad ni a falta de uso.

No estaba vacía y sin alma. Había colocado muebles cálidos y acogedores, y olía a limpio y fresco. En la isla cuadrada de la pequeña cocina había otra maceta de crisantemos, esta vez amarillos.

—¿Cuándo estuviste aquí por última vez? —preguntó Lydia. Esta vez tocó con las yemas de los dedos la suave línea del sofá de cuero marrón que yo no había visto nunca.

Mi voz estaba oxidada e irreconocible cuando hablé.

—Un año y trescientos días.

PLAN

Hace un año, trescientos tres días, había montado una cuna en el segundo dormitorio. Una blanca con bordes curvos y sábanas amarillo claro sobre el colchón.

Alguien la quitó mientras no estaba.

En su lugar había una silla de lectura y una lámpara, una estantería que mi mamá había llenado. Me hormigueaban las manos, un presagio que no podía ignorar. Había sido un error venir primero a este lugar. Y no lo había sabido hasta que entré por la puerta y lo vi transformado. Tal como lo había dejado, estaba medio vacío y apenas decorado, pero había sido una promesa para un futuro al que yo seguía aferrado por un hilo deshilachado.

Un futuro por el que había renunciado a mi carrera. Para ser el papá que el mío no fue. Mi mamá lo había convertido en un hogar, algo que yo nunca había conseguido.

Porque me quería, me echaba de menos y quería que supiera que siempre, siempre sería bienvenido aquí. Y fue casi suficiente para enviarme a una espiral oscura y furiosa, a algún lugar nublado y negro. La tinta manchaba mis pensamientos y el corazón se me agitaba en el pecho.

Era el tipo de enfado al que ya no dejaba acceder a mi pasado. Por eso me había mantenido alejado. Porque nunca sabía qué hacer con ello ni cómo controlarlo. Si pensaba demasiado en lo que había perdido, siempre estaba latente.

No era el gesto de mi mamá lo que me enfadaba, *lo que* me partía el puto corazón. Era lo que había perdido, lo que apenas me había permitido llorar hasta que estuve en aquel espacio alegre y feliz.

—¿Era este un lugar para empezar de nuevo? —preguntó Lydia en voz baja. Había dejado de tocar, de deambular, y me observaba con una

especie de sedosa y suave curiosidad en su bello rostro y sus hermosos ojos—. Debe ser duro volver.

No había ninguna razón morbosa para preguntar, nada que ella quisiera desmenuzar.

Preguntó porque le importaba.

Preguntó porque simplemente quería conocerme.

Y si la miraba demasiado tiempo, haría algo estúpido.

Si Lydia hubiera reaccionado con indiferencia, hubiera intentado restarle importancia o me hubiera reprendido por alejarme, podría haberla encajonado en esa primera versión de ella que yo había pensado que sería.

Pero como siempre, no hizo nada de lo que yo esperaba.

Las paredes empezaron a cerrarse sobre mí, el pecho se me apretó mientras intentaba respirar hondo. No debería haberla traído aquí. Debería haberle dicho a mi mamá que no y dejar que la decepción continuara.

—No puedo hacerlo —gruñí, y salí de la casa a grandes zancadas. La puerta principal golpeó contra el revestimiento cuando la abrí de un empujón. Me llevé las manos al cabello mientras paseaba por la grava delante de la casa.

No era demasiado tarde. Podría decir que Lydia se puso enferma o tuvo una emergencia familiar y llevármela de vuelta. Porque si tenía que quedarme ahí, en esa pequeña casa con un baño y sus ojos y todas las partes de ella que me mantenían alerta, me derrumbaría. Me derrumbaría simplemente porque perderme en ella era una alternativa mejor que enfrentarme a lo que había dejado atrás.

PLAN

Los pasos de Lydia bajaron los escalones y yo apoyé las manos en el techo del auto y agaché la cabeza, aspirando aire como si acabara de terminar una maratón.

—Lydia —le advertí—, vuelve dentro.

Pero no lo hizo. Por supuesto que no.

—Date la vuelta —ordenó.

Al oír su tono de acero, me enderezo y la miro incrédulo por encima del hombro.

—Necesito que respires hondo para mí. —Sus ojos se clavaron en los míos y se acercó unos pasos.

Yo le había dicho algo parecido una vez, y me pasé una mano por la cara.

—Estoy bien.

Entonces Lydia Pierson entrecerró los ojos y recorrió la distancia restante. Me puso las dos manos en el pecho y me empujó contra el auto.

—Erik Wilder, respirarás hondo para mí.

Levanté las cejas y me quedé demasiado atónito para obedecer. Sus manos permanecieron en mi pecho, y pude sentir cada centímetro de donde su cuerpo entraba en contacto con el mío.

Sus ojos se suavizaron.

—Bien. Otra más.

No. No estaba de humor para que me manosease, así que le aparté las manos de un manotazo.

—No necesito otra.

Mi reacción tuvo el efecto deseado porque la suavidad desapareció en un instante. Eso era lo que no podía soportar. No de ella. No quería

conocer ese lado de ella, y si tenía que ser el mayor imbécil del mundo para mantenerlo lejos de su cara y de sus ojos, entonces lo haría.

—Eres un hipócrita —siseó—. Me dices que lo haga todo el tiempo. *Toma otra* —imitó mi voz. Y mi piel... oh, se puso caliente—. ¿Nunca dejas que alguien te ayude?

—¡No! —grité—. No debería necesitar ayuda.

Se quedó con la boca abierta al ver mi honestidad desnuda y luego la cerró. Parpadeó.

—Bueno ... eso es una mierda dura.

—¿Perdón?

Me pinchó en el pecho.

—Mierda. Dura. —Lydia abrió los brazos—. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí, Erik? Te estoy ayudando. Porque eso es lo que la gente hace por alguien que le importa.

Sus palabras hicieron que mi pecho se agitara peligrosamente.

—No te hace débil. —Se acercó más. Ni siquiera había espacio para que lo hiciera, pero de alguna manera, su pecho rozó el mío—. No significa que hayas fracasado. Te hace humano.

Mi sangre zumbaba caliente, muy, muy caliente. Y si Lydia se acercaba un solo centímetro, sentiría entre nosotros exactamente lo humano que yo era. Porque este extraño arrebato me tenía tan duro como el puto cemento.

Me incliné hacia ti.

—No necesito tu ayuda. Ni siquiera te quería aquí. Estás aquí porque mi mamá me lo suplicó.

PLAN

Mala elección de palabras. Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros y la mirada de Lydia se desvió hacia mi boca. Mi mirada se desvió hacia la suya.

Su mano se movió lentamente, y yo podría haberla detenido, pero no lo hice. La deslizó por mi pecho, ligera, delicadamente, hasta llegar al cuello de mi camisa.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo, pequeña —susurré—. No estoy de humor para juegos.

—Perfecto. —Sus dedos se enroscaron en el material de mi camisa—. Yo tampoco.

Lydia se lamió los labios, con un delicado toque de su lengua rosada en la curva de su boca, y eso fue todo. El único hilo que me retenía se rompió, una ruptura limpia, aguda y audible, y clavé las manos en su cabello, inclinando la boca furiosamente sobre la suya.

Mi lengua se introdujo entre sus suaves labios y ella soltó un delirante gemido de alivio. Con las manos, le incliné la cara para poder besarla más profundamente, enrollando su lengua caliente y resbaladiza alrededor de la mía hasta que pude chupar la punta de la suya en mi boca. Inspiró por la nariz y sus manos se clavaron en mi nuca mientras nos giraba.

Finalmente, el glorioso peso de su cabello se enredó en mis dedos. Todo aquel maldito cabello rubio, la forma en que le caía alrededor de la cara y por la espalda, apenas había sido capaz de admitir lo loco que me volvía. Había tanto, y cuando apreté los dedos en su espesa y suave masa, Lydia gimió.

Sus labios se encontraron con los míos, empujando y tirando, en un ritmo furioso y perfecto. Ya no tenía el control de este beso porque ella estaba ahí, luchando por el dominio. Y había encendido un fuego bajo mi piel porque ella sería capaz de manejar cualquier cosa que yo pudiera dar.

PLAN

No había aceptación pasiva de mi beso. Lydia estaba ahí conmigo. Por supuesto, la única mujer que se atrevía a empujarme fuera de mi zona de confort estrictamente definida estaría ahí en cada paso del camino mientras descendíamos hacia la locura alimentada por la lujuria.

Me lamió la boca, deslizando lentamente su lengua contra la mía, y gruñí.

Con una mano bajo su culo, impulsé a Lydia contra el lateral de mi auto. Sus piernas se abrieron alrededor de mis caderas y se movió sinuosamente, lentamente, a un ritmo enloquecedor. Me tiró del labio inferior con los dientes afilados y gemí.

Nada se había sentido tan bien... nunca. Nada había sabido tan dulce.

Y quería su dulzura en mi lengua en todos los lugares que pudiera encontrar.

El alivio después de semanas conteniéndome fue embriagador. Me recibió beso a beso, y apreté con fuerza las caderas contra el dulce calor que ella sentía en mi vientre. Lydia gimió, y su sonido hizo que un torrente de energía me recorriera las venas.

Toda la tensión que había mantenido apretada entre mis brazos se envolvió en su esbelto cuerpo, y si hubiéramos estado en una cama, ya nos habría arrancado la mitad de la ropa. Solo para liberarme. Solo para encontrar un lugar que pudiera soportar el peso de todo lo que había surgido entre nosotros.

Puede que hubiera otras razones por las que finalmente había cruzado la línea, por las que ella finalmente me había empujado más allá de lo normal, pero esto era solo sobre nosotros. Y lo supe cuando incliné la cara para profundizar el beso.

PLAN

Los dulces sonidos que emitía en el fondo de su garganta eran la recompensa más deliciosa a la espera, y la fuerza de sus manos al aferrarme a ella me hacía retumbar el corazón.

Como si fuera a ir a alguna parte. Ahora no. No ahora que sabía que sabía a caramelo. No ahora que conocía el sonido del húmedo chasquido de su labio después de que me lo metiera en la boca.

Lydia apartó la boca, jadeando hacia el cielo azul y yo chupé la piel sensible de su cuello hasta que gimió. Tal vez le marcara la piel, y la sola idea me hizo chupar con más fuerza. Intentó subir más, apretarse más, acercarse, pero no tenía a dónde ir. Apreté mis caderas contra ella y susurró un torturado: Oh, *por favor*, Erik.

Algo animal merodeó bajo la superficie de mi piel ante el tono jadeante y suplicante de su voz. Quería grabar este momento en mi piel, recordar exactamente lo salvaje y perfecto que fue cuando estaba dispuesta a tomar lo que ambas deseábamos contra el lateral de mi auto. Deslicé la mano por el lateral de su cintura, memorizando la curva de su cuerpo mientras nuestras lenguas se enredaban y nuestros dientes chocaban. El peso cálido y pesado de su pecho llenó mi gran palma de la mano, y apretó con fuerza sus muslos alrededor de mi cintura.

Esto era lo que habíamos estado esperando, la explosión que se encendía peligrosamente debajo de cada interacción que habíamos tenido desde el momento en que nos conocimos.

—*Mierda*, Erik. ¿Podrías no hacerlo? —gritó mi hermana Greer.

Lydia y yo nos quedamos helados. Su respiración se entrecortaba contra mi boca.

—Dios, mamá me manda a buscarte para cenar y me encuentro una porno en el jardín delantero.

Apoyé mi frente contra la de Lydia y murmuré una maldición.

PLAN

Ella soltó una carcajada.

Es increíble lo rápido que mi cuerpo puede convertirse en un gigantesco bloque de hielo. Con cuidado, ayudé a Lydia a ponerse en pie, y sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza. Y yo... solo quería prender fuego a mi piel como recordatorio de lo que podía pasar cuando Lydia Pierson me empujaba un poco más allá.

Lydia se alisó la camisa, apenas capaz de mirarme a los ojos, mientras nos volvíamos hacia Greer. Mi hermana pequeña tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de comemierda en su preciosa cara.

—Vaya bienvenida, hermano mayor —dijo—. Me recuerda lo mucho que he echado de menos tu culo.

Me froté la nuca.

—Lo siento. No... no sabía que estabas ahí.

Ella levantó una ceja.

—Obviamente.

Suspiré y abrí los brazos. Ella sonrió y caminó hacia mí para abrazarme. La levanté del suelo y se echó a reír.

—Me alegro de verte —murmuré junto a su oído.

Me apretó.

—Ojalá no lo *hubiera* visto, pero también me alegro de verte. —Cuando la dejé en el suelo, sonrió a Lydia—. Ya que mi hermano ha olvidado sus modales en el ataque sexual contra su auto, soy Greer Wilder.

Lydia le tomó la mano con una sonrisa avergonzada.

—Lydia Pierson. Realmente, realmente desearía que no nos hubiéramos conocido de esta manera. Como... *de verdad*.

PLAN

Greer se rio.

Lydia me miró enarcando una ceja.

—Quizá así aprenda a controlarse, señor.

Entrecerré los ojos, lo que la hizo reír.

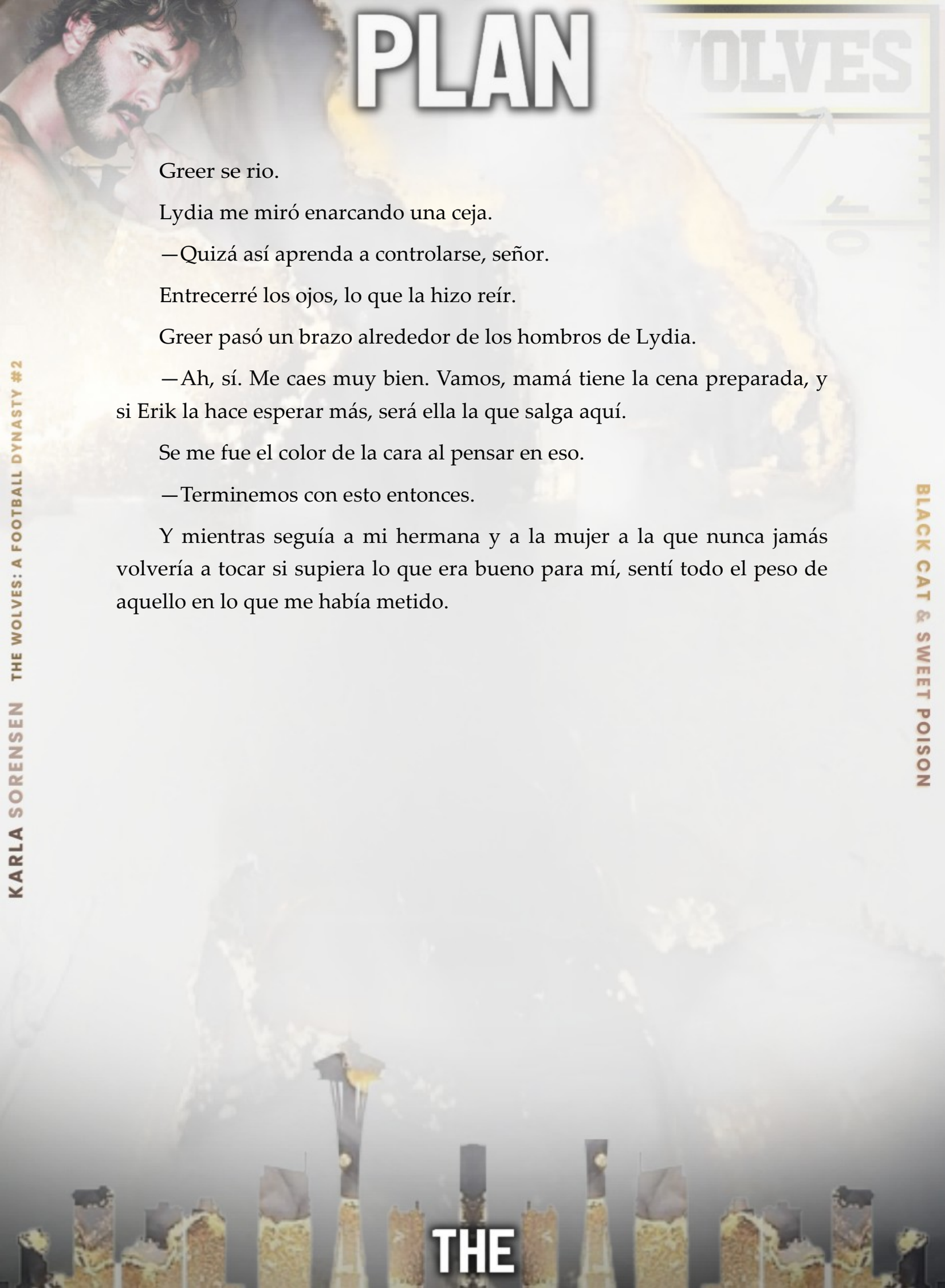
Greer pasó un brazo alrededor de los hombros de Lydia.

—Ah, sí. Me caes muy bien. Vamos, mamá tiene la cena preparada, y si Erik la hace esperar más, será ella la que salga aquí.

Se me fue el color de la cara al pensar en eso.

—Terminemos con esto entonces.

Y mientras seguía a mi hermana y a la mujer a la que nunca jamás volvería a tocar si supiera lo que era bueno para mí, sentí todo el peso de aquello en lo que me había metido.



PLAN

20

Lydia

En el corto paseo hasta la casa principal, tuve dos revelaciones bastante importantes.

1- Mis piernas aún funcionaban, cosa que había dudado por completo.

2- Erik Wilder podía besar enfadado como si fuera su propósito singular y divino en esta tierra.

La incorporación sorpresa de Greer fue un arma de doble filo. No pude evitar maravillarme ante lo palpable que se desató entre Erik y yo , y por su charla amistosa con una hermana a la que claramente echaba de menos, pude hacer exactamente eso mientras caminábamos por el bosque.

Y santo cielo, *me maravillé*.

Nunca me habían besado así, ni siquiera la mitad. Ninguna de las relaciones sexuales que había tenido se acercaba a ese beso, y vaya si fue una revelación. Porque si besarlo hacía que mi cabeza diera vueltas como un trompo, el sexo con Erik Wilder probablemente haría que mi mundo se saliera de su eje.

Y yo quería actividades que me sacaran de mi de eje con él. Inmediatamente.

No solo por cómo me besaba y cómo sentía sus manos enredadas en mi cabello, sino también por todo lo que le precedió. Había *cosas*

cociéndose debajo de ese exterior tranquilo, y eso lo hacía aún más atractivo. Me hizo estar aún más segura de él.

¿Cómo era posible, verdad?

Pero ahí fue donde me encontré. Rodeada de Wilders y grandes árboles altos que se extendían hasta el cielo y la existencia de un beso que lo cambió todo.

Solo una vez sus ojos oscuros se dirigieron hacia mí, y no pude leer mucho en ellos cuando lo hicieron. Pero sonreí porque, si lo conocía, se estaría riñendo a sí mismo por haber permitido que ocurriera algo así. El hombre era incluso más duro consigo mismo de lo que creía.

Había renunciado porque, en su mente, había ignorado su deber hacia mí al permitir un solo momento, una sola oportunidad para que un extraño tomara una foto que podría malinterpretarse de la manera en que lo hizo.

Se había alejado de su familia porque su matrimonio había fracasado y habían perdido, no sé, ¿a la mejor nuera de la historia o algo así? Ella debe haber sido la maldita Madre Teresa, por la forma en que estaba actuando. Pero al mismo tiempo, parecía haberla superado. Nada de lo que había dicho se refería a su ex mujer. Y yo solo podía suponer que eso también estaba relacionado con la razón por la que no regresó a Washington. Aunque su lesión era grande... difícilmente acabaría con su carrera.

Por mucho que me hubiera concedido el beneficio de la duda, Erik no se concedió a sí mismo la misma gracia. Y eso solo lo hizo aún más entrañable para mí.

Entrañable y algo mucho, mucho menos inocente por naturaleza. Quería que rompiera una cama conmigo en ella. Quería que deslizara un

anillo en mi dedo. Que pusiera un bebé dentro de mí. Que estuviera a mi lado sin importar lo que el futuro trajera a nuestras vidas.

—Y has oído hablar de la oferta que Cameron acaba de ganar, ¿verdad? —preguntó Greer.

Parpadeé y salí de mi pequeña ensoñación. Erik y los bebés y los anillos, vaya.

Erik asintió.

—Me alegro por él. Me alegro de que Tim acabara con un par de chicos que quisieran seguir.

Greer le dio un codazo.

—Tengo planes mucho más grandes que *mantenerlo en marcha*, si consigo que mis hermanos se unan.

La miró.

—¿Qué significa eso?

Greer volvió su atención hacia mí.

—Significa que voy a molestar a tu novia sin parar este fin de semana mientras tenga la oportunidad.

—¿Yo? No sé nada de construir casas.

Al igual que su hermano y Adaline, Greer era alta y atlética, con el mismo cabello y ojos oscuros. Y a pesar de que ella era unas sólidas cinco pulgadas más alta que yo, ella enganchó su brazo a través del mío.

—Porque los planes que tengo requieren un dominio total de las redes sociales.

Me reí.

—¿Qué clase de planes son esos?

PLAN

—Quiero convertir Wilder Homes en una marca de estilo de vida de primer orden en el noroeste del Pacífico. Una línea de muebles de alta gama -cortesía de Ian-, preciosas casas a medida -gracias a Cameron- y diseño de interiores -de su servidora-.

Mi mente empezó a dar vueltas inmediatamente, y calibré su estructura ósea con ojo experto.

—Y si tus hermanos son la mitad de guapos que tú, ¿por qué no montar un reality show?

Levantó un puño en el aire.

—¡Exactamente lo que estaba pensando! Dios, Erik, elegiste una buena. Ella me entiende.

—No. —La voz de Erik atravesó su contagioso entusiasmo—. Absolutamente no.

Oh, sí. Su única advertencia al traerme el fin de semana. Nada de entrometerse.

Greer suspiró.

—En realidad no puedes decirnos que no en esto, Erik. No es tu negocio el que va a explotar en la estratosfera si funciona.

—No, pero Lydia tampoco ha venido aquí para que la ordeñes por sus contactos—dijo.

Bajé la vista al suelo cuando el rostro de Greer adoptó una expresión avergonzada.

—No me refería a eso —dijo en voz baja—. Yo solo... quería un poco de su experiencia en la creación de contenidos y la forma de lanzar algo como esto.

PLAN

—Ya lo sé. —Le di una palmadita en el brazo—. Estoy... cambiando mi propia marca en las redes sociales en este momento, pero me encantaría intercambiar algunas ideas si eso ayudara.

—Me he dado cuenta —dijo Greer, pero no de mala manera—. Haces muy bien en parecer accesible, aunque tu vida sea muy diferente a la de la gente normal. Toda esa semana en la que nos llevaste a través de tus diferentes pantalones de pijama y los clasificaste en función de la duración de la comodidad de los atracones fue tan divertido.

Mi cara se calentó un poco ante la mirada curiosa de Erik.

—Ahh. Sí. Eso fue más o menos un mes después de romperme el brazo.

—Bueno, hiciste que funcionara, independientemente de lo que lo provocó.

Erik murmuró algo en voz baja que sonó como:

—Sabía que esto jodidamente pasaría.

Greer se rio cuando puse los ojos en blanco.

—Solo está malhumorado —dije, dándole una palmada en la espalda a Erik—. Es un estado constante para él.

—Me gustas, Lydia. —Señaló la casa, las ventanas iluminadas con una cálida luz amarilla y el humo que ahora salía de la chimenea—. Y a ellos también, pero te advierto que somos un grupo intimidante al principio.

Miré la casa.

—¿Por qué? ¿Debo preocuparme por alguien en particular?

—Ian —respondieron a la vez.

Mi risa inmediata se desvaneció cuando me di cuenta de que hablaban en serio.

PLAN

—¿Tan malo es?

Erik respondió primero.

—Sí.

—No —enmendó Greer—. Solo es... difícil de conocer. Un poco desconfiado con los recién llegados.

Cuando nos acercamos al porche delantero, que ocupaba toda la anchura de la casa, me sentí a gusto en todo el espacio. Era tan cálido y acogedor, con pequeñas zonas para sentarse y una enorme cama columpio que salpicaba la zona cubierta. Esto era un hogar. Estaba lleno de amor, lleno de comodidad, y no pude evitar mirar a Erik de reojo, preguntándome cuánto había cambiado desde que él había vuelto, preguntándome cuánto lo habría echado de menos.

A través del cristal de la doble puerta de entrada, vi gente arremolinada en torno a una soleada cocina amarilla. Una mujer mayor -un reflejo de Greer y Adaline, pero con abundantes vetas plateadas en el pelo oscuro- nos vio y sonrió ampliamente, apretándose una toalla contra el pecho mientras se acercaba corriendo.

Puse mi mano en el brazo de Erik.

—¿Tu mamá?

Su mirada estaba clavada en ella, completamente ilegible, pero logró asentir brevemente. Como él había hecho por mí la noche de la fiesta de Dior, deslicé mi mano hacia la de Erik y entrelacé mis dedos con los suyos.

Su cabeza se giró bruscamente en mi dirección, y habría dado cualquier cosa por saber qué estaría pensando aquel hombre misterioso e impenetrable. Tocarlo ahora era diferente -después de nuestro beso-, porque incluso esa simple conexión de sus dedos rodeando los míos me dejaba un poco sin aliento.

PLAN

La puerta se abrió, partiendo el momento limpiamente en dos, y ni siquiera pude enfadarme cuando Erik apartó su mano de la mía. No tuvo mucha elección. Porque la mamá de Erik, con lágrimas visibles en la cara, se lanzó al abrazo de su hijo.

Me dio escalofríos al verla, porque era muy pequeña entre sus grandes brazos. En el punto en que su cara se apoyaba en el hombro de él, oí un resoplido delator y Erik cerró los ojos, soltando un audible suspiro de alivio.

Greer me tocó suavemente la espalda y me indicó que iba a entrar en casa. La miré entrar, un poco insegura de lo que debía hacer. Me volví hacia la casa, pensando que le daría algo de intimidad, pero alargó la mano y me tocó el codo.

Espera, me dijo.

Sonreí y asentí con la cabeza.

Su mamá soltó una carcajada aguada.

—Eres un imbécil por hacerme esperar tanto, Erik.

Sonrió y, oh, mi querido y dulce bebé Gucci, cuando lo hizo, vislumbré un diminuto hoyuelo enterrado en aquella barba oscura.

Un jodido *hoyuelo*.

—Yo también te quiero, mamá —dijo en voz baja—. Siento haber estado fuera tanto tiempo.

Se apartó y le acarició la cara.

—Sabes que te perdoné hace mucho tiempo. Eso es lo que hace la familia. Pero no vuelvas a hacerlo o te excluiré de mi testamento, y no querrás eso porque es bueno.

Erik exhaló una carcajada silenciosa.

—Entendido.

PLAN

Su mamá -Sheila Wilder, de sesenta y un años, amante de la jardinería, las conservas, el pan casero y sus hijos- se secó su bonita cara y me dedicó una sonrisa tímida.

—Dios mío, mis modales salen volando por la ventana cuando asoma la cara. Tú debes de ser Lydia.

Nunca había conocido a la familia del novio, y si era legítimo o no, no importaba en absoluto, porque aún así había que navegar con cuidado. ¿Era una abrazadora? ¿Un apretón de manos? El movimiento en falso fue algo que me quitó el sueño la noche anterior.

En mi familia abundaban los abrazos, pero tenía pesadillas en las que abría los brazos en el momento exacto en que ella extendía la mano para estrechármela.

Pero Sheila me tendió los brazos y sonreí.

—Muchas gracias por invitarme —le dije mientras me daba un cálido apretón.

—Cariño, cuantos más, mejor en esta casa. —Me miró a la cara y me pregunté si aún tendría los labios sonrosados por el beso de su hijo—. Estoy deseando charlar contigo, pero no será esta noche. Hay una casa llena de gente hambrienta a la que no he dado de comer al mismo tiempo en ... bueno... mucho tiempo. ¿Quizás puedas venir a desayunar con las chicas y conmigo por la mañana?

—Me encantaría.

Erik me puso una mano en la espalda. Justo en el centro, un peso cálido que me hizo imaginar mi corazón como una suave luz rosa resplandeciente en mi pecho.

—¿Yo no desayuno también? —preguntó.

Su mamá apenas le dedicó una mirada.

PLAN

—No. Puede que te haya perdonado, y recibiría una bala por ti sin dudarlo, pero eso no significa que te hayas ganado mis rollos de canela todavía.

Me reí, y la boca de Erik se suavizó en una sonrisa.

—Me parece justo. —Miró dentro de la casa—. ¿Están todos?

—Casi —dijo su mamá—. Solo faltan Parker e Ian.

—Parker es el que juega en Portland State, ¿verdad? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Así es. Está recogiendo a Ian en el aeropuerto de camino fuera del campus, pero el vuelo de Ian se retrasó al salir de Chicago.

—¿Park no tiene partido este fin de semana? —preguntó Erik.

Sheila negó con la cabeza.

—Tuvimos suerte. Su semana de descanso coincidió con nuestro aniversario. Ni siquiera el fútbol universitario se atrevió a meterse con mi fiesta de vigésimo aniversario. —Mientras lo decía, imitó a su hija y enganchó su brazo al mío para guiarnos al interior de la bulliciosa casa—. Te advierto, Lydia... cuando Parker llegue, te va a exprimir el cerebro sobre Washington. Siempre ha soñado con jugar ahí, aunque su papá es un fan acérrimo de los Niners.

—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito —objeté.

Sheila soltó una carcajada que atrajo la atención de todos los presentes. Todas las miradas se centraron en Erik y en mí. Algunos eran curiosos. Otros, como Adaline, nos animaban. Pero incluso en la curiosidad, sentí el peso impresionante de lo que había firmado.

No era solo un fin de semana en el que podía ver lo que podría desarrollarse entre Erik y yo. Esto era la reparación de una familia, una

realmente grande, por lo que pude ver. Y sabiendo eso, aún así me lo había confiado.

Aunque hubiera querido tomarle la mano, por esa única e inocente atadura, se había movido hacia su padrastro, que estaba sentado en un sillón reclinable bajo una gran colcha de colores. Los dos hombres se abrazaron después de que Erik ayudara a Tim a levantarse, y recordé que Adaline mencionó algo sobre la salud de Tim cuando subimos al auto por primera vez.

Todo el mundo era muy amable y, tras unos minutos de presentaciones -y más abrazos-, mi cabeza no paraba de pensar en nombres y caras y en quién iba con quién. Mis fichas no me habían preparado para la mitad de las personas presentes en esta cena. Sheila me dio un plato lleno de lasaña y pan de ajo y empujó a un primo hacia la mesa para que pudiera sentarme. Otra persona -Greer, quizá- puso un vaso de vino tinto delante de mí.

Erik seguía hablando en voz baja con su padrastro mientras yo daba los primeros bocados a la deliciosa cena, e incluso mientras la gente charlaba a mi alrededor, observaba abiertamente. De vez en cuando asentían con la cabeza, se daban palmadas en la espalda y luego se daban la mano.

Su padrastro parecía cansado, el tipo de cansancio que solo puede lucir alguien realmente enfermo. Y cuando volvió la cara en mi dirección, le dediqué una sonrisa amistosa y le saludé con la mano. De nuevo, los ojos de Erik eran ilegibles. Ayudó a su padrastro a sentarse de nuevo en el gastado sillón reclinable de cuero y luego se dirigió hacia donde yo estaba sentada en la larga mesa del comedor.

No había sitio para que se sentara, pero me puso una mano en el hombro cuando intenté levantarme.

PLAN

Erik se inclinó hasta que pudo hablarme al oído.

—Disfruta de la cena. Voy a ayudar a mi mamá en la cocina. —Su boca estaba tan cerca de mi oído que luché contra un escalofrío. Asentí, incapaz de girar la cabeza para mirarlo sin arriesgarme a que mi boca volviera a rozar la suya.

Y no estaba segura de que nadie quisiera que volviéramos a empezar con eso, al menos no en medio de la mesa del comedor.

La ancha espalda de Erik desapareció en la cocina, donde su mamá le dedicó una sonrisa de agradecimiento y le rodeó la cintura con el brazo.

El fin de semana ya había cambiado algo entre él y yo, pero yo empezaba a ver que cambiar *algo* era lo de menos.

Podría cambiarlo todo.

PLAN

21

Lydia

Erik Wilder durmiendo en un sofá del tamaño de una persona normal era un espectáculo que no me perdería, aunque eso significara poner mi despertador para antes del amanecer. La habitación aún estaba a oscuras y yo no llegaría a la casa principal hasta dentro de un par de horas, pero cuando él insistió en cederme la cama la noche anterior, me juré a mí misma que me levantaría lo bastante temprano como para ver sus largas piernas colgando del borde.

Y... tal vez satisfacer mi curiosidad sobre el estado de desnudez en el que dormía Erik.

Conociéndolo, se pondría una parka si pensara que voy a echar un vistazo curioso. Todo estaba oscuro cuando abrí la puerta del dormitorio. La única luz tenue que brillaba procedía de las inmediaciones de la pequeña y ordenada cocina. Apenas había tenido tiempo de registrar los detalles de la casa el día anterior. Para cuando terminó la cena familiar y regresamos en silencio, Erik se había comprometido totalmente con su plan de “no tocaré ni hablaré, y definitivamente no sacaré el tema del beso porque si no lo sacamos, entonces no ocurrió”.

Me abrió la puerta y me metió en el dormitorio, sin discutir quién dormía dónde. Luego me cerró la puerta en las narices y me dejó haciendo pucheros en silencio en el dormitorio.

PLAN

Es decir, no había esperado que él me cargara y me llevara al otro lado del umbral ni nada por el estilo, pero una simple conversación sobre lo que había pasado habría estado bien.

Entra mi plan actual para ponerlo en desventaja. Erik siempre tenía el control, y cuando no se sentía en control, era cuando esas impresionantes paredes suyas bajaban un poco.

Desde mi punto de vista, ningún pie de hombretón colgaba del borde del sofá. Con el ceño fruncido, me ceñí el albornoz de algodón y me acerqué de puntillas.

Pero incluso cuando llegué al borde del sofá, estaba vacío. Con las manos apoyadas en las caderas, me quedé mirando el sofá vacío e intenté no poner mala cara.

Su voz venía de un rincón oscuro.

—¿Buscas a alguien?

Con un chillido que enorgullecería a un ratón, me giré para encontrarlo cómodamente tumbado en el sillón del lado opuesto de la habitación. Llevaba una camiseta y unos pantalones oscuros de dormir, y una taza de café descansaba cómodamente en una mano.

—No, solo estaba... —Me tiré de la corbata de la bata y carraspeé—. Solo me aseguraba de que cabías bien en el sofá. Me sentía mal.

Aunque el sol apenas despuntaba en el cielo, pude ver lo suficiente de su rostro como para que una ceja se alzara lentamente.

—No estoy mintiendo.

—¿Ahora pones palabras en mi boca, Pierson?

Yo también levanté las cejas.

—¿Ahora vamos por apellidos, Wilder? Excelente plan si quieres que tu mamá crea que estamos *saliendo*. —Exageré un poco la enunciación de

la última palabra solo porque quería verlo retorcerse. Y lo hizo. Más o menos. Tomó un sorbo de café y desvió la mirada.

Cuando miré hacia abajo, no se veía nada. La bata me cubría todo lo bueno y me rozaba la parte superior de los muslos.

—No es que hicieras mucho por venderlo anoche —dije con despreocupación.

—¿Perdona?

Me encogí de hombros.

—Apenas me hablaste en toda la noche.

—Sí, mi familia te mantuvo bastante ocupada con eso, si no te diste cuenta. Habría tenido que golpear a alguien si hubiera querido meterme en esas conversaciones. —Dio un sorbo a su café, con los ojos fijos en mí en la oscuridad.

—Todos fueron muy amables. —Sonreí—. Tu tío Albert tenía historias divertidas sobre sus días jugando al fútbol en la universidad.

—Seguro.

—Probablemente le encanta hablar contigo de tus años en Washington —le dije. El hecho de que lo preguntara era una desvergüenza, en realidad. Albert -que en realidad era su tío abuelo- me contó que cuando Erik estaba en casa después de su lesión, nunca quería hablar de fútbol. Demasiado doloroso, supongo, me había dicho con su dulce vocecita de anciano. Perder tanto de lo que amas en un año aplasta hasta al hombre más fuerte.

Me hizo pensar en lo mucho que había cambiado en los últimos seis meses de mi vida, porque la mayoría de la gente pensaría que perder patrocinios, perder contratos, sería la sentencia de muerte para mi carrera. Pero todo lo que sentí fue una oportunidad, dulce y fresca y exactamente

lo que necesitaba. Y era horrible pensar en Erik experimentando lo contrario, pasando por algo tan malo que le mantuvo alejado de un lugar tan maravilloso durante tanto tiempo.

—El tío Albert haría cola ahora mismo si alguien quisiera tenerlo —respondió Erik, con una sonrisa irónica en la voz. Quería ver esa sonrisa. Había algo en su rareza que resultaba aterradoramente adictivo. Un juego al que podía jugar conmigo misma, solo para ver cuántas veces podía arrancárselas a su rostro serio.

Recelosa del corto dobladillo de mi bata, me senté en el brazo del sofá y crucé las piernas. Sus ojos bajaron y volvieron a mirarme a la cara.

—Bueno, se me ocurren un par de equipos a los que les vendría bien tenerlo en su línea O, y podría ser una mejora. Probablemente no debería decirle a tu padrastro que consideraría a los Niners uno de ellos.

Y maldita sea si esa taza de café no ocultaba su sonrisa de respuesta. Sabía que él también lo hacía porque sus ojos se arrugaban atractivamente en los bordes.

En aquel lugar había una suave sensación de comodidad entre nosotros, y sabía que no tardaría en desearla, en echarla de menos cuando desapareciera y en encontrar el modo de recrearla ahora que él nos había obligado a volver a trazar líneas más firmes.

—¿De qué está enfermo? —pregunté en voz baja—. No es algo que haya anotado en mis notas.

Erik dejó el café en una mesita auxiliar y se levantó de la silla.

Cuando pasó, percibí una tentadora bocanada de su aroma fresco y limpio. Mis brazos se pusieron de gallina porque, cuando me rodeó con sus brazos, lo aspiré con avidez.

Como me estaba aprendiendo sus silencios, esperé pacientemente mientras jugueteaba con algo en la cocina. Y cuando apareció frente a mí

con una taza humeante en la mano, enarqué las cejas con agradable sorpresa. A juzgar por el color, había añadido exactamente la cantidad de crema que me gustaba.

La tomé con cuidado. Nuestros dedos se rozaron, y esta vez, los dedos de mis pies se curvaron impotentes.

—Gracias.

Respondió con un gruñido y volvió a sentarse.

—Cáncer. Es su segunda vez.

—¿Dónde?

Erik suspiró pesadamente.

—Pulmones. Esta vez, al menos. Tuvo cáncer de próstata hace unos cuatro años.

Se me rompió el corazón al pensar en la dulzura con la que Tim y Sheila habían interactuado la noche anterior. Después de dar de comer a todo el mundo, la había visto sentarse en el regazo de él para mirar juntos viejos álbumes de fotos mientras su familia limpiaba en la cocina. Había entre ellos una soltura sin palabras, algo que había notado con mis propios papás.

—La quimio —dijo Erik—, lo aniquila. Empezó el tratamiento de nuevo el mes pasado.

—No quería preguntar y arruinar el ambiente de anoche, pero me di cuenta de que no se sentía bien.

Se reclinó en la silla, y por fin había suficiente luz en la habitación para que pudiera ver las ligeras sombras bajo sus ojos.

Erik se inquietó ante mi mirada. Ya no intentaba ocultar cómo lo miraba. El hombre podía adivinar con exactitud el peso de mis tetas

estudiándolas de cerca y en persona, así que supuse que ya habíamos superado ese punto.

—¿Qué? —preguntó.

Señalé la piel bajo mis propios ojos.

—Pareces cansado. En ese sofá no se puede dormir bien.

Su mirada se quedó clavada en la mía.

—No es así.

—La cama sería más cómoda —respondí sedosamente.

Erik se quedó callado, pero sus ojos... ardían tanto que prácticamente podía sentir el calor desde el otro lado de la habitación.

—¿Te ofreces voluntaria para dormir aquí?

Enarqué una ceja.

—No.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una respiración controlada mientras miraba al techo.

—No puede pasar, Lydia.

—¿Por qué no? Tú también estuviste ayer. Ni siquiera me mientas que ese no fue el puto beso más caliente de toda tu vida, Erik.

Erik inspiró con fuerza y tardó un momento en volver a levantar la cabeza. Al principio no dijo ni una palabra.

—No lo fue.

En cualquier otra circunstancia, habría fruncido el ceño. O habría sentido una punzada aguda y hueca de decepción.

Excepto que su voz sonaba como si hubiera masticado vidrio para poder pronunciar esas palabras. Así que iba a ser *así* durante las horas que

nos quedaban juntos. Incliné la cabeza, lo estudié y dejé el café. Cuando me llevé la mano a la corbata de la bata, él empezó a negar con la cabeza.

—Lydia —advirtió.

¿Pero apartó la mirada?

Oh, no, sus ojos estaban fijos en los suaves movimientos de mis dedos mientras tiraba de la corbata. La túnica se abrió con un suspiro y una expresión de alivio llenó su voz cuando vio la camisa que llevaba debajo.

Pero entonces me encogí de hombros y su mandíbula se apretó.

—¿Qué haces? —preguntó con voz ronca y torturada.

—Tengo que ducharme antes de desayunar en la casa. —Me subí el camisón por encima de los muslos y oí su aguda exhalación cuando apareció el encaje rosa que cubría mis caderas.

—Tenemos un baño, ya sabes —dijo—. La mayoría de la gente se desviste ahí.

—Hmm, la mayoría de la gente probablemente lo hace. —Me quité la camiseta y me sacudí el cabello.

Si él pensaba que me avergonzaba lo más mínimo pavonearme desnuda por toda la casa para demostrar algo, es que no me conocía muy bien. Los pequeños triángulos de encaje que cubrían mis pechos eran completamente transparentes, y tenía que reconocer el mérito de Erik. Porque aquellos ojos diabólicamente negros no se apartaban de mi cara mientras me acercaba silenciosamente. Apoyé las manos en el respaldo de la silla en la que él se sentaba como en un trono.

Sería tan fácil deslizar mis rodillas a ambos lados de sus caderas, estirar mis piernas a lo ancho de su regazo y ver cuánto tardaba en romperse. Y nunca me habría atrevido sin la forma en que me comió la boca un puñado de horas antes. Este hombre -ahora tan contenido- me

chupaba la lengua como si estuviera hecha de helado de vainilla y recubierta de chocolate.

Tal vez había venido para ayudarlo, y tal vez estaba caminando por una cuerda floja forrada de dinamita por lo espectacularmente que esto podría explotarme en la cara, pero me iría a la tumba decepcionado si no aprovechaba esta oportunidad con él.

Él y yo, ya habíamos pasado el punto de tomar decisiones que luego apestarían a arrepentimiento. Solo necesitaba que lo admitiera porque estaba ahí en sus ojos.

Erik Wilder me deseaba. Y si se dejaba llevar, yo sería la feliz receptora de toda esa tensión sexual contenida, de toda esa fuerza que mantenía tan cuidadosamente controlada.

Sus manos se cerraron en puños sobre la parte superior de sus muslos y me miró fijamente a la cara. Me incliné hacia él y pensé en lo que podría hacer si le lamía la comisura de los labios.

Me besaría. Tal vez me subiría las manos por detrás de los muslos y las metería entre mis piernas, rasgaría el encaje hasta hacerlo desaparecer. Pero no, esa no era la forma de superar su reserva.

Así que deslicé mi boca por su pómulo y sentí el temblor bajo la superficie caliente de su piel hasta que mis labios rozaron su oreja.

—Mentiroso —susurré. Me aparté y lo miré a los ojos. Parecía drogado cuando su mirada se posó en mis labios.

—Dejaré la puerta del baño sin cerrar —le dije mientras me enderezaba.

Erik permaneció obstinadamente en silencio. No importaba si la puerta estaba cerrada o no. No estaba dispuesto a ceder esta línea de batalla en particular.

PLAN

Porque él podía *no hacerlo,* miré su regazo. Admitir mi victoria era inútil porque Erik Wilder no podía ocultar una mierda cuando llevaba pantalones de dormir de algodón.

Y cuando levanté los ojos, el hombre hizo que mi corazón burbujeara de tierna felicidad porque sus mejillas mostraban un leve rubor rosado.

Di dos lentos pasos hacia atrás para ver si se levantaba y se unía a mí, pero se quedó encerrado en aquel asiento como si estuviera encadenado a él. Con un suspiro de resignación, me incliné para recoger la ropa del suelo y la dejé a mi lado mientras desaparecía en el único cuarto de baño de la casa.

Mientras me duchaba, con las manos deslizándose por mi cuerpo resbaladizo por el jabón, imaginé cómo sería si él abriera de un tirón la cortina y me metiera bajo el chorro de agua caliente. Esta vez, mi hermana no estaba ahí para interrumpir la fantasía.

Y solo unos minutos después, no podía pensar con suficiente claridad como para saber si gemí lo suficientemente fuerte como para que él me oyera.

La puerta principal se cerró de golpe. Con bastante enfado.

Me reí.

No había nada -ni una sola cosa- que le impidiera explorarlo conmigo, aparte de barreras creadas por él mismo.

Cuando salí del baño lleno de vapor, la casa estaba vacía y me preparé para desayunar con una sonrisa en la cara.

Me puse unos joggers negros y una camiseta de los Wolves bien atada a la cintura. Cuando salí por la puerta principal, aspiré profundamente el aire perfumado de los árboles.

PLAN

El camino hasta la casa principal me dio tiempo suficiente para preguntarme en qué me estaría metiendo, en esta dulce invitación a conocer mejor a las mujeres Wilder. Adaline era la única que sabía por qué estaba ahí, pero hubo momentos en el camino en los que la sorprendí observando especulativamente nuestras interacciones.

Llamé a la puerta y Sheila me hizo señas desde la cocina. Entré y aspiré profundamente otra vez canela, café y pan caliente.

—Dios mío, huele a gloria —le dije.

Me dio una taza llena de café y me rodeó los hombros con un brazo en un rápido abrazo.

—Eres la primera en llegar, cariño. Pero las chicas bajarán enseguida. Poppy nunca se despierta con facilidad, así que, naturalmente, sus hermanas están arriba torturándola.

Tomé asiento en uno de los taburetes de la larga isla de madera.

—Poppy me decía anoche lo mucho que le gusta tener a todos en casa.

Sheila tarareó, sacando del horno otra bandeja de burbujeantes panecillos de canela. Había suficientes como para alimentar a un equipo de fútbol, y no pude evitar pensar que esperaba que aparecieran todos sus hijos, a pesar de sus amenazas de la noche anterior.

—Fue *la niña de todos* cuando llegó, aunque Greer y Parker solo tenían cuatro años cuando nació. En momentos como éste, puede que diga que odia que sus hermanas mayores se amontonen en su cama para despertarla, pero aún no se ha acostumbrado a que no estén.

—¿Cuántos años tenía Erik cuando nació? —Aparté el primer rollo de canela, gimiendo cuando las especias y el azúcar golpearon mi lengua.

Sheila dio un sorbo a su café, los recuerdos se deslizaron brevemente por su rostro ante mi pregunta.

PLAN

—Doce. Se lo tomó todo tan en serio cuando Tim y yo nos casamos. Como si no hubiera dos papás alrededor para vigilar a los demás. —Sonrió con tristeza—. A Poppy le afectó más cuando no volvió durante tanto tiempo. Quiere a todos sus hermanos, pero idolatraba a Erik.

Un bufido burlón llegó desde el otro extremo de la cocina.

—Como siempre, elijo el momento equivocado para entrar en una conversación.

Me giré, con las cejas alzadas por la sorpresa, hacia el tipo alto y moreno que entraba a grandes zancadas en la cocina. Era como si una nube de tormenta y un oso gruñón tuvieran un bebé leñador caliente.

—Buenos días, Sheila.

Ella lo miró, pero le ofreció su mejilla para un beso.

—Buenos días, Ian. Sé amable delante de Lydia, ¿de acuerdo? Hasta ahora le gusta nuestra familia y no necesitamos que la asustes.

Se detuvo, evaluándome con una sola mirada poco impresionada. Sus ojos se posaron en mi camisa y apenas pudo reprimir la mirada.

—Supongo que ya te han advertido sobre mí.

Sonreí dulcemente.

—Un poco. Encantada de conocerte, Ian.

No me devolvió la sonrisa.

Sheila le dio un codazo a su hijastro.

—Por Dios, Ian, no seas imbécil. —Me dedicó una sonrisa exasperada —. Lo siento, Lydia. Normalmente, tiene modales.

—¿Sí? —preguntó secamente—. Solo intento entender todo esto. No eres el tipo habitual de Erik.

Apoyé la barbilla en la mano y le miré fijamente.

—Me pareció que su tipo habitual necesitaba un poco de cambio.

Sheila ahogó una sonrisa.

Ian entrecerró los ojos.

—Bueno... todos sabemos que el Chico de Oro no puede equivocarse. Así que al menos él cambió, si no en apariencia entonces en valor neto.

Silbé ante la impresionante excavación. Antes de que Sheila pudiera ponerle un bozal, aparté con un gesto su grito horrorizado.

—No pasa nada, Sheila. Prácticamente tengo un doctorado en tratar con imbéciles prejuiciosos. —Me levanté y pasé junto a él para tomar otro bollo de canela. Lamí el glaseado del borde mientras lo miraba fijamente —. Y los que no impresionan son más fáciles de manejar. Si lo mejor que tienes es insultar mi aspecto y mi cuenta bancaria, entonces tienes que afinar tus habilidades, colega. A este paso no voy a sudar ni una gota.

Sheila se rio.

Ian no lo hizo, pero capté un leve destello de sorpresa a regañadientes en su rostro barbudo.

Toda la familia, caramba, fueron bendecidos con buenos genes. Porque todos y cada uno de ellos eran guapísimos, e Ian, con su actitud irritable, no era una excepción.

Ian rompió primero la mirada, y su madrastra le pellizcó el estómago, ganándose una exclamación siseante.

—Pórtate bien —le ordenó.

Puso los ojos en blanco, pero asintió. Después de llenarse la taza, me dirigió una última mirada ilegible y salió de la cocina.

—Dios mío —murmuré—. No bromeaban sobre él.

Sheila se hundió en un taburete y suspiró, con el cansancio cubriendo su bonito rostro.

PLAN

—Nunca lo admitirá, pero idolatraba a Erik junto con el resto de ellos. Y han sido como el agua y el aceite desde el primer día. Fue la mayor lucha que tuvimos al combinar nuestras familias. —Me miró—. Quiero decir, eso y cuando Erik se fue.

Comí un poco más de mi bollo de canela y escuché el sonido de risas alegres y femeninas procedentes de las habitaciones del pasillo. Parecía que mi tiempo a solas con Sheila no iba a durar mucho más. Reflexioné sobre mis palabras mientras tragaba el delicioso bollo.

—Ella realmente hizo un número en él, ¿no?

Sheila asintió lentamente.

—La aventura fue mala, el momento en que ocurrió... pero las consecuencias fueron peores. —Hizo una pausa, evaluando mi cara—. ¿Cuánto te contó?

Me gustaba demasiado como para mentir, más de lo que ya lo hacía, al menos. Y definitivamente no nos ayudaría a pasar el fin de semana si lo hacía.

—Un poco. No le gusta hablar de ello.

Ella tarareó.

—No, claro que no. —Entonces Sheila pegó una sonrisa ligeramente forzada en su cara, y supe que Erik no era el único al que no le gustaba este tema de discusión en particular—. Creo que vienen las chicas. ¿Quieres que te rellene el café antes de que se lo lleven todo?

Sacudí la cabeza.

—No, gracias. Erik me hizo una taza esta mañana antes de venir, así que ya tuve suficiente.

Eso hizo que la sonrisa de su cara se suavizara y se convirtiera en algo mucho más real. Puso su mano sobre la mía.

PLAN

—No puedo decirte lo que hace por nosotros verlo feliz con alguien.

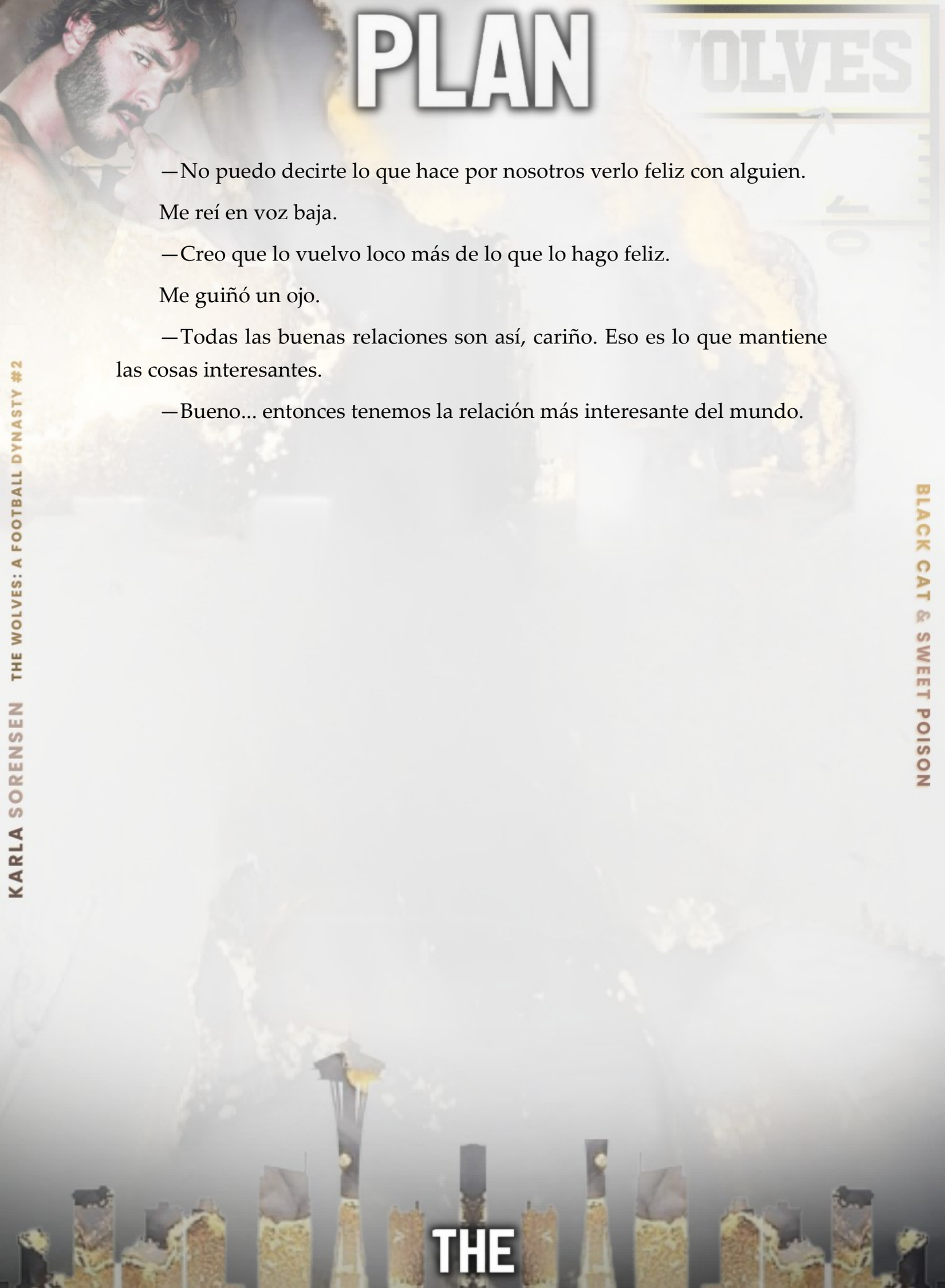
Me reí en voz baja.

—Creo que lo vuelvo loco más de lo que lo hago feliz.

Me guiñó un ojo.

—Todas las buenas relaciones son así, cariño. Eso es lo que mantiene las cosas interesantes.

—Bueno... entonces tenemos la relación más interesante del mundo.



PLAN

22

Erik

Jugar al fútbol me enseñó una valiosa lección, pero entonces no me di cuenta de que podía extenderse a todas las facetas de tu vida. No hasta el fin de semana en casa de mis papás, con Lydia paseándose semidesnuda delante de mí, prácticamente retándome a que la metiera en la ducha.

La lección era sencilla: incluso en la defensa más acérrima había un punto débil.

Podrían ser la mejor defensa del mundo, con jugadores y entrenadores que fueran el prototipo del físico y la intuición. Y habría un resquicio, un fallo que podría explotarse.

Lydia encontró la mía.

De alguna manera, en las semanas de silenciosos viajes en auto, preguntas sin respuesta y una firme determinación de no dejar que se me metiera en la piel, seguía ahí.

Y lo peor era que ahora ella lo sabía.

Y sabía a qué sabía.

Sabía cómo se sentía bajo mis manos.

Y supe -de una forma que nunca podré olvidar- cómo reaccionaba cuando la tocaba y la saboreaba.

PLAN

Si la hubiera seguido al cuarto de baño, habríamos arrancado los accesorios de la pared, habríamos roto los marcos de la cama y arañado la delicada piel que cubría nuestros cuerpos. Nunca me recuperaría de ella, y ahora estaba evitando mi propio espacio en casa de mis papás porque estaba cagada de miedo de lo que intentaría a continuación.

Me aterrorizaba lo fácil que sería tomar lo que yo quería. Porque ella también lo quería.

Todo el mundo reacciona al miedo de manera diferente, y el nivel al que Lydia me asustó me hizo esconderme. Como un cobarde.

E incluso pasando el día escondiéndome de ella, no podía escapar.

Una caminata por el bosque mientras ella se duchaba terminó en que la imaginé arrastrándome detrás de un grueso árbol. Oír sus gritos rebotando al aire libre, las ramas de los árboles como únicos testigos de lo que quería hacerle.

Al volver a casa después de que ella se hubiera ido a desayunar, acabé en una ducha helada en la que aún podía olerla en la pequeña habitación de azulejos. Tenía las manos apoyadas en la pared porque era el castigo que me merecía por haber sido tan estúpido como para traerla.

Probablemente podría haber aguantado. Probablemente podría haber ignorado el puñado de noches que nos quedaban en aquella pequeña casa, sabiendo que solo un fino muro nos separaba a ella y a mí.

Y fue a través de las finas paredes de aquel cuarto de baño como la oí volver a casa, tarareando desafinada una melodía que no supe reconocer. Me quedé de pie en el baño, secándome con la toalla, intentando no estudiar el sonido de ella moviéndose por mi casa.

Terminé de secarme y, con la toalla en la mano, me di cuenta de que había olvidado tomar una camiseta.

PLAN

Sí. Mi miedo a la electricidad entre Lydia Pierson y yo era tan profundo que había vuelto a la escuela media, donde me preocupaba mostrar la parte superior de mi cuerpo a una chica que me gustaba.

—Mierda —dije, tirando de mi bóxer y mis pantalones negros con un brusco tirón. Puse las manos en las caderas y me miré en el espejo antes de salir del baño.

—Esto es ridículo —murmuré.

Y con toda la valentía que pude reunir -como hombre que no tenía ninguna fe en mi capacidad para resistirme a una sola mujer- abrí de un tirón la puerta del baño. Estaba acurrucada en el sofá, leyendo un libro que mi mamá había dejado en la mesita.

Un libro de fútbol. Por supuesto.

Llevaba unos leggins negros y los pies cubiertos por unas zapatillas deportivas de aspecto caro. Llevaba la camiseta de los Wolves ceñida al cuerpo y el cabello recogido en una coleta alta. Y sus ojos me recorrían el pecho, los hombros y los abdominales como si quisiera lamerme de arriba abajo.

Lydia suspiró feliz, dejando el libro sobre su estómago.

—¿Qué? —ladré.

—Mírate —ronroneó—. Eres perfecto.

Me reí secamente.

—Si tú lo dices.

Se levantó del sofá y se acercó con pasos lentos y deliberados. La miré con recelo y saqué una camiseta del bolso. Antes de que pudiera ponérmela por la cabeza, Lydia me arrebató uno de los extremos.

—Así que este partido de fútbol —miró fijamente a mi estómago— ¿no es una cosa de camisetas contra pieles?

PLAN

—¿Crees que a mis hermanas les gustaría eso?

—El sujetador deportivo cuenta como piel —dijo ella.

La repentina imagen de Lydia estirándose para atrapar una pelota, solo con un sujetador deportivo y leggings me hizo fruncir el ceño.

—No.

Sonrió ante mi escueta respuesta.

—No lo creo, pero… —Canturreó, cediendo finalmente a mi camisa cuando volví a tirar de ella—. Una chica puede soñar.

Suspiré pesadamente.

—¿Estás lista para irnos?

Lydia asintió.

—Tengo un par de botellas de agua en mi bolso para nosotros. Tu hermana dijo que traerían la pelota.

Una vez con la camiseta puesta, respiré un poco más tranquilo.

—El campo en el que jugamos está a solo unos cinco minutos.

—¿Cómo dividimos los equipos? —preguntó una vez que habíamos salido de casa.

—Depende de cuántos primos y vecinos aparezcan, pero normalmente elegimos Ian y yo.

Se sentó en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón mientras yo arrancaba el auto.

—¿Son siempre los capitanes?

Asentí con la cabeza, respirando con más facilidad ahora que estábamos completamente vestidos y en ningún lugar al alcance de una cama. O de una ducha. Era increíble lo mucho que me relajaba cuando no

sentía que tenía que preocuparme por el ataque sexual que ella quería desatar sobre mí.

—El más viejo —dije a modo de explicación.

—¿Llevan la cuenta de quién gana?

Detrás de nosotros, en el sinuoso camino de tierra que llevaba al campo, vi la camioneta de Cameron salir de un camino lateral de la propiedad.

—No. Solíamos hacerlo cuando estábamos todos en casa y jugábamos más, pero … —Me moví en mi asiento—. No he jugado tanto en los últimos años.

Tarareó, pero nada más.

Ahora estaba menos relajado. ¿En qué estaba pensando cuando tarareaba así?

Era un sonido tan descaradamente sexual que podía imaginármela haciéndolo por muchas razones. Y lo que era peor, quería saber qué pasaba por su cabeza cuando lo hacía de forma no sexual. Ahora que le estaba dando ese vistazo a mi vida -que era lo que ella siempre había querido-, ¿qué veía?

Se sentó hacia adelante en su asiento, dejando escapar un feliz sonido *ooh* cuando vio el campo.

—Es como... ¡legítimo!

Sonreí ante su emoción por las líneas blancas pintadas y los montantes en cada extremo.

—Así es.

Apenas había estacionado el auto, y Lydia ya saltaba de su lado, prácticamente brincando hacia el lateral, donde había montones de conos naranjas, cinturones con banderas que llevaríamos cada una y un pequeño

contenedor de balones de fútbol para cuando Poppy saliera a entrenar. Mis hermanas se estiraban en la banda, acompañadas de algunos primos más jóvenes que habían crecido como la mala hierba desde la última vez que estuve en casa.

Parker saludó desde donde hablaba con ellos y se acercó corriendo para envolverme en un abrazo enorme.

Me eché a reír.

—Mierda, Park, has ganado quince kilos de músculo desde la última vez que te vi.

Mi hermano pequeño, que ya no era más pequeño que yo, sonrió.

—Quizá no quince, pero trabajé mucho en la sala de pesas desde la temporada pasada.

Lydia hablaba con Poppy, que había sacado un balón de fútbol de la papelera y empezaba a regatearlo entre los pies. Parker me dio un codazo y se rio por lo bajo cuando me di cuenta de que me había quedado mirando.

—La conocí en el desayuno esta mañana —dijo.

—¿Sí? —Mis ojos encontraron el camino de vuelta a ella. Se encorvó, gesticulando salvajemente mientras hablaba con mi hermana menor, que reía a carcajadas.

—Me gusta.

Exhalé un fuerte suspiro. Que a Parker le gustara o no era irrelevante, me recordé.

Pero le dediqué una rápida sonrisa.

—Bien.

Sus cejas se alzaron.

—Maldición.

Cuando volví la vista hacia Lydia y Poppy, Lydia regateaba un balón como si fuera una reencarnación rubia de Mia Hamm, rebotándolo en cada pie para que no tocara el suelo. Si el balón llegaba demasiado alto, se adaptaba, lo empujaba con el pecho para que volviera a saltar al aire con las rodillas levantadas.

Se inclinó hacia delante, atrapando la pelota con la espalda, y Poppy chilló.

Algo frustrante y caliente subió por mi nuca. ¿Había *algo* que ella no pudiera hacer? Y por razones que me negaba a nombrar, me incomodaba que mi familia viera esta nueva faceta de Lydia junto a mí.

Quería conocerla. Y quería huir.

Cuando estaba cerca de mí, me sentía nervioso e inquieto, incapaz de contener el flujo de energía que traía a la habitación. Cuando estaba al otro lado de la habitación, me inventaba excusas para estar cerca de ella.

—Mejor le digo que estará en mi equipo —murmuré—. De ninguna puta manera voy a dejar que Ian se acerque a ella.

Parker me empujó riendo y yo me acerqué a Lydia.

Poppy estaba haciendo algo elegante con los pies, encajando la pelota limpiamente entre ellos cuando me acerqué, y sonrió feliz al verme.

—Hola. Me encanta.

Lydia ahogó una sonrisa y yo despeiné a mi hermana pequeña.

—Sí, bueno, ahora veo que ustedes dos nunca podrán estar en el mismo equipo si jugamos al fútbol porque nos patearán el culo.

Poppy se rio.

—No tenía ni idea de que Lydia jugaba en la universidad.

PLAN

Deslicé mi mirada hacia Lydia.

—Está llena de sorpresas.

Se encogió de hombros.

—Solo en mi primer y segundo año. Después de sufrir dos conmociones cerebrales, mi papá me prohibió hacer nada más. En nuestra casa no se juega con las lesiones en la cabeza.

Gruñí.

—Estás en mi equipo —le dije. Sus ojos brillaron cuando asintió.

Parker y Cameron se acercaron con Greer y Adaline.

—¿Cómo decidimos el QB? —preguntó Lydia.

Mis hermanos intercambiaron miradas cargadas, que yo ignoré.

—Ian y yo siempre jugamos de quarterback.

Lydia puso las manos en las caderas.

—¿Y si otro es mejor?

Parker abrió mucho los ojos. Cameron se ahogó en una carcajada.

Le dirigí una mirada ecuánime.

—Así es como hacemos las cosas.

Levantó la barbilla.

—¿Y no crees que es prudente hacer ajustes en función de los cambios en la plantilla?

Parker silbó.

—¿Qué significa eso? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Nunca me has tenido en tu equipo. ¿Por qué no puedo intentarlo?

PLAN

—Puedes ser receptora —le dije—. Con Parker y Adaline. Cameron y mi primo Adam son los corredores. Todos se turnan para bloquear dependiendo de la jugada.

Los ojos de mis hermanos rebotaban entre Lydia y yo como pelotas de ping pong, y mi piel empezó a sentir picor cuando vi que sus ojos se entrecerraban.

—¿Es una cosa con las mujeres?

—¡No! —grité—. Por supuesto, no es cosa de mujeres. Puedo simplemente... lanzarlo lo más lejos.

Inclinó la cabeza.

—¿Y la precisión? Un gran brazo no sirve de nada si no puedes dar en el blanco.

Adaline resolló de risa, apoyando las manos en las rodillas. Cameron la golpeó en la espalda como si no pudiera respirar.

—Por el amor de Dios —dije en una exhalación áspera—. ¿Qué quieres, una prueba antes del partido?

—Sí. —Hizo un gesto a Parker—. Que el otro equipo se alinee. Cada uno tiene que llamar a una audible en la línea, y el que completa su llamada de juego mejor ... que es el QB.

—Mierda —respiré—. ¿Por qué te traje a casa otra vez?

Lydia me dirigió una soleada sonrisa, apretándose la coleta mientras lo hacía.

—¿Tienes miedo, Wilder?

—Aterrorizado. Jugué fútbol profesional durante cinco años, *Pierson*.

Se inclinó hacia mí, apretando su puño contra mi camiseta y tirando de mí para acercarme.

PLAN

—Como extremo defensivo, *nene*. —Me pellizcó la barbilla.

Apreté la mandíbula y me incliné junto a su oreja.

—¿Intentas distraerme?

Lydia se echó hacia atrás, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—¿Funciona?

Mis ojos recorrieron su cuerpo y negué con la cabeza.

—No quiero decepcionarte, Pierson, pero esta vez no vas a ganar.

—Ya veremos. —Me lanzó un balón—. El más viejo primero —dijo.

Nos acurrucamos y yo luché por aclarar mis ideas, pero ella le daba vueltas, la pequeña bruja.

—Cameron, bloquea a la izquierda, dale a Parker espacio para correr. Park, corre una ruta oblicua, y te golpearé alrededor de la marca de treinta yardas.

Asintió con la cabeza.

Nos pusimos en fila y pedí el snap. Adaline y Greer se empujaron la una a la otra, riendo cuando Greer tropezó de cabeza con los pies, Poppy se coló de algún modo entre nuestro primo Adam, pero cuando me eché hacia atrás y asenté los pies, Lydia bloqueó a mi hermana pequeña antes de que pudiera arrebatarme la bandera de la cintura.

Parker cortó hacia el centro del campo y yo me lancé a lo grande, con la adrenalina subiendo por mis venas después de todo el día sin desahogarme. Ian corrió casi paso a paso con Parker, y cuando el balón empezó a caer, maldije. Porque iba a estar unos cinco metros por delante de él.

Me pasé la lengua por los dientes cuando se estiró pero no pude meterla.

PLAN

Lydia se acercó y me dio unas palmaditas consoladoras en la espalda.

—Bonito lanzamiento —dijo—. Solo un poco demasiado de poder detrás de él.

Miré de reojo.

—Yo no empezaría a presumir demasiado pronto.

—¿No? —Agarró el balón cuando Parker se lo lanzó al volver a alinearse—. ¿Quién de nosotros fue criado por un quarterback ganador de la Superbowl? Que mi papá tuviera niñas no significa que no nos hiciera lanzar una espiral perfecta antes de cumplir dos dígitos.

Lydia hizo girar la pelota en su mano y luego se la puso en la cadera para mirar a mis hermanos. Todos y cada uno de ellos la miraban con un regocijo inconfesable.

—Este es el mejor juego de la historia —dijo Cameron.

Le di la espalda y Adaline soltó una carcajada.

Lydia nos hizo señas para que nos reuniéramos.

—Bueno, estamos ejecutando un bootleg.

Mis cejas se alzaron.

—No hay manera de que seas lo suficientemente rápida si Ian se queda al frente para apresurar al pasador. Que lo hará.

—De eso se trata —dijo con calma—. Esperarán que me deshaga del balón lo antes posible en un pase pantalla o algo a menos de diez metros. Así que cuando finja el pase a Cameron - tú bloqueando delante de él- y luego corra en dirección contraria, seguirán al receptor. —Hizo un gesto a Parker—. Mientras tanto, nuestro ala cerrada correrá una ruta de poste delgado, y yo lo atraparé en la línea lateral.

Parker asintió entusiasmada.

PLAN

—Me encanta.

—No funcionará —insistí—. No tendrás a nadie que te bloquee porque todos hemos tirado en la otra dirección.

Se inclinó hacia mí, con la cara a escasos centímetros de la mía, y nuestros ojos se cruzaron. Por una fracción de segundo, olvidé que estábamos rodeados de mi familia y que éramos el mejor espectáculo que jamás habían visto.

Todo lo que vi fue a ella.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta, Erik? —dijo en voz baja—. El hecho de que la gente me subestime es mi superpoder. Nunca me ven venir.

Luego me dio un ligero beso en la boca, con los ojos bailando, mientras yo gruñía con los labios cerrados.

Se acercó a la tronera, moviendo el culo de un lado a otro mientras nos colocábamos en posición.

—Preparados —llamó—. ¡Listos, hut!

Lydia giró hacia la derecha, extendiendo el brazo para fingir un pase a Cameron, que se acunó los brazos y despegó a pesar de que el balón nunca abandonó las manos de Lydia. Empujé a mi primo Adam, como si estuviera haciendo sitio a Cameron, y Parker esprintó por la línea de fondo.

Lydia retrocedió desde el bolsillo, alejándose a toda velocidad de donde tiraba el resto de la fila.

Ian notó primero la pelota en su mano.

—¡Mierda! —gritó—. Ella lo tiene.

Ella bailó hacia atrás, con los ojos decididos y afilados como un láser. Lydia puso los pies en el suelo y levantó el brazo como si fuera Tom Brady.

PLAN

Una espiral perfecta, que surcó el aire sin tambalearse, aterrizando perfectamente en las manos de Parker.

Ella saltó, con los brazos levantados por encima de la cabeza, mientras él se paseaba fácilmente hasta la zona de anotación.

Puse las manos en las caderas, con el pecho hinchado, mientras mis hermanos y hermanas la rodeaban chocando los cinco y los puños como si acabara de ganar la Super Bowl.

Lydia estaba sonrojada y feliz cuando se apartó del círculo de mi familia y paseó en mi dirección.

Me tendió la mano.

—¿Sin rencores?

La tomé de la mano y tiré de ella.

—Será mejor que no nos hagas perder este partido, Pierson —le dije al oído—. Odio perder.

Apretó el puño contra mi camisa y me miró fijamente con ojos pesados y llenos de deseo. Probablemente yo la miraba de la misma jodida manera.

—Tenemos eso en común, Wilder. No tengo intención de perder nada este fin de semana.

Antes de que pudiera hacer algo estúpido, como meterle la lengua en su boquita, di un paso atrás.

—Muy bien, parece que tenemos un nuevo QB. Parece que tenemos un nuevo QB. Que empiece el partido.

Parker le lanzó la pelota e hizo un pequeño baile de la victoria que incluso me hizo sonreír. Así fue como supe que sería un maldito milagro si sobrevivía al fin de semana sin que Lydia barriera a través de cada onza de mi moderación.

PLAN

23

Erik

Ganamos el partido. Fácilmente.

En honor a Lydia, no presumió, simplemente aceptó los elogios de mi familia con una amplia sonrisa y las mejillas sonrojadas.

La llevé a casa, donde ella -para mi total sorpresa- no me tentó ni se burló ni trató de desnudarme con la mirada.

Dijo que seguía animada y que iba a dar un paseo si quería acompañarla.

Negué con la cabeza y la miré con ojos curiosos mientras se alejaba a trote constante por el camino de tierra que se alejaba de mi casa.

Me duché. Otra vez.

Esta vez, el agua estaba aún más fría que en mi primera ducha del día, y como ella seguía sin volver, decidí leer fuera, en el porche.

Solo había hojeado unas cuantas páginas cuando oí risas femeninas procedentes de los árboles. Bajé los escalones y me metí las manos en los bolsillos cuando vi a mis hermanas.

Duchadas y cambiadas después de nuestro partido, Greer y Poppy estaban haciendo fotos en la entrada principal. Poppy le decía que sonriera y riera con naturalidad y que siguiera moviéndose, y sinceramente parecía que alguien estaba practicando danza interpretativa o algo así. Aunque

hacía sol y calor, Greer llevaba un jersey peludo y botas altas forradas de sherpa. Nunca había estado tan confundido por lo que hacían mis hermanas.

Lo cual fue impresionante porque me confundieron mucho a lo largo de los años.

Me rasqué un lado de la cara mientras Greer saltaba y bailaba de vuelta por el camino de entrada, Poppy agachada a unos tres metros de donde yo estaba, disparando.

—¿Qué demonios están haciendo? —pregunté.

Poppy me sonrió.

—Fotografiando contenido para Greer.

—Ajá.

Greer se abrazó a un árbol y Poppy también lo rompió.

—Qué bonito. Deberías usarlo en el Día de la Tierra.

—El Día de la Tierra es en abril —dije lentamente—. Es en otoño.

—Sí. Lo sabemos.

Greer hizo una pausa en su extraña pose y trotó hacia nosotros.

—Dios, qué calor hace con este jersey. —Se lo quitó e indicó el teléfono.

Mientras miraba las fotos, Poppy se levantó y me rodeó la cintura con el brazo.

—¿Qué haces, hermano mayor? —preguntó.

Le revolví el cabello.

—Estaba leyendo, pero podría ir a buscar a Parker y Cameron. No pude hablar mucho con Parker antes del partido.

—Están haciendo ejercicio. Construyeron un gimnasio en el granero trasero hace un año y medio.

—Park nunca puede tomarse un descanso, ¿verdad?

—Deberías unirte a ellos. —Me dio una palmadita en el estómago.

—¿Perdona?

Hizo una mueca de dolor.

—Solo digo. No has visto a Parker en las pesas últimamente. Puede que te gane.

—Es un crío —ladré—. Puedo levantar tres veces más que él.

Greer resopló.

—Deberías ir a ver lo que está haciendo con Lydia entonces. Le está haciendo hacer algunos entrenamientos.

Se me tensó la mandíbula. Greer me miró de reojo.

—¿De quién ha sido la idea? —conseguí decir.

—Parker le pidió consejo, y ella le dijo que empezara a publicar algunos de sus entrenamientos y un carrete de lo más destacado. La NFL podría comérselo vivo porque tiene un corazón demasiado puro para este mundo, pero el chico es bueno.

—¿Por qué no me lo pidió? Jugué en la NFL. ¿Todos en esta familia olvidaron eso?

Poppy me miró, con ojos grandes e inocentes.

—¿Lo *has* olvidado? Porque parece que sí.

Greer silbó.

Maldije en voz baja y mis dos hermanas se echaron a reír. Aunque mi reincorporación había sido un poco dura, era bueno estar cerca de ellas. Poppy era una adulta, no la niña desgarbada que fue mi sombra

durante años. Parker ya tenía edad y talento suficientes para pensar en cómo llamar la atención de los ojeadores profesionales. Era una ardua batalla, jugar en una escuela pequeña de primera división, pero no imposible.

Y por supuesto, le pedía ayuda a Lydia.

—¿He mencionado que amo jodidamente a Lydia? —dijo Poppy.

—¿Ya tienes edad para decir palabrotas?

Puso los ojos en blanco.

Greer se rio.

—Es tan mala como Ian.

—Espero que no.

—Él también está en el gimnasio —dijo casualmente—. Puede que no quieras dejarlo sin supervisión con Lydia, ya sabes.

—¿Por qué? Apenas hablaron en el partido.

—Creo que tuvieron un pequeño intercambio en el desayuno —dijo.

—¿Qué dijo?

Al oír mi tono, Greer se rio.

—Tranquilo, Lydia no solo sobrevivió ilesa, sino que estoy bastante segura de que echó a Ian en unos tres minutos.

Pensé en cómo trató a Jill.

—Ella tiene ese efecto en ciertas personas.

—Vamos —le dijo Poppy a Greer—. Ya has oído a Lydia. Necesitas suficientes fotos para estar lista durante unos meses si la creatividad se agota.

PLAN

Mis hermanas no oyeron mi suspiro molesto. Mientras se alejaban, tratando de encontrar nuevos lugares para tomar fotos y maneras fáciles de cambiar su atuendo, oí comentarios salpicados sobre lo inteligente que era Lydia. Lo mucho que la querían. Que quizá yo vendría más a menudo ahora que la tenía.

Ahora que la tenía.

La frustración hervía peligrosamente en mis venas. No la tenía. Pero ahí estaba yo, dando pisotones hacia el gimnasio reconvertido con pensamientos exactamente de eso recorriendo como una bombilla intermitente mi cerebro.

Pensamientos celosos de ella sudando en algún diminuto atuendo de entrenamiento delante de mis estúpidos hermanos que babearían por ella. Puede que no hicieran nada porque ella vendría conmigo, pero jodidamente mirarían. Porque tenían ojos que funcionaban, y Lydia era un once en una escala del uno al diez.

Eso me hizo alargar las zancadas, y cuando abrí la puerta de golpe, la escena que tenía delante no me cuadraba.

Lydia, que parecía una maldita ninja con sus músculos esbeltos envueltos en un traje negro de lycra, estaba haciendo una especie de... competencia con mis hermanos.

Al ritmo de la espantosa canción que había puesto en los altavoces, hacían flexiones, se golpeaban los hombros en una tabla y luego pasaban a hacer planchas. Parker terminó, y maldita sea si su pecho no era aproximadamente el doble del tamaño de la última vez que lo vi. Cameron fue el siguiente, golpeando a cabo la misma rotación, y con una risa soleada y una trenza sudorosa colgando sobre su hombro, Lydia terminó exactamente al mismo ritmo que los chicos mucho más grandes a su lado estaban manejando. Luego se levantó y rebotó de emoción.

PLAN

—Eso estuvo *perfecto*. Ahora vete a hacer sentadillas y yo grabaré. —Se agachó para tomar el móvil de un soporte de aspecto complicado y le eché un vistazo a la parte delantera de su sujetador deportivo.

La camiseta de antes había desaparecido. Y realmente, realmente quería encontrarla.

Se me hizo la boca agua al ver el brillo de sus curvas maduras a la vista. Parker estaba de pie junto a Lydia mientras veían lo que acababan de filmar, y su visión bastó para distraerme de... ella. Parecía un hombre. Alto y ancho de hombros, su cabello castaño dorado estaba un poco más desgreñado que la última vez que había visto uno de sus partidos. Juntos, parecían un anuncio de alguna secta joven y atractiva que te transformara en una foto de "después" aerografiada.

Nadie me había notado todavía porque Lydia tenía la música muy alta. Era increíble que pudieran oírse pensar.

—¿Por qué sentadillas? —preguntó Parker, entrecerrando los ojos en su teléfono.

Dio unos golpecitos en la pantalla mientras contestaba.

—Bueno, tienes que pensar en el contenido de tus redes sociales como un discurso de ascenso, ¿verdad? Las estadísticas son importantes, y también lo es el vídeo del día del partido, pero los equipos quieren trabajadores y buenos chicos, ¿sabes? Especialmente si se están arriesgando con un chico de una escuela D1 más pequeña. Si no les muestras que eres el paquete completo, desaparecerás en un mar de clips de los diez mejores de SportsCenter de escuelas más llamativas.

Mi hermano menor asintió con seriedad porque así era como lo hacía todo. Parker era el serio. El que se dejaba la piel para conseguir lo que se le pusiera por delante. Y yo no tenía ni idea de que seguía mirando al draft de primavera como si hubiera una oportunidad para él.

PLAN

Era bueno, y yo lo sabía. Pero me había hecho tan inasequible a mi familia que él buscaba la ayuda de la falsa novia que había traído a casa porque se había criado en el mundo en el que él quería entrar.

Cameron hizo una doble toma cuando me vio de pie en la puerta abierta, y cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando, se ahogó una sonrisa comemierda.

La canción cambió a algo aún más horrible que la anterior y Lydia empezó a mover la cabeza al ritmo endiablado y con una letra ininteligible. Inclinó el teléfono hacia mi hermano y señaló algo en la pantalla.

—Fíjate que un día tiene un clip con lo más destacado de un partido y los dos siguientes cuelga sus entrenamientos. Los cazatalentos no tienen que buscar nada en YouTube. Van directamente a la fuente, y les muestra todo lo que necesitan saber sobre él. —Inclinó la cabeza, con una mirada reflexiva—. Y entre todo eso, se ven todas las otras cosas que valora. Sus hermanas pequeñas. Un refugio para perros donde es voluntario. Los equipos no solo quieren imbéciles que sepan jugar bien. O al menos Washington no los quiere.

Los ojos de Parker brillaban de emoción mientras la escuchaba.

No tenía nada de lo que estar celoso.

Nada que envidiar.

Pero todo lo que podía ver mientras los observaba era lo decepcionados que estarían cuando ella se hubiera ido. Me mirarían y se preguntarían qué había pasado, qué había hecho yo.

Porque aquí estaba ella, entrando en todos esos lugares que valoraban y mostrándoles exactamente cómo conseguir lo que querían. Llenando un vacío en la vida de todos, algo que echarían de menos sin ella.

PLAN

Llenando un vacío en el mío, antes de que yo hubiera sido capaz de reconocer lo que ella hacía.

Cameron vino a ponerse a mi lado mientras Parker se alineaba para hacer unas sentadillas con una cantidad impía de peso alineado en la barra.

—Es una bestia, ¿verdad?

—¿Cómo lo dejé pasar tanto tiempo, Cameron? —pregunté en voz baja.

Resopló.

—Porque eres un testarudo de mierda.

Parker dejó caer su peso, firme y uniforme, la barra sobre su espalda, sus músculos saltando mientras se enderezaba de nuevo.

Lydia se movió a su alrededor en un suave círculo y le animó a hacer unas cuantas repeticiones más. En cuanto metiera el pie en la organización de los Wolves, ocuparía el lugar de su mamá sin problemas. Nadie la intimidaba. Nada de aquello la asustaba, y aunque así fuera, ahora la conocía lo suficiente como para que se limitara a aprender más sobre ello hasta que pudiera canalizar ese miedo en algo productivo.

—Me gusta —reflexionó Cameron—. Aunque es joven.

Hice un gruñido de reconocimiento.

—Todos parecen jóvenes comparados conmigo.

Eso me valió una sonrisa.

—Cierto. —Me dio una palmada en la espalda—. He echado de menos tu culo gruñón por aquí. Espero que vuelvas para Navidad.

Habló durante una pausa en la canción, y Lydia giró la cabeza hacia nosotros, con la feliz sorpresa iluminando sus ojos al verme.

PLAN

Esa felicidad hacía cosas peligrosas bajo la superficie de mi piel. Porque no era falsa. No había mucho en ella que lo fuera, independientemente de la versión de sí misma que mostrara al mundo. Todo era ella.

Dulce y atenta.

Intuitiva.

Inteligente y sexy.

Irremediablemente, peligrosamente romántica.

Era peligroso porque, mientras se acercaba a nosotros, sabía que treparía por las brasas para alcanzar una versión inalcanzable de la felicidad que creía que le esperaba ahí fuera.

Me hormigueaban las manos cuando se acercaba. Se me hizo la boca agua. Inclinó la cabeza, estudiando lo que fuera que estaba viendo en mi cara.

—Hola.

El artilugio negro de tiras que rodeaba su pecho parecía terriblemente complicado, y no terminaba de entender cómo sostenía la absoluta perfección del pecho de Lydia. Debería ser ilegal.

Debería ser ilegal. Clasificada con drogas o narcóticos o sustancias igualmente adictivas. Un hombre podría perder la cabeza con una mujer como ella mirándole así, y yo estaba a punto de estallar.

Y como tenía que encontrar algo para romper esa tensión, me agarré a lo primero que se me ocurrió.

—Estás rompiendo las reglas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa tortuosa.

—¿Lo hago?

Me acerqué un paso y la miré fijamente.

—Sabes que lo haces.

La mano de Lydia se levantó lentamente, una prueba para ver si me echaba atrás porque mi hermano estaba a nuestro lado, pero me sentía demasiado volátil, demasiado inestable. Pero en lugar de posarla sobre mi pecho como pensé que haría, se deslizó hacia mi costado y bajó hasta que jugueteó con el dobladillo de mi camisa de algodón. Sus dedos rozaron la piel por encima de mis calzoncillos.

Cameron exhaló lentamente.

—Solo voy a ... ir porque me siento como si acabara de entrar y los encontrara a ustedes dos desnudos, y es muy, muy incómodo.

Lydia exhaló una risa temblorosa. Tenía las pupilas negras y enormes de lo excitada que estaba. Y las mías debían de tener el mismo aspecto.

—¿Qué intentas hacer? —Dije en voz baja y áspera—. Con mis hermanas, con Parker. Prometiste que no interferirías.

Sus dedos, astutos, ágiles y demasiado rápidos para mi gusto, se enroscaron en la cintura de mi pantalón de gimnasia, y me costó respirar de manera uniforme. Me acercó unos centímetros. Mi cabeza se curvó sobre la suya e inhalé profundamente. Olía a sal y a sudor limpio, con algo suave debajo.

—Solo quiero ayudar. No puedes esperar que los ignore cuando me lo piden. —Lydia me miró—. ¿Es eso lo que quieres que haga?

¿Qué quería que hiciera?

Mis pensamientos estaban nublados y no podía encontrar nada que los enraizara. Lo único a lo que podía agarrarme era a ella. Y si le ponía las manos encima, aunque fuera una vez, la llevaría a la cama. Y por la expresión de su cara, eso era lo que estaba esperando.

PLAN

—¿Uh, deberíamos irnos? —preguntó Parker.

Parpadeé y me alejé de ella. Se llevó la mano a los muslos y parecía igual de conmocionada. Era gratificante saber que no era el único que se encendía tan rápido.

Cuando miré a mi hermano pequeño, sonreía ampliamente.

—Bienvenido de nuevo a la tierra, Erik.

A él, al tipo que había ido a buscar porque apenas lo había visto en los últimos dos años. Y bastó que Lydia me señalara con un dedo manicurado para que todas mis intenciones se esfumaran.

Justo cuando iba a decir algo, la puerta se abrió detrás de mí y entró Ian.

Sus cejas se alzaron al vernos a Lydia y a mí. Su mirada se clavó en la mía.

—¿Interrumpo?

—No —dijo Cameron, acomodándose en uno de los bancos de pesas —. Erik y Lydia están poniendo nerviosos a todos con sus vibraciones de sexo animal. Únete a la fiesta. Es divertido.

Parker se rio mientras la cara de Lydia se sonrojaba con un atractivo tono rosado. Y entonces Ian resopló burlonamente.

—¿Por qué no me sorprende? Traes a alguien como ella a casa para que conozca a mamá y papá, ¿qué esperaban todos?

Me giré hacia él, con las manos apretadas en puños.

—¿Alguien como ella? —rugí.

—Erik —dijo Lydia, interponiéndose entre el cabeza de mierda de mi hermanastro y yo, posando su mano en mi pecho para detener mi avance. Apenas pude apartar los ojos de Ian, pero cuando lo hice, ella estaba tranquila y serena—. No lo hagas.

PLAN

Menos de un minuto en su presencia me redujo a esta versión de mí mismo que odiaba. Seguía queriendo a Ian, era mi hermano, y la mayor parte del tiempo podía pensar en él como el chico delgado con la mata de cabello oscuro que apareció aquel primer día. Pero en momentos como este, no me importaba por qué estaba tan resentido. O por qué estaba tan enfadado conmigo todo el tiempo. Si hubiera tenido menos energía frenética y contenida corriendo por mis venas, podría haberme tomado un momento para intentar preguntar.

Preguntarle cómo había llegado a ese punto, preguntarle por qué yo parecía ser el blanco de todos los ataques de su actitud de mierda.

Nunca fue nadie más en nuestra familia, solo yo.

Y odiaba que ahora encontrara una nueva persona en la que fijarse, que nunca le había hecho nada. Lo único que había hecho era venir a casa conmigo.

Fue suficiente para que le dirigiera una mirada de disculpa, pasé junto a Ian y salí furioso por las puertas.

PLAN

24

Lydia

Apenas había palabras para lo que hizo mi corazón cuando se marchó.

Ninguna descripción florida de martilleo o paliza o latido errático lo cubriría. Porque, sinceramente, era un dolor que nunca antes había experimentado. Algo conmovedor y tierno, todo por la mirada en su rostro cuando Ian empujó su dedo meñique tembloroso justo en el disparador más grande de Erik.

Le rompió el corazón, aunque lo ocultara tras la ira. Detrás de un instinto protector que nunca sería capaz de fingir.

A su vez, rompió la mía, solo un poco.

—¿No vas tras él? —preguntó Parker.

Ian me ignoró, dirigiéndose a grandes zancadas hacia una de las máquinas de pesas vacías. Me alegré de ello porque podría haberle arrancado los ojos sin la menor vacilación.

—No —dije—. ¿Por qué iba a perseguir al oso enfadado? —¡Y mira! Sonaba tan tranquila y serena. Cuando en realidad, yo sabía que no ir tras él era una apuesta masiva. Erik tenía que ser el que diera todos los pasos siguientes si había alguna posibilidad para nosotros. Me mordí el labio y tiré los dados, subiendo el volumen de mi teléfono. La puerta seguía

entreabierta y, a menos que tuviera las manos tapándose los oídos, podría oírlo mientras se alejaba.

Y si estaba en lo cierto, volvería antes de que pudiera terminar de contar hasta quince.

Cameron soltó una risita.

Ian negó con la cabeza. No podía verme, pero lo fulminé con la mirada. La canción llegó a un estribillo especialmente enérgico, uno que, cuando lo puse en su auto, hizo que Erik golpeara el botón de encendido del equipo de música con tanta fuerza que casi lo hizo saltar.

Recogí mi botella de agua, me colgué la camiseta de los Wolves al hombro y me dirigí hacia las puertas.

Sus tres hermanos me observaban con indisimulado interés. Incluso el imbécil de la barba y la mala actitud.

—Cuatro, tres, dos, uno —susurré.

Nada.

Aspiré lentamente y luché contra una oleada de decepción, pero entonces la puerta volvió a cerrarse de un violento empujón. Erik se abalanzó sobre mí, con fuego en los ojos, y antes de que volviera a respirar, se dobló por las rodillas y me levantó por encima del hombro.

Me reí sin aliento cuando su mano se aferró a la parte posterior de mis muslos.

Parker saludó con una sonrisa torcida en la cara.

Cameron negaba con la cabeza e Ian ponía los ojos en blanco.

Con una sonrisa alegre, lo fulminé a espaldas de Erik, y su rostro se ensombreció aún más. Parker lo empujó con una carcajada y desaparecieron de la vista mientras Erik nos acompañaba por el bosque. Solo el sonido de sus botas crujiendo en el suelo marcaba el silencio.

PLAN

Ahora mi corazón estaba haciendo todas las cosas.

Las sacudidas, los saltos y las volteretas excitadas a cada compás. Mis pobres costillas apenas podían contenerlo.

—Puedo andar, ¿sabes? —le dije, pero no me resistí porque, ¿por qué iba a hacerlo? En lugar de eso, volví a meter las manos en la cintura de sus calzoncillos, saboreando la piel caliente y suave bajo las yemas de mis dedos. No me detuvo, no me obligó a sacarlos, y cuando su mano me apretó la parte posterior del muslo, tuve que morderme el labio.

—Sí, pero entonces tendría que pararme a escuchar por qué mi familia está obsesionada contigo, y tendría que admitir que traerte aquí ha sido la peor idea que he tenido en toda mi vida —espetó.

Me reí.

—Para ser justos, no todos en tu familia están obsesionados conmigo.

Gruñó y subió los escalones de su casa de un salto. Cuando llegamos al salón y cerró la puerta de una patada, Erik volvió a agacharse y me puso los pies en el suelo.

La habitación giró ligeramente y solo tuve que poner las manos en su cintura mientras recuperaba el equilibrio.

Levantó un dedo.

—Sabía que esto pasaría.

—¿Lo hiciste? —Quería rodearlo con los brazos y acurrucarme en su pecho como un gato. Y quería quitarle la ropa, empujarlo de nuevo al sofá y montarlo como un poni. Un poco de ambas cosas, y la verdad es que los dos deseos eran bastante agradables. Nunca había sentido ninguna de las dos cosas con tanta fuerza, ni siquiera a medias.

Erik se pasó una mano por el cabello oscuro.

PLAN

—Sí —ladró—. Sabía que vendrías y serías exactamente lo que querían, un... hada madrina con una camiseta de los Wolves que haría que todo se arreglara y volviera a estar bien.

Incliné la cabeza.

—¿Arreglarlo todo para quién?

Extendió los brazos.

—Para todo.

La idea le torturaba tanto que se enfadaba por ello. Era fascinante. Erik me deseaba tanto porque todo lo que tenía que hacer era mirar casualmente hacia abajo, y oh cielos, la prueba de ese deseo era impresionante. El hombre debía de estar dolorido, escondiendo lo que parecía un bate de béisbol en sus calzoncillos, pero aun así, mantuvo las manos quietas. Solo necesitaba... necesitaba saber que estaba bien dejar caer las paredes, aunque fuera por un momento.

Le preocupaba tanto seguir las reglas que él mismo se había impuesto, aunque ya no fueran aplicables. Si se desviaba de ese camino, habría que darle algunos codazos, pero cuando cruzara la línea, sabría que sentiría lo mismo que yo.

Que esta cosa salvajemente fuera de control entre nosotros necesitaba ser complacida, no enjaulada e ignorada.

—¿Cómo puedo hacer las cosas bien para *ti*? —Susurré, mis manos flotando en el espacio justo sobre su pecho.

Apretó la mandíbula con fuerza, mirándome con ojos turbulentos e inseguros.

—No puedes.

Ante su respuesta lacónica y mordaz, sonreí porque se acercó un paso más.

PLAN

Me lamí los labios y sus ojos siguieron ese pequeño movimiento -mi lengua mojando mis labios- como si acabara de desnudarme.

—Este fin de semana —aclaré—. Ahora mismo. Tiene que haber algo que... te haga sentir mejor.

Para mis propios oídos, sonaba jadeante e imposiblemente excitada, porque lo estaba. Estábamos en la cuerda floja sobre un cañón infinito en el que deseaba desesperadamente caer. Pero solo si era él quien nos empujaba.

—Hazme sentir mejor —musitó en voz baja.

Mi barbilla se levantó. El aire entre nosotros palpitaba hambriento y caliente, y apreté los muslos en un débil intento de aliviar el creciente dolor.

—No estoy seguro de que lo haga —continuó—. Si te hago lo que los dos queremos. —Había algo en su voz tan suave y aterciopelada que me hizo balancearme inestablemente sobre mis pies, un largo lametón de su lengua alrededor de las palabras como si las estuviera saboreando al salir de su boca. Una risita oscura salió de sus labios cuando me vio parpadear, lenta y somnolienta.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté. Mis dedos se curvaron con impotencia porque no podía -no quería- empujarlo más de lo que ya lo había hecho. Quería que diera el último paso, que iniciara el último contacto y que encendiera el fuego hasta el cielo.

Erik se acercó más y me obligó a retroceder hasta chocar con la puerta. Arqueé la espalda y lo miré fijamente, esperando a que sus manos se posaran en algún sitio, para tocarme, provocarme y saborearme.

—Tantas cosas —susurró, bajando la cabeza para que su boca se posara en mi pómulo como la mía lo había hecho con él esa misma

mañana—. Y si solo tengo este fin de semana, quizá debería elegir mis favoritas, ¿eh?

—*Por favor* —dije. Las palabras apenas sonaron, pero él soltó una risita oscura y peligrosa.

Su pulgar, solo ese grueso dedo, recorrió el borde empapado de sudor de mi sujetador, y el suave roce hizo que se me cerraran los párpados. Era el único lugar donde me tocaba, el malvado, malvado hombre. Él también lo sabía. Otra yema del dedo tocó el borde de una costilla expuesta bajo mi piel, rodeó el ombligo por encima del borde de mis leggings. Erik estaba decidido a volverme loca de deseo, un pequeño toque inocente cada vez.

Mis muslos volvieron a apretarme.

Tiró del borde de mis leggings para separarlo de mi cintura y luego dejó que chasqueara contra mi piel. Jadeé, dispuesta a montarme en él como un maldito árbol.

—Esto es bastante alto en la lista —dijo al borde de mi mandíbula—. Estás tan excitada que apenas tengo que tocarte, y estás dispuesta a hacer lo que yo quiera.

Ya no podía apartar las manos de él y las apreté con fuerza contra su camisa, tirando inútilmente de ella cuando se negó a acercarse. Cuando volvió a reír, lo miré con odio.

—¿Vas a burlarte de mí todo el día o realmente vas a hacer algo al respecto? —pregunté—. Porque en mis fantasías se habla mucho menos.

Erik me arrebató las manos de su camisa y las estampó sobre mi cabeza en la puerta, bajando en picado para devorarme la boca en el siguiente suspiro.

Ante la embestida, un delicioso lametón de su lengua, una succión de mi labio inferior entre sus dientes, gemí indefensa en su boca. Me inspiró, atrajo mi cuerpo contra el suyo hasta que no quedó ni un centímetro de

espacio entre nosotros. Mis manos, inmovilizadas bajo las suyas, tiraban inútilmente para escapar. Tenía una mano libre, y con ella me arrancó el tirante del sujetador por el hombro.

El beso fue un asalto a toda mi existencia de la mejor manera. Porque no había vuelta atrás de esto.

No borrar lo que sabía de Erik Wilder y cómo me hacía sentir.

No se podía borrar la forma en que destrozó mi boca, quemando cualquier recuerdo de cualquiera que viniera antes que él.

Nada de borrar esta criatura insaciable y retorcida en la que me convirtió con el tacto de sus fuertes manos.

Volví a luchar contra su agarre porque no tocarlo era una tortura, aunque su cuerpo cubría completamente el mío contra la puerta. Emitió un gemido grave y rasposo que me hizo vibrar la piel con inquietud.

Cedió y bajó las manos por la curva arqueada de mi espalda hasta que sus palmas se hundieron bajo la ajustada tela de mis leggings. El choque de su piel caliente contra la mía y sus manos ávidas palpando la carne de mi trasero me hizo apartar la boca para maldecir.

—Más —le supliqué.

La risita de Erik contra mi piel fue oscura y peligrosa, y no ayudó a calmar mi febril necesidad de él, el nerviosismo que no había desaparecido desde el día en que nos conocimos. Porque sabía -lo había sabido siempre- que él sería así. Que no importaba si él sentía exactamente lo mismo, él sacaría este momento, lento y estirado hasta algún punto de ruptura invisible.

—Siempre estás tan impaciente —susurró—. ¿No puedes simplemente disfrutar del viaje?

PLAN

Me metió el lóbulo de la oreja en la boca, con su enorme muslo encajado entre mis piernas. Encerrada en su sitio, busqué alivio arrastrando las caderas y deslizando las manos con avidez bajo su camisa. Le rastrillé las uñas por la espalda y él me arrancó el otro tirante del sujetador hasta dejarme el pecho al descubierto.

Antes de que pudiera parpadear, me había empujado contra la puerta, inmovilizándome con la fuerza de sus caderas y un muslo entre mis piernas. Su boca se deslizó por mi garganta, mi hombro y, con un lametazo de lengua plana contra mi piel sensible y puntiaguda, dejé caer la cabeza contra la puerta.

—Oh, mierda —respiré. Mis manos se enroscaron en su espeso cabello, agarrándose con fuerza cuando me chupó la piel hasta hacerme daño. Erik levantó la cabeza, donde había marcado la carne caliente y dolorida de mi pecho, y clavó su mirada en la mía. Su expresión no tenía nada de aturdida. No, tenía los ojos despejados, a punto de partir mi cuerpo por la mitad de lujuria, y nos encaminó con facilidad hacia el dormitorio.

Fuera de la puerta, me dejó caer sobre la cama y se arrancó la camisa en el siguiente suspiro.

¿Estaba ronroneando? Creo que sí, por la sonrisa arrogante que se dibujó en sus labios. Me puse de rodillas y le pasé la lengua por el surco de su vientre plano y musculoso. Pasé la nariz por el vello que cubría sus enormes pectorales. Era un hombre y todo mi cuerpo temblaba de deseo por él.

Me quité el sujetador de un tirón y me detuve un momento a contemplar -solo un poco- cómo se dilataban sus pupilas al verme en topless sobre su cama. Me eché hacia atrás y me quité lentamente los leggings de las caderas; luego apoyé los pies en su pecho. Él metió las

manos en la parte superior, donde estaban atadas contra mis rodillas, y tiró hasta que mis piernas quedaron libres.

Me di la vuelta, gratificada por el silbido de aire que dejó Erik al verme sobre mis manos y rodillas. Pero si creía que así iba a ser nuestra primera vez, se merecía otra cosa, porque iba a ver cada centímetro de lo que estaba a punto de hacerme. Saqué un paquetito de papel de aluminio de la maleta y me estiré lujosamente boca arriba mientras él se quitaba los calzoncillos.

Ah, sí. Sí, por favor.

Mi yo del futuro ya estaba dolorido, viendo lo que había estado ocultando todo este tiempo. Y cuando estiró la larga longitud de su cuerpo grande y caliente sobre mí, suspiré aliviada.

—¿Demasiado pesado? —susurró, sus manos deslizándose por mi muslo, mi cadera, hasta mi pecho donde me tenía retorciéndome en indefensos arcos de mi espalda.

—No, oh, no te atrevas a moverte —le dije, succionando su labio inferior en mi boca. Lo solté con un chasquido sucio y húmedo, y quise oír ese sonido repetido el resto de mi vida.

Su peso, la enorme masa de Erik Wilder, era todo lo que había imaginado. Moriría aquí felizmente, si se diera el caso, si eso significaba que por fin sentiría cómo me apretaba contra el colchón.

Nuestros besos se deslizaron suavemente de calientes y húmedos a profundos y dulces, y mis manos recorrieron todos los músculos de su espalda, memorizando la forma en que se movían y se amontonaban mientras él se enroscaba sobre mi cuerpo.

Su mano se extendió sobre mi vientre y bajó entre mis piernas, y yo lo ayudé, guiándolo exactamente donde quería.

PLAN

Sonrió sorprendido cuando mis dedos ajustaron su velocidad, la presión que me hacía respirar entrecortadamente y gemir suavemente.

—Alguien sabe lo que quiere —habló contra mi boca golosa.

—Te lo dije —gemí—, Tenía algunas fantasías propias.

Mis palabras eran inconexas, inestables.

Erik me susurró algunas de las suyas al oído, y ante las ásperas palabras susurradas, mi cuerpo se deshizo, lento y dulce en olas cálidas y ondulantes. Todo se derritió, largo, imposiblemente largo, mientras recuperaba el aliento. Erik me besó mientras lo hacía, su mano se enredaba en mi cabello y me sujetaba la cabeza. Cada ruido que salía de mi boca era aspirado por él, que parecía absorberlo con su cuerpo, porque cada uno de ellos provocaba un apretón en sus manos, una aspereza en sus besos que me hacía girar la cabeza como un trompo.

Con un simple movimiento de sus dedos, un giro de su lengua, y yo estaría dando vueltas y vueltas.

Pero antes de que pudiera recuperar el aliento, antes de que pudiera absorber por completo el dulce alivio que me había proporcionado, Erik apretó uno de mis muslos contra su costado.

—Mi turno —gritó.

Arqueé la espalda, los pechos contra su pecho, las palmas de las manos apoyadas en el cabecero mientras él se impulsaba hacia delante, hacia delante, hacia delante, deteniéndose a medio camino para dejar caer su frente contra la mía.

—Más —le supliqué.

Erik se detuvo donde estaba, con los ojos brillando con algo formidable y peligroso. Su cuerpo estaba perfectamente congelado, y los

dedos de mis pies se curvaron, mi espalda se arqueó en una curva impotente, pero no conseguí que se moviera.

—Erik —me quejé.

—Pensé que estabas tratando de hacerme sentir mejor —dijo—. No estoy tratando de apresurar esto, cariño.

Incluso con aquel tierno *cariño*, había encendido la cerilla bajo mi piel, y una especie de placer punzante me recorrió la espina dorsal ante su imposible contención.

¿Cómo es que... no se movía? Se quedó tan quieto que moví las caderas y siseó. Ah, sí. Podría quedarse así, y yo podría girar contra él y volver a sentir esa dulce y lenta sensación.

Así que lo intenté de nuevo, moviendo mi cuerpo en un círculo apretado y rodante, y él maldijo.

—Te haría sentir mejor si... me dejaras. —Le pellizqué la barbilla—. Erik, *por favor*.

Su mirada se quedó clavada en la mía.

—Solo quería oírte suplicar.

Snap.

Sus caderas se dispararon hacia delante en un movimiento incesante e interminable que me arrancó un grito de la garganta. Eso fue todo lo que necesité para volver a caer.

Este placer era afilado como una cuchilla, transparente como el cristal, y en lugar de olas cálidas y ondulantes, sacudía mi cuerpo con temblores palpitantes que apenas podían ser contenidos por mi piel y mis huesos.

Grité cuando volvió a hacerlo, incapaz de hacer otra cosa que sujetarme con fuerza mientras Erik Wilder se desataba sobre mí. La

habitación se llenó rápidamente con los sonidos de nuestros cuerpos, las maldiciones gritadas de él y los gemidos de dolor de mí.

Era implacable en su ritmo, lento, lento, luego *rápido*, *rápido*, *rápido*. Lento otra vez, sus muslos lo mantenían en esa posición con una fuerza impresionante.

Entonces Erik volvió a sentarse sobre sus ancas y tiró de mí hacia delante, con mis caderas sujetas por el fuerte agarre de sus grandes manos. Volvió a moverse en otro ángulo, a otra velocidad, y sus ojos oscuros e insondables se clavaron en los míos.

Deslizó su mano extendida por mi estómago tembloroso, recorriéndome el pecho de un modo que me hizo arquear la espalda.

Cuando lo hice, volvió a extenderse sobre mí con movimientos apretados y cortos de su cuerpo empapado de sudor sobre el mío.

Cuando pronunció mi nombre con un glorioso rugido de satisfacción, ya tenía lágrimas en las sienes, la espalda empapada de sudor y los músculos exprimidos hasta la última gota de tensión.

Lo rodeé con los brazos mientras él dejaba caer todo el peso de su cuerpo sobre el mío y mantenía mis muslos apretados contra sus costados. Si me dejaba a mí, dormiríamos así, pegajosos y sudorosos, e inmediatamente capaces de hacer más, de sentir más, de empujarnos hasta la extenuación durante el resto de la noche.

Levantó la cabeza y me miró con asombro.

Me reí de su expresión, alisándole el cabello de la frente.

—¿Qué?

—Lo sabías, ¿verdad? Que sería así.

Tarareando, lo besé suavemente, siseando cuando se apartó y me arrastró con él mientras se colocaba boca arriba.

PLAN

—Por supuesto que sí.

Se rio cuando mi mano empezó a recorrer su estómago.

—Ten piedad —suplicó—. Necesito recuperarme un poco más que tú.

—Oh, seré suave contigo —le prometí. Mis dedos bailaron sobre los cuadrados apilados de su abdomen, y él los tomó, apretando un beso en las puntas.

—Mentirosa —dijo entre bostezos—. Déjame descansar, mujer diablo.

Acurruqué mi cuerpo contra el suyo, con una amplia sonrisa en la cara que tal vez nunca se borraría. Nos echamos la siesta así, y supe que un fin de semana nunca sería suficiente. Solo tenía que esperar que él sintiera lo mismo.

PLAN

25

Erik

Dormir la siesta tenía algo de decadente. Era un capricho que rara vez me permitía. Y eso... no era absolutamente nada comparado con una siesta alimentada por sexo a mitad del día.

Y no solo sexo. Sexo con Lydia.

Para mi total consternación, fue una jodida revelación. Algo que nunca podría olvidar, nunca desconocer.

El sol estaba alto en el cielo, filtrándose a través de las persianas semicerradas del dormitorio cuando abrí lentamente los ojos.

—Despierta —susurró suavemente una voz. Los labios siguieron a la voz. Golpearon a lo largo de mi caja torácica en suaves bocanadas de aire contra mi piel. Su cabello me rozó el pecho y enredé los dedos en él mientras ella me mordisqueaba la piel del estómago.

Lo único que me permití por respuesta fue un suspiro contrariado, que hizo reír a Lydia. Siempre lo hacía. En un rincón retorcido de mi mente, quizá por eso siempre lo había hecho. Salvo que ahora me la imaginaba riéndose sentada encima de mí en ese momento.

Completamente desnuda y tan hermosa que dolía.

PLAN

Sin avergonzarse de su propia desnudez, observé con ojos soñolientos cómo recorría mi cuerpo, saboreando, lamiendo y chupando todo lo que se le antojaba.

Cuando le pasé la mano por el muslo, soltó una mueca de desaprobación.

—Quita las manos, Wilder.

Volví a fruncir el ceño. Y de nuevo, como ya esperaba, sonrió. Pero, como un tonto, obedecí, metiendo las manos detrás de la cabeza y dejándola hacer lo que quisiera conmigo.

De vez en cuando, inclinaba la barbilla hacia el techo y murmuraba su nombre como una maldición, lo que la llenaba de placer. Cada vez que lo hacía, ella apartaba la mano para darme ligeros toques burlones y cambiaba el movimiento de su boca a algo preparado para volverme loco.

Deslizó su cuerpo sobre el mío, con movimientos felinos y una sexualidad innata que me hizo temer que la casa se incendiara para sacarnos pronto de aquella cama.

Su cuerpo era exuberante, maravillosamente curvilíneo en algunas partes, recortado y tonificado en otras, y era una prueba de mi agotamiento que pudiera tumbarme en aquella cama y no llenarme las manos con lo que se exhibía ante mí. No importaba lo que me hubiera pedido, sabía que siempre querría tocarla si tenía la oportunidad.

Por un momento, tuve que recordar que esto era, tenía que ser, temporal. Que no importaba lo que quisiera, después de dejarla en casa, no habría más oportunidades.

Este fin de semana en casa fue una breve pausa en la vida de ambos, y la colisión hacia la que nos habíamos encaminado desde el momento en que nos conocimos. Y ella parecía tan decidida como yo a aprovechar al máximo cada segundo.

PLAN

Con las manos apoyadas en mi pecho y los ojos encendidos, Lydia puso las rodillas a ambos lados de mis piernas y giró las caderas.

Apreté las manos contra el edredón a ambos lados de la cabeza y ella soltó una risita en voz baja.

—No tenía ni idea de que siguieras tan bien las instrucciones —bromeó, inclinándose sobre mí para atrapar mis labios en un beso lento y decadente. Su lengua se movía al ritmo de sus caderas. Mis músculos se tensaron, mis manos se crisparon bajo mi cabeza por lo mucho que necesitaba tocar, agarrar, sentir. Cuando se separó, mi boca siguió la suya.

—No lo hago —gruñí.

Tras otro movimiento de caderas, casi me desmayo. Los músculos de mis brazos temblaban por el esfuerzo de mantenerlos en su sitio, y eso fue antes de que Lydia decidiera llevar su acto de vaquera un paso más allá.

Cuando me tomó de la mano y se hundió sobre mí, ya no podía mantenerme en mi sitio. Me senté, con su pecho pegado al mío, y le até las muñecas a la espalda. Jadeó en mi boca mientras le daba otro beso, y otro más, con una mano atándola a la suya y otra guiándola al ritmo que hacía que el sudor se deslizara lentamente por su sien. La lamí y luego me llevé a la boca el lóbulo de su oreja.

Estábamos desordenados y sudorosos, con sonidos crudos y besos sucios y deliciosos cuando nos di la vuelta, ella de espaldas para poder empujarnos a un ritmo de castigo.

Esto nunca será suficiente, susurró una voz a través del rugido de lo que nuestros cuerpos eran capaces de hacer. Quería ahuyentarla, destruirla de un manotazo porque sabía que era verdad. Nada bueno y correcto podía sentirse tan pecaminoso, sentir que perseguía un subidón imposible.

PLAN

Tenía tan poco tiempo para permitirme esto con ella, para tomar y tomar y tomar, y dejar que ella hiciera lo mismo a cambio. Lydia gemía debajo de mí, casi sin sentido por lo que le estaba arrancando de su cuerpo. Y aun así, no podía desterrar la idea de que había cometido un error colosal al besarla una sola vez. Tocarla una vez fue suficiente para condenarme a este espacio, donde siempre la querría.

Mis manos estaban desesperadas, mi boca brutal mientras me daba un festín con la suya. Pero como siempre, Lydia estaba aquí conmigo, con el mismo filo en la forma en que sus uñas se clavaban en mi espalda, en la forma en que mordía la curva de mi bíceps cuando rodeaba su cabeza con mis brazos para mantenerla en su sitio.

Sus ojos se clavaron en los míos, las pupilas grandes y la mirada abrasadora.

Una brizna de recuerdo me tiró de la nuca mientras sentía un galope desigual en el corazón. Sobre el contacto visual, las sustancias químicas en la sangre que te hacían sentir pasión. Y el amor. Por aquel entonces, me había burlado.

Pero ahora, con su cuerpo envuelto en el mío y un placer plateado que me subía por las piernas y la espalda, la creí. Por eso cerré los ojos, rompí el cerrojo de su mirada y volví a besarla, tragándome sus gemidos mientras ella se desplomaba sobre el borde de su propio placer, y con el apretón de su cuerpo alrededor del mío, la perseguí.

No teníamos tiempo para quedarnos en la cama más tiempo del que ya teníamos, pero aun así, ignoré el tictac del reloj y me acurruqué a su alrededor mientras recuperábamos el aliento.

Lydia dejó caer los brazos sobre la cama y soltó un suspiro dramático y feliz.

PLAN

—Este debería ser tu trabajo a tiempo completo —dijo somnolienta—. Se te da tan bien. Es estúpido.

Me reí en su piel y mis labios rozaron su hombro. No fue un beso, pero tampoco me aparté. Su mano se deslizó por mi cabello y luché contra el impulso de empujar aquel dulce contacto.

El afecto fácil había desaparecido de mi vida durante tanto tiempo, y ella era tan libre con él. Tan generosa.

Pero siempre había sabido eso de ella, ¿no? Ella era así con todos los que amaba.

De nuevo, Lydia suspiró, pero no era el suspiro feliz de antes. Levanté la cabeza y la miré a la cara.

—¿Qué pasa?

Sonrió, deslizando sus dedos por mi mandíbula hasta que mordisqueé las puntas cuando tocaron mi boca.

—Tenemos que prepararnos para esta noche.

Con un gemido, rodé sobre mi espalda para comprobar la hora en el reloj montado en la pared opuesta.

—Mierda.

Lydia se apoyó en el codo.

—Siempre podemos quedarnos aquí más tiempo —dijo suavemente. Sus ojos no se cruzaron con los míos. Se quedaron clavados en sus dedos, que seguían moviéndose suavemente sobre la piel de mi pecho. Le tomé la mano y le di un beso en los nudillos.

Era tan tentador. Presionar las barreras del tiempo y permitir otro día así con ella.

—Vamos a tomarlo un día a la vez, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—¿Necesitas ducharte otra vez? —Me puse los pantalones cortos de gimnasia, sin molestarme en ponerme nada debajo. Ella se mordía el labio inferior mientras yo lo hacía. Cuando me aclaré la garganta, parpadeó con culpabilidad.

—Sí, debería. —Lydia también se levantó pero no cubrió ni un centímetro de su cuerpo mientras pasaba junto a mí hacia el baño—. Iré primero ya que me llevará más tiempo prepararme.

Asentí con la cabeza, con los ojos clavados en su trasero. Si vivía cien años, recordaría las curvas de su culo en mi lecho de muerte.

Como estaba mirando fijamente, no me di cuenta de que había mirado por encima del hombro.

—A menos que quieras acompañarme esta vez. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. ¿Me lavas la espalda y yo te lavo la tuya?

Mientras me quitaba los pantalones cortos y la acompañaba de espaldas al cuarto de baño, la miré con severidad.

—Eso es todo. No tenemos tiempo para nada más, Pierson.

Me hizo un simulacro de saludo.

—Sí, señor. Me comportaré lo mejor que pueda.

Me quebré tras dos minutos bajo el agua caliente, convirtiéndonos a los dos en unos mentirosos cuando apreté sus manos contra el azulejo y me enrosqué alrededor de su espalda.

Después, nos mantuvimos en silencio mientras nos preparábamos para cenar y paseábamos hacia la casa principal con sus dedos ligeramente enredados en los míos. Miré sus piernas desnudas mientras caminábamos, las líneas de su elegante vestido rosa cayendo suavemente alrededor de

sus muslos. El lazo que le rodeaba la cintura, negro y fino, la hacía parecer un regalo que yo desenvolvería más tarde.

Y de alguna manera, entrar en casa de mis papás con ella esta vez, se sentía menos como una mentira. Esa noche no nos separamos. Se quedó a mi lado mientras charlábamos con Parker y Cameron.

—¿Tuvieron una tarde productiva? —preguntó Cameron, enarcando una ceja.

Lo miré fijamente hasta que Lydia me dio un ligero codazo en el costado.

—Mucho —dijo ella—. Muy amable por preguntar.

Él se rio.

Parker tenía un leve tinte rojo en las mejillas al ver cómo Lydia me rodeaba la cintura con el brazo.

—He publicado lo que me dijiste.

Ella se animó.

—¿Y? ¿Entonces?

—Unos cuantos jugadores de los Wolves lo compartieron, así que me alegro de haberte hecho caso y haberlos etiquetado.

Observé atentamente la cara de mi hermano pequeño mientras hablaba con Lydia. El chico serio que se había convertido en un hombre serio no necesitaba a Lydia para conseguir las cosas que quería de la vida, pero ella le ayudaba porque era su naturaleza hacerlo. Estaba entrando en el mundo que ella amaba, y no me molestó como pensé que lo haría.

Lo único que me molestaba ahora era tratar de imaginarme navegando por mi vida sin su presencia en ella. Pero si algo me había enseñado mi pasado era que era capaz de hacerlo. Verla avanzar cuando

yo aún no estaba seguro de mi propio futuro me dolería. Para ella, sin embargo, era lo mejor.

Al otro lado de la habitación, mi mamá y Tim cortejaban una pequeña mesa para dos que Greer había preparado con velas altas y cónicas y un ramillete de flores silvestres. Me guiñó un ojo cuando me sorprendió mirándola. Y cuando su mirada se posó en Lydia, a mi lado, parpadeó varias veces, señal de que estaba luchando contra las lágrimas.

El malestar resonó en mí como si alguien pulsara la cuerda de una guitarra desafinada.

Lydia irrumpió en mis pensamientos con una carcajada brillante y soleada ante algo que Cameron le estaba describiendo.

—No lo hizo —dijo, tapándose la boca cuando algunas personas se volvieron para mirar.

Cameron asintió.

—Lo hizo. Tuvimos que demoler toda la cocina por segunda vez. Todos los empotrados que habíamos diseñado, las semanas de trabajo y todo ese material, desaparecieron.

Lydia gimió.

—Habría llorado.

—Casi —respondió Cameron con toda seriedad.

Un suave golpeteo contra un cristal atrajo la atención de todos hacia la parte delantera de la sala.

Mi mamá estaba de pie con Tim y, aunque él apoyaba la mayor parte de su peso en el respaldo de la silla, daba gusto verlo en toda su estatura. Había adelgazado y parecía pálido, pero sus ojos brillaban felices en su rostro mientras mi mamá intentaba acallar a la multitud reunida en su casa.

PLAN

—Muchas gracias por venir —dijo. Enroscó una mano alrededor del codo de Tim—. Me han nombrado la encargada de dar el discurso este año, y Tim y yo nos sentimos muy honrados de tenerlos a todos aquí para celebrar nuestros veinte años de matrimonio.

Aplausos y silbidos llenaron el aire, y no pude evitar sonreír al ver el rubor que se apoderó de la cara de mi mamá.

—Hemos tenido dos décadas llenas de mucho amor y risas y peleas y lágrimas y caos —dijo—. Y eso solo con los chicos bajo el techo. —Tim soltó una carcajada y mi mamá esperó a que se calmara antes de continuar —. Tim y yo encontramos el amor en el momento más inoportuno, y nos ha dado a los dos una vida de felicidad inexplicable. —Le tembló un poco la voz y Tim se acercó más, pasándole el brazo por el hombro—. Así que por haber estado a nuestro lado estos últimos veinte años, les damos las gracias. No importa cuántos años nos queden, estamos muy agradecidos por cada día, y nunca podremos recompensar a todos los presentes por haber participado en esta increíble vida.

A mi lado, Poppy sollozaba ruidosamente y Greer rodeaba con sus brazos a nuestra hermana menor mientras lloraba en silencio. El peso de la enfermedad de Tim caía como una pesada manta sobre el alegre ambiente, pero en lugar de llorar, el hombre que me crió sonreía a la multitud, con los ojos claros y feliz. Mi mandíbula se apretó con fuerza mientras intentaba imaginar a nuestra familia o a mi mamá sin él.

Era la roca cuando la necesitábamos, un papá que nunca había experimentado antes de que él asumiera ese papel. Todos y cada uno de los miembros de nuestra familia teníamos con él una deuda que nunca seríamos capaces de saldar, y mientras miraba las caras enrojecidas de todos mis hermanos, Ian incluido, todos pensábamos lo mismo.

Mis hermanastros habían perdido a su mamá cuando eran pequeños - Ian era el único con edad suficiente para recordarla- y ahora se

enfrentaban a la pérdida de su papá. Podrían pasar años, meses o semanas, pero el mero hecho de saberlo ponía el presente en una perspectiva ligeramente melancólica.

Como siempre parecía percibir mis cambios de humor, Lydia pasó su brazo por el mío y apoyó la cabeza en mi hombro. Ante su inocente gesto, luché contra la cálida oleada que lo acompañaba. Todo aquello con ella me parecía tan correcto. Pero no podía entenderlo, no podía comprender cómo podía estar bien cuando tantas cosas no encajaban en la imagen que tenía en la cabeza.

En un momento de mi vida en el que el futuro era borroso e indistinto, Lydia me apoyó.

Ella desafió todo. Lo que creía que era verdad sobre ella. Y aún más aterrador, sobre mí mismo.

Era un papel tan improbable para una mujer que yo había subestimado -su superpoder, como ella lo llamaba- que podía ser un ancla, algo seguro y reconfortante, y al mismo tiempo, ser la persona más peligrosa que jamás había conocido.

Porque no sabía lo que vendría después. No sabía cómo imaginarme el futuro, no sin ella como parte de él. O ser capaz de ver qué lugar tenía sentido para mí.

Un suave parloteo llenó la sala una vez que mi mamá levantó su copa en un brindis al que todos nos unimos, y tuve que expulsar un suspiro silencioso ante el tono rápidamente cambiante de mis pensamientos.

Evitar a mi familia no había cambiado nada. Lo único que había conseguido era mantenerme al margen mientras la vida seguía su curso. Pero la idea de volver al ritmo de este lugar seguía pareciéndome un poco antinatural porque me había convencido durante tanto tiempo de que estaba haciendo lo correcto.

PLAN

Empezó a sonar una música suave, una voz cantarina que hablaba de amor en lugares insospechados, y Tim le tendió la mano a mi mamá. Ella se rio al tomarla y, aunque se limitaron a balancearse de un lado a otro, fue suficiente para cambiar el tono de la velada.

Algunas parejas más se unieron a ellos y el centro despejado de la sala de estar se convirtió en una improvisada pista de baile. Para mi sorpresa, Ian le tendió la mano a Poppy y le secó lo que quedaba de lágrimas antes de que se dieran la mano y bailaran un suave vals.

Lydia levantó la barbilla y me susurró al oído—: Es sorprendentemente amable por su parte.

Tarareé.

—Tiene sus momentos.

Poppy dijo algo que le hizo reír y, por un momento, pareció el niño punk que era cuando nuestros papás se casaron por primera vez. Incluso entonces, caminaba como si estuviera enojado con el mundo. Pero cuando era feliz, cuando sonreía, todos a su alrededor lo sentían.

—Tus hermanos son buenos bailarines —dijo Lydia en voz baja—. Debe ser horrible ser el único de la familia con dos pies izquierdos.

Le lancé una mirada que la hizo reír por lo bajo. Mi suspiro fue pesado e hizo que sus ojos chispearan de felicidad.

Qué tonto fui.

—Oooh, ese fue bueno —susurró—. Casi un diez.

—¿Calificas mis suspiros?

Lydia se mordió el labio inferior y asintió.

—¿Por eso siempre hacías cosas que me enojaban? —Le rodeé la cintura con el brazo, y mis dedos trazaron ligeramente la forma de su cadera.

PLAN

Tarareó, con los ojos fijos en mi boca.

—Tal vez.

Era la única manera de explicar por qué me volví y le tendí la mano a Lydia. Sus cejas se alzaron con suave sorpresa, pero sus labios se curvaron en una sonrisa complacida.

—La gente puede vernos, ¿sabes? —dijo en un susurro escénico.

Suspiré. Otra vez.

Se rio, un ligero sonido de placer mientras deslizaba sus dedos alrededor de los míos.

—Solo lo comprobaba. —Si me arrepentiría del baile ni siquiera era una pregunta porque no había escapatoria cuando ella se acurrucó contra mi pecho. Mi mano se deslizó por su espalda mientras nuestras manos unidas se arrimaban a mi corazón. Cuando apoyé la barbilla en la parte superior de su cabeza, hubo un sutil movimiento en algún lugar bajo mis costillas cuando mi corazón por fin pareció hacer las paces con la reacción a su cercanía.

No era tan simple como la aceptación porque nunca sabría aceptar que alguien pudiera hacerme sentir lo que Lydia Pierson sentía. No era calma o tranquilidad porque ella no lo tenía en su naturaleza. Era como enfrentarse a un tornado, sentir el viento azotándote la piel y saber que deberías ponerte a cubierto, pero aun así ser incapaz de apartar la mirada.

Había una belleza furiosa en su interior, y comprendí por qué atraía a la gente hacia ella sin esfuerzo.

No ocultaba quién era mientras tarareaba la canción, ligeramente desafinada, y ni siquiera intentaba disimular su expresión de satisfacción por el hecho de que yo estuviera dispuesto a hacer algo tan sencillo como bailar con ella.

PLAN

Era difícil imaginar lo que debía ser vivir en ese estado. Se sumergía en cada momento, y cuando su cuerpo se expandió en una profunda y satisfecha inhalación, me di cuenta de que ella también había sacado eso de mí.

Antes, me habría quedado atrapado en mis propios pensamientos de por qué debería o no debería hacer algo. Los detalles, pequeños pero no por ello menos significativos, habrían pasado completamente desapercibidos. Y ahora, me fijaba en todo. La seda de su pelo contra mi cara. El calor de sus dedos entre los míos. El latido constante de su corazón cuando se apretaba contra mí.

En lugar de preocuparme por si estaba bien o mal, en lugar de darle vueltas en mi cabeza a las consecuencias que podría tener, cerré los ojos y simplemente... la abracé.

Y para mi asombro, fue el dejarme anclar en esos pequeños detalles de Lydia lo que mantuvo a raya la fría y chasqueante sensación de miedo. No había nada que temer en este baile porque solo estábamos ella y yo.

Al igual que lo había sido el sexo con ella, todo aquello quedaría grabado de forma indeleble en mi cerebro. Era un recuerdo que nunca borraría y que guardaría a buen recaudo en los momentos en que inevitablemente la echara de menos.

Lydia levantó la vista y buscó mi rostro.

—Estás pensando mucho.

—¿Cómo lo sabes? —murmuré. Le acaricié la cara y le pasé el pulgar por la seda de la mejilla.

Sus ojos azules lo veían todo y, a su vez, me dejaban hacer lo mismo. Ella me amaría si yo se lo permitiera.

PLAN

Pero en lugar de decirlo, porque Lydia parecía saber exactamente lo que necesitaba, se limitó a observarme con una dulce sonrisa recorriendo sus perfectos labios.

—Porque te conozco.

No pensé en quién podría estar mirando ni en las consecuencias. Deslicé la mano por su cabello y la besé. Sus labios cedieron de inmediato, abriéndose para que pudiera tocar los suyos con mi lengua. El beso siguió siendo suave y lento mientras le mordisqueaba el labio superior y luego el inferior. Lydia se impulsó sobre las puntas de los pies y emitió un pequeño gemido cuando no me aparté.

Tal vez no me conocía tan bien porque alejarse era lo que esperaba. También era lo que yo esperaba.

Todo en ella, en la noche, hacía que pareciera que se había volcado un reloj de arena gigante. Si lo observaba con demasiada atención, vería cómo las arenas se deslizaban silenciosamente hacia el otro lado. Pero no quería ver eso, no quería pensar en el resultado.

Por primera vez en mi vida, quise sentir lo que ella sentía, aunque solo fuera esta vez.

Esa noche, horas después, cuando deslicé mi cuerpo sobre el suyo entre las sábanas frías de la cama, no pensé en el día siguiente. Ni en el día siguiente. No me preocupé de cómo ella podría burlar todas las barreras que yo había levantado en los últimos años.

Apenas intercambiamos una palabra una vez que nos hubimos despojado de la ropa que cubría nuestros cuerpos, y la luz de la luna que brillaba al otro lado de las ventanas jugó sobre su cuerpo desnudo en la oscuridad de la habitación. Besé la piel suave y temblorosa de su vientre mientras ella me agarraba del cabello con un grito ahogado, y arrastré los

dientes por el interior de sus muslos mientras susurraba mi nombre en tono suplicante.

Solo después de tomarla una vez, con la lengua y las manos, volví a subir por encima de su cuerpo y me apreté de nuevo entre sus piernas. Todo eran suaves suspiros de sus labios rosados, bocanadas de aire de mi boca contra su cuello mientras rodaba contra ella a un ritmo constante y dolorosamente lento. Lydia me apretaba con fuerza y mis manos se curvaban alrededor de su espalda, agarrándola por los hombros para que apenas pudiera moverse.

Estábamos pegados el uno al otro, nuestras bocas se deslizaban, resbalaban y chupaban hasta que pude caer al vacío junto con ella.

Ella estaba suave y adormilada contra mi costado mientras yo me acomodaba sobre mi espalda, y mientras nos dormíamos abrazados, mantuve mi mente firmemente entrenada en cada parte de ella que podía sentir, en lugar de en las menguantes horas que nos quedaban hasta que saliera el sol.

PLAN

26

Erik

Mamá: *¿Puedo desayunar con mi hijo antes de que se vaya? Los dos solos.*

El texto me despertó en la habitación a oscuras. Lydia seguía pegada a mi costado y saqué el brazo de debajo, donde estaba enroscado alrededor de su hombro. Apoyándome en un codo, escribí una respuesta rápida diciendo que llegaría enseguida. Volví a dejar el teléfono sobre la mesilla y dejé que mis ojos estudiaran a la mujer que dormía acurrucada a mi lado.

Le aparté suavemente un mechón de cabello de la cara y sonreí cuando se hundió más en la almohada.

Nunca volvería a verla despertar, y la fría e incómoda verdad de ello se enroscó en mí. En lugar de sentirme incómodo compartiendo cama con ella, conociendo su tacto desde dentro, donde encajaba a la perfección con cada parte de mí, tenía que enfrentarme a la incomodidad de alejarme porque era lo mejor.

Para los dos.

Tenía un futuro, seguro y estable, a su alcance. Era brillante e ilimitado. Era joven y tenía años para encontrar a alguien más adecuado para ese camino.

PLAN

Era tan tentador despertarla con mi boca, complacerla una última vez cuando estaba somnolienta, suave y adormilada. Pero no serviría de nada, no facilitaría las cosas.

Por eso me deslicé silenciosamente fuera de la cama y subí las mantas sobre su hombro desnudo para que no sintiera frío.

Y yo seguía luchando contra ese instinto de hacer lo que fuera necesario para que se sintiera segura y cuidada.

Cuando salí por la puerta principal, vestido y un poco más despierto, ella seguía profundamente dormida. El camino a casa de mis papás fue tranquilo y silencioso. Solo el crujido de los palos y las hojas bajo mis botas acentuaba el silencio.

Tendría que averiguar cómo hacerles saber que Lydia y yo nos habíamos separado, porque con la enfermedad de Tim y el fin de mi trabajo con Lydia, no tenía ningún motivo real para volver a Seattle. Podía volver a mudarme a la casita y ayudar a mi mamá en lo que necesitara.

Me metí las manos en los bolsillos y exhalé lentamente. La misma pregunta me había atormentado desde que me lesioné y decidí no jugar. ¿Cuál era mi sitio?

Durante años, había evitado el lugar llamado hogar porque pensaba que se lo estaba poniendo más fácil a ellos. Y por mucho que lo echara de menos, que los echara de menos a ellos, seguía sin estar del todo segura de pertenecer a ese lugar.

Cuando me acerqué a la casa, había algunas luces tenues encendidas en la cocina, y abrí la puerta principal sin llamar. Mi mamá estaba en su sillón favorito, un sillón reclinable de cuero marrón desgastado que había visto días mejores. Tenía una taza de café en las manos y una mirada lejana en los ojos.

—Buenos días —le dije.

PLAN

Salió de sus pensamientos y sonrió suavemente cuando me incliné para besarle la mejilla.

—Buenos días, mi primogénito.

Mamá me miraba mientras llenaba una taza de café humeante y ponía un bollo de canela caliente en un plato.

—¿Quieres uno? —le pregunté.

—En un minuto, lo haré.

Tomé asiento frente a ella.

—¿Sueles levantarte tan temprano?

—No. —Me miró con picardía—. Sabía que esta era mi mejor oportunidad de tener algo de tiempo a solas contigo. Desapareciste por un buen rato ayer.

Me ardía la cara y tiré del borde del humeante panecillo caliente.

Mamá se rio.

—No te había visto sonrojarte desde el instituto.

—¿Disfrutaste de la fiesta anoche?

Ante mi cambio de tema, esbozó una sonrisa cómplice.

—Ha sido perfecto. Tim estará agotado hoy, pero valió la pena.

—Fue agradable ver a todos —admití—. Incluso Ian se portó bien.

—Ha lidiado con muchas pérdidas en una vida muy corta, y no todo el mundo sabe lidiar bien con eso.

Ella siempre le había cubierto las espaldas, algo que solía volverme loco. Pero la verdad era que no estaba en posición de juzgar. Mi propia pérdida tampoco había sacado mi mejor lado.

PLAN

Lentamente, mastiqué el panecillo dulce y fragante y pensé en todas las formas en que probablemente había reaccionado peor que Ian. Pero nadie, ni un solo miembro de mi familia aparte de él, me lo echaba en cara.

—¿Crees que podrán volver para Navidad? —preguntó—. Nos encantaría tenerlos aquí.

Ahí estaba otra vez. Lo que no podía evitar. Había dado el primer paso para volver a su vida, y ese no sería suficiente. Ya no. Pero su pregunta no era solo sobre mí.

Ante mi silencio, sentí el peso de su mirada en mi rostro. Finalmente, levanté la vista y la enfrenté de frente.

—Puede que vuelva a Oregón por un tiempo.

La sorpresa iluminó su rostro.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Estoy entre trabajos ahora mismo, y creo que he sobrepasado mi bienvenida en casa de Adaline.

—¿Y Lydia? ¿Estaría de acuerdo contigo a cuatro horas de distancia?

—Creo que Lydia entiende que mi familia me necesita —respondí con cuidado.

Eso fue suficiente para satisfacerla.

—Es maravillosa —dijo—. No estaba segura de cómo me sentiría con alguien mucho más joven que tú, pero...

Su voz se entrecortó y sentí un pellizco en el pecho al oír sus palabras. Era todo para lo que estaba preparado, pero, de algún modo, mi cuerpo no se había preparado para el impacto. Y hubo impacto, sin duda, cuando terminó su frase.

PLAN

—Es perfecta para ti, Erik. —Los ojos de mi mamá brillaron—. Y sabes que no digo cosas así frívolamente.

Exhalé un fuerte suspiro. Mis manos empezaron a hormiguear porque a un corto paseo de distancia, ella dormía plácidamente en mi cama. En algún lugar donde nunca debí haberme unido a ella. Nunca debí abrir la caja de Pandora.

—Es una gran chica —dije bruscamente—. Pero no hemos hablado mucho del futuro.

Mi mamá se levantó y me puso la mano en el hombro.

—Ella es más que eso, y no trates de engañarme, hijo. Nunca te he visto mirar a nadie como la miraste a ella anoche.

Un elefante se acomodó bien en mi pecho, el peso aplastante me dificultaba la respiración completa.

—Mamá… —empecé, pero levantó una mano.

—Te conozco, Erik. —Sus ojos eran firmes—. Entiendo que ella pueda parecer una elección sorprendente, y cómo reaccione la gente te pesará, pero he rezado para que alguien te devuelva la vida a los ojos después de que Olivia se fuera.

Su nombre en boca de mi mamá hizo que algo se astillara en mi interior, y la tensión se extendió como una enredadera por mi espalda y mis omóplatos.

Me tomó la cara y me esforcé por sostenerle la mirada.

—Ahora mismo tienes algo más que vida en los ojos, hijo. —Su voz tembló—. Veo tu corazón. Y nunca dejas que la gente lo vea si puedes evitarlo.

Me levanté antes de que pudiera detenerme y sus manos cayeron sin fuerza a sus costados.

PLAN

—Por favor, no huyas de esto —me suplicó—. Ni siquiera para volver a casa.

Pasándome una mano por la cara, luché por contener el pánico. Había fallado en esto, un simple puente que me permitiría volver, arreglar los pedazos rotos que había dejado atrás, y ahora todo era peor.

Entró en la cocina y abrió un cajón. Cuando no sacó nada inmediatamente, mi interés se intensificó, una breve distracción del lío que tenía en la cabeza.

Pero cuando retiró la mano, me hundí en la silla que había debajo de mí.

Con mirada cuidadosa, se acercó con una caja negra de anillos en la mano. Sabía lo que contenía y enseguida negué con la cabeza.

Una lágrima resbaló por su mejilla sin control mientras se agachaba frente a mí.

—Mamá —susurré.

Dejó la caja sobre la mesa, a mi lado. Tenía los bordes desgastados y el diseño dorado del marco estaba manchado de tanto manipularlo durante décadas.

—La abuela me lo dio cuando me casé con Tim porque sabía que era el hombre que amaría mi corazón. *Sabía* que tu papá no era el indicado. —Me agarró la mano y al sostener su mirada llorosa mi corazón se rompió en mil pedazos. No podía volver a hacerle esto, y sin embargo era exactamente lo que estaba a punto de hacer—. Olivia era una buena chica con un corazón equivocado, y no era para ti. Sé cuánto deseabas lo que Tim y yo teníamos, y odio que ella te costara tanto de lo que querías. Pero aún no has terminado, Erik Wilder.

PLAN

Dejé caer la barbilla sobre el pecho. Las palabras se agolparon en mi garganta, explicaciones y feas verdades, pero de algún modo me las tragué.

Las lágrimas que corrían libremente por su rostro no la detuvieron lo más mínimo.

—No huyas de esta oportunidad de ser feliz porque te veo dispuesto a hacerlo. No nos uses como excusa porque ella te asusta.

Levanté la cabeza. Era casi palabra por palabra lo que Lydia me había dicho.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, mamá —le dije—. Ella no... nosotros no… —Mi voz se detuvo porque admitirlo me parecía imposible.

—Estás enamorado de ella —intervino—. Y nada de lo que digas me convencerá de lo contrario. Es la única razón por la que luchas tanto. Ya viste lo que me pasó con tu papá. Y luego lo que te pasó con Olivia. —Ella emitió un pequeño sollozo—. Y ves a Tim enfermo, y sé que harás todo lo que esté en tu mano para evitar volver a sentirte así. Pero ella te hace feliz, y eso la hace increíblemente preciosa para mí.

Al oír esas palabras, algo se soltó y, antes de que pudiera detenerme, empujé la silla hacia atrás con estrépito y me alejé de la mesa.

La caja estaba en el borde de la mesa y yo sabía exactamente lo que había dentro. Lo había visto en el dedo de mi mamá durante veinte años. El diamante era ovalado, con un delicado dibujo de hiedra alrededor de la banda, salpicado de diamantes más pequeños. Y por un momento, cerré los ojos y me lo imaginé en el dedo de Lydia.

El correspondiente estallido de emoción bajo mis costillas fue tan brillante que casi me hizo caer de rodillas.

Si supiera lo que es tenerla *de verdad*, entregarle mi corazón, y alguna vez se fuera, nunca me recuperaría.

—Oh, Erik —susurró.

—Era mentira —me oí decir. No estaba seguro de dónde habían salido las palabras, qué las había liberado finalmente. Todo lo que sabía era que esa imagen, ese futuro, no era para mí. Siempre lo había sabido. Y ya era hora de dejar de fingir lo contrario.

—¿Qué lo fue?

Abrí los ojos.

—Todo. Las fotos, no eran... reales. Nunca estuvimos juntos.

Mamá se quedó boquiabierta.

Con una voz sin emoción, le conté lo de su accidente de auto. Luke contratándome. La ansiedad que había trabajado durante nuestro tiempo juntos. La fotografía. Cómo había renunciado. Por qué le había pedido ayuda.

Su pecho se agitaba mientras escuchaba, con la boca tapada con una mano.

—No me lo creo —susurró—. No creo que fuera falso.

Apreté la mandíbula, luché contra la injusta oleada de ira que se elevaba peligrosamente. Mi ira no tenía por qué dirigirse contra ella. Solo la persona a la que miraba fijamente en el espejo era un blanco digno.

—Bueno, es la verdad. Fue un plan estúpido porque no supe decirte que no cuando me rogaste que la trajera a casa.

Ahora eran sus ojos los que brillaban.

—¿Y nunca se te ocurrió la *verdad*? No te crié para engañar a toda tu familia.

PLAN

—Claro que se me ocurrió —grité—. Pero eso no siempre es tan fácil de afrontar, ¿verdad?

La cara de mamá se suavizó.

—No, no lo es. Y has tenido tu buena ración de feas verdades, Erik. Pero te crié mejor que esto.

Una carcajada incrédula cayó con dureza de mis labios.

—Involucraste a esa dulce chica en esto, y si te has engañado a ti mismo pensando que ella no siente nada por ti, entonces eres más tonto de lo que jamás pensé.

Volví a sentir una opresión en el pecho, pero la negación era una fea capa fría en la lengua contra la que no podía luchar. No quería admitir que tenía razón. No quería admitir lo que había sentido en los dos últimos días, dejándome llevar por lo que floreciera entre Lydia y yo.

—Ya se le pasará —dije, con palabras mordaces y duras. Salieron como cuchillos arrastrándose contra mi garganta.

La decepción en su cara era algo que apenas podía mirar.

—Oh, Erik.

—¿Qué? —Extendí los brazos. El odio a mí mismo hacía que burbujearan de mi boca horribles verdades que no quería creer porque, si las decía en voz alta, tal vez me convencería de que no lo había jodido todo—. Lo hará. Tiene veintidós años. No sabe lo que quiere.

—Este no eres tú —dijo con tristeza.

—Es una niña, mamá. Dentro de un mes encontrará otra cosa con la que distraerse, créeme. Si Lydia tiene un punto fuerte, es ése.

Una exhalación de sorpresa vino de la dirección de la puerta, y tuve que cerrar los ojos antes de girarme para mirar.

Porque *lo sabía*.

Sabía lo que vería, y estaba tan disgustado conmigo mismo por decirlo, tan horrorizado de que ella lo oyera, que apenas podía soportar la imagen de su cara.

—Oh, cariño —dijo mi mamá, corriendo hacia la puerta—. Él no cree eso.

Cuando abrí los ojos, estaba tendiendo una mano hacia los avances de mi mamá, con sus ojos heridos clavados en mí. A diferencia de mí, Lydia tenía la suficiente entereza para mirar de frente aquel malestar. Y no hizo ningún intento por ocultar la lágrima que se deslizó por su rostro.

—Sí, lo hace —susurró.

—Lydia —empecé, moviéndome en su dirección—. No quise decir eso…

Ella ladeó la cabeza.

—¿No querías?

—No, no lo hice —dije—. Estaba enfadado y frustrado, y a veces la gente dice estupideces cuando está enfadada.

—¿*Es esa* tu forma de disculparte?

Mi mamá nos miraba de un lado a otro.

—Voy a darles un poco de privacidad.

Lydia negó con la cabeza.

—No hace falta, Sheila. Pero gracias. Y gracias por toda la hospitalidad que me has brindado este fin de semana. —La voz le temblaba peligrosamente, pero se pasó un nudillo por debajo del ojo y respiró profundamente para fortalecerse—. Ha sido un placer conocerte a ti y a tu familia.

PLAN

La cara de mi mamá... era pura miseria.

—El placer fue todo mío, cariño.

Lydia levantó la barbilla, salió de la casa y bajó los escalones alborotando su rubia cabellera.

—¡Maldita sea! —grité. Todo estaba mal. Nada era como yo había pensado, pero todo me resultaba tan horriblemente familiar.

Mi mamá de pie en su cocina con el corazón roto por mis decisiones. Porque pensé que tenía todo resuelto.

—Ahora vuelvo —le dije a mi mamá.

No estaba impresionada, con los brazos cruzados y la boca desencajada. Nada de lo que había hecho en toda mi vida había hecho que mi mamá me mirara así y, de repente, no podía salir de aquella cocina lo bastante rápido.

Pasé junto a mi mamá y troté tras la espalda de Lydia.

—Lydia, espera.

No lo hizo.

—Lydia.

La velocidad que alcanzó, teniendo en cuenta que iba en chanclas, fue impresionante. El sol se filtraba débilmente a través del bosque, oscurecido por las nubes nebulosas de las montañas, y daba al bosque que nos rodeaba una sensación espeluznante. O tal vez era el desastre total y absoluto que yo mismo había provocado lo que le daba esa sensación.

La alcancé, deslizando suavemente mi mano alrededor de su codo para girarla hacia mí. Con una fuerza que no había previsto, Lydia me la arrancó de las manos.

—No me toques —siseó.

PLAN

Di un paso atrás, con las manos en alto.

—De acuerdo. Yo solo... quiero hablar contigo.

—¿Qué vas a decir, Erik? —Me clavó un dedo en el pecho—. ¿Que eres exactamente como toda esa gente a la que he aprendido a ignorar?

—No lo soy —dije miserablemente—. Sabes que no.

—¿Cómo lo sabría? Acabo de escucharte decirle a tu mamá que soy una niña que se distrae fácilmente. —Se le quebró la voz al final—. Eres peor que el resto porque pretendías ser diferente.

Era demasiado. Y todo por mi culpa.

—Lo siento mucho —le dije—. Dejé que mi temperamento sacara lo mejor de mí, y fue a costa tuya.

Lydia me estudió, con ojos atentos y la cara enrojecida. Luego negó con la cabeza.

—Tu *temperamento* —dijo en voz baja—. En realidad creo que te lo crees.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No estabas enfadado. Tenías miedo. Y nunca pensé que desatarías ese miedo en alguien que te… —Hizo una pausa, mirándome a los ojos. Luego tragó saliva—. Pensé que eras mejor que eso, Erik.

—No sabes lo que dices. —Sacudí la cabeza—. Lydia, sé que tienes buenas intenciones, pero... no es tan simple como tener miedo o no tenerlo. Es más grande que eso.

No quería hacerle daño, pero en su visión color de rosa, todo esto era tan fácil. Y era lo más alejado de la verdad.

—¿Qué es? —Ella rodeó su cintura con los brazos—. No me lo vas a decir. No me cuentas nada.

PLAN

Me armé de valor porque el deseo de tocarle la cara era muy fuerte. Pero no serviría de nada. Era mejor que ella supiera ahora que yo no era el tipo que ella debería idealizar.

—¿Crees que ayudaría si descargo todas las peores partes de mi pasado? ¿Las cosas de las que odio hablar? —Las imágenes se agolpaban en mi cabeza. Cunas a medio montar y suaves sábanas amarillas, una manta de bebé y cosas suaves y tiernas que no quería volver a mirar. Cosas que había perdido y que ella jamás podría entender—. No ayudaría *en nada*. Saber esas cosas no te da un libro de jugadas en blanco y negro de cómo manejarme porque esto no era una relación, Lydia.

Su barbilla se tambaleó.

—Estás lleno de mierda.

—No, no lo estoy.

Lydia señaló mi casa. La que nunca volvería a pisar sin pensar en ella.

—Entonces, ¿cómo se llama eso? ¿Eh?

Mi mandíbula estaba tan tensa que apenas podía forzar las palabras.

—Rascarme un picor.

Lydia emitió un grito de sorpresa. Su rostro palideció, pero nunca, ni siquiera por un momento, dejó de mirarla.

—Me retracto. No eres un mentiroso.

—Bien.

Se acercó un paso más.

—Eres un cobarde.

PLAN

Me balanceé sobre mis talones al notar el hielo en su tono. Ni siquiera el hielo, sino lo segura que estaba. Mi voz era áspera y furiosa cuando hablé.

—No tienes ni puta idea de lo que he pasado. De lo que he perdido. Si supieras siquiera la mitad...

Me interrumpió.

—Lo que *sé* es que me estás castigando por los pecados de otro, y no es justo.

Ella tenía razón. Y no la tenía.

No la estaba castigando. Si alguien estaba en el extremo receptor de esa palabra, era yo. Pero no había razón para intentar explicárselo. Cuanto antes se alejara de esto, de mí, mejor estaría.

—La vida no es justa, Lydia. ¿Quieres ponerle un lazo a esto y convertirlo en un gran drama romántico? Adelante, si eso te hace sentir mejor.

Ya casi no sentía los latidos de mi corazón. Lo único que oía era el torrente de sangre en mis oídos. Ni siquiera reconocía mi propia voz, pero las palabras llegaban igual.

—Lo que sé es que le estás diciendo a tu mamá que soy una niña que encontrará un juguete nuevo y brillante dentro de un mes, pero yo soy la única de los dos que realmente está trabajando por un futuro que quiero. Tú *no* haces más que correr.

Nadie se había atrevido a decírmelo a la cara. Probablemente porque nunca les había dado la oportunidad. Y oírlo de su boca, palabras formadas por labios que yo había probado, me hizo un agujero en el pecho. Apenas podía respirar porque, si hubiera estirado la mano, Lydia Pierson podría haberme arrancado el corazón del cuerpo.

PLAN

—Sé lo que quieres que haga, Erik Wilder —continuó. Ya no le temblaba la voz ni le corrían las lágrimas por la cara. Y se lo agradecí—. ¿Quieres que te maldiga? ¿Que te abofetee y te llame imbécil?

Me pasé la lengua por los dientes.

Ella negó con la cabeza.

—Por supuesto que sí. Porque sería mucho más fácil para ti si lo hiciera. Entonces podrías verme marchar y darte una palmadita en la espalda por hacer lo que es mejor para mí. ¿Porque no es eso lo que siempre haces? Decides qué es lo mejor para todos cuando lo único que consigues es incendiar tu propia vida.

Así que apreté la mandíbula y me quedé mirando al suelo.

—No me sigas a la casa —dijo—. Estoy haciendo las maletas y me voy a casa.

Levanté la cabeza.

—¿Cómo?

Su sonrisa se estiró en los bordes.

—Oh, soy una chica con recursos. Ya se me ocurrirá algo.

Esta versión fría e infeliz de ella estaba equivocada. Porque sabía que en su interior vibraba peligrosamente el impulso de mejorar las cosas para mí. Para ayudarme a entender por qué quería huir -y huir deprisa- de cualquier atisbo de felicidad.

Viéndola girar bruscamente hacia la casa, a la que solo había podido volver gracias a ella, fue físicamente doloroso dejarla marchar.

Solo un momento en mi vida me había dolido más que éste, y casi me hundo de rodillas en el bosque cuando ella cerró la puerta tras de sí.

PLAN

Podría haberla ignorado y atravesado la puerta. Podría haberla besado o hecho todas las cosas que temporalmente le harían olvidar lo dolorosas que habían sido mis palabras. Porque dijera lo que dijera, ni por un segundo pensé que Lydia era una niña que no entendía su propia mente.

No pensé que encontraría fácilmente una distracción y se olvidaría de mí.

Yo tenía el poder de aplastar su corazón, como ya había demostrado. Y por eso, observé desde la distancia cómo se subía a un auto negro alquilado que llegó una hora más tarde y se marchó.

Todo el fin de semana había pensado fugazmente en cómo me sentiría cuando ella no estuviera en mi vida.

Y como un tonto, supuse que sería más fácil perder algo bueno y puro la segunda vez.

Algo que alteró la forma de mi corazón y la manera en que miraba al futuro.

Me equivoqué.

Esta vez, perder esa cosa buena no fue el resultado de las elecciones de otra persona o de las acciones de otra persona.

Fue por mi culpa. Y no estaba seguro de poder hacer las paces con eso.

PLAN

27

Lydia

Lo más importante que aprendí cuando me rompieron el corazón fue que las secuelas inmediatas -los días que pasé llorando, bebiendo y vilipendiando- no fueron en realidad la parte más dura.

Eso llegó lentamente. Porque lo peor era el paso del tiempo.

Cuando la primera semana se desvaneció y volví a levantarme y a sumergirme de cabeza en la escuela, la segunda semana se convirtió en un tipo de duro diferente.

Un teléfono en silencio se convierte en la cosa más triste que jamás haya visto. La mayoría de los días lo dejaba sobre la mesilla de mi dormitorio.

Sí, mi dormitorio en casa de mis papás.

A mi temprana llegada a casa desde Oregón, con la cara hinchada por las lágrimas y la nariz roja y brillante, mis papás dejaron de preguntarme si me iba a mudar. Mi papá me trajo tortitas a la cama a la mañana siguiente, y me dije que probablemente nunca me iría a ese ritmo. Y no era capaz de avergonzarme por ello.

Las tortitas en la cama duraron la primera semana hasta que le dije que podía parar porque mis piernas aún funcionaban, aunque mi corazón estuviera un poco magullado.

PLAN

Cuando subí las escaleras la segunda semana y él me esperaba en la cocina con una sonrisa paciente y una taza de café humeante, luché contra la punzada de lágrimas en los ojos mientras lo aceptaba.

Ya tenía la tele encendida, y yo me acurruqué en mi rincón del sofá, arrastrando una gruesa manta blanca sobre las piernas mientras él subía el volumen.

—¿Quieres que te prepare el desayuno esta mañana? —preguntó con los ojos fijos en la pantalla—. A lo mejor ya estás harta de mis tortitas.

—Nunca. —Sonreí—. Pero soy capaz de alimentarme sola, ya sabes.

Estiró un brazo y me alborotó el cabello.

—Lo sé, pequeña. Aunque a veces me gusta fingir que no puedes. Me hace sentir útil.

Estuvimos un rato mirando en silencio mientras pasaban de las noticias de béisbol a las de fútbol. Papá tarareó algunas cosas que dijeron y, aun así, me quedé mirándolo.

Útil. Qué palabra tan interesante cuando parecía tan... integral a cómo funcionaba toda nuestra vida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Fue duro para ti cuando te retiraste?

Papá bajó el volumen del televisor y se movió en el sofá para mirarme.

—Sí y no.

—Pero tenías opciones, ¿verdad?

—Claro. —Tomó un sorbo de café e inclinó la taza hacia las cabezas parlantes de la pantalla—. Un puñado de trabajos de comentarista fueron los más rápidos, pero sentarme delante de la cámara no es para mí. No me apresuré a encontrar lo que más me convenía.

—¿Cómo es eso?

Mostró una rápida sonrisa.

—Te tenía a ti.

Mis cejas se alzaron lentamente.

—¿Qué quieres decir?

—Tu mamá estaba embarazada de ti cuando ganamos el último campeonato, y no había nada que yo deseara más que poder ayudar a tu mamá después de que te tuviera. Cambié los entrenamientos tempranos y las salas de cine por el servicio de pañales y las tomas a medianoche. La mejor elección que he hecho nunca.

Mis ojos volvieron a empañarse.

—Creo que no lo sabía.

—Tú y tu hermana siempre han sido mi primera prioridad. Incluso cuando jugaba. Si algo de mi trabajo hubiera sido a costa de vosotras dos, habría dimitido en un santiamén si no hubiera querido jubilarme ya.

Mis dedos hurgaron en el borde de la manta. Como siempre, mi mente volvió a Erik. La expresión de su cara cuando le dije que no estaba haciendo otra cosa que incendiar su vida. En retrospectiva, el comentario no me hizo sentir tan bien como en ese momento. Sabía mejor que nadie lo difícil que era para los deportistas profesionales dedicarse a otra cosa después del fútbol.

Me preocupé por mi labio inferior.

—Entonces, ¿cuándo supiste lo que querías hacer, como ... para el equipo?

—Bueno, estoy un poco mimado ahí, ya sabes. Casado con la propietaria y todo eso, podía tomarme mi tiempo para decidir exactamente cómo quería seguir formando parte del juego. Tu mamá sabe

PLAN

que preferiría ayudar con la búsqueda de talentos para la selección, ayudar a moldear a los nuevos talentos. —Inclinó la cabeza—. Hablando de eso, ya puedes dejar de enviarme lo más destacado del hermanastro de Erik. Ahora está en nuestro radar. Te aseguraste de ello.

Mi sonrisa de satisfacción se liberó antes de que pudiera detenerla. Por primera vez en dos semanas, me sentí cálida y confusa por dentro.

—¿En serio? No has dicho nada.

—Tenía que asegurarme de que presumía del hallazgo de mi hija por las razones adecuadas. —Cuando me reí, me dio un codazo—. Es bueno. Y es el tipo de jugador sólido que puede pasar desapercibido con mucha facilidad, a menos que alguien con buen ojo y muy buenos instintos sepa lo que está viendo.

—Me alegro —dije—. Tiene muy buena cabeza. Pero mantenlo alejado de las WAGS si lo reclutas, se *lo comerán vivo*. Todas querrán adoptarlo, y no sé si podría soportar sus locuras.

Mi papá se rio.

—Me parece justo. Veré si Paige puede hacer la adopción. Si Parker está acostumbrado a estar en una gran familia, los Ward serían una buena opción si Washington lo recluta.

La calidez y la confusión habían desaparecido porque ahora estaba pensando en los Wilders. Pensaba en lo que Adaline me había dicho cuando nos habíamos enviado un mensaje unos días antes. Lo había leído tantas veces que lo tenía grabado a fuego, pero, conociéndome, lo había vuelto a leer para asegurarme de que no se me había escapado ningún subtexto.

PLAN

Adaline: *Lamento tanto que mi hermano mayor sea tan imbécil, Lydia. Ojalá hubiéramos podido despedirnos, pero entiendo por qué tuviste que irte enseguida.*

Yo: *Gracias, Adaline. Yo también quería despedirme de ustedes. Me gustó mucho su familia.*

Adaline: *Ni siquiera puedo mirar a su cara estúpida sin querer darle un puñetazo en las nueces, por lo que es probablemente bueno que está de vuelta en Sisters de nuevo.*

Yo: *¿Lo hace?*

Adaline: *Sí. Él está ayudando a mamá y Tim alrededor de la propiedad. Por lo que he oído, solo tala árboles y gruñe a cualquiera que respire demasiado alto. Así que... básicamente ha destronado a Ian como el mayor imbécil de la familia. Creo que te echa de menos. Sé que no debería decirlo, pero no puedo.*

Adaline: *Me prometí a mí misma que no interferiría, pero él está tan lleno de idioteces si piensa que estaba haciendo esto por tu propio bien. Simplemente no sabe cómo volver a ser feliz. Después de Olivia. Y todo lo demás. Eso lo destrozó. Y eso no hace que esté bien, pero no creas ni por un segundo que no sentía nada por ti.*

Yo: *Sé que intentas ayudar. Pero... no importa si yo lo creo. O tú. O todos en tu familia. Mientras Erik lo crea... tengo que aceptarlo.*

Adaline: *Pero es TAN TONTO. El más tonto. Y lo odio. Porque eran perfectos el uno para el otro.*

—¿Te he perdido, chica? —preguntó papá.

PLAN

Parpadeé.

—Lo siento. Estaba... pensando en un mensaje de antes.

Estudió mi cara.

—Sé que no quieres hablar de lo que pasó.

—La verdad es que no.

—Aunque podemos si alguna vez cambias de opinión —continuó suavemente—. Sé que no siempre soy el más racional cuando una de mis chicas sale herida. —Resoplé—. Pero puedo escuchar. E intentar dar consejos sensatos, aunque eso signifique dejar de lado mi instinto paternal para librar tus batallas.

Suspiré y me acurruqué a su lado cuando extendió el brazo.

—Mamá y tú nos han criado demasiado bien para eso. Podemos luchar nuestras propias batallas porque sabemos que nos cubres las espaldas cuando llega el momento. —Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos—. Pero sigue siendo agradable oír que estás dispuesto, aunque eso signifique que quizá no me mude de tu casa hasta que tenga treinta años.

—Oye —dijo suavemente—. Has asumido muchas cosas este año, Lydia. Y te has enfrentado a todo ello con gracia y humildad y el tipo de determinación por la que matarían la mayoría de los atletas de élite.

—No me siento muy decidida ahora mismo —murmuré.

Inmediatamente, papá se deslizó en su papel de *Soy un mariscal de* campo*, permítanme hacer un discurso de motivación*.

—Un mal par de semanas no deshace lo que está destinado para ti, Lydia. Lo sabes.

Lo que estaba destinado para mí.

PLAN

Aún veía mi futuro en Washington, el que había soñado durante años, delante de mí en technicolor. Pero era todo lo demás lo que parecía un poco borroso. Lo que quería ver era una sonrisa barbuda dirigida hacia mí. Alguien que se quejara de mi música y me tomara de la mano mientras me enfrentaba a mis miedos. Quería despertarme despatarrada sobre su cuerpo grande y cálido y reírme cuando se burlara de cómo me quedaba el cabello al despertarme. Quería bailar con el hombre que nunca bailó y saber que esos dulces bolsillos escondidos en su interior estaban destinados solo para mí.

Si cerraba los ojos, podía imaginarme a una niña con grandes ojos marrones y cabello rubio o a un niño con el cabello oscuro rizado en los bordes. Sería un buen papá. Y si se lo permitiera, un marido increíble.

Después de dos semanas, no podía dejar de desearlo. Y tampoco creía que dos meses fueran a cambiar mucho las cosas. Lo echaría de menos durante mucho más tiempo del que le había conocido, y aunque eso no tuviera sentido para nadie más, era perfectamente lógico en mi propio corazón.

—Se siente como algo más que un mal par de semanas, papá.

—Un corazón roto entonces —añadió suavemente.

No había llorado en cinco días y dieciséis horas. Más o menos. Pero la cuenta se borró cuando me lloraron los ojos.

—¿Y cómo vives con uno de esos?

Papá se giró hacia un lado hasta que me vi obligada a mirarlo.

—¿Es eso a lo que nos enfrentamos? ¿No solo esperanzas defraudadas?

Lentamente, asentí.

PLAN

—Sé que tengo tiempo... para encontrar a alguien más. Pero no quiero a nadie más. Es... gruñón. Y mandón. Es muy duro consigo mismo cuando cree que ha fracasado. Y creo, creo que nunca aprendió a vivir con el corazón roto. Así que finge que no lo tiene, pero lo tiene.

Mi papá exhaló lentamente y levantó la mirada hacia el techo antes de responder.

—Lydia, no haces nada a medias, ¿verdad? Cuando encuentras a alguien a quien amar, encuentras al que va a hacer que a tu papá le salgan canas en menos de un año.

Me reí entre lágrimas.

—Supongo. No era mi intención. No estaba en el plan enamorarme de él. Pero ahora no sé cómo.... —Hice una pausa, encogiéndome de hombros en un gesto débil—. No hacerlo.

Papá me acarició la cara.

—Tu mamá probablemente sería diez veces mejor en este tipo de charla de ánimo. Pero sabes que hablo por experiencia cuando digo que, en general, los hombres son una completa y absoluta mierda a la hora de hablar de lo que sienten o de cómo enfrentarse a los grandes y aterradores sentimientos amorosos de una forma sana. Sé que yo lo era cuando conocí a tu mamá.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Ella me aterrorizaba. Nunca había conocido a nadie como ella. Ella era tan... sin disculpas en lo que era. Y luché contra mis sentimientos durante mucho tiempo. Les resté importancia. Me convencí de que eran cualquier cosa menos amor.

PLAN

La esperanza burbujeaba peligrosamente en mi pecho y tuve que aplastarla cuando imaginé que Erik se daba cuenta de lo mismo.

—No sé lo que pasó entre Wilder y tú —continuó suavemente—. Pero si él no puede ver lo que le haría a su mundo tenerte en él, entonces es un tonto.

—No es que seas parcial o algo así.

—No. —Me besó la parte superior de la cabeza—. Esa es una verdad universal. La vida es mejor cuando hay una Lydia Pierson en ella.

Me incliné hacia delante, apretándole fuerte por el cuello.

—No se te da tan mal eso de dar ánimos, papá.

—Gracias. —Volvimos a acomodarnos en el sofá y señaló el televisor—. ¿Aún aceptamos apuestas sobre si el coordinador ofensivo de Cleveland será despedido antes del final de la temporada?

Me burlé.

—Están locos si lo hacen. Está en un año de construcción. No lo merecen si lo dejan ir antes de que tenga la oportunidad de fortalecer la línea O.

—Esa es mi chica —murmuró. Volvió a revolverme el cabello.

Respiré hondo y me acomodé a la sensación de una buena charla con el hombre que me crió, aunque fuera a costa de un corazón roto. Pero sentí -solo un poco- que comprendía a Erik mejor de lo que lo había hecho en las últimas dos semanas.

Simplemente no estaba segura de lo que quería hacer al respecto.

PLAN

28

Erik

—¿Pero por qué no puedo limpiar esa arboleda? Dijiste que querías algunos árboles frutales, y si derribamos algunos de esos abetos, tendrías el espacio perfecto.

Al otro lado de la mesa, mamá y Tim compartieron una mirada.

Odiaba sus miradas. Había recibido muchas en las últimas semanas y estaba a punto de hacer un agujero en la pared si me daban más.

Eran una mezcla perfecta de lástima, frustración y amor.

—Algún día me gustaría tener árboles frutales, Erik. Mi mención casual en la cena de anoche no significa que tengas que despejarme medio acre de tierra esta mañana. —Habló con tanta paciencia, como si yo fuera un niño pequeño. Eso me hizo enviarle mi propia mirada—. No me pongas esa cara, hijo.

—Necesito hacer algo hoy. —Me puse de pie, tomando sus platos sucios conmigo antes de moverme hacia el fregadero—. Dijiste que querías árboles frutales, y eso es algo que puedo hacer. Es eso o empezaré a alicatar el baño de Poppy.

Tim resopló.

—A pesar de lo que diga tu hermana, no necesita un baño recién alicatado. El suyo está perfectamente bien.

PLAN

Mis manos se flexionaron inútilmente. ¿No lo entendían? Por eso estaba en casa. Para hacer las cosas que normalmente se dejaban de lado.

—Además, Cameron dijo que ayudaría con eso. —Me empujó lejos del fregadero—. Él es el constructor, ya sabes.

—Cameron está demasiado ocupado supervisando la construcción de tres casas diferentes en este momento. Apenas tiene tiempo para dormir, y mucho menos para venir a limpiarte el baño. —Le di un codazo en la espalda, arrebatándole la esponja y el plato sucio de las manos—. Yo puedo hacerlo.

Se quedaron callados mientras fregaba los platos, limpiaba la sartén con la que habíamos hecho los huevos y los ponía a secar en el tendedero que había junto al fregadero.

—Erik —dijo Tim en voz baja, y yo apreté los ojos al oír cómo decía mi nombre—. Tienes que parar alguna vez, sabes. No puedes distraerte de esto.

—¿Quieres apostar? —murmuré en voz baja.

—Agradecemos mucho tu ayuda —continuó—. Vamos, siéntate para que pueda ver tu cara de terco mientras te hablo.

Con un suspiro, me colgué la toalla del hombro y volví a sentarme a la mesa del comedor. Era la misma en la que habíamos comido de pequeños, con la superficie llena de cicatrices y manchas, anillos de agua dañados por todas las veces que ignoramos las peticiones de mi mamá de usar posavasos. Si me fijaba bien, podía ver las marcas de haber presionado demasiado los bolígrafos mientras hacíamos los deberes.

Yo no era diferente a Lydia cuando Luke me contrató por primera vez. Había tenido que enfrentarme a esa verdad después de mi primera semana en casa. Era más fácil rodearme de gente, ruido y ajetreo que enfrentarme a lo que no quería enfrentarme. Oh, había estado huyendo de

PLAN

las cosas que no quería enfrentar durante años, pero ahora estaba usando el hogar como la herramienta para distraerme de ella.

Eso siempre me atrapaba por la noche.

La cama era lo peor. Extenderme por el medio hacía aún más evidente que ella no estaba ahí conmigo, y cada noche, cuando cerraba los ojos y recordaba las noches que la había compartido conmigo, me convencía de que sería la última vez que lo haría.

Me permitiría una noche más para reproducir todos los detalles, catalogar todas las cosas que echaba de menos de ella y, cuando saliera el sol, no volvería a hacerlo.

Seguía adelante porque era lo mejor que podía hacer. Y cada día, me demostraba a mí mismo que era un mentiroso.

—Te ves como la mierda, Erik —dijo Tim.

—Gracias.

Al oír mi tono seco, mi padrastro sonrió. Había recuperado la energía después de que terminara su última ronda de quimioterapia, y ahora solo teníamos que esperar a ver si era suficiente para que volviera a estar en remisión. Daba gusto verlo sonreír y desayunar con él, aunque no tuviera filtro a la hora de decirnos la verdad.

Por eso él y mi mamá funcionaban tan bien, criando a una mezcla de niños después de casarse. No había tiempo para tonterías. No había tiempo para ignorar la verdad de nuestras situaciones. Mamá había llegado a su matrimonio abandonada por su marido, y Tim lo había hecho perdiendo a su mujer a causa de un cáncer. Los seis niños teníamos diferentes cicatrices de esas dos cosas, y a nadie le servía fingir que no estaban ahí.

—Lo que quiere decir es que se nota que no duermes —corrigió mamá.

Me froté la frente.

—Es que... todavía me estoy acostumbrando a esa cama.

Tim negó con la cabeza. Mi mamá fue menos sutil y puso los ojos en blanco.

—Te hemos dado dos semanas —dijo Tim—. Ya es suficiente. La echas de menos. Ve a hablar con ella.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—¿Y decir qué? ¿Que no sé cómo ser lo que ella quiere que sea? La vida de Lydia es un cuento de hadas, donde todos viven felices para siempre, y su caballero blanco la llevará al atardecer algún día. Y ese caballero probablemente estará tan forrado como ella y con mejor cabello.

—Es increíble —dijo mi mamá con tono uniforme—, tus razones para no acercarte a ella han cambiado bastante.

Me pasé la lengua por los dientes.

—Al principio, era mentira. No había nada de verdad en lo que presenciamos, y la razón por la que no te preocupaste por ello fue porque era una niña que se distraía...

—Recuerdo lo que dije —interrumpí—. Pero gracias por el recordatorio.

Tim le dedicó una sonrisa a mi mamá.

—¿Están disfrutando esto? —Solté—. Porque no lo encuentro divertido.

Levantó las cejas.

—Vaya, vaya, me estás haciendo recordar el instituto, Erik.

—Claro que no nos hace gracia que sufras —dijo mamá—. Pero eres tan salvajemente obtuso sobre tu propio corazón que lo único que

podemos hacer es reírnos. Si no, lloraremos. Porque la alternativa es que vivirás aquí el resto de tu vida, y me volverás loca con tu limpieza de árboles y proyectos de casas e ideas de jardinería y rotaciones de cultivos. Si pienso demasiado en ti dándome la lata sobre qué hacer con tu tiempo hasta el día de mi muerte, acabaré meciéndome en una esquina.

A regañadientes, sonreí.

—Y yo que pensaba que querías que volviera a casa.

Mamá me palmeó las manos con la condescendencia propia de una madre.

—Para las visitas. Sí. Hemos vaciado lentamente esta casa de todo el mundo menos de Poppy durante los últimos diez años, y maldita sea, no necesito más niños que vuelvan a casa a dormir.

El sonido de la puerta abriéndose me hizo apartar la vista de la mesa, y Cameron entró, soplando aire caliente a través de sus manos.

—¿Significa esto que no debo entrar a comer?

Poppy estaba detrás de él, envuelta en una brillante bufanda roja. Las temperaturas habían bajado en la última semana y, de alguna manera, el frío se sentía mucho más acorde con el estado de mis emociones. Le dio un beso a Tim en la mejilla y me golpeó la nuca.

—Ouch.

—No puedo evitarlo —dijo con una sonrisa despreocupada—. Cada vez que veo tu cara de abatido, quiero pegarte porque eres *un* idiota.

Cameron le dio un codazo de lado, extendiendo la mano por la isla de la cocina para buscar una magdalena del plato grande que había junto al fregadero.

—No seas duro con él, papá.

PLAN

—Gracias —murmuré.

Cameron asintió con seriedad.

—Por supuesto. Tiene que ser difícil navegar cuando tienes una mujer inteligente, divertida y hermosa que te ama por el culo de caballo gigante que eres, y sigues sentado *aquí*. No con ella.

Miré a mi familia con impotencia.

—¿Han decidido en masa hacer una intervención?

Mamá dirigió una mirada severa a mis hermanos, que golpearon sus magdalenas en señal de solidaridad.

—Estábamos progresando antes de que llegaran.

—Deberías ser más amable conmigo, Poppy —le dije—. Justamente me ofrecí a alicatar tu baño.

Mi hermana pequeña, que apenas llegaba a la edad adulta, se sentó a la mesa y me miró con sus grandes ojos.

—¿Es eso lo que crees que ayudará?

Por mucho que quisiera escapar de su intervención, sabía que no podía. Ya no. Había pasado años de mi vida evitando la verdad de por qué me había alejado de esas personas que me querían.

Era más fácil para mí. Porque no tenía que enfrentarme a mi fracaso, a las decisiones equivocadas que había tomado cuando no intentaba proteger mi corazón.

Y lo estaba haciendo de nuevo.

Pero saber que estás haciendo algo es muy diferente a saber cómo solucionarlo. Cómo cambiar un patrón profundamente arraigado, algo perfeccionado durante toda una vida de toma de decisiones.

PLAN

—No, Poppy —dije, con voz ronca y áspera—. No creo que ayude. Pero no sé qué más hacer cuando ando por ahí sintiendo como si me hubiera arrancado el corazón y se lo hubiera llevado con ella.

Parpadeó ante la desnuda sinceridad de mi respuesta.

Cameron apretó la mandíbula y se quedó mirando la encimera de la cocina.

—No has oído lo que le he dicho —admití. Me reí sin humor—. Lydia me acusó de incendiar mi propia vida, y como siempre... tenía razón. No sé cómo lo consiguió con lo poco que yo estaba dispuesta a compartir. Tenía tanto miedo de lo que me hacía sentir, pero ella simplemente... atravesó todo ese miedo y me hizo enamorarme de ella de todos modos.

Mi mamá parpadeó y se le saltaron las lágrimas, y Tim me miró con los ojos llenos de orgullo.

Poppy se limpió la cara.

—Deberías *decirle* esto, Erik.

—Poppy, la última vez que tomé una decisión con el corazón, me alejé de una carrera que amaba, por un futuro que nunca fue mío para soñar, y me quedé sin nada. —Se me quebró la voz—. No sé cómo decirle esto sin el miedo constante de volver a perderlo todo. He tomado tantas decisiones equivocadas que creí correctas, me convencí a mí mismo de que un poco de ella era mejor que nada, y estaba tan jodidamente equivocado. Porque ahora sé lo que me estoy perdiendo.

Mi mamá ni siquiera intentó detener las lágrimas que caían por su cara, y Poppy tampoco.

—Todos perdimos algo —dijo mi mamá en voz baja—, después de que Olivia se fuera. No fingiré que no lo hicimos. Cuando llamó y dijo que el bebé no era tuyo… —Dejó escapar un pequeño sollozo—. La expresión de tu cara me romperá el corazón el *resto* de mi vida, Erik.

PLAN

Levanté la barbilla hacia el techo y me quedé mirando el blanco hasta que me ardieron los ojos.

—Pero lo que seguirá rompiéndome el corazón —continuó—, es que dejes que eso sea una razón para no intentar encontrar la felicidad.

Cuando volví a bajar la mirada, mi familia estaba borrosa y parpadeé para disipar las lágrimas. Una voz se unió desde detrás de mí.

—Imagina si hubieran hecho eso.

Ian entró en la cocina, evitando mirarme mientras tomaba una magdalena del plato. Cameron le dijo algo a su hermano que no pude oír, pero Ian simplemente puso los ojos en blanco.

—Cálmate, no voy a atacarlo.

—¿Si quién hubiera hecho qué? —le pregunté.

Ian clavó sus ojos oscuros en mí y no apartó la mirada durante unos largos segundos.

—Ellos —dijo, levantando la barbilla hacia mamá y Tim—. Tenían todas las putas razones para no volver a intentarlo.

Me metí la lengua en la boca mientras asimilaba la verdad. Mamá volvió a moquear y se pasó una mano por la cara.

—Dios mío, ustedes sí que saben cómo golpearme en los sentimientos.

Tim la rodeó con un brazo y le dio un beso en la cabeza cuando ella la apoyó en su hombro.

—Tiene razón —dijo mi padrastro en voz baja—. Cuando perdí a mi mujer, amar a otra persona me parecía imposible. Pero aún no te había conocido.

—No tendríamos esta familia —continuó Ian—. No nos habríamos tenido el uno al otro mientras crecíamos. No tendríamos a Poppy. Si alguno de ellos hubiera dejado que el miedo los retuviera, que un...

futuro desconocido se convirtiera en algo más grande que una posibilidad, no habríamos tenido nada de esto.

Salió de la cocina y tomó una silla, dándole la vuelta para poder sentarse al revés. Me miró de una forma en la que no tuve más remedio que mirarlo fijamente.

—No eres un cobarde, Erik. Y nunca volveré a admitir esto en voz alta, pero si eres tan estúpido como para joder esto con ella, entonces no eres el hombre que siempre he admirado.

Apenas podía hablar, el nudo en la garganta era tan grande como una casa y los ojos se me nublaban peligrosamente.

—¿Te dolió al irte?

—Como una perra —dijo secamente.

Exhalé una carcajada y, afortunadamente, mis ojos se despejaron al parpadear la emoción.

Cameron le dio un pañuelo a Poppy y ella se sonó la nariz con un sonido fuerte y sin gracia que nos hizo sonreír a todos. Incluso la boca habitualmente severa de Ian se ablandó.

Me froté el pecho, el peso de la conversación me provocaba un extraño y pesado calor ajeno.

Tardé un momento en reconocer que era esperanza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cameron.

Mi familia me observaba con ojos expectantes.

—Ahora intento darle lo único que ha querido de mí.

—Tu corazón sangrante servido en bandeja de plata —bromeó Ian.

Me eché a reír.

Mamá se inclinó hacia delante y puso sus manos sobre las mías.

PLAN

—Esa chica solo te quiere a ti, Erik. Lo bueno, lo malo y lo feo.

—Lo sé —le dije—. Y eso es lo que tendrá. Si todavía me quiere.

KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE

PLAN

29

Erik

Volví corriendo a mi casa y saqué el móvil para mandarle un mensaje.

Llamarla.

Lo que sea.

Pero no quería oír su voz a través de una conexión mecánica y metálica.

Quería mirarla a los ojos y estar en la misma habitación que ella. Me senté en la silla del porche e intenté imaginar cómo se desarrollaría todo.

Lo que diría.

Cómo reaccionaría.

Y solo eso... conjurar una imagen de su rostro era suficiente para estabilizarme ahora.

Conociendo a Lydia -y yo la conocía-, el único gesto que le importaría sería exactamente como Ian lo expresó: entregarle mi corazón, cada pedazo feo y desesperado de él.

Quería algo real, aunque doliera.

Me dolían tantas partes de mi pasado que me resultaba difícil pensar cuál entregarle primero. Hundí la cabeza entre las manos y luché contra la oleada de terror que me inundaba.

PLAN

Buscarla de esta manera, aparecer en su puerta y entregarle el pedazo de mí que había protegido a toda costa fue lo más aterrador que jamás podría haber hecho.

Levanté la cabeza, miré hacia los árboles, escuché a los pájaros, el viento, y dejé que el aire fresco me golpeara la cara.

Aterrador o no, sabía que no podía quedarme más tiempo en este lugar.

No sin intentarlo.

Por ella.

Y para mí.

Diez minutos más tarde, había hecho las maletas, llevaba una caja polvorienta bajo el brazo y había enviado un mensaje a mi mamá diciéndole que volvería. Eventualmente.

Los martes, Lydia estudiaba en casa. En todo el tiempo que había pasado con ella, eso nunca había cambiado. Luke pasaba el día en las instalaciones de prácticas, Allie siempre estaba ocupada con el trabajo de la fundación, y Lydia se concentraba mejor en la tranquilidad.

Los guardias de seguridad me hicieron señas para que cruzara la verja y, aunque mi estómago amenazaba con derramarse sobre el cemento, solo me tomé un momento para ordenar mis pensamientos antes de dirigirme a la puerta principal.

Sentía la caja bajo el brazo como si estuviera viva, respirando, igual que lo había estado durante horas en el asiento del copiloto mientras

conducía de vuelta a Seattle. Con cuidado, la coloqué en una posición más cómoda antes de alargar la mano y pulsar el timbre.

Dentro de la casa, la campana repicaba graciosamente.

Por un momento, no hubo movimiento, y luché contra la oleada de decepción por haber supuesto mal. Que su vida había seguido como siempre durante las semanas que habíamos estado separados.

Apareció una sombra en dirección a la cocina y me enderecé. Demasiado alta para Lydia. Demasiado alta y demasiado grande.

Cuando Luke se acercó a la puerta, exhalé un suspiro lento.

La puerta se abrió y él se quedó mirando, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Puede que fuera más alto y pesara más, pero no se trataba solo de un antiguo atleta de élite que se había mantenido en una forma increíble. Era un papá enojado que amaba a su hija, y me miraba como si estuviera imaginando todo tipo de formas creativas de quitarme las pelotas.

—Luke —dije, manteniendo mi tono neutral—. Me alegro de verte.

Nada. Solo un tic en su mandíbula.

—¿Está Lydia aquí?

Sus ojos se entrecerraron.

Cierto. Evitar el tema no funcionaría con él.

—Sé que probablemente no estés feliz de verme, pero sabes que no estaría aquí a menos que… —Tragué saliva—. A menos que fuera importante para mí.

—Importante es una palabra tan ambigua, ¿no? Mi teléfono es importante para mí. También lo es la nevera. Las llaves del auto. Parece que no puedo funcionar sin ellas, pero ninguna de ellas es importante en el panorama general de mi vida. —Bajó la voz y su peligroso tono me hizo

respirar hondo de nuevo—. No pensaré en ellas en mi lecho de muerte, y desde luego no haría daño físico a nadie si le hicieran daño.

—Me lo merezco —le dije.

—No me digas, Wilder. —Se acercó un paso más—. Te mereces eso y más porque te contraté para proteger a mi hija, y sin embargo eres la razón por la que llegó a casa llorando y apenas salió de su habitación durante una semana.

Se me encogió el corazón. Esta era la imagen mental de Lydia que nunca quise. Y lo que es peor, era la que yo había provocado.

Elegí mis palabras con cuidado.

—No puedo decirle cuánto lamento haberla lastimado. Pero espero enmendarlo hoy.

Me estudió y volvió a apretar la mandíbula.

—No sé si debería confiar en ti, Wilder. No has demostrado precisamente que te quedes cuando hace falta.

La puntería de sus palabras era cierta y se clavó justo en el blanco previsto, pero me mordí la lengua y no ofrecí ninguna defensa.

—Eso cambia hoy.

Luke gruñó.

—Eso dices.

—No te ofendas, Luke, pero que me quede después de esto no depende realmente de ti. —Le sostuve la mirada, recé para que pudiera ver el respeto que le tenía porque no estaba completamente seguro de poder ganarle en una pelea cuando tenía la justa indignación paternal de su lado—. Depende de ella. Y creo que tú y Allie criaron a sus hijas para que piensen por sí mismas.

Asintió a regañadientes y pude ver en sus ojos lo que le había costado.

PLAN

—Está abajo estudiando —dijo, haciéndose a un lado para que yo pudiera entrar—. Te diría que mantuvieras la puerta abierta, Wilder —añadió secamente—, pero me encuentro sintiéndome lo bastante generoso como para decirte que estoy a punto de salir por la puerta.

Suspiré, luchando contra el rubor que me subía por el cuello.

—Entendido.

Siguiendo la curva de la casa, me encontré caminando más rápido, simplemente porque sabía que estaba más cerca de ella. La energía en mis venas era un cambio palpable de lo que había sentido en las últimas dos semanas y media.

Tal vez eso se desvanecería con el tiempo si ella me perdonaba. Tal vez lo daría por sentado... la capacidad de entrar en cualquier casa donde ella estuviera esperando sin sentir que el corazón se me iba a salir del pecho, pero en aquel momento... era lo mejor que había sentido nunca.

Claro que daba miedo. Pero debajo de eso, lo que hacía que mi corazón latiera más rápido, era la esperanza que había encontrado al estar cerca de ella.

Una suave música de piano llegaba desde el final del pasillo, su opción preferida cuando estudiaba. Tranquilicé mis pasos, respiré hondo y me llevé la caja a las manos.

Ante la puerta abierta, me detuve, apoyando el hombro en el marco. Necesitaba ese apoyo adicional al verla. Era increíble cómo podía recordar cada detalle con nitidez: la peca en la pendiente de su hombro, el ligero hundimiento por encima de los huesos de la cadera, la curva más pronunciada de su labio inferior en comparación con el superior.

Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, tecleando en el portátil sobre una mullida almohada blanca. Llevaba el cabello recogido

en una trenza desordenada que le caía a medio hombro. Y mientras tecleaba, movía la boca al ritmo de lo que leía en la pantalla.

—¿Qué? —preguntó ella.

Mi cabeza se echó hacia atrás.

—Yo...

Lydia chilló al oír mi voz, con los ojos muy abiertos mientras cerraba de golpe el portátil contra su pecho.

—*Mierda*, pensé que eras mi papá.

Exhalé una carcajada.

—No le digamos que nos has confundido. No creo que sea su persona favorita ahora mismo.

Respiró lentamente y dejó el ordenador sobre la cama. Sus ojos recorrieron mi rostro y lo que vio la entristeció.

Bien.

Como dijo Tim, me veía como una mierda. Y en mi prisa por encontrarla, no me había parado a mirarme en un espejo. Mi cabello era un desastre, mi barba más larga de lo que ella la había visto nunca y, sin duda, seguía teniendo ojeras.

Lydia desplegó las piernas y se deslizó hacia el borde de la cama, haciendo un trabajo horrible para ocultar la mirada cautelosamente optimista de su rostro.

Era tan hermosa. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no apiñarla contra la cama y besarla profundamente, sentir su cuerpo apretado contra el mío de la forma que tanto echaba de menos. Y aún más que eso, solo quería verla sonreír. Quería oírla reír. Que se burlara de mí.

Quería cada pedazo de ella. Todo lo que ella me diera.

PLAN

Por eso me acerqué despacio, apartando la silla de su escritorio de la pared para sentarme frente a ella.

—Te ves...

Mi ceja se arqueó ante su pausa y ella soltó una carcajada.

—Terrible —admitió.

—Eso he oído. —Acomodado en la silla, tracé el borde de la caja antes de tendérsela.

Sus cejas se fruncieron, pero lo tomó con cuidado.

—Por esto dejé el fútbol.

Se quedó con la boca abierta. Su mirada se desvió entre la caja y mi cara. Al principio no la abrió y sonreí.

—Adelante —le dije suavemente.

Aunque sabía lo que contenía, contuve la respiración mientras ella abría la parte delantera de la sencilla caja de cartón. El corazón me dio un vuelco cuando vi que su mirada se fijaba en lo que había debajo. Se quedó boquiabierta cuando quitó la tapa.

Hecha un ovillo en un lateral de la caja, estaba la sábana amarilla de la cuna, cubierta por un sencillo dibujo de patitos felices. Se le arrugó la frente al pasar la mano por encima.

—Nunca había comprado nada para un bebé —le dije—. Y lo primero que me vino a la cabeza fue que necesitarían un lugar blando para dormir.

Sus ojos se desviaron de mí y volvieron a la sábana que tenía en la mano. Con una exhalación suave y cargada, la dejó a un lado y volvió a meter la mano en la caja.

A continuación, sacó el móvil, tres pequeños balones y unas estrellas negras bailando sobre un círculo de suave color gris.

PLAN

—Poppy lo compró —le dije en voz baja—. Tenía quince años, trabajaba en la heladería del centro y ahorraba el dinero de las propinas.

Lydia tocó con el borde del dedo la costura de una de las estrellas, y me di cuenta de que se le humedecían los ojos.

—Aunque Greer se opuso a que el tema de la guardería fuera el fútbol, nos dijo que a las niñas también les podía gustar el fútbol, así que no importaba. —Me reí en voz baja—. Y cuando vieron la sábana de cuna de pato, no me dejaron tomar más decisiones de diseño sin contar con ellos.

Se tapó la boca con la mano, y su pecho subió y bajó. Dejó el móvil y volvió a meter la mano en la caja. Una lágrima se derramó por su mejilla cuando sacó el increíblemente pequeño mono de los Lobos.

—Es tan pequeño —susurró.

—Es una talla de recién nacido, que luego supe que no fue una elección acertada. —El borde de mi boca se enganchó en una sonrisa irónica, y Lydia se limitó a mirarme con el corazón saliéndole por los ojos —. Supongo que la mayoría de los bebés nunca encajan en eso. Pero... ¿qué sabía yo? Mi mujer y a se había marchado y yo me enfrentaba a un futuro como papá soltero. —Dejé escapar un suspiro inseguro y me negué a bajar la mirada—. La semana antes de saber que no era mi bebé, rescindí mi contrato con Washington porque quería estar ahí para todo. —Me encogí de hombros—. Sabía que tendría la custodia compartida -no es que hubiera estado conmigo a tiempo completo-, pero todo lo que quería desde que tenía uso de razón era ser el mejor papá del mundo entero. Les cambiaría los pañales, les daría de comer, les enseñaría a jugar al fútbol, les cambiaría una rueda y estaría en todos los actos del colegio porque me acordaba de lo que era no tener eso.

—Erik —susurró, con el body aún agarrado en la mano.

PLAN

—Cuando Olivia se hizo la ecografía, y las líneas de tiempo no coincidían con la última vez que había estado en casa… —Se me cortó la voz—. Se hizo una prueba para estar segura. Tuve que decirle a mi familia que no iban a tener su primer nieto, su primera sobrina o sobrino, y tuve que volver a esa casa que había pensado que sería mía para criar a mi hijo.

Dejó el body para poder acercarse y entrelazar sus dedos con los míos mientras yo hablaba. Al contacto con su mano, todo mi cuerpo se relajó y sentí un zumbido relajante en las venas al sentir su piel sobre la mía.

—Nunca pensé que podría romper el corazón de alguien como tuve que romper el de ellos. —Luego deslicé mi mano por el costado de su cara, suspirando al ver cómo se le cerraban los ojos—. Hasta el día en que rompí el tuyo. Todo lo que hice para huir de mi propio pasado acabó hiriendo a alguien que significaba el mundo para mí. —Me incliné hacia delante y apoyé la frente en la suya—. Tenía tanto miedo de tomar la decisión equivocada, de dejar entrar a alguien hasta el punto de que su ausencia me destrozara de nuevo. Y tú, Lydia, ya me has destrozado de la mejor manera posible. Estoy dispuesto a arriesgarme a cualquier daño, si eso significa que puedo tenerte en mi vida.

Lydia se apartó y me dedicó una suave sonrisa.

—Me alegro de que me lo dijeras.

—Siento mucho haberte hecho eso —susurré.

—Te perdono —dijo, con la voz entrecortada por las lágrimas. Me tomó un lado de la cara y nos quedamos sentados, respirándonos el uno al otro—. Ojalá no te hubiera pasado eso.

Me aparté para contemplar cada detalle de su rostro. Por primera vez en años, quizá en toda mi vida, mi corazón se sentía entero, fuerte y seguro.

—¿Sabes por qué está bien?

PLAN

Con la frente fruncida, negó con la cabeza.

Mi pulgar tocó la curva inferior de sus labios, me incliné de nuevo.

—Porque te encontré. Y tú eres la *única* que pudo colarse a través de esas paredes.

Lydia exhaló una carcajada.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Porque eres testaruda. —Besé sus labios expectantes—. E inteligente. —Otro beso, esta vez más largo—. Eres mucho más sabia que yo.

—Es verdad —murmuró contra mis labios.

Mi lengua se deslizó en su boca y ella tarareó.

—Eres intuitiva. Viste a través de mí como si estuviera hecho de celofán, lo que te convirtió en la persona más peligrosa del mundo, Lydia Pierson.

Sus caderas se inclinaron hacia delante y su mano se deslizó por mi nuca.

—Sin embargo, se te da muy bien lidiar con el peligro. —Me besó e inclinó la cabeza mientras yo me acercaba y le rodeaba la cintura con un brazo.

—Se me da bien tratar contigo —dije—. Y si me dejas, te amaré por el resto de mi vida.

Su rostro se abrió en una amplia y feliz sonrisa.

—¿Dejarte? Erik, ahora no podrías librarte de mí aunque quisieras.

PLAN

Me bajé de la silla, la empujé de espaldas contra la cama y asenté todo mi peso sobre su cuerpo cálido y suave. Sus labios eran suaves y dóciles, su lengua blanda se deslizaba contra la mía.

Su sabor me golpeó como una sacudida bajo la piel, una cálida y dulce sensación de bienvenida que arrancó un gemido de mi pecho. Lydia se arqueó debajo de mí, apretando su pecho contra el mío. No había espacio entre un solo centímetro de nuestros cuerpos, nos enrollábamos juntos, intentando borrar los días y semanas de distancia en un beso profundo e interminable.

Incliné la boca hacia la suya y seguí el húmedo movimiento de la lengua con la mía, mientras nuestros labios se movían a un ritmo perfecto. Sus manos se aferraron a mi espalda y, donde las mías ahuecaban su cara, sentí el rastro húmedo de las lágrimas.

Rodamos hacia un lado, con su muslo aprisionado entre mis piernas, y durante largos e interminables minutos nos contentamos con permanecer así. Mis manos subían y bajaban por la cálida piel de debajo de su camiseta, a lo largo de su muslo, para poder estrecharla aún más contra mi cuerpo. Sus dedos recorrían mi cara mientras nos besábamos y besábamos y besábamos, luego bajaban por mi cuello, mis hombros, hasta que los dejaba posarse sobre el constante latir de mi corazón.

Rodeé su cuerpo con el mío, abrazándola lo más fuerte que pude con nuestros cuerpos entrelazados. Nuestros besos se volvieron dulces e inocentes, su nariz rozaba la mía mientras me mordisqueaba el labio superior y luego el inferior.

Nunca me había sentido tan bien como en este momento. Tan bien como en mis brazos. Si escarbaba en lo más profundo de lo que había sido antes de saber lo que era amarla, podría encontrar rastros de lo que era. Pero toda esa dureza, la armadura, era impotente ante la forma en que ella me amaba.

PLAN

Al cabo de un momento, sus uñas se clavaron en mi cabello y me tiró de la cabeza hacia atrás.

Al ver mi expresión aturdida, se echó a reír.

—Solo para aclarar quién dijo las palabras primero —murmuró—. Te amo, Erik Wilder.

Me senté sobre las rodillas y me quité la camiseta. Sus ojos se calentaron de inmediato.

—¿Ahora esto se va a convertir en una competencia? —le pregunté.

Se bajó los pantalones por las piernas, arqueó la espalda cuando deslicé mis manos por sus muslos.

—Tal vez.

—Bien. —Tiré de los tirantes de su camisa por encima de sus hombros —. ¿Peor gusto musical? Esa también la ganas tú.

Lydia se rio y se sentó para quitarse la camiseta.

—Conseguiré que te encante. Solo tienes que esperar.

Incliné mi boca sobre la suya en un beso profundo, con lengua, y cuando suspiró, me aparté.

—Estoy deseando demostrarte que te equivocas.

Cuando deslicé la palma de la mano sobre su pecho, aspiró un siseo.

—Todo forma parte de mi plan, Erik. Todo es parte de mi plan.

—¿Sabes que la primera vez que dijiste esas palabras pensé que era lo más aterrador que había oído nunca?

Y al son de su risa encantada, me dispuse a amarla y a dejar que ella me amara a su vez.

PLAN

No podía estar segura de lo que vendría después para mí, para nosotros. Pero por primera vez en mucho tiempo, supe que estaba exactamente donde debía estar.

Desde donde yo estaba sentado, con ella en brazos, el futuro no podía ser más brillante.

PLAN

Epílogo

Lydia

Un año después

—Probablemente fracasé.

—No, no lo hiciste. —Hundió los pulgares en el nudo de tensión de mis hombros y gemí, dejando caer la barbilla sobre el pecho.

—No puedes saberlo.

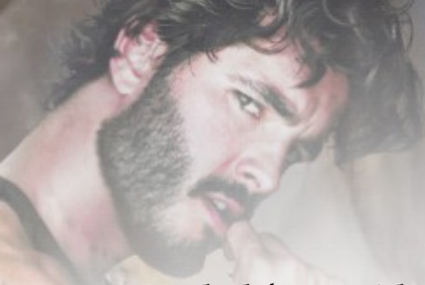
Erik tarareó, provocando un grito ahogado cuando apretó el músculo justo.

—Pero siempre tengo razón.

Aunque me estaba dejando sin huesos con sus manos mágicas y fuertes, logré resoplar. Era un ciclo familiar. Terminaba un trabajo, o un proyecto, y cuando le daba a enviar, Erik deshacía todos los nudos que me habían quedado durante semanas de duro trabajo.

Mientras él lo hacía, yo me lamentaba de que probablemente había suspendido (nunca lo había hecho. Orgullosa de mis cuatro puntos, sigo con fuerza y me queda un semestre de carrera). Él deslizaba sus manos sobre mi piel y, a medida que la relajación se apoderaba de mí, escuchaba su voz profunda y maravillosa decirme que todo iría bien.

Mi gran gruñón resultó ser el mejor animador del mundo entero. Nunca había habido nadie tan firme, tan sólido y, como todo lo que hacía,

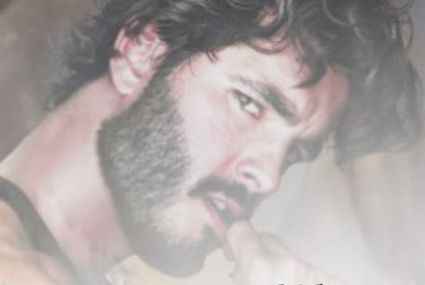


había nacido para apoyarme exactamente de la forma en que yo lo necesitaba.

Erik nunca restó importancia a las cosas que me causaban estrés, nunca me habló de mis miedos, simplemente se sentó mientras yo demostraba que esos miedos eran infructuosos una y otra vez. Y cuando llegaba la nota, me estrechaba entre sus grandes brazos, besándome dulcemente en medio del alivio y la emoción.

Este proyecto de investigación en concreto había sido brutal, y el profesor Peña me advirtió de que hacía dudar incluso a los mejores estudiantes del programa. Erik supo, sin que yo dijera una palabra, que necesitaría un lugar tranquilo para concentrarme, y nos alquiló una cabaña en la playa de Wautauga durante un mes, con vistas inmaculadas de la bahía de Elliott y el estrecho de Puget a nuestro alrededor. Estaba lo suficientemente lejos de casa como para sentirla como una escapada (mi casa era el apartamento al que se había mudado unos meses después de que empezáramos a salir). Pero lo bastante cerca de Seattle para que pudiera ir a trabajar cuando lo necesitaran.

Poco después de reencontrarnos, Erik había regresado sin problemas a la organización de los Washington Wolves, con un puesto en el departamento de Participación de Jugadores. Preparación de novatos, para ser más específicos. Al final, encajaba perfectamente no solo con su personalidad, sino también con su pasado. Sabía, mejor que la mayoría, lo importante que era ser inteligente con el dinero, no permitir que la gente arruinara las peores partes de la liga para arruinar las posibilidades de éxito a largo plazo de un jugador antes de que tuviera la oportunidad de empezar. Para equilibrar el deporte y la vida real, mantener la mente y el cuerpo fuertes. Mantener los pies en la tierra y no dejar que el gran escenario les consuma.



PLAN

Y le encantaba. Esas tendencias protectoras suyas se extendían ahora más allá de su familia, más allá de mí, y a los novatos que le asignaban como mentores. Más de una de nuestras cenas familiares en casa de mis papás incluía sus caras de impaciencia. Pronto necesitarían una mesa más grande.

Pero el último mes, había podido trabajar a distancia, en su mayor parte. Aparte de ir a Seattle para un partido en casa, apenas habíamos salido de nuestro pequeño refugio.

Las paredes y los techos blancos, los suaves muebles de cuero y las vistas panorámicas eran increíbles. Me encantaba su tamaño: tenía espacio suficiente para ocupar la mesa de la cocina con mis montones de libros y papeles y, aun así, estar lo bastante cerca como para ver a Erik mientras trabajaba en la isla.

Pero el escenario -algo sacado directamente de una revista- quedaba en un lejano segundo plano frente al simple placer de estar con él, y de ser amada por él. Despertar en sus brazos. Saber cómo era cuando reía. Confiar en que mi corazón estaba a salvo con esa persona, para el resto de mi vida.

Por la noche, hablábamos en voz baja hasta que me pesaban los párpados. Sobre nuestro futuro, que se había ido desarrollando como un cuento de hadas desde el momento en que levanté la vista para verlo enmarcado en la puerta de mi antiguo dormitorio. Hablamos de nuestras carreras. De los bebés que nos moríamos de ganas de tener. Queríamos casarnos. Con el tiempo.

Me habría casado con Erik a la semana de empezar a salir, pero él insistió en que terminara primero mis estudios. Que no había prisa, porque yo ya iba a ser suya para siempre. Cuando le dije que esperar era de tontos, apretó la mandíbula y puso esa mirada de terquedad que me daban ganas de arrancarle la camisa.

PLAN

Por otra parte, todo lo que hacía me daba ganas de arrancarle la camisa. Y lo hice, con frecuencia.

Como quería hacerlo ahora, cuando deslizó sus pulgares a ambos lados de mi columna y gemí. Estiré el cuello hacia un lado para darle mejor acceso y apreté los muslos.

Se rio por lo bajo, porque claro que lo había visto.

—Nada de eso, tengo una reunión telefónica en quince minutos.

—Quince minutos es tiempo de sobra —refunfuñé.

Erik se inclinó hacia mí y me mordió el cuello con los dientes afilados.

—Habla por ti.

Me giré en la silla, con las cejas levantadas imperiosamente.

—¿Y crees que morderme ayuda?

Sonrió, lobuno y guapo, y pude ver el hoyuelo que mantenía oculto.

—No.

Me reí, inclinándome para capturar sus labios en un beso decadente. Sabía a café, y suspiré feliz cuando rozó su lengua con la mía, inclinando la cabeza exactamente en el ángulo que me encantaba.

Cuando me aparté, le acaricié la cara.

—¿Seguro que no puedo convencerte de hacer otra actividad para aliviar el estrés?

Canturreó, sosteniéndome la mirada.

—Creo que puedes guardar todas esas ideas para cuando termine mi llamada. —Me dio un golpecito suave en la frente—. Eres el cerebro de esta relación, así que confío en que se te ocurran algunas realmente buenas.

PLAN

Lo besé de nuevo.

—¿Cuánto durará esta llamada?

Erik dejó caer un beso en la punta de mi nariz.

—Treinta minutos, máximo.

Sinceramente, intenté no poner mala cara. Pero fracasé, porque Erik se echó a reír.

—Ahora ya sabes cómo me sentí el otro día —dijo, levantándose del taburete y estirando los brazos por encima de la cabeza. Observé el músculo plano de su estómago cuando se levantó el dobladillo de la camisa—. Llevabas las gafas puestas. Y ese lápiz atascado en el cabello.

Sonreí.

—Tienes un fetiche de bibliotecaria, ¿verdad?

Apoyó los brazos a ambos lados de mí y se inclinó para volver a besarme con voracidad. Me agarré a su camisa y gemí cuando me tiró del labio inferior con los dientes.

—Tengo un fetiche con Lydia —gruñó—. Y en —hizo una pausa, mirando el reloj de la pared de la cocina—, cuarenta y tres minutos, más o menos, te lo demostraré.

Me levanté de la silla y, rodeándole la cintura con los brazos, dejé que mi frente se apoyara en la ancha pared de su pecho.

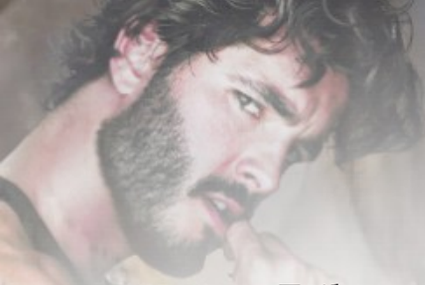
—Bien —suspiré.

Me frotó la mano por la espalda con suavidad y me dio un beso en la cabeza.

—Quizá menos.

Lo miré.

—¿Con quién es la reunión?



PLAN

Erik me pasó el pulgar por la mejilla.

—Miguel. Su agente le envió un contrato de patrocinio del que no está seguro. Es un buen dinero, pero creo que todavía quiere asegurarse de que está siendo inteligente acerca de lo que pone su nombre.

—Espero que sepa que está recibiendo excelentes consejos para pensar en ello con antelación.

Sus ojos se calentaron.

—Todos mis novatos te reciben como parte del paquete cuando me son asignados. Por supuesto, saben que reciben buenos consejos.

Sonreí.

—Salúdalo de mi parte.

Pero en lugar de apartarse, Erik me miró fijamente, con un mundo de amor y afecto brillando en su mirada. Nunca nadie me había mirado así, y cada vez que lo hacía, volvía a enamorarme de él.

—¿Qué? —Susurré.

—Te amo. —Me lo decía todos los días. Más de una vez.

—Yo también te amo. —Me impulsé sobre las puntas de los pies y le di un suave beso.

Erik me rodeó la cintura con los brazos y me levantó mientras yo le rodeaba con los míos.

Tenía la cara pegada a mi cuello e inspiraba profundamente. Se me llenaron los ojos de lágrimas, como me ocurría a menudo, porque a veces parecía el golpe de suerte más imposible que él fuera mío. Que yo fuera suya.

—Y voy a casarme contigo —continuó. Su voz era un profundo rumor en el pecho, y cerré los ojos, apretando los brazos.

PLAN

—Sí, lo harás. —Besé su mejilla, subiendo mis piernas alrededor de su cintura, cruzando mis tobillos detrás de su espalda—. ¿Alguna idea de cuándo?

Suspiró, lo que me hizo sonreír. Se lo preguntaba semanalmente. Nunca contestaba.

Cuando echó la cabeza hacia atrás, sus ojos estaban serios.

—Pronto —dijo en voz baja y tranquila.

—Gracias a Dios —suspiré. Le di un beso en los labios y salté de sus brazos cuando su teléfono empezó a vibrar—. Voy a darme un baño mientras hablas con Miguel.

Los ojos de Erik se oscurecieron.

—Te mantendré el agua caliente —dije por encima del hombro, subiéndome la camiseta por la cabeza y tirándola al suelo.

—Eres una bromista horrible.

Con un brazo sobre mi pecho desnudo, le soplé un beso desde la puerta del cuarto de baño.

Justo antes de cerrar la puerta, Erik entró en la habitación detrás de mí, me levantó en brazos y me depositó sobre la encimera del baño mientras yo chillaba de sorpresa.

Tomó mi boca en un beso feroz y me reí sin aliento cuando ajustó su altura hacia abajo para depositar besos de succión a lo largo de mi pecho.

—Erik, ¿qué pasa con tu reunión?

—Le dije que lo llamaría en diez minutos. —Me lamió la piel en un apretado círculo y yo jadeé, apoyando la mano en la encimera. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban oscuros con una deliciosa intención—. Solo necesitaba algo que me ayudara. ¿Te parece bien?

PLAN

Le acaricié la cara, con el corazón desbocado por el delirio de amor. Cuando lo acerqué para darle un beso dulce y doloroso, me di cuenta de que todo lo relacionado con mi futuro se había desarrollado exactamente como yo esperaba.

—Sí —susurré—. Eso está más que bien.

Ya no tenía que tratar de imaginar nada, de lo que podría ser. De lo que esperaba. Porque la realidad de lo que había encontrado con Erik era mucho, mucho más dulce que cualquier otra cosa que pudiera haber planeado.

Fin

PLAN

EPÍLOGO EXTRA

Lydia

Seis meses después de EL fin

—Es un sádico.

Faith resopló.

—¡Lo es! —Puse la sudadera doblada en la pila correcta en mi lado del armario. De acuerdo, bien, yo tenía tres lados del armario, y Erik tenía uno.

—¿Por qué otra vez? —Pero no me estaba tomando en serio, porque ni siquiera me miraba mientras hojeaba una revista. Sus piernas se cayeron del extremo de la cama.

—Sabe que lo sé, Faith. —Con un resoplido, metí mis calcetines limpios en el cajón correcto—. Encontré ese recibo manchado hace dos semanas, y todavía no me lo ha propuesto.

—Sí, ¿dónde lo encontraste? —Sus ojos se dirigieron a los míos con complicidad.

Con la barbilla levantada, la miré fijamente.

—En el cajón de arriba de su cómoda.

Hizo un gesto con la mano para que continuara y puse los ojos en blanco.

PLAN

—Debajo de un montón de camisas que nunca se pone.

—¿Qué dicen de la curiosidad y los gatos?

La ignoré.

—Y luego estaba la caja que encontré.

—La caja que había escondido -con bastante eficacia, debo añadir- hasta que saqueaste todo su armario.

—Estaba organizando, Faith. ¿Y no se ve mucho mejor nuestro armario ahora?

Ella asintió con seriedad.

—Sí. Estoy segura de que Erik cuelga sus camisas en orden de color por elección.

Salí del armario y me dejé caer en la cama junto a mi hermana. Durante unos instantes, me quedé mirando por la ventana del dormitorio. Era una vista tan diferente a la de mi antiguo apartamento, pero habíamos decidido que ya era hora de encontrar un lugar que nos conviniera más que un ático en pleno centro de Seattle.

La casa de la esquina de Redmond necesitaba algunas reformas cuando la compramos, pero en los últimos cuatro meses le habíamos ido poniendo poco a poco nuestro sello. Y desde nuestro dormitorio, tenía una vista perfecta del gran patio trasero, bordeado de árboles y setos, que nos daba total privacidad. Estaba más cerca de las instalaciones de los Wolves, y de mis papás, lo que ayudaba mucho con sus desplazamientos.

Faith se rio de la expresión de mi cara.

—¿Qué dice cuando se lo preguntas?

Suspiré.

—Que soy la persona más impaciente que ha conocido y que lo encuentra muy sexy.

PLAN

Soltó una carcajada, como haría cualquier buena hermana. Su sonido hizo que una sonrisa cubriera mi rostro. Porque yo seguía preguntándole semanalmente, y sus respuestas nunca variaban.

—Pronto —me decía.

—Eres tan impaciente —bromeaba. Luego me besaba para distraerme. Y siempre funcionaba. Unos días antes, cuando lo inmovilicé en el sofá y le di unas palmaditas para intentar encontrar el anillo, se reía tanto que se le saltaban las lágrimas.

Una vez que reconocí que no llevaba el anillo, Erik me volteó en el sofá y me quitó lentamente toda la ropa, bajando su enorme cuerpo entre mis piernas.

Nadie se rio entonces, y yo menos que nadie. Pero creo que me hizo llorar algunas lágrimas de sexo feliz cuando gritó mi nombre, con mis uñas clavadas en su espalda y mi pierna apretada contra su pecho.

—Deja de pensar en sexo con tu casi prometido —dijo Faith.

Le dediqué una sonrisa tímida.

—Lo siento.

Se levantó de la cama y sonrió.

—Te perdono. Tengo que irme a casa. ¿Qué vas a hacer el resto del día?

—Tengo que terminar unos comunicados de prensa antes de que acabe el día.

Los ojos de Faith se calentaron ante la mención de mi trabajo de nivel inicial en Washington.

—¿Te gusta el departamento de comunicación?

Asentí.

PLAN

—Me doy cuenta de que mi jefe sigue escéptico de que esté dispuesta a hacer los trabajos de becaria, pero estoy contenta de tener un sitio ahí, ¿sabes?

Dejó caer un beso sobre mi cabeza y me saludó al salir por la puerta.

—Llámame mañana si encuentras un nuevo lugar que destruir en tu búsqueda del anillo.

—Lo haré —dije riendo.

En la tranquilidad de la casa, suspiré. Tal vez lo puso debajo de un sofá en alguna parte.

Antes de que pudiera buscar en otro oscuro rincón de la casa, mi teléfono zumbó.

Erik: *Es una larga historia, pero estoy en casa de tus papás para dejar algo y mi auto no arranca.*

Erik: *¿Puedes venir a buscarme?*

Negué con la cabeza, porque llevaba una semana quejándose de que su auto no funcionaba bien, pero era demasiado testarudo para llevarlo a que lo revisaran.

—Debería ser capaz de solucionarlo —había gruñido cuando lo presioné para que lo llevara.

Yo: *Cobro una tarifa muy alta por mi trabajo de chófer.*

Yo: *¿Estás seguro de que puedes permitírtelo?*

PLAN

Erik: *Pierson, lo he dudado desde el primer día. Te lo compensaré de alguna manera.*

Yo: *Prefiero el trabajo manual desnudo, por si te lo estabas preguntando. Quizá podamos romper en la ducha del baño de invitados.*

Erik: *Estoy al lado de tu papá, mantengamos el sexting al mínimo por favor, porque esto me da ganas de morir.*

Con un resoplido, me metí el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y tomé el bolso y las llaves al salir de casa. El trayecto hasta casa de mis papás duró menos de quince minutos, y los chicos de la garita de seguridad me saludaron cuando entré en el barrio.

La música del auto me hizo golpear el volante con las manos y, para fastidiarlo, subí el volumen para que Erik oyera cada segundo cuando entrara en casa.

Y cuando lo hice, me quedé boquiabierta. Sin pensarlo, pisé el freno de golpe, incapaz de hacer otra cosa que mirar la escena que tenía delante.

El auto de Erik no estaba por ninguna parte.

De hecho, lo único que había en el camino de entrada eran dos largas hileras de velas encendidas que bordeaban el camino hacia el porche de la casa de mis papás, donde Erik estaba de pie con las manos a la espalda y una sonrisa devoradora de mierda en su hermoso rostro.

—Santa mierda —respiré. Con manos temblorosas, puse el auto en el estacionamiento, justo donde estaba torpemente parado al final del camino de entrada.

Alrededor de Erik, a los lados del camino de entrada, había grandes fotos en caballetes, instantáneas de nuestra relación de los últimos dos años.

PLAN

Nuestra primera Navidad juntos, delante del árbol en casa de sus papás.

Halloween, cuando lo obligué a disfrazarse de Sandy y Danny de Grease.

Una selfie de risa cuando me sorprendió con un paseo en globo aerostático.

Desde la parte delantera de un ferry cuando fuimos a Orcas Island a pasar un fin de semana.

Salí del auto temblando, con los ojos llenos de lágrimas al ver su cara.

—Tú —me detuve, sacudiendo la cabeza con una risa ahogada—. ¿Estás haciendo esto aquí?

Erik fue a mi encuentro y me tomó de las manos para abrazarme. Apoyé la frente en su pecho y apenas noté el martilleo de mi corazón.

—Esto podría haber ocurrido en un millón de sitios distintos —me dijo con la voz áspera por la emoción—. Pero aquí es donde empezamos.

Me aparté y le sonreí.

—Lo es.

Erik respiró hondo y me agarró las manos con más fuerza.

—Lydia Alexandra Pierson, encontrarte, amarte, es la razón por la que nací.

Las lágrimas corrieron sin control por mi cara, la mirada en sus ojos era tan grande e interminable e imposible de creer que pudiera ser verdad.

—Y puede que no se me den bien los gestos grandes y elegantes —dijo—. Pero cada vez que pensaba en proponértelo, volvía aquí. A este lugar donde cambiaste toda mi vida.

PLAN

Se me cayó la barbilla al pecho mientras luchaba por contener un sollozo.

Erik bajó de su imponente altura, sobre una rodilla, y yo me di un manotazo en la cara. Sacó algo de su bolsillo trasero y me reí, un sonido acuoso de felicidad.

—Sabía que lo llevabas encima —susurré.

Sonrió, con el rostro serio después de aquel dulce momento de frivolidad.

—Ya hemos empezado a construir una vida más allá de lo que podría haber imaginado, pero quiero más. Lo quiero todo contigo, Lydia. —Hizo una pausa, con los ojos vidriosos—. Sé mi esposa. Déjame ser tu marido. Cásate conmigo, Lydia, y déjame vivir el resto de mi vida contigo a mi lado.

Caí de rodillas y le rodeé el cuello con los brazos mientras él me estrechaba entre sus brazos.

—Sí —sollocé—. Sí, sí, sí.

Erik soltó un gran suspiro de alivio y hundió la cara en mi cabello. Mi boca encontró la suya, y el gemido que arrancó de su pecho cuando nuestras lenguas se arrastraron una contra otra fue el mejor sonido que había oído en toda mi vida.

—Te amo —dije contra sus labios.

Me besó una vez más.

—Yo también te amo.

Erik deslizó el anillo en mi dedo y yo exhalé un suspiro. Era de época, sin duda, con su delicada filigrana y su engaste antiguo.

—Es precioso.

PLAN

—Es de mi mamá —me dijo—. Me lo regaló después de aquel primer fin de semana en su casa.

Más lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza y me acarició la cara.

—Lo sabía.

Volví a besarlo, tarareando feliz. Me aparté.

—Espera. ¿El recibo de la joyería que encontré?

Se rio.

—Era del collar que te regalé por tu cumpleaños.

Con un gemido, me volví a enterrar en sus brazos. Erik me besó la cabeza y me ayudó a levantarme.

A la vuelta de la esquina aparecieron mis papás, ambos con los ojos llorosos, para darnos abrazos y felicitaciones. Mi mamá lloró abiertamente cuando le enseñé el anillo. Mi papá carraspeó y se limpió subrepticiamente las ojeras al vernos mirarlo.

Cuando mi papá abrió los brazos para abrazarme, volví a luchar contra las lágrimas.

—Me alegro por ti, bug —susurró.

—Gracias. —Me incliné hacia atrás para sonreírle—. Si crees que estás llorando ahora, vas a tener que llevarnos a Faith y a mí al altar el mismo año.

Papá gimió y yo me reí.

Erik nos miró con una pequeña sonrisa en la cara, y yo le guiñé un ojo.

PLAN

Esto era para siempre, y la felicidad que habíamos encontrado era solo el principio.

Me moría de ganas de ver lo que vendría después.

Fin

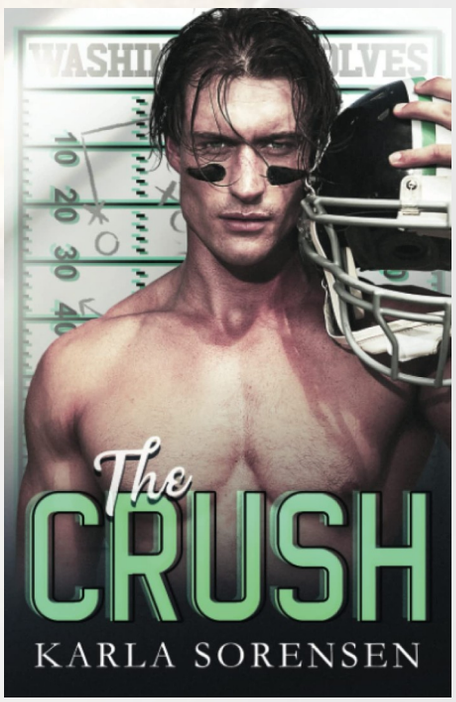
KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE

PLAN

PRÓXIMO LIBRO



¿Conoces a esa chica de tu pasado en la que no puedes dejar de pensar? ¿Aquella a la que apartaste porque tenías un objetivo que parecía mucho más grande, mucho más importante que cualquier enamoramiento que pudieras haber tenido?

Esa es Adaline Wilder para mí.

Nada vino antes que el fútbol. Ni en la universidad ni en mis cinco años como profesional. Todo lo que quería era ganar partidos, ganar un campeonato, labrarme mi propio camino a partir del ilustre legado futbolístico de la familia Ward. Y he hecho todo eso. Pero me falta algo.

Nunca me he equivocado sobre lo que quiero. Excepto con ella.

Ella siguió adelante con alguien más, pero ese imbécil jugador de béisbol le rompió el corazón. No la culpo por no confiar en mí, pero ni siquiera Adaline puede negar el fuego que existe cuando estamos juntos.

Tengo una oportunidad de recuperarla. Y pienso aprovecharla.

KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE

PLAN

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecida a tanta gente por haberme ayudado a cruzar la línea de meta con este libro. Escribir nunca parece más fácil y, por eso, cada vez es más importante rodearse de un grupo de personas que escuchen tus crisis y te cojan de la mano cuando sientes que la historia va a sacar lo mejor de ti. Y estoy muy agradecida por tener a esas personas en mi vida.

Como con todos los libros, gracias a Kathryn Andrews y Fiona Cole por animarme, ayudarme a trazar el guión, darme su opinión sobre la versión beta y patearme el culo con regularidad. Sinceramente, no creo que pudiera hacerlo sin su ayuda en todo momento.

Amy Daws y Michelle Clay por leer el producto final y asegurarse de que todo quedaba bien donde tenía que quedar.

Najla Qamber/Qamber Designs Media por otra portada increíble y unos gráficos preciosos.

Jenny Sims y Julia Griffis por hacerme parecer que sé lo que hago.

Dani Sánchez de Wildfire por la ayuda en la promoción, y Michelle y Tina por mantenerme cuerda.

Mi marido, por ser una fuente inagotable de apoyo y ánimo, y por ayudarme siempre a sacar tiempo cuando necesito terminar.

"Porque yo sé los planes que tengo para vosotros -declara el Señor-, planes de prosperaros y no de dañaros, planes de daros esperanza y futuro"

-Jeremías 29:11

THE

ACERCA DE LA AUTORA

Karla Sorensen es una de las 20 autoras más vendidas de Amazon que se niega a leer o escribir nada que no tenga un final feliz. Cuando no está devorando novelas románticas históricas o evitando la colada, se la puede encontrar viendo fútbol (británico Y americano), HGTV o escuchando podcasts de Eneagrama para poder psicoanalizar a todos los que forman parte de su vida, sin ningún orden de importancia en particular. Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Estatal de Grand Valley, se ganó la vida en el sector de la atención sanitaria a personas mayores antes de dedicarse a escribir a tiempo completo. Karla vive en Michigan con su marido, sus dos hijos y un perro de rescate grande y peludo llamado Bear.

PLAN

Este libro fue traducido por:

BLACK CAT
by Bel

Sweet poison

KARLA SORENSEN THE WOLVES: A FOOTBALL DYNASTY #2

BLACK CAT & SWEET POISON

THE